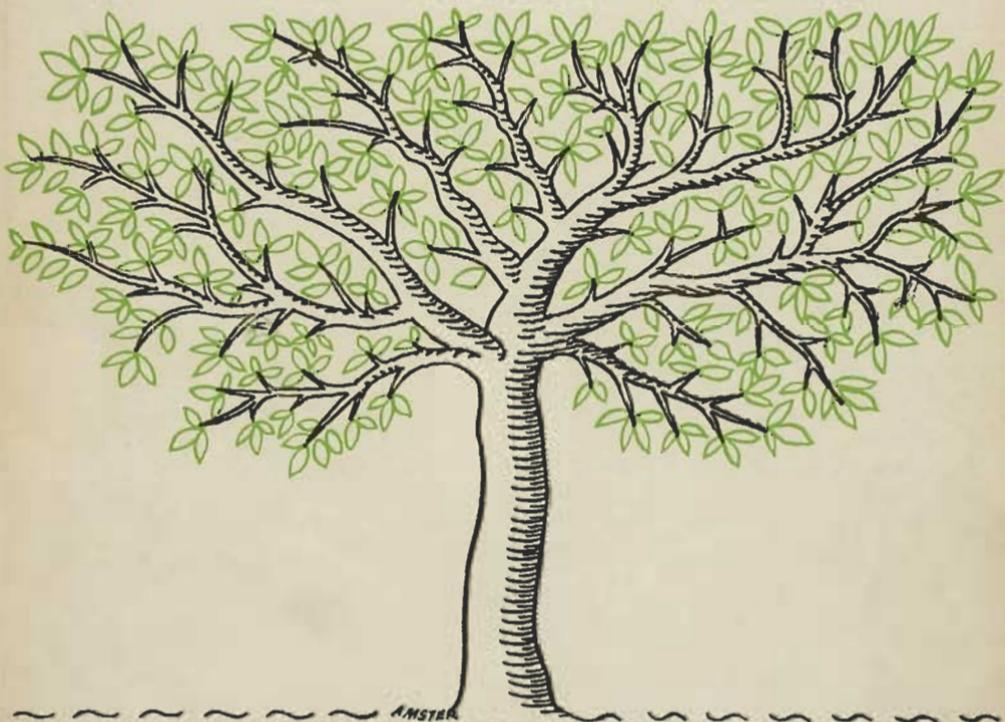


# PRIMAVERA

1970 / No. 23

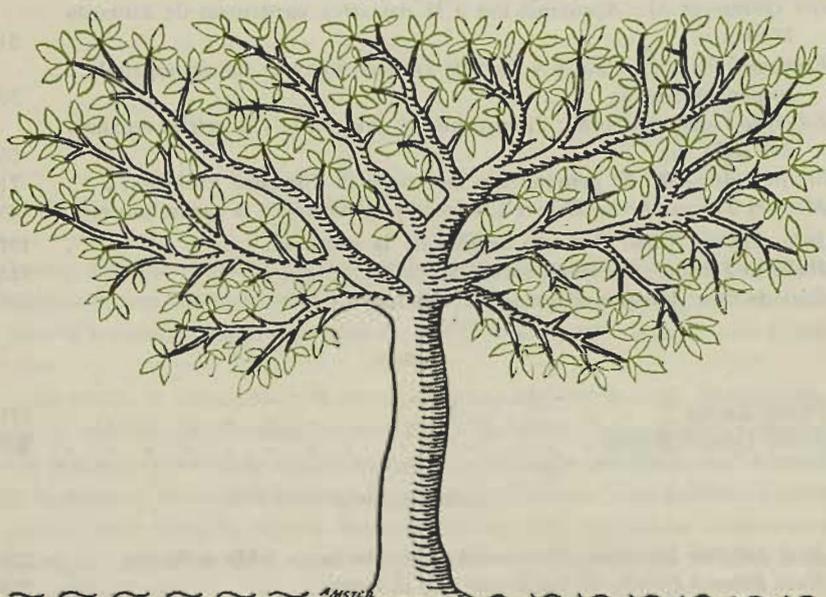


MAPOCHO

Biblioteca Nacional / Santiago

# PRIMAVERA

1970 / No. 23



MAPOCHO

*Fundador:* Guillermo Feliú Cruz

*Director:* Roque Esteban Scarpa

*Secretario de Redacción:* Guillermo Blanco

---

*Biblioteca Nacional / Santiago*

# SUMARIO

<i>J. Miguel Ibáñez Langlois: La crisis del personaje en la literatura contemporánea</i> . . . . .	5
<i>Luis Vargas Saavedra: Cartas de Gabriela Mistral</i> . . . . .	19
<i>Isis Quinteros M.: Aproximación a la narrativa existencial de Eduardo Mallea</i> . . . . .	31
<i>Fernando Tola de Habich y Patricia Grieve: Sobre la novela española e hispanoamericana</i> . . . . .	39
<i>Eduardo Godoy Gallardo: El movimiento naturalista y la crítica española del siglo XIX</i> . . . . .	55
<i>Manuel Atria R.: El pensamiento metafísico de Clarence Finlayson</i> . . . . .	71
<i>Manuel Torres Marín: Octave Crémazie y su retorno a la madre muerta</i> . . . . .	83
<i>Julio Fabres Rivas: Para un estudio de la historia</i> . . . . .	101
<i>Roberto Escobar: La teoría social de Platón</i> . . . . .	113
<i>Ricardo Cox: Los prejuicios norteamericanos</i> . . . . .	125

## POESIAS

<i>Victor Castro</i> . . . . .	171
<i>Jaime Gómez Rogers</i> . . . . .	205

## LOS NARRADORES

<i>José Antonio Huneeus: El coronel Gutiérrez había leído a Platón</i> . . . . .	235
<i>Raúl Renard Howland: Nada más que el viento</i> . . . . .	245

## TEATRO

<i>Luis A. Heiremans: La eterna trampa</i> . . . . .	259
--	-----

## RETRATO HABLADO

<i>Walter Hanisch S. J.: Jaime Eyzaguirre</i> . . . . .	303
---	-----

## UNA VOZ EN EL TIEMPO

<i>Nicolas Beauduin: La Nueva Poesía y Vicente Huidobro</i> . . . . .	323
---	-----

---

Toda correspondencia con esta publicación debe ser dirigida a: Revista Mapocho, Biblioteca Nacional, Santiago, Chile

Suscripciones: Valor por cinco números, Eº 20. Extranjero, 4 dólares.

Impreso en los talleres de la EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A., San Francisco 454, Santiago  
Proyectó la edición MAURICIO AMSTER

J. Miguel Ibáñez Langlois

# La crisis del personaje en la literatura contemporánea

Quiero abordar en estas páginas, sin ningún afán exhaustivo, la expresión literaria de una profunda crisis actual: la que afecta a la unidad y sentido de la persona humana como protagonista de una historia, y por eso mismo de *la* historia.

La suerte de la persona y la suerte del personaje son una sola. Etimológicamente, sabemos que "persona" es un término de origen dramático, y designa a la unidad o sujeto de la acción dramática, al hablante que "per-suená" a través de la máscara. Toda crisis histórica de la persona humana *tiene que* manifestarse en la creación literaria, bajo la forma de una quiebra singular en la estructura misma del personaje. Esta exigencia *a priori* es confirmada por la historia de la narrativa actual.

La ficción literaria revela las grandes crisis humanas bajo una perspectiva privilegiada: no se limita a reflejarlas como una simple conciencia que atestigua. Como conciencia comprometida, intenta rescatar al hombre en crisis, mediante el poder singular del lenguaje; y por eso, la forma estructural de éste se identifica con la forma misma del problema. La literatura no es un simple documento de los conflictos humanos, sino que es ella misma, como palabra reveladora, una dimensión esencial e interna de estos conflictos. Las vicisitudes del personaje en la narración actual pueden revelar, por eso, al ser mismo que se debate en el actual conflicto histórico.

## I

### HEROE Y ANTIHEROE

Pues el personaje, hoy, se nos desintegra y se nos va entre las palabras como un mero punto de referencia, una ilusión, un pretexto. Sobre todo un pretexto. Si

un célebre antropólogo llega a pensar, en nuestros días, que "el hombre" fue una invención del siglo XIX, no será extraño que tantos novelistas —y no de los menores— piensen que "el personaje" fue también una invención de la narrativa pretérita, ya caducada. Para interpretar esta desintegración del sosias literario es frecuente hoy valerse de la pareja de valores héroe-intihéroe. Héroe será, en un sentido fenomenológico muy amplio, el personaje que en su existir, en su modo de estar en el mundo y trascender sin límite, abre un espacio de experiencia nueva y un nuevo horizonte vital a los hombres, y por tanto se identifica con la realización de una idea en el mundo (idea no necesariamente previa a su propia existencia), presentando, una vez consumada su historia, algún género de ejemplaridad o sentido humano a la vista de los otros.

Hoy es ya tópico que el héroe ha desaparecido del protagonismo literario, y que por eso mismo la narración se ha vuelto problemática en sí. La novela como épica, anuncian sus críticos, está en el ocaso. Ya no proyecta al lector, desde una humanidad compartida, hacia sus posibilidades más íntimas o lejanas de existir. El personaje ya no trasciende *hacia*. Su trono vacante ha sido llenado por el antihéroe, ser que no se enfrenta con problemas, sino que es él mismo, en su más íntima raíz, un problema; ser que no se expande hacia el mundo en la aventura de una conquista, sino que está arrojado y perdido en el universo, preso en el sentimiento de su derelicción; ser que no emerge sobre el destino común de la multitud sino que está condicionado como un número entre la turba. Con frecuencia, además, este sujeto antiheroico se acerca a la idea del hombre como "pasión inútil", o de la vida como el célebre "cuento contado por un idiota", cuento hábilmente tramado, sin embargo, en su dimensión de insensatez. (Se observará que esta interpretación usa los instrumentos de análisis de las filosofías contemporáneas, círculo en buena medida inevitable, y cuyo sentido mismo espero aclarar en las consideraciones siguientes).

La novela actual no responde ya propiamente a la necesidad de contar una historia, de hacer vivir a un personaje, de revelar un carácter personal o colectivo. Pues tales atributos se fundan siempre en un supuesto ya no vigente: que se sabe o se cree saber —por parte del autor y del mundo de los lectores, en silencioso acuerdo— qué es el hombre, qué hace en la vida, qué sentido tiene la convivencia humana, y la palabra humana, y la existencia como totalidad. Solo sobre este trasfondo de seguridad antropológica, sobre esta imagen compartida de la condición humana, puede edificarse esa convención universal del personaje y su historia.

Hasta comienzos de siglo, la narración retenía aún su origen épico, por muy precario que este fuera, sostenido por una confianza —tal vez precaria también, pero efectiva— en un sentido de la historia. Sobre esta hipótesis tácita podía inventarse un protagonista, enfrentarlo a la resistencia del mundo o al conflicto

con los otros, y hacerlo parecer o triunfar, desarrollando en este proceso el despliegue de un carácter individual o las vicisitudes de una comunidad humana, y arrastrando al lector en esta proyección consentida. Ciertamente es que una gran parte de la novela "contemporánea" se edifica todavía sobre esta confianza, y, por tanto, reproduce en algún grado el esquema del protagonismo convencional. Pero la narrativa más actual —tenga o no destino literario y humano: no quiero implicar aquí un juicio de valor— parece encaminarse a la bancarrota de esta estructura tradicional.

La mencionada confianza deja de existir, como imagen implícitamente compartida por la época. En el lugar del personaje y de su historia lineal se instala un "héroe" muy distinto, el sujeto destinado a problematizar en sus propias acciones o pensamientos la incertidumbre sobre la condición humana (esto, al menos, en una porción significativa de la novela actual: más adelante serán examinadas otras posibilidades narrativas). El protagonista es el conejillo de Indias metafísico o antropológico, que no puede ser personaje porque no se sabe qué es la persona, pero que protagoniza en la ficción ese mismo vacío y esa dramática búsqueda de una esencia humana.

Si los personajes —al decir de Ibsen— salen del corazón del autor, y a este como a todos se le ha oscurecido el sentido mismo de la existencia, entonces sus creaturas no se enfrentarán desde su seguridad radical a tales o cuales problemas, sino que han de problematizar su condición misma de hombres y de personajes. Por eso podrán salir de su historia y encararse al autor, como ocurre en Pirandello y en Unamuno. Por eso, en todo caso, serán ellos mismos como personajes una pregunta abierta y descarnada, una interrogante metafísica, y la narración se llenará de "ideas": se convertirá en ensayismo narrativo, y el protagonista, en pretexto.

No se trata de escribir, a la vieja manera, novelas de tesis, forma ya execrada por el arte "puro"; no se trata de eso, entre otras cosas, porque justamente no se dispone de una tesis redonda y previa a la propia historia. Pero en un sentido no del todo desemejante, se trata de buscar el ser del hombre en el propio desarrollo de su historia. Sería inexacto decir que Sartre o Camus o Simone de Beauvoir escriben novelas solamente para encarnar una imagen del hombre y una visión de las cosas que piensen previamente, anota Gaetan Picon; "pero lo cierto es que solo escriben novelas en la medida o al tiempo que piensan".

El mismo autor califica esta tendencia como "naturalismo metafísico". La novela se convierte de algún modo en un instrumento filosófico, bien entendido que se trata de una filosofía de la angustia, o de un saber a la manera de la ironía socrática, o sea, de una filosofía del no saber, del saber que nada se sabe. El hombre es incierto, carece de esencia, y puede ser que la novela misma, en su función mayéutica —para seguir con Sócrates— revele su sentido. Pero

esta es una posibilidad bastante teórica, pues dichas novelas concluirán casi siempre en la reafirmación de la incertidumbre y quizá del absurdo que estaba dado en su comienzo. En ese sentido podría volver a hablarse de novelas de tesis.

Sartre o Camus nos trazan, en las suyas, la historia de seres superfluos, gratuitos, contingentes, sujetos a los malentendidos y alienaciones de la vida, libertades absurdas, seres históricos sin "naturaleza" determinable, existentes sin esencia previa —según la tesis existencial—, pero que, en cuanto personajes así concebidos por sus autores, tienen precisamente esa previa "naturaleza" o "esencia" narrativa: la condición de no tenerla dentro de la novela, que por consiguiente plantea una tesis filosófica previamente establecida.

Análoga relación con una tesis —el relativismo universal— significaron los problemáticos personajes de Pirandello, que no se limitan a angustiarse por la existencia dentro de la ficción, sino que salen en busca del autor, con arreglo a una combinatoria de los diversos planos de realidad, y a una autoconciencia corrosiva de los propios recursos creadores, que han tenido cierta descendencia en la "novela de la novela", en la "poesía de la poesía", etc. Es sintomática la abundancia actual de estos géneros reflejos, serpientes que se muerden la cola, ejercicios de una conciencia hegeliana que invade todos los órdenes de la realidad porque los abraza a todos como proyecciones suyas: obras literarias no exentas de un narcisismo tardío, cuyo problema esencial es la propia ficción que las hace posibles. Tradicionalmente los autores habían ocultado los entretelones subjetivos de la representación, salvo que se hablara en primera persona; hoy las hilachas y nudos del reverso pueden ser el verdadero asunto de la novela, y el tapiz del anverso —personajes, historia, argumento—, el mero pretexto que se da a sí misma una conciencia lúcida y juguetona.

A partir del idealismo filosófico, Pirandello ejerce en sus obras el ilusionismo universal de toda apariencia objetiva: la ilusión del yo o del sujeto idéntico a sí mismo —la disgregación de la personalidad en el tiempo—, la ilusión de la verdad como proyección cambiante de la conciencia, la ilusión de lo real. Un absurdo de cuño muy diverso al existencial, pero no menos efectivo y literariamente convincente, tenía que derivar de su influencia en la narrativa y el teatro posterior. Los sujetos de Pirandello son, sí, inofensivos y alegres frente al anti-héroe del contemporáneo teatro del absurdo.

Cabe subrayar aquí el influjo literario de la tesis actualista de este dramaturgo, el fenomenismo psicológico encarnado en tantas obras suyas. La idea de que el yo carece de toda sustantividad y permanencia, disolviéndose en el puro acontecer o en la suma de sus múltiples estados, ha invadido la literatura de nuestros días. Si el yo no existe y la conciencia personal es una ilusión, mal puede darse en la narrativa un personaje propiamente dicho, encarnación literaria del yo persona. Su lugar lo ocupará una suma de estado de conciencia dé-

bilmente referidos a un centro funcional; una agrupación cronológica distorsionada de apariciones y sentimientos relativamente conexos. Esta idea del sujeto humano parece presidir algunas de las más caracterizadas innovaciones formales de la novela actual, que examinaremos a partir de Joyce.

## II

### EL LENGUAJE DEL ABSURDO

Pero no es forzoso que el antihéroe sea el experimento literario de una conciencia filosófica proclive a la absurdidad de la existencia. Kafka está lejos de toda tesis abstracta, y sin embargo su significación y su influjo en la narración, la poesía, el teatro y aun la filosofía contemporánea es incalculable. En su caso, a la inversa, es un absurdo de pura cepa narrativa el que ha pasado a conceptualizarse ulteriormente en las filosofías existenciales. Y pocos personajes son más antiheroicos que los suyos, que por lo demás no reflexionan sobre el absurdo de la existencia, sino que lo encarnan y lo son de una manera propiamente narrativa. Pero al margen de todo pensamiento conceptual, sigue siendo verdad — aquí es más verdad que nunca — que su novela no supone una imagen ordenada del mundo y de la vida, o una confianza tácita en el sentido del ser, sino que ésta se problematiza del modo más radical. Sólo que ello no se hace pensando, sino narrando, es decir, de un modo mucho más puro, desde la perspectiva en que se sitúan estas consideraciones.

Parece ser que la categoría más evocada a propósito del mundo de Kafka es la pesadilla. Puede suponerse que en el mundo de la pesadilla, donde se conciertan lo onírico y lo trágico, no existe una idea que realizar, ni un sentido del vivir, sino situaciones puras carentes de todo sustrato lógico. Mejor dicho, su lógica es inaccesible, o convencional y externa: Kafka intuyó lo que puede ser un orden sin Dios. El mundo, por debajo de sus coordenadas convencionales, es amorfo; las cosas no tienen una consistencia precisa; el principio de contradicción está suspendido, y esta extrema insensatez de todo lo existente se vuelve contra el pobre sujeto humano, condenándolo. Porque este es, además, culpable; es el inocente culpable; su culpa es existir, y esa vaga ternura femenina que se cierne sobre todas las situaciones no hace sino agravar el horror en sordina de toda posible existencia.

El héroe no puede existir porque el hombre no domina en absoluto la situación. Todo pende de hilos superiores, de siniestras manos que gobiernan el mundo con una lógica aplastante, pero inaccesible para el hombre que se debate entre sus hilos. Puede darse a esta situación el sentido simbólico que se quiera: el horrible mundo de la técnica y de la burocracia, la desesperación ante la

inaccesibilidad de Dios Padre, el complejo de Edipo que evidentemente padeció Kafka... Más importante que estas significaciones externas será el propio contenido inmediato del hombre en situación, del estar en el mundo como arrojado y perdido, sin armas, sin defensa, sin sentido. He aquí una diferencia esencial del antiheroico personaje kafkiano con el héroe antiguo, por ejemplo el de la tragedia griega, que también se debatía contra la necesidad ciega de los hados incomprensibles: su lucha, sin embargo, tenía sentido. Mejor dicho, el antagonismo heroico era el sentido mismo del hombre frente a los dioses, y también entre ellos. El personaje de *El castillo* o de *El proceso* está abrumado y herido en su raíz misma por una culpa que borra todo sentido y paraliza toda acción posible; se entrega de antemano, porque su existencia ya no es una naturaleza, ni siquiera antagonica o trágica: carece de vínculos con el ser.

Una situación permanente en la novela de Kafka es el acoso. Para agravar la desamparada condición humana, el hombre no puede compartir con otros el desamparo, lo que representaría un consuelo sustancial, sino que es precisamente acosado por los otros. En el fondo, el absurdo de las cosas sería bien llevadero si el hombre con el hombre pudieran unirse frente a él. Pero las personas están separadas por abismos, y su relación típica es la persecución, es decir, el absurdo radical. Se recordará el axioma de Sartre: el infierno son los otros; la relación humana, manifiesta en la mirada, consistirá en objetivar o ser objetivado, en virtud de la presunta y radical "hostilidad" hegeliana de la conciencia intencional.

La categoría del acoso colma la novela contemporánea, y —lo que es más significativo— no siempre por influjos, sino a partir de experiencias autónomas, pero convergentes, como puede verse en la novela policial, ajena en principio al existencialismo. Así Graham Greene, tan diverso de Kafka (y que confiesa no haberlo leído nunca porque desde las primeras páginas lo aburre invenciblemente), ha configurado sin cesar, desde su propia experiencia, múltiples situaciones narrativas de acoso y persecución. El hombre siente a sus espaldas la amenaza continua de los hombres, los policías, la ley, Dios mismo, las buenas gentes, el poder político. Recuérdense las anticipaciones de Huxley y sobre todo de George Orwell.

Pero estas coordenadas de época nos apartan de lo propiamente literario. El absurdo, la culpa o el acoso, sea que vengan de la filosofía a la literatura o que recorran el camino inverso, no son patrimonio exclusivo de esta última. Se han dado caminos más puramente narrativos —más interiores al lenguaje— para llegar a la desintegración del protagonista y al paroxismo del antihéroe. Ciertos procedimientos formales de la novela actual —el monólogo interior, el flujo de conciencia, el encabalgamiento de planos temporales— llevan consigo una como antropología immanente, en su singular adecuación a la idea del hombre problemático. Las formas del lenguaje no son meras técnicas para el tratamiento de

una materia humana que les fuera ajena o indiferente; la desintegración del protagonista será, entonces, a la vez el fruto de una experiencia histórica humana y de una modalidad de la palabra narrativa, en íntima adecuación. Los recursos mencionados, si bien adquieren su aspecto actual a través de Virginia Wolf y William Faulkner, provienen como se sabe de James Joyce, y no por vía teórica, sino estrictamente narrativa o poética.

Joyce ha sido, en cuanto al lenguaje, la primera fuente de aprendizaje —y también de saqueo— para los escritores de los últimos treinta años, entre ellos los latinoamericanos más recientes. El *Ulises*, clave de la novela y aun de la poesía contemporánea, ha llevado a la novelística —al decir de Eliot— hasta una situación límite (hasta el último límite de lo posible, decía Eliot, detractor del género en sus formas actuales). Esta historia, que narra el transcurso de una sola jornada en setecientas y tantas páginas, se complace en componer y descomponer sin fin a sus tres protagonistas en una multiplicidad vertiginosa de estados de conciencia, acontecimientos nimios, honduras subliminales, recuerdos y figuraciones, sueños, percepciones difusas o apagadas, hasta concluir con el famoso y enorme monólogo interior del duermevela, cargado de impresiones subconscientes. El análisis psicológico ha sido llevado al límite de la disección del ser humano por la palabra.

Los hechos de la anécdota son triviales: lavarse, desayunar, leer el diario, etc., pero los flujos de conciencia los atraviesan interminablemente, de modo que en ellos aflora a borbotones el ilógico mundo interno de sus personajes. Estas corrientes interiores son desarrolladas con una minuciosidad siniestra, servida por un lenguaje tan complejo, distorsionado, experimental, que se lo ha podido llamar el verdadero protagonista de la novela. La lógica escolástica, la escritura automática, el psicoanálisis, son algunas de las herramientas que se emplean en este afán exasperado de objetivar el momento humano como totalidad, extraído de la conciencia y tratado como cosa absoluta.

Por otra parte, el *Ulises*, epopeya de la vida trivial, alumbró con claridad ejemplar la índole del antihéroe como personaje. Una compleja y exacta estructura mitológica —la del poema homérico— ilumina paso a paso la historia vulgar de Leopold Bloom, individuo gris y sucio que protagoniza esta nueva odisea de la cotidianidad, este viaje experimental por las circunstancias de la vida anodina. Jamás un antihéroe, un Everyman, un Cualquiera, había dispuesto de una historia heroica tan notable como contrapunto de su mediocridad. Joyce, esta especie de "Homero de nuestra época" (o mejor, su reverso), maneja sutilmente la proyección de imágenes simbólicas, la iluminación del oscuro presente por el "correlato objetivo" de la mitología clásica.

De modo que el *Ulises* ha cumplido, entre otras, dos empresas que han resultado arquetípicas para la novela posterior: la desintegración psicológica del

personaje en estados de conciencia o instantes concebidos como totalidades objetivas, y el desarrollo superlativo del personaje antiheroico a la luz de su contratipo ejemplar. Los recursos también paradigmáticos de este intento han sido la técnica del monólogo interior y la del correlato objetivo o iluminación mutua de dos historias. Después de Joyce el personaje como estructura y como significación no ha podido ser el mismo que antes.

A la siga suya han trabajado innumerables imitadores o simples descendientes de varia fortuna y diversa originalidad. Por cierto que él, con Proust y Faulkner (a quienes habría que tratar aquí si este ensayo fuera sistemático) han influido sobre todos los escritores siguientes. Pero Joyce, tal vez el más inimitable de los tres, ha sido el más imitado en el espíritu y en la letra de sus procedimientos. Esta legión de seguidores ha hundido sus instrumentos de laboratorio tan hondo como ha podido en las profundidades de la coprolalia, la alucinación, la blasfemia, el sueño, la embriaguez alcohólica —especie de *ubris* moderno—, la perversión sexual, la náusea, reiterando sin cesar los recursos del monólogo interior, el encabalgamiento de planos, la proyección simbólica, etc.

Bajo el conjuro de idénticas experimentaciones verbales, el caleidoscopio de la conciencia ha girado mil veces sin superar, en apariencia, la maestría de Joyce. Hasta el punto de que cabe preguntarse si no es verosímil el juicio de Eliot, en el sentido de que el *Ulises* representa el límite de un género, o al menos de una línea importante de la narrativa contemporánea. Pues nadie ha llevado más lejos que él la encarnación del antihéroe y la disolución interna del personaje. En nuestra América tenemos los intentos recientes de Carlos Fuentes y Julio Cortázar, sobre todo de este último, que en la búsqueda de una antinovela más radical lleva camino de perderse en un juego de espejos infinitos. Es dudoso que la novela pueda tener un destino en la reiteración de este problematismo indefinido, que pulveriza al personaje y hace al hombre, a fuerza de desintegrarlo en el laboratorio de la palabra, cada vez más complejo, pero cada vez menos misterioso y, por tanto, menos participable.

### III

#### EL HOMBRE, PROBLEMA Y MISTERIO

El personaje humano se esfuma, pues, bajo la disección del análisis psicológico, de la fenomenología de signo existencial y, finalmente, bajo la observación conductista del *nouveau roman*. Le ocurre lo que a las cosas bajo la ente de las ciencias empíricas: entregan al intelecto un espectro cuantitativo y epidérmico, escondiendo su misterio que sólo se abriría a un sentido reverencial —religioso— del universo. Se angosta así para la narrativa un sentido que no en vano la

humanidad ha ligado siempre a toda creación de arte: el sentido del misterio y de la revelación por la palabra. Kafka, por ejemplo, dentro de toda su pesadilla aún conserva este sentido intensamente "religioso"; sus descendientes, que ya no son "autores sagrados", parecen haberlo perdido. Jean Cau se vale de esta clave para interpretar la crisis y decadencia de la novela, de la literatura, del arte europeo. El arte, dice con Borges, es la inminencia de una revelación que no se produce. Que está a punto de producirse de obra en obra. ¿Revelación de qué? Del misterio: del rostro de Dios y del hombre; de la respuesta final. El arte vive de esta inminencia de lo absoluto.

"Y era formidable —habla Jean Cau— esa interrogación que rodaba de siglo en siglo y que planteaba siempre la misma pregunta, en la espera de la respuesta imposible. Hoy sabemos que no tendrá lugar la revelación; la obra no encierra más la inminencia de la respuesta. Es una pura pregunta, un signo de interrogación abstracto y frío... El arte contemporáneo es un gigantesco signo de interrogación, una pregunta a la pregunta. Nada más que el signo de una angustia sin pretexto, a la cual se da una respuesta desnuda de sentido. Absurdas preguntas y, por lo tanto, respuestas absurdas. El puro signo que se erige para significar la nada... Dios, el supremo sentido, ha sido expulsado brutalmente y la obra se ha quedado desierta de la antigua presencia. La caparazón de un Dios muerto y devorado por la sal de todas las dudas. Aun si la aproximáis a la oreja, no escucharéis más el rumor de las invisibles olas de la divinidad".

La literatura problematiza el sentido del existir, intenta comprenderlo y aun a veces forjarlo, cambiar el mundo por la palabra. Pero se anuncian mil revoluciones del verbo, y ninguna de ellas cambia nada; son revoluciones de laboratorio. La última consigna —todo lo efímera que se quiera, pero fiel al pasado inmediato de la novela europea— es observar desde fuera, sólo observar: el *nouveau roman*, la idolatría del objeto puro. Enterrado por inútil el análisis psicológico del presunto yo del personaje, se trata de registrar los objetos y las conductas exteriores —behaviourismo— como una cámara cinematográfica que desfila ante los gestos, cosas, palabras, superficies, colores. El narrador se prohíbe inquirir el interior de las vivencias de sus propias creaturas, sus motivos, sus reacciones, su existencia; el ojo natural y científico de Robbe-Grillet se contentará con deslizarse por la superficie de los objetos puros, incluido entre ellos el hombre. Y el hombre, entonces —suprema alienación— desaparece en beneficio de su coseidad; el propio lenguaje de la imagen y la metáfora se anula en aras de una prosa exacta como un instrumento de laboratorio. No hay hombre, no hay personaje.

La objetividad científica, he allí otra tentación literaria que, en tiempos de

deshumanización por el cientifismo y la tecnología, converge en la desaparición del ser humano. El alma con sus pasiones y decisiones fue el gran tema, el único tema de la literatura: tema viable en la medida de sus reservas de misterio. En cuanto éste existe, la literatura significa un medio de revelación, y posee entonces un dominio propio que ninguna disciplina científica podría arrebatarse. Las novelas de Dostoievski nos revelan más sobre el alma humana que todas las ciencias de su tiempo. Si hoy nos cuesta encontrar un ejemplo de igual proporción, ello no se debe tanto al avance científico de nuestros días, como a la descompresión de las intimidades de la existencia. Cuando la literatura abdica del sentido del misterio y transforma al hombre en problema y en objeto (uso estos conceptos en la acepción ya clásica de G. Marcel), la ciencia entra a disputarle el terreno con todas las probabilidades de vencer. La novela va haciendo del hombre un *puzzle* infinitamente complicado, tanto que ya nadie sabría armarlo; pero es cada vez más ciega a su misterio, lo cual la desarma ante la invasión todopoderosa de las ciencias de objetos.

La sicología, la siquiatria y la sociología le arrebatan al hombre problemático. Los escritores se defienden a su modo: incapaces de recobrar el sentido del misterio humano, deben inventar nuevas complicaciones del problema humano que no hayan caído aún bajo la lente del científico. De allí, dice Jean Cau, esa "carrera contra reloj entre la clínica y la literatura". Esta debe prodigarse en la invención de locos, paranoicos, mitómanos, drogados, afásicos, alcohólicos, perversos sexuales, esquizoides, etcétera. Todas las sutilezas coprolálicas y subliminales son pocas en esta carrera perdida de antemano. ¿A qué complicar más las perturbaciones y disecciones de antihéroes de un día que, carentes de todo misterio, la ciencia captará tarde o temprano en sus redes?

No hace mucho, el héroe se movía aún entre el Bien y el Mal bajo la forma de una libertad que se jugaba el todo en esta opción. "Los novelistas de hoy —dice Herbert Kubleby— han dejado de tratar el conflicto entre el bien y el mal, conflicto que es la primera razón de la novela, cuyo protagonista es la encarnación de esta lucha". Lo mismo ha dicho Maritain de la libertad de albedrío como categoría suprema de la empresa narrativa. Pero si en vez de la libertad que fluctúa entre el Bien y el Mal tenemos su anulación en el objeto —conductismo— o su glorificación como gratuidad pura —extraña al imperativo moral—, entonces desaparece el personaje en su sentido humano. Ciertamente que no faltaron, hace unos años, novelistas que se consagran a esta opción de la libertad entre los abismos de la luz y las tinieblas, sobre todo entre los cristianos (Bernanos, Mauriac, J. Green); pero su influjo literario se diría cosa pasada.

La novela cristiana "del pecado y de la gracia", según la denominación ya clásica, abordó por los años treinta y cuarenta el misterio humano desde una

perspectiva novelesca y dramática muy rica, pero ciertamente no exenta del sentido agónico y de la conciencia de crisis que hemos esbozado antes. Aunque no quepa hablar aquí de absurdo, en todo caso la angustia entabló en ella un forcejeo parejo y a veces triunfante sobre la esperanza. El alma cristiana, no obstante sus gozosas certidumbres, era desgarrada por conflictos a menudo mayores que los antagonismos del personaje profano. Las luchas de la carne en Mauriac y J. Green, la tentación de Dios y del demonio en Bernanos, las alternativas de la desesperación en G. Greene, con frecuencia igualaron los horrores del absurdo en la literatura antiheroica. En todo caso, si no el héroe, ciertamente existió entre ellos el personaje, el misterio del hombre solicitado por los abismos. En consecuencia, no cabe hablar aquí de desintegración: el héroe o antihéroe del bien o del mal, desesperado o fuerte, justo o pecador, es siempre lo que es ante Dios, y aun a los ojos humanos está lleno de un misterio que lo trasciende.

Esta salvedad no se limita a la novela de signo cristiano (que por lo demás no siempre estuvo, en su calidad formal, a la altura de su vocación revelatriz). Una buena parte de la novela actual no se ajusta del todo a las coordenadas con que he interpretado antes la disección del antihéroe. Siendo éste el tema de las presentes consideraciones, he cargado las tintas sobre aquellos casos, hasta cierto punto extremos en su propia línea, que más significan en el proceso de descomposición antiheroica. Un panorama integral de la novela contemporánea que se apoyara sólo en este énfasis sería parcial, y por eso forzosamente pesimista desde el punto de vista ético-religioso. Pues hay una parte notable de la novela de nuestros días que, enraizando en corrientes más tradicionales del género —y absteniéndose de declarar en bancarrota sus estructuras clásicas— las renueva y conforma a las actuales circunstancias sin sumir al hombre en el pavor de la nada ni al personaje en la desintegración. Quedan, así, relativamente fuera de los esquemas precedentes una gran parte de la novela norteamericana, hispanoamericana, rusa, escandinava, etc., más arraigadas en esencias autóctonas, así como una parte no despreciable de la propia novela europea. Todo lo que en narrativa ha podido llamarse "realismo poético" y "realismo mágico" en un sentido amplio, que comprende a autores tan diversos y lejanos entre sí como Pasternak y Mauriac, Lagerkvist y Carpentier, Hemingway y Andric, Hesse y Rulfo, Thomas Mann y Saint-Exupéry, ha discurrido por caminos más próximos al corazón humano y más reverentes hacia el personaje como estructura. Un panorama fundado sobre esas líneas no nos permitiría hablar con la misma soltura de la desintegración del personaje, y nos daría una visión hartamente más esperanzada del hombre y su protagonismo, de la persona y sus religaciones últimas.

## IV

## NARRACION Y RELIGACION

Por lo demás, juzgaríamos ligeramente si pensáramos que la narrativa no comprometida con la fe cristiana o aún hostil a ella, es ajena a sus misterios o por lo menos al sentido religioso de la existencia. La gran novela del siglo pasado, más afincada en una imagen compartida del hombre, más segura y optimista en cuanto al destino humano, y más confiada en la posibilidad interna del personaje literario, era también más arreligiosa y neutral, y podía prescindir mejor del mundo sobrenatural y del sentido de lo sacro: se bastaba a sí misma en la inmanencia del conflicto psicológico y social. Hoy la propia desintegración del personaje, efecto de una crisis de ultimidades en la existencia humana, hace más difícil esquivar el problema de Dios y de los lazos supremos de nuestra condición.

La seguridad psicológica y social del mundo de un Dickens o un Balzac se prestaba poco a las situaciones-límite del hombre frente al dolor, el pecado, la muerte y la eternidad; situaciones que, en cambio, han invadido la literatura contemporánea. De modo que, paradójicamente, el personaje desintegrado de nuestros días no evade fácilmente el enfrentamiento a Dios o aun a Jesucristo en su desesperada búsqueda de unidad interior, y es tal vez más "religioso", más religado que nunca. El ateísmo literario actual consiste rara vez en esa fácil prescindencia de antaño; se acerca más, cuando se da, al ateísmo postulatorio —de esencia trágica— de un Nietzsche, a la decisión de "matar a Dios" y a la militancia antirreligiosa, a la manera de los conmovedores personajes de Dostoievski. De modo que siempre se está lejos o cerca de Dios, de espaldas o frente a frente, pero difícilmente al margen. La literatura del absurdo puede ser considerablemente religiosa.

Así la frialdad analítica o fenomenológica de un Sartre no oculta en sus obras el exasperado esfuerzo de que Dios no exista, porque *no debe* existir, configurándose su obra entera como una tentativa de signo religioso, invertida pero presente en todas sus afirmaciones. Así la implacable vocación sexual terrestre de un D. H. Lawrence no está libre de un fuerte sentido de la sacralidad, por más que ésta sólo se intuya en el fondo de nuestros abismos animales. A. Huxley, H. Hesse y Simone Weil, desde perspectivas muy heterogéneas, no han dejado de vivir y escribir frente a una Divinidad de signo entre oriental y gnóstico, acercándose en diversos grados a una vía mística de índole aconfesional que les dé acceso a un Absoluto integrador de la desgarrada esencia humana.

Gunther Grass, Heinrich Böll y otros alemanes han intentado una enérgica literatura de protesta cuyo repudio a las lacras de la sociedad actual se funda

en una tácita o explícita invocación a los valores del Evangelio. Entre los ingleses, el propio Golding ha necesitado recurrir, en sus creaturas de ficción, a una versión antropológica del pecado original como principio clave de la existencia y de su expresión novelística. He apuntado sólo unas muestras dispersas del hecho. La afirmación de fondo me parece convincente: la literatura del personaje antiheroico, de la existencia problemática o del mundo absurdo, si bien revela una desintegración profunda de la conciencia que el hombre tiene de sí y de las cosas, está a menudo más cerca del sentido religioso —pecado y salvación, angustia y plenitud del hombre ante Dios— que la narrativa tradicional, mejor apoyada en el hombre y en el mundo, pero carente de la experiencia religiosa de las ultimidades del alma.

Esta afirmación puede paliar, desde un punto de vista teológico, el desamparado aspecto que ofrece a primera vista el personaje humano en la narrativa contemporánea. La presencia del cristianismo en la literatura, bajo la forma convencional o naturalista de una "creencia", hecho psicológico que se constata entre los demás atributos del personaje, hecho sociológico que se adscribe a otras coordenadas de un ambiente dado, ha desaparecido prácticamente de la creación narrativa. La misma que ha cuestionado al personaje tradicional hasta sus raíces, haciéndolo problemático en su estructura síquica y en su inserción social, lo ha abierto a una nueva forma de acceso a la experiencia religiosa y a los misterios de la salvación.

Se percibe, en la novela, la misma relación que en lo especulativo media entre el sicologismo y el sociologismo clásicos, por una parte, y la fenomenología y el análisis existencial de hoy por otra. Las conclusiones actuales tienen un signo pesimista y a veces decadente; pero entre un optimismo que hoy consideramos ostentoso, mal fundado y superficial, y un pesimismo que obliga a revisarlo todo hasta los cimientos, las posibilidades de la existencia cristiana aparecen con más autenticidad en la última alternativa.

La salvación de los personajes de Balzac o Stendhal, invulnerablemente terrestres, es un hecho anecdótico, casi risible en su sola formulación literaria; la salvación de los personajes de Kafka o Camus no carece de sentido, e incluso, al margen de la propia idea que tienen de sí mismos, es la sola cosa importante de sus atormentadas existencias. La "conversión" del antihéroe es, pues, posible y necesaria. Ello no ocurrirá en beneficio de una narrativa edificante o ejemplarmente heroica, sino a favor de la reserva de misterio y ultimidad que constituye al hombre como sujeto y objeto de la literatura. Proyectada en la esfera del lenguaje, esta conversión implica recobrar para la palabra el sentido del misterio, evacuando esa astrología narcisista y alejandrina de nuestras estéticas de

temporada; renovar esa veta secretísima del hombre, esa dimensión religada de su existencia, capaz de integrarlo como protagonista vivo de una historia y de devolver a la literatura su poder de revelación del ser por la palabra, por el Verbo.

## Cartas de Gabriela Mistral

Por gentileza de doña Adriana Phillipi de Eyzaguirre se publican aquí las cartas de Gabriela Mistral a don Jaime Eyzaguirre. El epistolario abarca desde 1940 a 1947, hipotéticamente... debido a que Gabriela no solía fechar explícitamente sus cartas. A lo más, daba el mes. Carecemos de los sobres, de manera que la fechación tiene que basarse en datos suministrados dentro de la carta misma, los cuales no siempre bastan. Faltan, además, las respuestas de don Jaime —sólo una se conserva—, lo que significa que no hacía copias de ellas, puesto que el archivo manifiesta el natural ordenamiento de los papeles de un historiador. De manera que no podremos participar del diálogo completo.

En vez de eso, un monólogo largo, en que Gabriela embiste contra España...!

Parecería imposible que una Gabriela Mistral, tan tajante en contra de esa España de donde tuvo que salir, antes de ser expulsada oficialmente..., y, más aún, criatura exacerbada en su indigenismo —fuese a aceptar diálogo con un hispanista criollo, que oficiaba sacramentalmente hacia Castilla. Sin embargo, a pesar... de sí misma, Gabriela podía vadear el hispanismo caudaloso de don Jaime, y acercársele para discutir —con unos respetos y unas cortesías inesperados, y que casi parecen a punto de una súbita colisión ideológica.

Pero se trataba de dos *convencidos*.

Era el caso de dos abanderados que estaban forrados en sus propias banderas.

Respeto y comprensión del derecho a defender su posición: así lo manifiesta cada carta.

Ni Gabriela cejó de la suya, ni don Jaime mitigó su entusiasmo, y seguramente ambos se sabían inoxidables de creencias. Otra vez el epistolario sorprende por su mera existencia. Es que por encima o a través de esas diferencias —que no “antipatías”— manaba una linda amistad antigua, que abarcaba a los Eyzaguirre como casta prócer. Y esa Gabriela, que podría a ratos parecer una

antiapellidos de casta ilustre, vuelve a asombrar con su lúcido eclecticismo: es amida que estima cabalmente las virtudes *chilenas* y *católicas* de ciertas familias aristocráticas que le saben a cosa más auténtica y más racial que las trepadoras y las advenedizas. Porque los veía arraigados en el paisaje moral y geográfico del Chile antiguo.

Pasma también este otro hecho: "el que Gabriela catara en don Jaime su vocación infusa de director de almas. Siendo ella persona indómita, exploradora independiente de otros continentes religiosos (Budismo, Vedantismo, Teosofía e Hinduismo), tendía a medicinarse sola, agarrando de cada religión o religioso, lo que había menester, con un eclecticismo precumenismo —Juan xxiii, más allá, incluso, de éste— excediéndolo."

Derechamente siente ella ese rango espiritual de don Jaime, y se lo declara: "...tengo que escribirle como una mujer vieja que *se confesase* con un sacerdote sabio pero joven. Ud. está lleno de cultura en lo divino y yo de tremenda experiencia humana".

En otra le afirma: "Pocos seres en este mundo tan opuestos como yo a Ud., hombrenuestro, Jaime Eyzaguirre. *Tan coincidentes tampoco*".

Ahí está compendiada toda esta bizarra fraternidad.

Vale destacarse las lecturas que hacía de los místicos nórdicos, tan poco conocidos por los católicos mediterráneos y los latinoamericanos. Místicos como Ruysboeck y Suso. A Ruysboeck ya lo conocía en sus obras. En 1927 publicó Gabriela un artículo llamado "Elogio del Agua" (*El Mercurio*, 23 de enero de 1927), en donde asoció la actitud reconcentrada de ciertas fuentes, con Ruysboeck "que escucha hacia adentro".

En cuanto al Oriente, hay una importante declaración en la carta xi: "Los hindúes me enseñaron con más fuerza que nuestro pobre catolicismo criollo español, que la sangre daña, en gotas, un suelo cualquiera, por leguas". Aprovecho para recalcar el desprecio de Gabriela hacia el catolicismo exportado por los españoles. En carta que reproduce Alone en *Los Cuatro Grandes de la Literatura Chilena*, se lee esto: "La clase, el tipo de catolicismo que dieron es el más bajo del mundo católico, y esa, la catolización, se pagó con las matanzas fantásticas que usted conoce, *aunque no las crea*".

Breves, apuradas, nerviosas; las cartas suelen flecharse en una comunicación relámpago. Obsérvese cómo Gabriela acelera el lenguaje, cómo lo reduce a la medida de su rapidez, ansiosa de dar la idea entera y de un solo envión. Aunque solía hacer borradores de sus cartas, no parece haberlos hecho para éstas que iban a persona íntima, y que no serían de mucha largura. Basta mirar su caligrafía como de ventolera...

Todo esto nos permite alcanzar su habla, el tono coloquial —tan distinto del sinuoso barroquismo de sus "Recados", por ejemplo.

Fecha. Todo es hipotético. La que aquí coloco como "primera", quizás sea de 1940 —por la mención que hace de Río de Janeiro, a donde llegó en abril de ese año. La "segunda", quizá corresponda al mismo año. La "tercera", en todo caso *precede* a la "cuarta", puesto que finaliza diciendo: "Sigo mañana" —de manera que la "cuarta" retoma el hilo de la conversación, "al día siguiente"? Dan la impresión de haber sido escritas una tras otra, en una especie de urgido intercambio, o desahogo. Quizás hayan sido espoleadas por la lectura del "León Bloy" (1940) de don Jaime.

La "quinta" carta... me hace dudar de la "primera", si nos atenemos al mero membrete: Niteroi. Gabriela comenzó a trabajar allí; después solicitó su traslado a Petrópolis. Bajaba a Río por asuntos consulares, literarios o de amistad.

La "sexta" carta podría fecharse bien si se halla el artículo de Bergamín. No he podido hacerlo. En todo caso don Jaime fechó esta carta al final: "XI, 1941".

En cuanto a la "novena", ella sería de 1946, que es cuando ella estaba escribiendo y publicando artículos acerca de animales y plantas de Chile. La mención al "O'Higgins" —que apareció en 1946— ayuda a fecharla.

En cuanto al encabezamiento de algunas cartas: "Sarita y Jaime" (suegra y yerno), puede ser un error. Más curioso es el vincular a don Jaime con doña Carmela Errázuriz, viuda de don Carlos Errázuriz. Demuestra una visión que abarcaba a tales amigos, en clan, unidos entre sí, anillados en torno de su carta. De allí que pase de uno a otro sin aviso.

#### PRIMERA CARTA.

*Jaime y Sarita, Dios los tenga en salud. Yo he pasado bastante mejor en estos días de Río. No sé cómo me trate este quinto verano tropical. ¿Están sanitos en esa casa? ¿Hay nietos, Sarita? Escribame Ud., así como yo, poco a poco.*

*Veo que comienza una campaña de prensa de los desterrados españoles. Es muy posible que no la ganen. Lo que a mí me pasma más en Franco es el que su conciencia militar-católica haya aceptado lisa y llanamente tener en el destierro a unos 400.000 españoles. No lo ha hecho jamás otro país. Brasil ha desterrado unos 3 ó 5 extremistas! México unos 50 en cada circunstancia. El hombre pagano ignora que el servicio estatal, al Rey o a la Falange, no puede emanciparlo de ningún deber profundo de cristiano. Quitarle a un hombre la tierra de sus pies es algo que cuesta decir: que cuesta precisar. Van seis años. En el destierro ha muerto Diez Canedo y la mujer de Bergamín entre los pocos que conozco.*

*Y temo que Bergamín también se nos muera, Jaime. Ya no tiene cuerpo. Sigo después. Les quiere mucho su Gabr.*

1940 (?).

SEGUNDA CARTA.

*Jaime bueno: en ese "absoluto" español la mitad a lo menos es soberbia químicamente pura. Y cada día yo sé más que la soberbia nos perdió antes de Adán, en el Ángel, y que la caída que ella causa es la vertical del Ángel, y que el trueque que ella hace en el ser mejor es realmente demoníaco. Ese hombre español, propietario siempre, heredero y retentor de la razón, actuando con poder, resulta de un lado grotesco, del otro blasfemo. Obran en sucursales de lo divino, cada uno, y eso es blasfemia. Y la escala de estos seres va desde Franco hasta mi cocinera monárquica de Madrid. ¡Se salvan de ella tan pocos! ¡Cómo costaba hallar alguno!*

*Jaime: viví allí asombrada, del 1º al último día, de que eso, eso, fuese precisamente la patria de los místicos —que son para mí la yema del alma europea. Hasta que supe que casi todos ellos tenían sangre judía. Estaban algo neutralizados. Lo mismo los beneficia mezclar la suya a la sangre italiana, a la inglesa y aun a la alemana, a la portuguesa también (Mire Ud. hacia Uruguay, también hacia Argentina). Hasta luego. El Señor los cuide. Gabr.*

1940 (?).

TERCERA CARTA.

*¡Tan querido Jaime Eyzaguirre! No tiene remedio: yo voy a escribirle a sorbos cortos, y así en tarjetas, cada vez que pueda. Porque casi me ahogo de este silencio en que vivo respecto de Ud., de esa casa santa en la que yo siento como si mi carne y no sólo mi espíritu, hubiesen vivido. Pero tengo que escribirle como una mujer vieja que se confesase con un sacerdote sabio pero joven. Ud. está lleno de cultura en lo divino y yo de tremenda experiencia humana. Y no por la edad, sino por lo visto en 22 años —22, Jaime— de andar el mundo. Me ha dicho alguien, aquí en esta casa de Ud., que un grupo de jóvenes nuestros ha formado una institución o caballería, si Ud. prefiere, o Santo Graal, para obrar —así, obrar— en el momento decisivo que vivimos. Hay otros datos que prefiero no poner. Me han asegurado de que todos esos mozos viven en una devoción de lo español viejo y actual. Sobra añadir más, Jaime de cabeza sutil. (Mi vista se fatiga con 30 páginas de lectura. No puedo más. Perdona, pues, lo árido y*

*enjuto de lo que le diga, a causa de esto) —dos veces estuve allí, en España, una vez por mes y medio (o dos, con mi estada en Mallorca)<sup>1</sup>. Después estuve más de un año<sup>2</sup>. (Sigo mañana) vuestra Gabr.*

CUARTA CARTA.

*Jayme (sic) muy querido: Digo, pues, que la última vez, viví con ellos. La primera vez anduve sólo entre gente selecta y casi buscada para mí por María<sup>3</sup>: la flor de la flor. Después, viví con todos, incluso tuve contactos con el pueblo. Jaime: ellos son terribles gentes. Ponga el terrible en lengua bíblica y piense, si quiere, al Jehová Judío. Pero sólo Dios tiene derecho a ser absoluto y ellos pretenden serlo, y lo son con frecuencia. Son el fuego sin el agua. Por esto ellos están devastados, como su paisaje castellano, que en estío es espantoso. Hicieron una guerra civil, los unos y los otros, vergonzosa. Perdóneme Ud.: de una crueldad de un tipo obscuro, que rebalsa las palabras. Los unos y los otros. Iguales, Jayme, en los hechos. Yo sé que diversos en los fines. ¿Pero quién me convence de que los fines absuelvan cuando los medios son de un horror que no consiente ni el examen por el alma, ni la cercanía del tacto, ni la mirada, Jaime? Hay un misterio, que como tal sobrepasa mi entendimiento, en la crueldad española. ¡Ay, esa España de lejía no es maestra para nosotros, no, amigo mío, no! Sigo después. Un abrazo a todos. Gabr.*

1940 (?).

QUINTA CARTA.

*Consulado de Chile.  
Niterói.*

*Caro Jaime Eyzaguirre: Harta vergüenza me da mi silencio con Uds. Pero a mi manera cumplo, pues no me separo un punto —a mi juicio, a mi parecer— de lo que Uds. buscan y quieren.*

<sup>1</sup>Gabriela estuvo brevemente en Madrid en 1925. Ramiro de Maeztu escribió un artículo titulado "Una Maestra", que apareció en *El Sol*, de Madrid, de donde lo toma el *Repertorio Americano*, para reproducirlo en su volumen 10, N<sup>o</sup> 4, 23 de marzo de 1925, 51-52. Comienza así: "Gabriela Mistral está en Madrid. Viene de México y va a Chile".

<sup>2</sup>La segunda estada es de 1933 a 1935, según consta en los oficios consulares conservados en la Biblioteca Nacional de Chile.

<sup>3</sup>María de Maeztu.

*Aquello salió en Estudios lleno de tremendos errores. Que no pase otra vez<sup>1</sup>. Ahí van unas Respuestas a una Encuesta... imaginaria de Uds. Cuiden más la corrección de pruebas. Ojalá eso les sirva. Si no, tírelo al canasto, sin ningún escrúpulo.*

*Pienso siempre a mi Sarita Phillippi con una reverencia mojada en cariño, en uno de mis más entrañables cariños chilenos. Dígaselo así. Y añádale que rece por mí. Las cosas que ocurren suelen echarme el alma a la ceniza. Mi vasco y mi indio me salvan y vuelvo a tener coraje para vivir<sup>2</sup>.*

*Querría que Uds. me ayudasen con una buena lista de libros encontrables (con direc. de Editoriales). Me hacen mucha falta los libros de Europa.*

*Un abrazo para todos Uds. Y para Scarpa y los otros del grupo.*

*Gabriela.*

#### SEXTA CARTA.

*Muy querido Jaime: Comencé hace mucho una larga... encuesta, por darme el gusto de decir varias cosas a "Estudios". Me embarqué en tanto que la ambición alargó y confundió el texto. Voy a enviarles unas dos partes breves. Y seguiré con el autorreportaje. —No crea que estoy ociosa: veo modo de ir moviendo a los comodones y las comodonas y de hacerles ver lo que se nos viene encima. Por desgracia, la mitad son nazis caches y darme cuenta de ello me da espanto. Paciencia un poco más. Un abrazo grande para todos Uds. Dios me les guarde.*

*Gabriela.*

*1941 (?).*

#### SEPTIMA CARTA.

*Muy queridos Sarita y Jaime: Van estas pocas letras para decirles mi recuerdo fiel. Octubre me lo llevó corregir y ampliar mis viejas Lect. p<sup>a</sup> Mujeres, que reeditan en Bs. Ars. Y este que viene se lo llevará (Dcbr. también) una Antología Ibero Am. para los yanquis. Ténganme pues, paciencia. Del mundo apenas espero: por detrás de los cables se ven pasar cosas oscuras y horribles. Recen Uds. y Dios les oiga. —Sobre el Bloy de Jaime yo deseo escribir un comentario breve. Mucho me gusta, mucho.*

<sup>1</sup>Debe referirse a "La política y el espíritu", aparecido en *Estudios*, Santiago, septiembre de 1940. La encuesta a que hace alusión seguramente es la entrevista "Cristianismo, Libertad y Cultura Clásica", publicada en abril de 1941.

<sup>2</sup>A qué desgracias o percances se refiere? Quizás a los sucesos internacionales del momento.

—Ahora esto: va un art. de José Bergamín. El hombre no anda bien económicamente y tiene 3 hijos y mujer<sup>1</sup>. Les pido no comentarlo, porque no llegue a ciertas gentes y las alegre. De la lista explicada que le mandé sobre Rev. y diarios chilenos, escogió Estudios aun cuando le dije que tenía recursos mínimos. El hombre vale mucho de pecho adentro. El art. adjunto es para Estudios. Publíquelo, Jaime. Si tiene Ud. con qué pagarlo (que sea de la Rev., no suyo) hágalo. Si tiene muy poco la Rev., me dice cuánto ella pone y yo añadiré el resto. Con el mayor gusto esta vez y las siguientes. Si la Rev. no tiene nada para pagar colabor., publíquelo igualmente. Yo pagaré al art. totalmente. Tengo a Berg. por un cristiano de los de L. Bloy —y además por el primer prosista español de hoy. Un abrazo. Les tengo conmigo siempre. Su Gabriela.

Poner sólo: Consulado de Chile, P. S. La Rev. no viene. xi, 1941. Petrópolis, Brasil. Yo voy a cambiar de casa en un mes más. Pedir mi dirección siempre a Edo. Frey. Gabr.

Tal vez sean todas del 41.

#### OCTAVA CARTA.

Tan queridos amigos: Muchísimas gracias de su carta buena. Yo dudo mucho de que Dávila pueda entender a Cruz Coke, católico, hombre con filosofía sabida, tradicionalista y moderno a la vez. Pero ojalá fuese verdad que se da cuenta de él. He callado esperando saber en qué paraba lo del Consulado General en Río. El titular se fue, pero con licencia y la tomará por 3 meses, hasta saber si gana o pierde las elecciones de Diputado. Vino, con nombramiento sin determinación, un Sr. Bordeau. Aquí creen que él quede por ser amigo muy personal del Presidente. Juliet era buen jefe y buen hombre. He callado también porque he tenido mucho trabajo en septiembre y la vista me da para muy poco. Oiga Ud. esto: estoy escribiendo sobre plantas y animales de Chile. Porque hablar o escribir de otras cosas da espanto. El espectáculo, así político como social y económico va en un derrumbe trágico. Y la gente parece loca, realmente alienada, mi doña Carmela, o bien demente. Cada día los entiendo menos. Viera qué pena me da saber que vuelven Uds. a Chile! Su casa le dará dulzura y descanso. Pero ¿cómo olvidar lo que pasa en la calle? Sólo la provincia la creo vivible. Vayan a la hacienda por un tiempo. El triunfo de la derecha con Alessandri da una pequeña esperanza. Pero ahora van al gobierno otros a realizar un nuevo Frente Popular. Y esto

<sup>1</sup>Parece que la fecha la agregase don Jaime. La mención a la mujer de Bergamín se choca con la enumeración que he ido tratando, ya que en la "primera" carta (1940?) dice "En el destierro ha muerto Díez Canedo y la mujer de Bergamín...".

ha matado a Francia y a España. Palma vino volando en seis días de México acá. Connie volvió a Puerto Rico. Ahora viene una ex alumna mía de Chile, María Urzúa<sup>1</sup>. Pobre Palmita ha bajado 12 kilos y eso sigue. Mucho desee irme a California. Pero Palma y yo invertimos aquí un dinero en casa y hay que liquidar eso. Vendido, nos iremos enseguida. Si logro traslado. Sigo mañana. ¡Les pienso todos los días! Su Gabriela.

3 de octubre de 1944.

#### NOVENA CARTA:

Amigos queridos: me dio mucha pena saber que Frei y Tomic van a las elecciones de Tarapacá unidos con aquella gente. Conocer a las personas de cerca es algo muy diferente a conocerlas en un club o un salón. Y yo tuve el triste privilegio de conocer a aquel futuro senador. El me ha dicho lo que considera inminente hacer: la revolución lisa y llana. ¡Y cuánto más, Santo Dios! Esos muchachos —la flor del país en lo moral— corren el riesgo de mancharse por años y quedar inutilizados para las cosas grandes. Porque el lodo en que estamos ha de pasar y había que esperar sin comprometerse con los peores. Doña Carmela: mi salud es algo inestable. El trópico me ha gastado toda la fuerza. O mi pobre corazón que busca sin hallar, de día y de noche, porque se fue Yin<sup>2</sup>.

No sé nada, amiga mía, y me debato en las tinieblas Debo mudar de clima, país y vida. Blanca me cuenta —es una mujer santa y lo sabe— que el grupo hispanizante de Santiago ha formado una especie de sociedad juramentada y de orden político. ¡Qué horror! Debe ser lo argentino pasado allá. Si Franco no cae, la llaga se irá ensanchando. A veces pienso en aceptar el convite de Victoria Ocampo. Si Uds. están en Chile hacia diciembre o enero tal vez fuese dable vernos. Pero en verdad yo no tengo energía sino para escribir. Voy cayendo en una atonía corporal. Sólo está viva mi cabeza. Yo les ruego procurar que don Carlos no jubile sino en caso extremo. Y no lo digo por interés propio. Vienen tiempos que la gente pura y con sabiduría en los servicios deben estar presente y en actividad. Todo esto sin pensar en

<sup>1</sup>María Urzúa, "Gabriela Mistral", *Litoral*, 2, abril-mayo de 1967, p. 6: "En 1944, llegué a su casa del barrio Independencia, en Petrópolis... y me correspondió ser su Secretaria... Palma Guillén, la valiosa diplomática mexicana, era la dueña de casa".

<sup>2</sup>Yin es Juan Miguel Godoy Mendoza, sobrino de Gabriela, hijo de un hermanastro suyo —nacido de la segunda familia que formara su padre, en Copiapó. Este muchacho se suicidó en Petrópolis, en agosto de 1943.

que Uds. sacrifiquen su salud allá en Canadá. ¡Pena de país perfecto, pero tan frío! Mi hermana está muy grave en La Serena. Tiene ya 70 años y es difícil que resista. A Río llegan por mes de diez a veinte y a treinta chilenos en opíparas comisiones. El pueblo está sencillamente en hambre hacia el campo. Les abrazo tiernamente.

Gabriela.

3 de octubre de 1944.

Respuesta a la 9ª:

5 de febrero de 1945.

Gabriela muy recordada:

Va este opúsculo como introito a la ruptura de mi largo silencio. Léalo todo, todo. Y después juzgue.

No existe más de lo que allí va escrito. Ni concomitancias con tendencias ni métodos que abomino, ni tenebrosos conciliábulos, ni juramentos terribles. No hay para mí otro juramento que el que por mí hicieron mis padrinos en la pila. Sigo libre, tremendamente libre ante las sollicitaciones y en el solo deseo de buscar únicamente el reino de Dios y su justicia. Siento que las pasiones (¡oh, las "místicas" pasiones de doña Blanca, su amiga!) busquen complicidades donde sólo hay independencia que yo hubiera querido ver en los que pudieron ilusionarme (e ilusionar a Ud.) un momento y que, por no esperar incontaminados su turno, hoy se manchan lamentablemente.

La abraza su amigo, que la siente en su soledad.

Jaime Eyzaguirre.

Carta décima.

Caro Jaime Eyzaguirre: Van a Ud. mis congratulaciones por el O'Higgins que todos alaban y agradecen<sup>1</sup>.

Y va, Jaime, un abrazo pascual en que pongo a todos y en el centro a mi Sarita. Abrazo de amor fiel, vivo y entrañable.

Un día nada lejano estaremos unidos en cosas que ni Ud. ni yo sabemos ni aun vemos hoy claramente<sup>2</sup>.

<sup>1</sup>La obra "O'Higgins" salió en 1946. Gabriela se halla en Monrovia, cerca de Santa Bárbara, California. Consta por sus oficios consulares, que tuvo grandes problemas para hallar casa.

<sup>2</sup>Frase casi sobrenatural...

*Yo mejoro de una segunda semiceguera, a Dios gracias.*

*Vuelvo a escribir hace un mes. Y hay en lo escrito recados expresos y táticos para Uds.*

*Ni intento contarles —para ser perdonada del silencio— las dificultades increíbles de mi instalación aquí. Del budismo me queda el aceptar y soportar mucho a título de deuda, de Karma...*

*Pensando a nuestras sagas desgraciadas —la criolla, la francesa, la italiana— a Uds. los pienso.*

*Recen por el mundo infeliz y loco, que parece un ebrio. Y alguna vez recen por mí.*

*Muy vuestra,*

*Gabriela.*

Undécima carta.

*Cara Sarita, caro Jaime: Leyendo ese artículo pensé en Uds. y en preguntarles qué cosa —grupo, centro— que no sea ni grande ni político ni mundano tienen Uds. allá. Para echar el brazo voleado hacia él. Me ha gustado mucho esa prosa, aun cuando no ando con todas sus ideas. México casi siempre es extremista, sea de un lado sea de otro.*

*A lo largo de unos 40 días —los de la crisis de Chile— también les pensé, sin saber que Uds. caminaban. Porque la tarjeta de Jaime fue anterior.*

*Ud. se reirá de que yo le llame así, mi Jaime. Pocos seres en este mundo tan opuestos como yo a Ud., hombre nuestro, J. E. Tan coincidentes tampoco.*

*Me temo que Ud. tenga demasiada lógica en el seso para aceptarme esa frase disparatada. Pero dentro de sus experiencias sobrenaturales, Ud. habrá sabido —y muchas veces— que el absurdo no existe desde el momento mismo en que se quitan las manos del guisado grueso —y caliente— de la vida chiquita. Saber eso le habrá quemado toda lógica.*

*Sarita mía, ya lo vio Ud. La latinidad está en polvo y ceniza y mañana tal vez esté en sangre. En mi dolencia pasé de año y medio, y en la más vivible de 3½ años, hay mucho de lo sospechado y de lo visto después en Europa. Allí tanto como en Chile yo dudo que sea tiempo de atajar la fiebre pútrida del comunismo a lo latino y a lo criollo. (Porque tal vez un día exista un comunismo alemán y otro nórdico con harta inteligencia y decencia —100 ó 200 años más.*

*Ud. querida y Jaime, pudieron ir a Bélgica. Y fueron a España. En sólo esta semana han venido dos llamadas de mujeres católicas y además burguesas pidiendo por 2 monárquicos en riesgo de muerte. Y no les sirvo para el caso, pero pedí, hacia los 4 puntos cardinales.*

*Los hindúes me enseñaron con más fuerza que nuestro pobre catolicismo criollo español que la sangre daña, en gotas, un suelo cualquiera, por leguas. Pero su España, querida y venerada mía, se puso hace siglos a matar y a morir. Y aquí paro. Porque no acabaría nunca. No, yo volvi a ser católica en Francia y en Italia. En puntos secos de la llaga francesa, existe una estrella blanca y posada que es ese catolicismo de los perseguidos y acosados. Entreverlo me dejó ahurie. El otro, el italiano me dio ciertas suavidades que necesitaba mi alma de piedra caliente, dura y achicharrada. Y del norte, he tenido varios rocios. Uno el maestro Eckart. Semiherético y humillado hasta hoy por algunos monseñores casi españoles. Tuve también mi Ruybroek (sic). Me faltan varios que algún día pediré a Jaime que me procure (Suso, por ejemplo).*

*La cura de Chile es cosa larga, queridos míos. Yo no la veré tal vez. Un cristianismo a base de un jarrito chico de cultura cristiana y de caridad es muy inválido para salvar. Crean Uds. que esta famosa descastada no olvida a su pueblo. Créanlo aunque calle por años con Uds. y no diga nada a los demás. A casi todos esos "demás" no les importo, pero son demasiados los que me detestan. Es inútil buscarles la cara para conversar con ellos. Eso yo me lo querría, oírles y responderles.*

*Un abrazo apretado.*

*¡Qué lindo es verles y qué oreo del alma saberles vivos y fieles aunque padecidos! Su Gabriela.*

*14 de noviembre 1947.*

*Debe ser de 1947, porque en ese año don Jaime fue a España.*

## Aproximación a la narrativa existencial de Eduardo Mallea

Es posible constatar el acercamiento de Mallea a los contenidos esenciales de la filosofía existencial, en muchos de los motivos más relevantes de su obra literaria. Las situaciones opresoras de la existencia humana, la falsificación de la vida del hombre contemporáneo, la hostilidad del mundo que le rodea, la soledad como anegamiento y como derrumbe último de la vida, son algunos de los puntos de contacto con dicha vertiente filosófica; pero al mismo tiempo, la búsqueda de la autenticidad del hombre y su regreso al mundo en una forma nueva y distinta de comunicación, la comunicación existencial.

El mundo que aparece en la narrativa de Mallea, es una realidad que se opone al personaje, pero que no queda lejana a él, sino que en cada uno de sus componentes está inserta una referencia a la propia existencia del ser. La familiaridad y seguridad del hombre en su mundo está quebrada; éste se presenta con un carácter inhóspito y extraño, con un carácter de amenaza y peligrosidad. Las ciudades aparecen como un "desierto populoso y edificado" y sumen al hombre en la soledad y el desamparo. El mundo, constituido por avenidas inacabables, con casas y casas y casas, y por rostros con gestos abstraídos, indescifrables, no se deja penetrar. En obras como *LA CIUDAD JUNTO AL RIO INMOVIL*, *TODO VERDOR PERECERA*, *LA BAHIA DE SILENCIO* y otras, el mundo que rodea a los personajes aparece como prohibido y el hombre no puede penetrarlo ni hacérselo comprensible.

Tal es la concepción de los filósofos existenciales, para quienes el mundo está desprovisto de un orden natural. Heidegger, por ejemplo, concibe el mundo como algo que limita la existencia del hombre e impide la armónica comunica-

ción entre ambos. La falta de orden natural del mundo, hace surgir en el hombre la necesidad de crearse su propio orden vital, exclusivo de él, pero al mismo tiempo la conciencia de su limitación por aquél, le lleva a la experiencia más dolorosa de su existencia. Tal es el caso, por ejemplo, del protagonista del cuento *Sumersión*<sup>1</sup>, un inmigrante llegado a la metrópolis, cuyo asombro frente a los mármoles y lujo de la ciudad, va a ser sustituido por una visión sombría y angustiosa, que no le presenta otra solución que la huida. Ana Borel, personaje de *Angustia*, no sólo siente frente al mundo la idea de rechazo que hemos señalado, sino que el mundo determina en ella una transformación física:

"Hacia la muerte del invierno, Ana Borel cambió de rostro. Buenos Aires se envolvía entonces en su gran hopalanda de agrura, yerta del frío último, como un cuerpo ya inmóvil. La época de los hielos anodinos, la brisa furiosa, el viento crudo, habían diezmado aquella cara joven, dilatándole los ojos, azotándola, devorándole la sangre, después de haber devorado, en su carrera del Pacífico al Atlántico, el verde de los campos desolados y salvajes"<sup>2</sup>.

En *TODO VERDOR PERECERA*, el carácter principal de la novela, Agata Cruz, piensa que el cuadro parejo de trigo, el nogal solitario en medio de la sierra, las grandes siembras sin vida, definen su propia isla, "su no mundo, su no vida, su negación de comercio humano". Mientras sueña con otro mundo, que tampoco es Buenos Aires —"ese otro desierto"—, mientras se queda a la espera de algo desconocido, que no sabe qué es ni dónde está, Nicanor, su marido, entabla su lucha contra la sierra calcinada por la sequía e invadida por los médanos, y ríe, porque ése era su modo de llorar:

"Aquella risa se parecía a las ramas secas del tala, a la tierra sin verdor, a la inmensa extensión cruda e inútil como un juramento"<sup>3</sup>.

El mundo que aparece en la novelística malleana es, fundamentalmente, Buenos Aires. La metrópolis está aludida o descrita en forma constante: plana y extensa, como una mujer echada de espaldas, inmensa y yerta junto al río, tornando todos iguales a sus habitantes, "todos blancos de silencio e interior desierto"; violenta para los recién llegados; sumida en su furiosa actividad, con sus inmensas multitudes arrebatadas hacia el centro. Acaso resuma la visión que de la urbe se nos presenta aquí y allá, la descripción que de ella hace Martín Tregua en *La bahía de silencio*:

<sup>1</sup>*La Ciudad Junto al Río Inmóvil*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1954.

<sup>2</sup>*Ibid.*, p. 134.

<sup>3</sup>*Todo Verdor Perecerá*, Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1945, p. 15.

"Dividida en incesantes entrecruzadas calles, inacabables y rectas, se marchaba horas sin encontrar, fuera de las letras de las enseñas y placas, motivo alguno de variación impuesta a la piedra por un ánimo impulsado según voluntad e inteligencia..."

"Día a día abríanse calles nuevas ensanchando los inacabables suburbios. Ningún designio particular les llevaba armonía, belleza, deliberación..."

"Y este multiplicarse de la piedra sin soplo humano que la batiera a su semejanza, de acuerdo con una inspiración y un puro estilo; este agigantamiento del cuerpo pétreo y sin alma, esta proliferación de la obra obscuramente salida de mano ciega, eran el elemento que imponía a Buenos Aires su densa y particular aflicción. Esta aflicción era un mutismo, un mutismo en toda ella de la inspiración, una constante decepción del espíritu"<sup>4</sup>.

Los elementos esenciales que caracterizan a Buenos Aires son en la obra de Mallea la monotonía, que va a comunicar a sus habitantes una lentitud interior, sumiéndolos en la mediocridad; su oposición al hombre, con el triunfo sordo de sus piedras; el reflejo de la banalidad de sus habitantes, manifestada en las fachadas de las casas, opulentas, pero carentes de armonía y belleza. Y sobre todo, su mutismo, su hostilidad, denunciando en sus calles la presencia de fantasmas circundantes, seducidos por la facilidad, la blandura, la vida desocupada y sin raptos.

Pero en la novela malleana también penetra Europa, y el escenario de ésta, si bien tan diferente a América, comportará otros elementos negativos. Ciertamente nos encontramos a veces con la delectación en el hallazgo de un bello paisaje, como el lago azul de Cernobbio, los jardines de las blancas casitas, la noche estrellada y fresca, o los helechos creciendo junto a las montañas. Martín Tregua encuentra en ese escenario aislamiento y tranquilidad, pero pronto termina por escapar de allí, hastiado de ese otro mundo, donde se introduce el "hotel" y donde no encuentra sino espectros fríos e insoportables.

"El hombre perdido entre casas en su soledad infinita; sus ojos, alucinados, fijos en el espacio interminable; y esa desolación —saliendo del ser— corriendo por las calles, habitando las casas, saturando con su oscura esencia el mundo. Eso se siente en las ciudades de Flandes, en Bruselas, se siente en Gante, en Iprés. Cada calle de Bruselas parece estar muerta en otoño, habitada por la presencia de esa muerte flotante e inmóvil"<sup>5</sup>.

<sup>4</sup>*La Bahía de Silencio*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1950, 3ª ed., pp. 394-395.

<sup>5</sup>*La Bahía de Silencio*, p. 65.

Es que en Europa y en América el mundo es el mismo: el escenario dramático, donde hay hombres representando, mujeres representando o viviendo quién sabe qué angustias, qué tormentosas aflicciones escondidas.

El hombre malleano, el de *La ciudad junto al río inmóvil*, *Fiesta en noviembre*, *Cháves*, *La bahía de silencio*, *La sala de espera...*, está enfrentado en una relación primaria con los otros seres, los que se oponen a la existencia individual de una manera más violenta y determinante que el mundo físico antes aludido. El elemento esencial de la comunidad es su mediocridad, su dispersión, su impersonalidad, que impide la autenticidad de la existencia. Símbolo de este mundo social, "tipificación exacta de los satisfechos", "de esta humanidad sin levadura", es Eugenia Rague, personaje de *Fiesta en noviembre* (1938). Ella representa a "esa manada perfumada y bañada", formada por políticos, embajadores, comerciantes, damas enjoyadas —multitud informe, con su comedia cotidiana de risas, con el brillo de sus sedas, con su vaciedad enmascarada por la vanagloria, el orgullo, la ambición. Mundo que hará meditar a Marta —hija de Eugenia—, llena de insatisfacción y fatiga:

"El planeta no es grande; son unas pocas calles que conducen hasta Saint-Honoré, hasta Bond Street, hasta la via dei Condotti, hasta la rue de la Boétie... unas pocas cabezas de aire raro e inteligente... unos cuantos libros ya leídos... unos contados lugares donde estar (...). Fuera de eso, nada, nada, más que la repetición de la fealdad, de la vulgaridad, de la estupidez. Los mismos gestos, las mismas palabras, la misma manera de mentir y justificarse por parte de toda la humanidad"... "¡Humanidad. Hombres, mujeres, criaturas: no valdrán nunca más que lo que valgan sus hambres..."<sup>6</sup>.

La única salvación para el hombre insobornable será el refugio en la soledad, proceso angustioso y orientador en la mayoría de los casos, pues desde allí el hombre luchará, rechazando el vacío de los otros y construyéndose en su propia interioridad<sup>7</sup>.

Esta concepción corresponde, en términos generales, a la manera cómo la filosofía de la existencia concibe la relación del hombre con la comunidad; ésta no es vista como algo valioso, como algo que nutre y favorece al individuo, sino por el contrario, como algo que impide la autenticidad de la existencia. "El ser con otros" parece como una forma de la "caída" y "perdición" en el mundo de que habla Kierkegaard.

En la novelística malleana es posible distinguir dos actitudes diversas: la del hombre que rechaza a la sociedad al sentirse amenazado y limitado por

<sup>6</sup>*Fiesta en Noviembre*, Edit. Losada, 3ª ed., Bs. As., 1956, pp. 29-30.

ésta, pero que termina por destruirse en su propia soledad, y la del otro, el hombre ideal de Mallea, que va a la soledad, con el objeto de encontrarse a sí mismo, para despertar a una existencia auténtica, y desde ella volverse al mundo social, en un nuevo tipo de comunicación, la comunicación existencial.

Es en Ferrier, personaje de *La bahía de silencio*, en quien Mallea ha presentado el símbolo de la humanidad integrada por hombres que han visto el derrumbe de todos los valores que estaban operando en el mundo. No es una casualidad que Ferrier sea un europeo, uno más de aquéllos que eran "la tripulación del fracaso, islas, esperanzas y tristezas aisladas". Su espíritu todo está invadido por la angustia de su vivir sin horizontes y por la imposibilidad de evadirse del mundo, y más aún de sí mismo:

"En todas partes vive la misma comedia siniestra. El olor que yo me tomo es el olor nauseabundo de toda una humanidad a estas horas. Hora de pequeños burgueses nauseabundos, que quieren ocupar el plano de arriba... ¿Qué hacer, qué se puede hacer? ¿Es que basta, es que bastaría con suprimirse? ¡No! No basta que desaparezca una mentira individual. Tiene que venir un fuego algo que nos consuma y nos limpie de putrefacción, de hedor, de farsa, de tantas mentiras en marcha!7.

Mallea ha señalado en Ferrier al hombre de carne y hueso que existe en nuestra sociedad actual y que puede corresponder al tipo del hombre decadente de la filosofía existencial; encontramos en éste la actitud de aquél que se echa encima la crisis, producto de la quiebra de valores, como una carga que hay que llevar hasta quedar aniquilado, como una pena que hay que expiar hasta la destrucción de nosotros mismos. Análogos son los casos de Gloria Bambil (*La Bahía...*), Agata Cruz (*Todo Verdor...*), Marta Rague (*Fiesta en N...*), Ana Borel (*La Ciudad Junto al Río...*), Consuelo Ortigosa (*Los Enemigos del Alma*).

Pero frente a esta actitud, está la del hombre forjador de una realidad nueva, de un mundo en marcha, formado por individualidades íntegras y constructoras. Mallea va a insistir en esta idea: el hombre debe buscarse a sí mismo, escuchar sus propias resonancias, sumergirse en su propio fondo, porque "quien no sabe lo que da, no da nada".

"No hay ni siquiera un olor en la tierra que no posea una intrínseca sabiduría de su fin. Por eso es necesario hacerse, distinguirse. Y este hacerse por el conocimiento será un duro combate surgido ante la demanda de las grandes

7Op. cit., p. 359.

preguntas sobre nuestra conducta y sobre nuestra labor; hemos de saber quiénes somos, quién es el hombre que irá en nosotros vestido de combatiente, a quien haremos enfrentar la vida nueva o la muerte”<sup>8</sup>.

La soledad no puede quedar como última meta. El hombre, liberado de la opresión de la masa, busca la soledad, encuentra en ella su propia autenticidad y vuelve al mundo en la forma de comunicación existencial. Ha sido Jaspers, en el plano filosófico, quien ha puesto en relieve estos aspectos. Sólo en la comunicación existencial, absolutamente abierta, se hace patente a sí misma la “existencia” con el otro, y sólo en esta patentización se realiza propiamente. “Yo soy sólo en cuanto estoy en comunicación con el otro”<sup>9</sup>.

La plena realización de estos motivos la encontramos en *Rodeada está de sueño*, que comprende dos partes: *El alejamiento* (1944) y *El retorno* (1946). La primera es el proceso de la huida a la soledad, en que el hombre se encuentra a sí mismo; la segunda, supone el regreso al mundo, convencido el personaje de que “Todo lo que fuera existe es lejanía; pero a todo lo que afuera existe, pertenecemos”<sup>10</sup>.

Hay otro aspecto característico en los personajes de Mallea, que influye poderosamente en sus relaciones vitales con los otros seres, y es la conciencia de hallarse ante determinadas circunstancias, que les son propias a su personal existencia y de las cuales no pueden sustraerse. Es lo que Jaspers ha llamado “situaciones límites” y que no son situaciones en que el hombre se encuentra ocasionalmente colocado, sino que están ligadas íntimamente a su realidad interior. Define Jaspers la “situación” como una realidad, que no es física ni síquica, sino ambas cosas al mismo tiempo, como la realidad concreta, que para la existencia significa daño, ventaja, posibilidad o limitación.

Los personajes malleanos sienten la “situación” como una deficiencia dolorosa en sus vidas, como una limitación, problema que se hace especialmente explícito en las figuras femeninas: Gloria Bambil, Agata Cruz, Ana Borel, Serena Barcos, Consuelo Ortigosa, etc., son personajes frustrados, inhibidos o atormentados por situaciones en las cuales se han enraizado sus existencias, o de las cuales quieren escapar, porque ellas comportan a su vida agobio y opresión.

Analicemos, por ejemplo, el caso de Gloria Bambil. ¿Qué es para Gloria la vida sino una sucesión de cuartos? Algunos son más grandes, más libres; otros más pequeños, más reducidos, pero todos con sus paredes, donde las ansias individuales se estrellan. Se puede pasar de uno a otro cuarto, o asomarse a la ventana, pero no salir. Puede cambiar la situación, pero el carácter de prisión de la

<sup>8</sup>*Rodeada está de sueño*, Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1945, p. 45.

<sup>9</sup>Jaspers, Karl: *La Filosofía*, Breviario del Fondo de Cultura Económica, México, 1953, p. 73.

<sup>10</sup>*El Retorno*, Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1946, p. 39.

situación permanece. Esto nos recuerda lo que Jaspers ha puesto de relieve: "Por el hecho de que la existencia humana es estar en una situación, no puedo nunca salir de la situación sin entrar en otra". Para este filósofo, las "situaciones-límites" están referidas a nuestra existencia definitivamente, por eso son límites, porque no se las puede dominar, porque son como un muro contra el cual nos estrellamos.

Para Gloria Bambil la palabra "libertad" está desprovista de sentido:

"¿Qué libertad? Primero estamos en un cuarto anterior a la vida, y después en un cuarto que es la carne materna, y después en otro cuarto más, el último. ¿Qué libertad, por Dios? ¿De qué libertad hablan? La vida también es una serie de cuartos. Tampoco esto tiene que ver nada con la libertad. Nada. Algunos encuentran cuartos que parecen sin paredes. Son los que se sienten más libres. Cuartos grandes, ¡eso son! cuartos grandes. Otros encuentran cuartos chicos que le parecen grandes por la decoración o porque no están solos. Otros creen que el cuarto está abierto, porque tienen un espejo Pero todos, todos son cuartos; una sucesión de cuartos, siempre cuartos. De pronto, en la vida se entra en uno más espacioso que el anterior; por lo general, inmediatamente viene otro chico y los cuartos pueden ser salones tales que deslumbren a todo el mundo de tanto que parezcan la libertad. Pero siempre cuartos, siempre cuartos. Ahora, la vida, sabes, es como una dueña de casa de pensión; la vida es la gran hotelera. Te recibe bien o mal según su genio. Ese hotel también se puede pagar bien y conseguir mejores cuartos; pero lo que la hotelera no deja es que pueda haber otra cosa que cuartos y cuartos y cuartos..."<sup>11</sup>.

Gloria sabe que hay otros cuartos mejores que los que a ella le han tocado, pero cree que es una inutilidad pensar en pasar a ellos; se arrastra en los suyos, sin poder ni querer salir y su único posible fin es el suicidio.

A veces, la "situación límite" del personaje no es sólo propia de él sino que afecta a todo un grupo humano; en la narrativa de Mallea, la más característica es, en los personajes femeninos, la limitación que impone el propio sexo.

Desde Aristóteles hasta nuestros días, se han escrito no pocos tratados, acerca de "la mujer", honrándola o despreciándola, pero siempre considerándola como un sexo con una naturaleza especial, como un "problema" que ha resultado de toda su historia condicionada por la soberanía del hombre. Simone de Beauvoir ha señalado las causas. En los tiempos prehistóricos, por virtud de su fuerza física, eran los hombres quienes dominaban; fueron ellos los que crearon los valores, los usos, las religiones, para regular las relaciones humanas. El varón

<sup>11</sup>*La Bahía de Silencio*, p. 537.

es el "homo faber", el inventor, que quiere dominar la naturaleza y forjar un futuro. La mujer viene a ser el sexo dependiente, cuyo destino está determinado por virtud de los proyectos, necesidades y apuros del hombre. Los más antiguos testimonios muestran los juicios desfavorables acerca de la mujer. Platón agradecía a los dioses no haber nacido esclavo ni mujer, y en el *Timeo* se encuentra esta afirmación: "De los nacidos varones, aquéllos que fueron cobardes o pasaron su vida en la injusticia, con toda posibilidad se transforman en mujeres en su segundo nacimiento". Pensemos también en el antifeminismo tradicional del judaísmo y en el lugar disminuido que ha ocupado la mujer en los pueblos islámicos. En el concepto de Schopenhauer, quien ha llamado a las mujeres "sexus sequior" —el segundo sexo—, inferior en todos los aspectos al hombre. Y hasta en los juicios de Kant, para quien la mujer está menos dotada intelectualmente y moralmente es inferior al hombre.

Podríamos multiplicar las referencias. Todas demuestran que ha persistido el concepto general de la inferioridad del sexo femenino, de tal modo que muchas mujeres reniegan de su propio sexo. Esto constituye una situación-límite, que afecta a varios personajes de la narrativa malleana, quienes derivan generalmente a un sentimiento de angustia, como si no existiera sino el vacío con su espantosa soledad y desamparo.

"¿Por qué la mujer es un ser reducido a la espera?" —piensa Agata Cruz. "¿Por qué no podía salir a averiguar por su cuenta la cantidad de ilusión que podía permitirse? ¿Por qué una mujer de veinte años es inferior a una loba, a una garza, a una hembra de animal andariego, las cuales deciden a solas por el campo de Dios su libre elección del camino? ¿Por qué la hembra de la especie más alta es la más prisionera?"<sup>12</sup>.

Sin embargo, en este mismo estado de angustia, hay un elemento de fertilidad; y es que la angustia saca al hombre de su vegetar cotidiano, lo deja a solas consigo mismo, y en esa soledad encuentra la libertad para construirse una existencia auténtica.

La gran esperanza de Mallea está cimentada en el progreso de la causa humana; en su aspiración a que en medio de tanta destrucción, de tanta muerte, se escuche un canto, un canto de fe, de amor, de paz creadora, y en que todos los hombres sean "compasión, libertad, sueño, camino".

<sup>12</sup>*Todo Verdor Percecerá*, p. 39.

*Fernando Tola de Habich y Patricia Grieve*

## Sobre la novela española e hispanoamericana

(Opiniones de J. M. Caballero Bonald)

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD nació en Jerez de la Frontera en 1926. Durante varios años fue profesor de literatura española e hispanoamericana en la Universidad de Colombia. Sus libros de poesía han sido recogidos en *Vivir para Contarlo* (1969), y en su momento merecieron el Premio Boscán de 1958 y el de la Crítica de 1959. A su única novela, *Dos Días de Setiembre*, le fue otorgado el Premio Biblioteca Breve de 1961. También ha realizado investigaciones sobre folklore andaluz, publicado monografías sobre música popular española y dirigido un archivo de grabaciones.

*De estatura mediana, con barba, vestido deportivamente, José Manuel Caballero Bonald nos recibe en su departamento de Madrid. Su esposa ha salido de compras dejando a su cuidado a Miguelito (3 años), el menor de sus hijos. Mientras la esperamos conversando sobre diversos temas y la novela en que actualmente trabaja, Miguelito juega, se engríe cuando le hacemos preguntas, y desordena todo lo que tiene al alcance de la mano. Caballero Bonald lo contempla con ternura y, mostrando una gran paciencia, le hace caso en todo lo que le pide el chico. Darie Novăceanu, poeta rumano que está alojado en la casa, se acerca a saludarnos y permanece un instante con nosotros. El departamento es alegre, luminoso, decorado con objetos de artesanía española que armonizan perfectamente con las plantas y libros que abundan en el salón-biblioteca, en donde conversamos. Cuando llega la esposa, nos invita café y se encarga de Miguelito, comenzamos a interrogar a Caballero Bonald sobre literatura, para así ir acercándonos al tema que hemos venido a plantearle; él lo absolverá con seguridad*

*y, por momentos, adoptando el tono profesoral que debe haberle quedado de su experiencia pedagógica en Colombia.*

*—Quisiéramos saber qué piensa Ud. del boom.*

CABALLERO BONALD. No me gusta, por lo pronto, esa palabreja para definir algo que tiene tan fácil equivalencia entre nosotros: auge, florecimiento o algo así. Bueno, eso es lo de menos. Lo que importa es que se ha producido una evidente y repentina alza de valores y que todo eso obedece lógicamente a un cambio de perspectivas histórico-literarias o, mejor, al reajuste de todo un proceso cultural. El hecho de que empiece a circular por el mundo un balance novelístico latinoamericano como el que se ha verificado en los últimos seis o siete años, hace pensar como primera medida, que esa literatura responde a una especie de reactivación de ciertos sedimentos culturales dentro de unas precisas circunstancias sociológicas. Por muy distintas razones, algo similar ocurrió en tiempos de Rubén Darío, si mal no recuerdo. Hace unos diez años, cuando yo vivía en Colombia, asistí muy de cerca a ese paulatino renacimiento de una literatura cuya pujanza se correspondía más o menos textualmente con un decisivo viraje de la historia contemporánea hispanoamericana. Poco después, llegó a Europa, precisamente cuando la decadencia o la crisis o el compás de espera de la novela se hacía más notoria por estas latitudes. Su acelerada difusión no pudo someterse a un sistema promocional más oportuno y casi me atrevería a decir que más contradictorio si nos atenemos a ciertas soldaduras ideológicas. Pero tampoco quisiera partir ahora del simplismo de este argumento. A mí me parece que, por una parte, el exótico repertorio de mitos que la literatura latinoamericana puso en circulación, poseía un atractivo muy especial, muy insólito en cierto modo, para el lector europeo (suponiendo que eso del lector europeo sea algo más que una entelequia) y que, por otro lado, se produjo una súbita atención a esa literatura a través de la atención que suscitó la revolución cubana. No quiero decir con esto, naturalmente, que la revolución cubana hiciera posible el hecho de que aparecieran en el continente media docena de novelistas particularmente lúcidos, sino que favoreció indirectamente su acogida en el mercado editorial, es decir, que se fomentó su real significación gracias a lo que significó la revolución cubana. No hace falta añadir que se trata de un hecho histórico independiente del valor de los hechos literarios en sí...

*—Entonces, en cierta forma, ¿ese auge tendría un origen político?*

CABALLERO BONALD. No, no es que tuviera exactamente un origen político, aunque en ciertos casos también pudo tenerlo, sino que se vinculó cíclicamente a toda una serie de transformaciones o, al menos, de síntomas evolutivos en el

seno de ciertas vertientes sociales latinoamericanas. Digamos que al enfrentamiento con una nueva problemática cultural, surgida en pleno subdesarrollo económico y beneficiada por el espejo moral de los cambios operados en Cuba, promovió una muy fructífera reflexión ideológica en los representantes de la nueva literatura. Casi todos ellos, por otra parte, hicieron declaraciones nada dudosas a este respecto. Claro que eso respondió por lo común a una actitud personal y no a un programa de política literaria. Me gusta repetir que la única resultante literaria válida de una revolución es la revolución que se opera en la literatura.

—*¿Habiendo esta relación entre la revolución cubana y el boom, cómo éste no afectó a los escritores cubanos?*

CABALLERO BONALD. A Lezama y Carpentier, por lo pronto, los afectó de algún modo, en el sentido de incrementar el interés por unas obras ya de por sí ejemplares.

—*¿Pero, y a los demás escritores?*

CABALLERO BONALD. También les sirvió de propicio cauce de expansión, dando por descontado, desde luego, que esos escritores lo son verdaderamente. Tal es el caso, por ejemplo, de un narrador como Reynaldo Arenas o de un poeta como Heberto Padilla. Incluso podemos considerar dentro de estos mismos indirectos estímulos a novelistas que ya no viven en Cuba, como Cabrera Infante o Severo Sarduy.

—*¿Pero en general...?*

CABALLERO BONALD. Insisto en lo mismo: esos escritores se han movilizado primordialmente porque tenían el suficiente talento para circular con muy considerables merecimientos. Pero la misma historia social contemporánea les proporcionó un excelente canal para que sus obras se difundieran más fecunda y aceleradamente de cómo lo habrían hecho sin esos naturales trampolines. ¿Me explico? No estoy fabricándome ningún tipo de objeción, que quede claro; me limito a relacionar un inventario artístico con un inventario sociocultural que, de una u otra forma, ha contribuido a fomentar la justa propagación de una literatura excepcionalmente prolífica. Pero repito que, en último caso, esa literatura habría llegado a funcionar óptimamente, aunque de un modo bastante menos espectacular, sin otra ayuda que su propia validez.

—*¿Qué importancia daría Ud. al factor publicitario en el éxito del boom?*

CABALLERO BONALD. No sabría contestar a esa pregunta sin caer en falsas generalizaciones. Se ha planteado muchas veces todo eso de las trampas capitalistas, de las manipulaciones económicas dentro de cierto sistema de colonialismo cultural, etc. Pero tales manejos pueden producirse al margen de aspecto, digamos superestructural de la cuestión, que es lo que debe constituir, profesional e ideológicamente, el punto de arranque de todo escritor consciente. Si a una buena novela se la lanza al mercado a través de un buen tinglado publicitario, ¿cómo no vamos a darle importancia en principio, y soslayando cualquier otro factor de contaminación económica, a lo que nació para ser consumido por el mayor número posible de destinatarios? Bien. Como todos sabemos, no pocas editoriales —Fondo de Cultura, Sudamericana, Alfa, Losada, Monte Avila...— empezaron por fomentar muy eficientemente el consumo de una narrativa cuya más alta y provechosa función social residía precisamente en su propia y saludable revitalización del género. El ejemplo se extendió hasta reactivarse en la óptima coyuntura de las ediciones cubanas. Ese lanzamiento fue muy oportuno: la publicidad se potenció ideológicamente y, de otro lado, se produjo en uno de esos previsible y periódicos ciclos de agotamiento por los que atraviesa la literatura; en este caso, y al menos en apariencia, la novela europea.

—*¿Piensa Ud. que el interés se inició en Latinoamérica antes que en España?*

CABALLERO BONALD. Bueno, yo estaba refiriéndome, en principio, a las editoriales latinoamericanas, pero aquí, en España, Barral secundó e incluso sumó nuevos empujes a esa política editorial. Desde que Vargas Llosa ganó el premio Biblioteca Breve, en 1962, creo, las publicaciones de novelas latinoamericanas fueron constantes. Y no es un dato innecesario recordar que ese premio —el más garantizadamente serio de los que se otorgan en el país— lo obtuvieron también Cabrera Infante, Leñero, González León, Carlos Fuentes y no sé si algún otro. Claro que también todo eso sucedió un poco cuando era mínimamente sagaz rellenar un vacío casero con un estimulante material de importación.

—*Junto a todos estos factores marginales del boom, ¿cree Ud. que existe la calidad necesaria y excepcional que justifique la atención que está mereciendo?*

CABALLERO BONALD. Naturalmente que existe en algunos casos concretos y es posible que, a través de ellos, se haya sobrevalorado a veces la virtud del conjunto. Yo creo que en el seno de la nueva narrativa latinoamericana, con

todo lo poco rigurosa que es esta clasificación general, se ha producido una especie de sentimiento de autosuficiencia muy beneficioso a corto plazo, pero no carente de riesgos a la larga. De todas formas, es fácil citar individualidades de dimensión excepcional, cuya simple y enojosa comparación de superficie con sus contemporáneos europeos resulta más bien desairada para estos últimos. En términos exigentes, no existe una nueva novela inglesa, francesa, italiana y, mucho menos, española (hablo de 1970, no de 1972), es decir, que ya había un desequilibrio cuantitativo aparte de cualitativo. Yo siempre pienso que Latinoamérica, aún dentro de la constitutiva diversidad de sus nacionalidades, estaba prefigurada históricamente para que se produjese esa pujanza literaria en los últimos diez años, movilizadora muy de acuerdo con los sedimentos socioculturales de cada país y con ciertos unitivos resortes revolucionarios. Del mismo modo que pienso que, dentro de esa zona de círculos concéntricos o de oscilaciones pendulares en que se desenvuelve la historia de toda literatura, no tardará mucho en aparecer en un país europeo una narrativa de auténtica validez universal. No olvidemos que en el desarrollo lineal de la literatura se suele pasar del caos al orden o, al revés, de un máximo nivel de vitalidad a un paulatino agotamiento. Lo que no se sabe nunca es lo que va a durar esos altibajos de la salud, pero cabe sospechar que ese exuberante apogeo de la narrativa latinoamericana lleva ya implícito algún presunto síntoma de dispersión. Aunque, con perdón del vaticinio, no lo parezca por ahora.

—*¿Diría Ud. que tampoco existe una literatura importante en Estados Unidos?*

CABALLERO BONALD. Ignoro si es importante o no. Leo muy mal el inglés. Supongo que en Estados Unidos se ha mantenido una cierta continuidad cíclica, con mayores o menores lagunas en los objetivos literarios. Desde el admirable Faulkner, tan vigente todavía, tan magistral, han aparecido indudablemente novelistas de muy considerable rango; en muy buena parte, ellos han rectificado ese penoso destino de un Steinbeck y un Dos Passos, aunque tal vez hayan preferido la readaptación de modos literarios europeos a la exploración de equivalencias entre la problemática nacional y su contexto literario. Malamud, Bellow, Mary McCarthy, Purdy, Updike, Carson McCullers, Susan Sontag son buenas pruebas de ello: o mucho me equivoco o se afanaron por lo común en la elaboración de una especie de retablo de connotaciones yanquis con clisés europeos. Esa síntesis, aunque haya podido partir de la misma fuente (Kafka, Joyce), se ha orientado en Latinoamérica hacia una continuidad basada paradójicamente en una ruptura, en lo que se ha llamado la tradición de la ruptura. En Europa las co-

sas han ido por distintos derroteros, presionadas en parte por la saturación de unas sorpresas frívolamente exigidas a los productos culturales y en parte por un sedicente nihilismo. Me refiero, claro es, al exclusivo campo de la narrativa.

—*¿Sin este vacío de la literatura europea, se habría también producido el boom?*

CABALLERO BONALD. Bueno, claro, lo uno no es consecuencia de lo otro, pero se habría verificado obedeciendo a unos mecanismos de difusión bastante más lentos y dispersos. Hubiera sido un fenómeno más (individual, no general), intercalado entre otros, sin el poder de absorción que ha tenido hoy en algunos casos concretos.

—*Buscando un poco los antecedentes literarios que podría haber tenido el boom, ¿cree Ud. que de alguna forma estén entroncados, por decirlo así, con los escritores latinoamericanos de generaciones anteriores: Borges, Asturias, Carpentier; o más bien, es una aparición repentina?*

CABALLERO BONALD. No me parece serio aplicar a la literatura esa fantasmagoría de la generación espontánea. Incluso la rebeldía contra lo que se ha hecho es una consecuencia de lo que se ha hecho. En cierta medida, la nueva narrativa latinoamericana procede de la inmediatamente anterior. Pero entendámonos, esa raíz genealógica, nutrida de muy distintas savias importadas de Europa, no presupone que no se haya verificado hoy algunos radicales cambios de objetivos. Me refiero, sobre todo, al uso crítico de la lengua y al uso dialéctico de los personajes de ficción. ¿Cómo equiparar, desde este doble punto de vista, la actual novela latinoamericana con la escrita hace veinte o treinta años? Los planteamientos y los resultados son muy distintos, cosa que ya no resulta tan evidente si pensamos en Carpentier, en Borges e incluso en Asturias, aun sin perder de vista que la actitud crítica de los nuevos (llamémosles así) obedece a otra dinámica creadora, a otras fórmulas de auscultación mitológica de la realidad. Defender lo contrario también sería atrevido.

—*¿Ud. cree que antes del boom ya existían obras importantes en Latinoamérica, obras de la misma o mayor calidad?*

CABALLERO BONALD. No, no lo creo. Se habían producido ejemplos particularmente valiosos, sobre todo en la esfera de superación (por vía barroca) de las simplificaciones indigenistas del realismo o del costumbrismo, pero el viraje empezó a adquirir su actual remozamiento estético con los ya citado Borges y Carpentier. Es prácticamente imposible encontrar en ninguna otra literatura con-

temporánea una calidad de conjunto tan brillante como la representada por *Pedro Páramo*, *El Siglo de las Luces*, *La ciudad y los Perros*, *Rayuela*, *Cien Años de Soledad*, *Paradiso*, *Conversación en la Catedral*, *Cambio de Piel*, etc. Parecen claro incluso que, sin la existencia de ese excepcional balance, algunos otros novelistas precedentes de interés no habrían circulado con la intensidad con que ahora lo han hecho.

—*Buscando equivalencias en la literatura española, ¿cree Ud. que en estos últimos 30 años existan libros comparables a los que Ud. ha citado?*

CABALLERO BONALD. Prefiero no ejercitarme en esta especie de literatura comparada tan proclive a la petulancia o a la trivialidad. Pero, en fin, puestos a buscar, sería fácil encontrar motivos extraliterarios para obtener conclusiones de desequilibrio literario. La historia, madre o madrastra de la literatura, ha funcionado muy virulentamente entre nosotros: las crisis eran tan deseables como previsibles en el terreno novelístico y están a punto de zanjarse para bien o para mal. Bien; digamos que en Latinoamérica existen seis, ocho óptimos novelistas; en España sólo conozco a dos que pueden aproximarse a su mismo nivel, tal vez dentro de un año. Se trata de ejemplos individuales no de visiones panorámicas.

—*¿En todo caso, cree Ud. que puede hablarse del boom como de un conjunto generacional o más bien como casos aislados?*

CABALLERO BONALD. No, no juzgo mínimamente viable esa generalización. Ya señalé, creo, que ciertos datos del desarrollo sociocultural de esos países contenían muchos de los ingredientes necesarios para que se gestaran algunas narrativas nacionales de muy considerable validez. Las mismas coyunturas históricas, cierta conciencia de reajuste cultural prerrevolucionario, auspició un dinamismo estético realmente admirable y, por supuesto, un sentido del oficio ejemplar. Ese es el único nexo unitario que yo veo; no existe indispensablemente otro. La gran novela latinoamericana actual está hecha por grandes novelistas aislados. Que yo sepa, Vargas Llosa tiene muy poca relación con Cortázar, o García Márquez con Fuentes, o Benedetti con Cabrera Infante, o Lezama con Rulfo, etc. Si existen coincidencias, no son sintomáticas. En el fondo, constituyen un conjunto de personalidades cíclicamente agrupadas, con independencias unas de otras, por razones cronológicas y de comunidad lingüística. Eso es todo. Aunque luego podamos argüir que la actitud crítica de todos ellos frente a los instrumentos literarios sea bastante similar. Pero ésta es una cuestión de causa y no de efectos.

—*¿Habría alguna relación entre el auge de la novela latinoamericana y la crisis de la novela española, en caso de ser ésta cierta?*

CABALLERO BONALD. Desde luego que es cierto lo de la crisis de la novela española, pero lo que no veo por ninguna parte es su relación con el auge de la hispanoamericana. Son fenómenos coincidentes pero sin dependencia ninguna en absoluto. ¿Cómo podían tenerla? Ahora bien: lo que sí puede argumentarse o justificarse históricamente es ese paréntesis de letargo de nuestra narrativa abierto casi simultáneamente, pero sin ninguna correlación de fondo, con el ciclo de apogeo de la novela latinoamericana. Tanto aquél como éste eran afortunadamente presumibles, aunque por razones muy dispares. A no ser que haya algún susceptible que opere con herramientas geográficas. La única conexión que yo veo clara es que la última narrativa latinoamericana ha servido para movilizar o estimular ciertas formas de reflexión creadora entre nosotros. Verdaderamente le hacía mucha falta a los recalcitrantes.

—*¿Es Ud. amigo de los escritores del boom?*

CABALLERO BONALD. Bueno, más o menos los conozco a casi todos. Hemos coincidido alguna vez en reuniones internacionales convocadas para eso. Recuerdo, por ejemplo, que a Cortázar y a Benedetti los conocí en La Habana, a Rulfo y a Guimaraes en Génova, a Lezama y a Carpentier, también en La Habana, a Fuentes en París, etc. Mi amistad con García Márquez viene de más lejos, de mis años colombianos...

—*Ahora, nos gustaría saber qué opina Ud. de la obra de Cortázar?*

CABALLERO BONALD. A mí Cortázar me parece un escritor excepcionalmente lúcido, un estilista admirable. Vaya por delante esa afirmación para añadir que hay en su obra algo que me produce cierto intermitente malestar. No sé muy bien si se trata de una defectuosa administración de mis gustos o de una excesiva prevención contra los malabarismos del ingenio. Con independencia de las invenciones de cronopios y famas, por los que siento muy escasa inclinación, Cortázar utiliza con frecuencia su habilísimo dominio técnico como un arma de doble filo, es decir, explora en las sorpresas temáticas con unos instrumentos realmente magistrales y, al mismo tiempo, deje a veces demasiado visible el andamiaje en que se sostienen esas sorpresas. Es como una ingeniosa frivolidad que tal vez el autor se permite deliberadamente, en su vertiente lúdica, y que incluso alguien puede considerar como un atractivo más de su prosa. A mí me resulta tan innecesario como todo eso de las complicidades tipográficas. Pero, a fin de

cuentas, y desde el doble ángulo de la fundamentación mítico-cultural del estilo y del dinamismo creador, Cortázar sigue pareciéndome un escritor ejemplar.

—¿Cree Ud. que Rayuela es su obra cumbre?

CABALLERO BONALD. No, no me parece desde luego su obra cumbre, aunque sí su obra más ambiciosa y turbadora. La poética de esa novela es singularmente brillante, aun contando con que pueda abrumar un poco su trámite experimental. Me atraen muy poderosamente, sobre todo, sus ahondamientos críticos en la entraña de los personajes.

—¿Cree Ud. que Cortázar, para usar términos deportivos, es un escritor de poco aliento?

CABALLERO BONALD. Bueno, en esto también puede estar Cortázar un poco en la línea de Borges. Borges, consumado maestro en la síntesis del estilo y la fabulación, según es notorio, ni es ni será nunca un novelista, según es también notorio, entre otras cosas más alarmantes. No es que Cortázar sea un escritor de poco aliento, condición que posee en extraordinaria medida, sino que es sobre todo un feliz, audaz, deslumbrante intérprete de fragmentarios y terribles hondones de vida, un inteligentísimo dosificador digamos de misceláneas, siempre rebosantes de atracción artística y de sobrecogedoras penetraciones en los trasfondos de la realidad. (Por cierto: me interesa dejar constancia de que sus textos sobre los engranajes morales entre el escritor y la sociedad o la política son, a mi modo de ver, rigurosamente paradigmáticos). Pero no creo que sea un novelista en el sentido en que lo es, por ejemplo, Vargas Llosa, a quien juzgo la figura clave de la nueva narrativa latinoamericana.

—¿Al hacer este juicio tan elogioso sobre Mario Vargas Llosa, se basa en toda su obra o en alguna novela concretamente?

CABALLERO BONALD. Yo siento una predilección especial por *La Ciudad y los Perros*; sigo creyendo que es su novela más... ¿cómo diría?, más emocionadamente empeñada en una especie de reestructuración épica de la realidad. Pero también pienso que su obra más lograda, desde el punto de vista del empleo de la técnica narrativa como fórmula de indagación en la vida narrada, es *Conversación en la Catedral*. De todas maneras, siempre me resulta de lo más aleccionador el funcionamiento de toda su obra para conseguir engranar lenguaje y experiencia.

—¿Cuál le parece el mérito más resaltante de la creación de Vargas Llosa?

CABALLERO BONALD. Pues quizá ese engranaje. Y también su clarividencia para convertir la historia en mitología por medio de un trasvase literario prodigiosamente fecundo y coherente. La realidad peruana adquiere así un rango artístico de validez universal.

—¿Podría pensarse en un costumbrismo universalizado?

CABALLERO BONALD. Más que de costumbrismo, término siempre equívoco, yo hablaría de transposición épica de unas determinadas realidades sociales. Los episodios de filiación más o menos localista (en toda novela los hay), traspasan las fronteras de significación a través del tratamiento indagatorio a que los somete la literatura.

—¿Y de Carlos Fuentes cuál es su opinión?

CABALLERO BONALD. Me parece un novelista de más vario y movedido alcance. Casi me atrevería a decir que alguna novela suya ha deteriorado en muy buena medida sus restantes conquistas narrativas. El vigor del autor de *La Muerte de Artemio Cruz* no parece coincidir con las debilidades del que urdió *Zona Sagrada*. Tal vez prefiera de toda su obra *Cambio de Piel*, novela un tanto hermética a veces, como desarticulada deliberadamente en la maraña de la acción, pero donde Fuentes ofrece su máxima prueba de capacidad crítica para agredir el lenguaje, como él diría, para desmontarlo y volver a construirlo con un nuevo valor dialéctico.

—¿Y de García Márquez?

CABALLERO BONALD. Me confieso un devoto seguidor de su obra desde hace diez o doce años, cuando sólo se conocía de él, y muy restringidamente *La Hojarasca* y algún cuento. Pero ya estaban ahí los elementos constitutivos de su proceso de transfiguración poética de la realidad. Es posible que en *Cien Años de Soledad* pueda resultar a veces un tanto artificioso el juego de escamoteos del autor frente a sus personajes, es decir, esa especie de crueldad imaginativa, no me permitiré llamarlo satanismo, con que García Márquez configura un repertorio de datos humanos sin que él intervenga como cómplice en el fondo de la fabulación sino como testigo del delirio. Tampoco me siento tentado a partir ninguna lanza en defensa de estas vagas apreciaciones de lector. Como creación de un mito, de una síntesis simbólica, de un legendario ciclo socio-cultural de aniquilaciones, *Cien Años de Soledad* es una novela de una sugestión poco menos que inexcusable.

—¿Dentro del boom qué significado cree Ud. que tiene *Paradiso de Lezama Lima*?

CABALLERO BONALD. Recuerdo que hablaba hace poco con García Hortelano de la conveniencia de crear algo así como un club de lectores de *Paradiso*, no tanto por las complicaciones de la novela en sí como por la escasez de verdaderos conocedores de la novela. No se trata de ninguna *boutade* más o menos malévola. A mí, personalmente, y a pesar de su abrumador despliegue de influencias fantasmagóricas, pocos libros me han atraído tanto como *Paradiso*, no en su conjunto tal vez sino a rachas de alucinación, a través de esa magia verbal llevada a sus últimas consecuencias metafóricas y diabólicas. Comprendo que es una novela tan fascinante como compleja, no fácilmente abordable, pero su sistema poético, el despliegue de sus barrocas mitologías, es verdaderamente avasallador. Si el lector no se omnubila entre tantas lujosas orquestaciones lingüísticas, llegará a la zona del prodigio.

—¿Habrá una cierta relación entre *Paradiso* y *Gran Sertón: Veredas de Guimarães Rosa*, en lo referente a la lengua?

CABALLERO BONALD. No; *Paradiso* es como una situación límite, como la saturación de una mezcla cultural lingüística-mágica-erótica. *Gran Sertón...* es algo muy parecido a un libro de caballerías de los años 60. La reinención verbal, semántica, los modos narrativos entrecortados, las fórmulas de planificación rítmica, el tecnicismo como ingrediente de la acción misma, constituyen como una epopeya donde la realidad brasileña se ha incrustado en el virginal estupor de su propia recreación literaria.

—¿Sigue Ud. la literatura de los escritores más jóvenes de Latinoamérica?

CABALLERO BONALD. Sí, procuro seguirla, pero no creo que lo consiga con demasiado rigor. Lo que más me ha interesado últimamente de los jóvenes, que ahora recuerde, es *Trágame Tierra* de Chávez Alfaro; *Farabauf* de Salvador Elizondo; *El Mundo Alucinante* de Reynaldo Arenas, unos cuentos de Andrés Caicedo... Debo olvidar algo. Siento no haber podido leer aún *La Traición de Rita Hayworth* de Puig.

—Volviendo al boom en sí, ¿cuáles les parecen sus rasgos más característicos?

CABALLERO BONALD. No sabría concretarlos así en un esquema. Necesitaría meditar y luego escribir un libro. En principio, pienso que quizá lo más sobresaliente sea la integración de la experiencia en el lenguaje, su tratamiento crítico para

transformar la realidad en esa otra realidad potenciada por la literatura. Octavio Paz hablaba de esa peculiar actitud crítica del escritor latinoamericano frente al lenguaje. Es muy cierto. Con todo lo que eso supone de vitalidad, o a su través, se ha verificado la superación de los lastres de cuño indigenista o naturalista-rural que contagió hasta hace relativamente poco muy buena porción de la narrativa hispanoamericana. ¿No comenté ya antes algo de todo esto? Bien, tampoco está de más insistir. El temple crítico del escritor frente al instrumento lingüístico y el radical sesgo operado en la simbología humana de los personajes, constituyen para mí los dos esenciales puntuales del actual renacimiento novelístico de Latinoamérica. Las exploraciones de carácter técnico ya me importan menos, entre otras cosas porque es algo consustancialmente unido a la aventura estética de la lengua y aun a la revitalización de los condimentos literarios por los que se canaliza la realidad.

—¿Qué piensa Ud. de la profesionalidad de los escritores del boom, de esa dedicación casi exclusiva a escribir y a vivir prácticamente de la literatura?

CABALLERO BONALD. Pues que me parece una situación envidiable. ¿Cómo no me va a parecer envidiable que el escritor se dedique exclusivamente a hacer lo que tiene que hacer, dando por descontado que sus dosis de experiencias así se lo reclame? No faltan quienes piensan que ese holgado y voluntario exilio de muchos de ellos —García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Fuentes, Donoso, etc.— supone una especie de peligroso desarraigo o un dudoso sistema de eludir las exigencias de la realidad nacional. Se trata de un dogmatismo burocrático cuya simplicidad sólo es comparable a la de los que propugnan que un escritor revolucionario es aquel que toma parte activa en la lucha revolucionaria. No hace falta repetir que la primera obligación social y moral de un escritor es escribir lo mejor posible, bien entendido que su ideología se trasvasará de algún modo a todo lo que haga. Un escritor revolucionario es quien actúa revolucionariamente en su propia obra, cooperando así a enriquecer el grado cultural de sus lectores. El quehacer literario y la actividad política se pueden dar juntos, pero lo uno no presupone lo otro. ¿Estamos de acuerdo? Bien; entonces elegir un lugar de Europa o de donde sea para escribir (parece que Barcelona posee ahora el principal polo de atracción), no es más que el resultado de una opción perfectamente legítima. Cada cual escribe donde cree que puede hacerlo en mejores condiciones profesionales o con más garantizada comodidad. Incluso es posible que la distancia produzca ciertas imágenes bastante más provechosa en literatura que las que facilitan las perspectivas inme-

diatas. Yo escribí mi novela cuando vivía en Colombia y sospecho que ese alejamiento no dejó de beneficiarla de algún modo, a la vez que me beneficiaba también a mí.

*¿Cree Ud. que esa dedicación exclusiva pueda llevarlos a una cierta comercialización?*

CABALLERO BONALD. No, en absoluto. Ningún escritor de verdad deja de serlo por razones de éxito o a través de las fáciles incitaciones del consumo. No puedo imaginarme a ninguno de ellos escribiendo al hediondo dictado de lo que se ha venido llamando la industria cultural. Otra cosa es que todo eso se dé por añadidura.

*—¿No podría suceder, como en el caso de García Márquez, que la expectativa de los lectores influya de alguna manera en la creación?*

CABALLERO BONALD. Esa es otra cuestión. Incluso podría sospecharse que a García Márquez lo ha desbordado su propia y vertiginosa fama. Me imagino que todo eso debe ser, al margen de otro tipo de compensaciones, claro, particularmente incómodo para un escritor, sobre todo para un escritor como García Márquez, tan consciente de su oficio, tan enterizo en su vocación. Aislarse en ese imaginario recinto de la libertad creadora sabiendo que hay docenas de miles de lectores como en acecho de lo que se va a producir, debe resultar verdaderamente desconcertante, incluso corrosivo. Eso puede coartar a cualquiera, dotarlo de inquietantes fantasmas, condicionar su obra de algún modo. Creo que no es el caso de García Márquez: prefiero seguir teniendo una particular confianza en su obra futura.

*—Pasando a la literatura española actual, ¿a qué cree Ud. que se debe la situación por la que está atravesando?*

CABALLERO BONALD. ¿Se refieren a nuestro letargo novelístico, a todos esos síntomas que parecen abundar en la idea de que más de una decadencia estamos enfrentados a una bancarrota? Verán: yo creo que se trata de un problema cuya justificación histórica es tan evidente como ingrata. Los escritores de mi generación, los que éramos niños en la guerra civil, sufrimos, a partir de los años 50, el impacto moral de una situación en la que no habíamos tenido la más mínima participación y cuyo complejo de turbulencias repudiábamos. No hablo, naturalmente, en términos generales, sino con referencia a un grupo concreto y nada unitario, mal bautizado con la etiqueta del realismo social, crítico u objetivo. Para dar forma a ese violento desacuerdo entre una actitud moral y una coyuntura histórica, se programó la apresurada utilización de la

literatura según la vieja fórmula de luchar contra un determinado medio hostil denunciando sus vicios. Fue un desliz de muy franqueables disculpas y, en cierto modo, el único con que se podía dar entonces una respuesta de carácter más o menos ético a las contradicciones suministradas por nuestra realidad histórica. Eran tiempos muy confusos y virulentos: todo un proceso de desarrollo sociocultural había quedado interrumpido brutalmente. No existían asideros viables y el aislamiento impedía la normal tramitación de unos mínimos puntos de referencia. Se originó así una literatura de urgencia porque el medio exigía soluciones urgentes, es decir, se puso en funcionamiento una literatura de combate artísticamente indigente y, lo que es peor, llena de buenas intenciones, que empezó por cometer el consabido error de definir el realismo antes que las obras y no a partir de ellas; se confundió la ética con la estética, la gestión política con la función literaria. Todos sabemos que las sociedades retrógradas, constreñidas por ciertos idealismos de guardarropía y abruptamente despolitizadas, surge de pronto una literatura urgentemente politizada, en nuestro caso adscrita al más simplificado esquema del realismo, que fue más bien una afluencia del naturalismo indigenista, y cuya más acuciante servidumbre social parecía depender de su despojo de dispositivos estéticos. No todos los integrantes del grupo actuaron de la misma forma, claro es; en el fondo, la único que verdaderamente los unía era el arranque moral y, desde otro ángulo, un mismo conducto editorial: el de Seix Barral. Las consecuencias eran previsibles: no se produjo una literatura mínimamente válida desde el punto de vista artístico y, por tanto, tampoco fue socialmente útil. Pero insisto en su innegable justificación histórica dentro de la corrosión ambiental española de los años 50. Yo, particularmente, y aunque se me suele considerar al margen de ese tosco triunfalismo realista, no quise soslayar entonces su parte de impregnación moral. Para mí era como la constatación, no necesariamente literaria, de un comportamiento civil digno. Bien; la crisis no tardó en sobrevenir: era lógico y muy conveniente que sobreviniera, y no porque haya experimentado ningún cambio en profundidad nuestras confrontaciones sociales, sino porque la misma dinámica histórica propició la normal liquidación o el agotamiento de aquellas cuñas literarias ya taradas de origen. Creo que muy pronto van a concretarse algunos indicios reveladores en este sentido. Tras un largo paréntesis de sensatez y reflexión, se vislumbran algunas sólidas posturas renovadoras.

—*¿De alguna forma esas sólidas posturas estarían estimuladas por el boom?*

CABALLERO BONALD. Hasta cierto punto, sí, aunque de un modo indirecto, claro. La contemplación de un flagrante desequilibrio dentro de una misma

área idiomática suele favorecer la buena circulación de los estímulos. Por lo menos en los escritores que ignoran las tristes consignas de la miopía provinciana.

—*¿Pero existe un afán de equiparar como sea a los escritores latinoamericanos?*

CABALLERO BONALD. Pues no lo sé; nunca he prestado atención a esa palurda práctica de las carreras de obstáculos para aficionados.

—*¿Decía Ud. que cree que ya hay algo nuevo, al menos como indicación, dentro de la nueva literatura española?*

CABALLERO BONALD. Sí, estoy seguro, aunque nuestros particulares gustos por las ceremonias de la confusión enturbien siempre más de lo normal el horizonte. Yo soy consciente de que nosotros heredamos una deuda, es decir, una tradición degradada que hubo que liquidar para ir reemplazándola con la aventura si queríamos subsistir literariamente. Me refiero concretamente al campo de la novela, no al de la poesía. Y aun así, pienso que la poesía española se encuentra ahora en una encrucijada sumamente peligrosa; se han rescatado algunos elementos deteriorados por el mal uso, pero no se han abierto nuevas galerías dentro de las presuntas fulguraciones de la vanguardia. Creo más en el porvenir de la novela, a pesar de la escasez de síntomas. La línea de registros crítico-irónicos en torno a nuestras sacrosantas instituciones, que dejó esbozadas Martín Santos, puede tener continuadores de interés. Por otra parte, esos esfuerzos de agresión contra los osificados reflujos de la estereotipia lingüística, iniciados de algún preciosista modo por Sánchez Ferlosio, han encontrado una fecunda canalización en *Señas de Identidad* de Juan Goytisolo. En cuanto a la dignificación del estilo, a la auscultación experimental de equivalencias entre nuestro substrato cultural y la materia novelable, hay que aludir también a la tarea de Juan Goytisolo y añadir los nombres de Juan Benet, García Hortelano, Alfonso Grosso, Ramón Hernández y algún otro. Los trabajos en que ahora se ocupan anuncian afortunadamente un nuevo enfoque narrativo.

—*¿Y cuál es su opinión de Delibes, por ejemplo?*

CABALLERO BONALD. Me parece el más serio y noble escritor costumbrista español contemporáneo. Y no se trata de una clasificación peyorativa. El ha reformado con un inteligente acopio de nuevas aportaciones ciertas constantes históricas de nuestro realismo. Ultimamente, también ensayó una radical mudanza técnica en sus hábitos narrativos. Es una sintomática señal.

—¿Y de Cela?

CABALLERO BONALD. Me interesa mucho *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, un libro muy bello y turbador, muy artísticamente elaborado, cuyo calibre órfico-poético ha pasado prácticamente desapercibido.

—¿A qué cree Ud. que responde este boom de los escritores españoles en el exilio?

CABALLERO BONALD. Bueno, si han vuelto algunos es que les parecería bien volver. Nihil obstat. En cuanto a ese otro boom, supongo que debe tratarse de un usual y periódico manejo publicitario más. El editor, ya se sabe, necesita siempre lanzar al mercado un producto cuyo presumible atractivo garantice cierta difusión, y más en un medio tan mal informado y tan mal abastecido culturalmente como el nuestro. La novedad de la literatura latinoamericana iba exigiendo un montaje de alguna otra novedad, no porque aquella se haya extinguido sino porque la inicial atención que acaparó puede menguar. A mí me parece muy bien, por otra parte, esa recuperación de la narrativa escrita por nuestros exiliados; juzgo mínimamente correcto integrarla en el precario consumo de nuestros arrabales culturales. Casi todos nosotros, claro es, la conocíamos ya de sobra. Salvo algunos meritorios y aislados casos, yo siento una escasa predilección por la mayoría de sus obras. Ramón Sender, que es quizá ahora el más difundido, me interesa más bien poco.

(Madrid, 1970).

## El movimiento naturalista y la crítica española del siglo XIX

La crítica literaria es siempre marco de referencia adecuado para comprender un movimiento estético. Es ella, precisamente, la que encuadra una tendencia en su real configuración y alcance. Por tal razón resulta clarificador examinar históricamente las distintas valoraciones que tal o cual movimiento ha merecido.

¿Qué postula la crítica española de su tiempo frente al movimiento naturalista, tanto francés como español? Sabido es que el naturalista fue captado en España bajo prismas muy especiales. Se lo rechazó tomando en cuenta aspectos que definen una posición crítica decimonónica que en la Península fue determinante, pero que muchas veces nada tuvo que ver con una consideración estrictamente literaria. Bucear en la crítica de la época resulta, entonces, extremadamente útil. El naturalismo entrega una materia que, sin duda, es *brutal y fuerte*. Ello, como es de suponer, produce un impacto en el ambiente literario y cultural español. Razones espirituales e históricas influyen en el rechazo, teórico al menos, de una escuela literaria que iba contra sus creencias más íntimas y tradicionales<sup>1</sup>.

Revisaremos a continuación aquellas posiciones críticas que nos parecen más significativas. Todas ellas enunciadas en plena vigencia naturalista:

<sup>1</sup>Una información detallada, en cuanto a polémicas de la época, encontrará el lector interesado en *El Naturalismo Español* (Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, n. 86, Madrid, 1965) de Walter Pattison. Por otra parte, las 110 primeras páginas de *Historia de la crítica española contemporánea* (Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, 1966) de Emilia de Zuleta ofrece un panorama amplio de la crítica en este tiempo. Nuestro trabajo, sin embargo, pretende ir más allá de la superficie y calar en una realidad espiritual mucho más honda.

A. 1867: Luis Carreras<sup>2</sup>.

B. 1882-1883: Colección de artículos que Emilia Pardo Bazán publicó en "La Epoca" y que luego se agruparon bajo la común denominación de *La cuestión palpitante*.

C. 1883: Prólogo de Leopoldo Alas, "Clarín", a la primera edición de *La cuestión palpitante*.

D. 1885: Prólogo a *Obras Completas* de J. M. de Pereda, de Marcelino Menéndez y Pelayo.

E. 1886-1887: Juan Valera publica sus *Apuntes sobre el arte nuevo de escribir novelas*, donde rebate la posición de Emilia Pardo Bazán.

F. 1891: Francisco Blanco García edita su *Literatura Española del siglo XIX*<sup>3</sup> en que hay curiosas opiniones sobre la novela naturalista.

#### A. LUIS CARRERAS.

En 1867 encontramos la opinión de Carreras sobre la obra de Balzac. Nos interesa hacerla notar no tanto porque la estimemos de gran valor, sino porque ya en ella encontramos la pauta que será seguida durante largos años por la crítica española frente al enjuiciamiento de las tendencias realistas y naturalistas.

Dice Carreras: "Aunque Balzac ha escrito mucho, las únicas obras que se pueden leer con fruto son sus *Escenas de la vida privada* y *Eugenia Grandet*... Dudamos, empero, que sean inmortales, o que tengan más adelante la popularidad de obras del mismo ramo. Su impresión general es siempre penosa; el estilo no es bueno ni la dicción artística. Sorprenden, no atraen. Cuando se vuelven a leer es más por asombro que por gusto. Respecto a las demás obras de Balzac, ningún padre las ponga en manos de sus hijos, ningún principiante de literatura las lea, nadie que se estime las abra. Como artísticas son pesadas; como morales, asquerosas; como poéticas, nauseabundas; como humanas, falsas. Tienen caricaturas melodramáticas, pasiones que repugnan, capítulos inútiles. No le faltan méritos; les falta mérito. En general, Balzac empezaba bien, coordinaba mal y terminaba deplorablemente. Mucho sentiríamos que como poeta, artista y moralista se hiciese lugar en España... la literatura española corre un gran peligro... Después de haber pasado por los extravíos del desatentado romanticismo, por la ciega imitación de nuestros documentos literarios, y cultivando

<sup>2</sup>Nombre indudablemente hoy desconocido que hemos extraído de la obra de Andrés González Blanco: *Historia de la novela española desde el Romanticismo hasta nuestros días*. (Madrid, 1909). No es mencionado en los dos ensayos enumerados en la nota anterior.

<sup>3</sup>La obra tiene tres tomos. Los dos primeros son de 1891, y el tercero de 1896.

los sistemas novelescos de Sue y Dumas, padre, ahora internándose en la región infecta de las letras, admira a Balzac y estudia sus producciones, creyendo que así sacará nuestra novela de la decadencia en que está"<sup>4</sup>.

Resulta admirable cómo este crítico no captó el profundo sentido y significado del quehacer literario balzaciano. Hoy no puede menos que sorprender un juicio tan destructor y peyorativo que, prácticamente, no tiene asidero posible<sup>5</sup>.

El enjuiciamiento valorativo de Carreras abarca dos perspectivas, dos ángulos: por un lado, la objeción estética; por otro, la objeción moral. Desde un ángulo estrictamente estético, considera las novelas balzacianas como *pesadas* y *nauseabundas*; desde un ángulo moral, como *asquerosas* y *falsas*<sup>6</sup>.

#### A. EMILIA PARDO BAZAN.

La condesa Emilia Pardo Bazán tiene doble mérito en el tema que estamos estudiando, pues ella es la que marca la incorporación del naturalismo desde un punto de vista teórico y práctico. Lo teórico lo realiza en varios artículos y fundamentalmente con la publicación de *La cuestión palpitante* en 1883; lo práctico, por la presencia de algunos temas de raíz naturalista en alguna de sus novelas<sup>7</sup>.

*La cuestión palpitante* recoge una serie de artículos que tiene por centro el desentrañamiento del movimiento zolesco. Antes de adentrarse en el mundo de Zola, establece doña Emilia la necesidad de fundamentar la serie de opiniones negativas que se esgrimen en contra del naturalismo: "Un insigne novelista... me declaraba últimamente no haber leído a Zola... ni a ninguno de los escritores naturalistas franceses, si bien le llegaba su *mal olor*... protesto y digo que no es lícito juzgar y condenar de oídos y de prisa, y sentenciar a la hoguera encendida... a una época literaria..."<sup>8</sup>.

El primer punto que nos interesa subrayar es la abertura de la escritora hacia la comprensión de un nuevo concepto de novelar. Rechaza de plano la consideración de la novela como instrumento de entretención y acumula

<sup>4</sup>Citado por Andrés González Blanco: *Historia de la novela española...*, p. 214-216.

<sup>5</sup>Ni aún es posible entenderlo o justificarlo mediante un pretendido carácter religioso.

<sup>6</sup>La posición de Luis Carreras, así como la que posteriormente tendrán Menéndez y Pelayo y Juan Valera del novelar son coincidentes. Ya examinaremos por qué.

<sup>7</sup>Respecto a la influencia de Zola en la novelística de E. Pardo Bazán, véase Godoy, Eduardo: *Emilia Pardo Bazán y la concepción española del Naturalismo*. (Revista del Pacífico, n. 5, 1968, pp. 27-45) y Brown, D. F.: *The Catholic Naturalism of Pardo Bazán* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1957).

<sup>8</sup>*La cuestión palpitante*, Madrid, 1883, p. 5.

todo el fuego de su crítica contra la novelística de Alejandro Dumas: "...constituye la novela por antonomasia, la novela que lee cada quisque cuando se aburre y no sabe como matar el tiempo; la novela de las suscripciones; la novela que se presta como un paraguas; la novela que un taller entero de modistas lee por turno; la novela que tiene los cantos grasientos y las hojas sobadas; la novela mal impresa, coleccionada de folletines, con láminas melodramáticas y cursis; la novela, en suma, más antiliteraria en el fondo, donde el arte importa un bledo y lo que interesa únicamente es saber en qué parará y cómo se las compondrá el autor para salvar a tal personaje o matar a cual otro... Hoy al ver la enorme biblioteca dumasiana, no sabe uno qué admirar más, si su tamaño o su poca consistencia"<sup>9</sup>.

Se da cuenta Emilia Pardo que el mundo literario está sufriendo un cambio profundo y radical y que se hace necesario el variar, el cambiar rumbos. No se puede seguir cultivando formas caducas, que ya han cumplido su misión. Al mismo tiempo, al igual que los hermanos Goncourt<sup>10</sup>, ve con claridad el papel que le corresponde a la novela. De igual manera, revisa someramente lo que significan en la evolución narrativa los nombres de Stendhal, Balzac, Flaubert y los Goncourt<sup>11</sup>, a los que ve como hitos fundamentales —entre otros— para explicar y comprender la novela experimental naturalista: "...la idea fundamental de los Rougon-Marquart no es artística, sino científica y... los antecedentes del famoso ciclo se encuentran en Darwin y Haekel mejor que en Stendhal, Balzac y Flaubert. *La ley de transmisión hereditaria*, que imprime caracteres indelebles en los individuos por cuyas venas corre una misma sangre; *la de selección natural*, que elimina los organismos débiles y conserva los fuertes; *la de lucha por la existencia* que desempeña oficio análogo; *la de adaptación* que condiciona a los seres orgánicos conforme al medio ambiente..."<sup>12</sup>.

Dos son los defectos capitales que la condesa Pardo Bazán encuentra en el naturalismo zolesco: el primero, *la confirmación del determinismo histórico*: "Tocamos con la mano el vicio capital de la estética naturalista. Someter el pensamiento y la pasión a las mismas leyes que determinan la caída de la piedra; considerar exclusivamente las influencias fisicoquímicas, prescindiendo hasta de la espontaneidad individual, es lo que se propone el naturalismo y lo que Zola llama... *mostrar y poner de realce la bestia humana*"<sup>13</sup>; el segundo,

<sup>9</sup>La cuestión..., pp. 72-75.

<sup>10</sup>Véase el Prólogo a *Germinie Lacerteux* de los Goncourt (1864).

<sup>11</sup>Dice la Pardo Bazán: "Goncourt fue el primero que llamó *documentos humanos* a los hechos que el novelista observa y acopia para fundar en ellos sus creencias". (*La cuestión...*, p. 99).

<sup>12</sup>La cuestión... pp. 128-129.

<sup>13</sup>La cuestión... pp. 16-17.

su finalidad social: "...Después de predecir el día en que habiendo realizado los novelistas presentes y futuros gran cantidad de experiencias, ayuden a descubrir las leyes del pensamiento y la pasión, anuncia los brillantes destinos de la novela experimental, llamada a regular la marcha de la sociedad, a ilustrar al criminalista, al sociólogo, al moralista, al gobernante... No hay artista que se avenga a confundir así los dominios del arte y de la ciencia..."<sup>14</sup>.

Conviene detenerse en el primer aspecto, el que dice relación con la base determinista del naturalismo. La cita es significativa, pues ella muestra la actitud contradictoria de la condesa. Vemos ahí el rechazo violento del determinismo, y, sin embargo, en páginas posteriores dirá: "Prescindir del conato científico en Zola, es proponerse deliberadamente no entenderlo, es ignorar dónde reside su fuerza, en qué consiste su flaqueza y cómo formuló la estética del naturalismo"<sup>15</sup>.

¿Cómo explicar esta contradicción? La única explicación que parece legítima y ajustada radica en el carácter comprometido que tiene la novelista. Se encuentra prácticamente ante un callejón sin salida y rechaza de manera sistemática todo lo que implique negar el libre albedrío, la libertad de escoger del hombre. Es decir, de nuevo la valoración crítica se ajusta a un molde externo y tradicional<sup>16</sup>.

### C. LEOPOLDO ALAS, "CLARÍN".

Leopoldo Alas, ferviente seguidor de la doctrina naturalista entre los españoles, prologó la obra que introdujo el naturalismo en España: *La cuestión palpitante* de Emilia Pardo Bazán. "Clarín" expone en qué consiste el naturalismo y para explicarlo lo hace estableciendo en qué no consiste<sup>17</sup>.

<sup>14</sup>*La cuestión...*, p. 18-20.

<sup>15</sup>*La cuestión...*, p. 129.

<sup>16</sup>¿Cuál es la opinión de Zola respecto de *La cuestión palpitante*? Oigámosle: "...Es libro muy bien hecho, de fogosa polémica: no parece libro de señora; aquellas páginas no han podido escribirse en el tocador. Confieso que el retrato que hace de mí la señora Pardo Bazán, está muy parecido, y el de Daudet, perfectamente. Tiene el libro capítulos de gran interés, y, en general, es excelente guía para cuantos viajan por las regiones del naturalismo y no quieren perderse en sus encrucijadas y oscuras revueltas. Lo que no puedo ocultar es mi extrañeza de que la señora Pardo Bazán sea católica ferviente, militante, y a la vez naturalista; y me lo explico sólo por lo que oigo decir de que el naturalismo de esa señora es puramente formal, artístico y literario" (Declaración de E. Zola a Rodrigo Soriano, redactor de *La Época*, contenidas en *La cuestión palpitante*, Cuarta edición, Madrid, 1891, pp. 24-25). Zola ha dado en el punto preciso. El naturalismo de la Pardo Bazán es amanerado, formal, externo.

<sup>17</sup>Dejó *Clarín* abundante testimonio de su posición frente al naturalismo. Sólo nos

Se da cuenta "Clarín" que el naturalismo es rechazado en España sin conocerlo: "En España... las ideas nuevas suelen comenzar a podrirse antes de que maduren: cuando los españoles capaces de pensar por cuenta propia todavía no se han convencido de algo, ya el vulgo está al cabo de la calle, y ha entendido mal lo que otros no acaban de entender bien. Lo malo de lo vulgar no es ser cosa de muchos, sino de los peores, que son los más. Las ideas que se vulgarizan pierden su majestad, como los reyes populacheros"<sup>18</sup>.

Dice "Clarín":

1º "*El naturalismo no es la imitación de lo que repugna a los sentidos... la literatura no puede consistir en (copiar)... sensaciones ni en su imitación siquiera... El argumento del asco empleado contra el naturalismo no es de buena fe siquiera*";

2º "*El naturalismo no es tampoco la constante repetición de descripciones que tienen por objeto representar ante la fantasía imágenes de cosas viles y miserables... Si alguna vez un autor naturalista ha exagerado... la libertad de escoger materia, perdiéndose en la descripción de lo insignificante, esta culpa no es de la nueva tendencia literaria*";

3º "*El naturalismo no es solidario del positivismo, ni se limita en sus procedimientos a la observación y experimentación en sentido abstracto, estrecho y lógicamente falso, por exclusivo, en que entiende tales formas del método el ilustre Claude Bernard...*";

4º "*El naturalismo no es el pesimismo... quien de un buen libro naturalista deduzca el pesimismo, lleva el pesimismo en sí... Pintar las miserias de la vida, no es ser pesimista. Que hay mucha tristeza en el mundo, es tal vez el resultado de la observación exacta*";

5º "*El naturalismo no es una doctrina exclusivista, cerrada... no niega las tendencias. Es más bien un oportunismo literario; cree modestamente que la literatura más adecuada a la vida es la que él defiende...*";

6º "*El naturalismo no es un conjunto de recetas para escribir novelas, como han creído muchos incautos. Aunque niega las abstracciones quiméricas de cierta psicología estética que nos habla de los mitos de la inspiración, el estro, el genio, los arrebatos, el desorden artístico y otras invenciones a veces inmorales; aunque concede mucho a los esfuerzos del trabajo, del buen sentido, de la reflexión y del estudio, está muy lejos de otorgar a los necios el derecho de convertirse en artistas, sin más que penetrar en su iglesia...*"<sup>19</sup>.

---

preocuparemos del prólogo mencionado. De lo mucho publicado sobre la labor crítica de Alas, recomendamos el libro de Sergio Beser: *Leopoldo Alas, crítico literario*. (Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, n. 117, Madrid, 1968).

<sup>18</sup>Prólogo a *La cuestión palpitante*, ed. cit., p. ix.

<sup>19</sup>Prólogo citado, pp. ix-xiii.

Leopoldo Alas insiste mediante estos seis *noes* en bosquejar la imagen negativa que se tenía en España del movimiento de Zola<sup>20</sup>. Además de estas negaciones, hay una afirmación que conviene tomar en cuenta; establece "Clarín" que el naturalismo es un *oportunismo literario*. Es decir, el triunfo de la nueva escuela estaba garantizado por el ambiente propio de la época en que apareció. Se necesitaba explicitar el anhelo y la urgente necesidad de una clase vasta y rica en materia literaria. Zola supo captar ese movimiento e interpretarlo. Comentando Alas la novela *La Terre* del novelista francés, dice: "Si Emilio Zola es uno de los grandes poetas modernos del dolor, lo debe, ante todo, a que primero ha sabido pensar y sentir las grandes penas generales, que son como el horizonte visible de la vida..."<sup>21</sup>.

#### D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

En un prólogo que Menéndez y Pelayo antepuso en 1885 a las obras de José María de Pereda se preocupa del problema del naturalista literario, del que nos vamos a servir para delinear su posición crítica al respecto<sup>22</sup>.

En dicho prólogo Menéndez y Pelayo defiende a Pereda de toda acusación de naturalismo en sus obras, y, al mismo tiempo, aprovecha la ocasión para atacar los vicios naturalistas, los que resaltan claramente al confrontar el naturalismo francés con lo que él llama *naturalismo a la española*.

Menéndez y Pelayo rechaza y demuele el método experimental de Zola: "...una cosa es el artista y otra el autor de trabajos estadísticos, demográficos y sanitarios. En este punto, el fanatismo de escuela mal entendida y peor profesada ha llevado a los naturalistas franceses a las más ridículas exageraciones. Zola construye el árbol genealógico de su familia favorita, y explica en una larga serie de tomos el desarrollo de una *neurosis* en los individuos de esa familia, y las formas que sucesivamente reviste el mal. Y así, por este orden y con lujo de exactitud y de pormenores"<sup>23</sup>. Son los mismos elementos de que se vale Juan Valera para rechazar el naturalismo: por un lado, el rechazo sistemático de toda documentación; por otro, el exceso de escenas eróticas: "...es triste decirlo, pero necesario: las únicas novelas de Zola que han alcanzado

<sup>20</sup>Algunos de los juicios de *Clarín* citados aquí son controvertibles, pero se justifican por la inmediatez histórica.

<sup>21</sup>Alas, L.: *Obras Selectas* (Editorial Juventud, Madrid, 1947, p. 1132).

<sup>22</sup>Profusa es la bibliografía existente sobre Menéndez y Pelayo. Para el lector interesado en su fundamentación crítica, recomendamos *Menéndez y Pelayo, crítico literario*, de D. Alonso. (Ed. Gredos, Bib. Románica-Hispánica, Nº 29, Madrid, 1956).

<sup>23</sup>Menéndez y Pelayo: *Prólogo a Obras de J. M. de Pereda*, incluido en *Estudios y Discursos de Crítica Literaria*, Santander, 1941, tomo VI, p. 347.

verdadero éxito de librería... son las que más o menos están cargadas de escenas libidinosas... Todo esto prueba lo soez y lo bestial del gusto del público; pero prueba también otra cosa peor... el poco o ningún respeto que los artistas tienen a la dignidad de su arte y a la facilidad con que se dejan corromper y prostituir por su público. No entraré en la escabrosísima cuestión ética de si puede tenerse o no por cosa inmoral la representación artística de vicios y torpezas hediondas, cuando esto se hace no por el fin de enaltecerlos, sino con el de clavarlos en la picota. La intención social del autor puede ser sanísima, y de esto no disputo. El efecto que hagan en el lector tales pinturas será un efecto individual y distinto, según la variedad de condiciones, temperamentos y edades. Pero sea lo que quiera el resultado ético de tales novelas, y aunque se diga, quizá con razón, que más que a malos pensamientos provocan asco, siempre será verdad que el género es detestable, no ya por inmoral, sino por feo, repugnante, tabernario y extraño a toda cultura, así mundana como estética"<sup>24</sup>.

Conviene atender en esta larga cita a las distintas expresiones lingüísticas, explicables no como simple juicio valorativo, sino que, además, con el peso religioso de la tradición que tanto defendió Menéndez y Pelayo. Es esa la posición desde la que deben ser apreciados calificativos tales como *asquerosos*, *detestables*, *inmoral*, *feo*, *repugnante*, *tabernario* y *extraño a toda cultura*... que aplica al naturalismo. Además, nótese las expresiones referentes a los novelistas: "...se dejan corromper y prostituir por su público..."

No podía pasar desapercibida para Menéndez y Pelayo la afirmación total y plena del *determinismo histórico*. La reacción es la misma: "...Salta a la vista de todo el que haya recorrido sus libros que el patriarca de la nueva escuela, sectario fanático, no ya del positivismo científico, sino de cierto *materalismo* de brocha gorda, del cual se deduce como forzoso corolario, el *determinismo*, o sea, la negación pura y simple de la libertad humana, restringe deliberadamente su observación (y aun de ello se jacta) al campo de los instintos y de los impulsos inferiores de nuestra naturaleza, aspirando en todas ocasiones a poner de resalte la parte irracional, o como él dice, la *bestia humana*..."<sup>25</sup>.

Ahora bien, luego de esto ¿qué lugar puede caberle a José María de Pereda dentro del naturalismo? Fácil es darse cuenta que ninguno, ya que su *manera* de novelar, al igual que la *materia*, es radicalmente diferente. Sus principios y sus fines no son los mismos. Cabe preguntarse entonces ¿en qué tendencia literaria lo coloca Menéndez y Pelayo? Simplemente en lo que él llama *realismo*

<sup>24</sup>Prólogo..., pp. 348-349.

<sup>25</sup>Prólogo..., p. 350.

o *naturalismo a la española*, entroncado con el realismo de Cervantes<sup>26</sup>: "Es cierto que Pereda no rehuye jamás la expresión valiente y pintoresca, por áspera y disonante que en un salón parezca, ni se asusta de la *miseria* material, ni teme penetrar en la taberna, y palpar los andrajos y las llagas; pero basta abrir cualquiera de sus obras para convencerse de que corre por su alma una vena inagotable de pasión fresca, espontánea y humana, y que sabe y siente como pocos todo género de delicadezas morales y literarias, y que acierta a encontrar tesoros de poesías hasta en lo que parece más miserable y abyecto"<sup>27</sup>.

Se deduce de esta última cita que lo que el crítico llama *realismo español* tiene dos notas características y diferenciadoras, por un lado: "...esa vena inagotable de pasión fresca"; por otro, las "...delicadezas morales y literarias...".

En conclusión, Menéndez y Pelayo está en la misma perspectiva en que se encuentra toda la crítica oficial española en el siglo XIX para rechazar al naturalismo francés<sup>28</sup>.

#### E. JUAN VALERA.

Valera representa una postura crítica en España que siempre es necesario considerar<sup>29</sup>. Por otra parte, la influencia ejercida por él entre sus lectores, así como la preocupación que la escuela naturalista le mereció, justifican su inserción en este apartado. Tanto es así que le dedicó una de sus obras claves, *Apuntes sobre el arte nuevo de escribir novelas*, publicados entre 1886 y 1887.

Para Valera el naturalismo es una forma de hacer literatura adoptada, no original. En buena medida una moda. Los novelistas españoles se transforman en seguidores, más o menos afortunados del líder francés. Por otra parte, Valera está inmerso, como casi toda la crítica de su tiempo, en las normas dieciochescas que se encuentra a una distancia enorme de la "manera" como Zola entiende el quehacer novelesco. Por ello, Valera rechazará sistemáticamente todo lo que signifique novedad en la nueva tendencia.

Parte Valera de un concepto claro y definido: la novela naturalista ha dejado

<sup>26</sup>Sobre realismo cervantino véase R. Benavides: *Prólogo a Novelas Ejemplares*. (Editorial Universitaria, Biblioteca Hispania, Santiago de Chile, 1957), y J. Casaldueiro: *Sentido y Forma de las Novelas Ejemplares*. (Buenos Aires, 1943).

<sup>27</sup>*Prólogo...*, p. 359.

<sup>28</sup>Al final del ensayo, haremos una síntesis en la que expondremos los motivos que parecen haber determinado el rechazo de esta tendencia.

<sup>29</sup>Excelente fuente de información respecto a lo que significa la crítica de J. Valera es el libro de Manuel Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario*. (Ed. Gredos, Bib. Románica-Hisp., Nº 118. Madrid, 1968).

de ser novela: "...la... novela naturalista no es novela: Zola lo declara. Se llama novela, porque nadie ha tenido aún la dicha de hallar o de inventar el nombre que le conviene. Algunos la han llamado *estudio*; pero esto es vago, dice Zola... la novela naturalista no es ya novela; es documento humano e investigación zoopatológica, es una parte, un ramo de la historia natural o de la biología positiva"<sup>30</sup>. Rechaza la consideración de la novela como documento social y se atañe a lo que su formación le dicta<sup>31</sup>.

Encontramos aquí un primer punto de rechazo: frente a la documentación naturalista, opone Valera la fértil y feliz imaginación del novelista; y frente a un tratar de representar las cosas y la vida del hombre como son —tendencia naturalista—, Valera exige representarlas como debieran ser. La miseria humana no tiene cabida en el mundo de la novela, la que debe desligarse de todo contenido social y aspirar sólo a servir de elemento educativo y de entretenimiento<sup>32</sup>. "Siempre fui yo partidario del arte puro; de que no haya en él otro fin ni propósito que la creación de la belleza; dar pasatiempo y solaz y alegría al espíritu, y elevarlo a esferas superiores por la contemplación de lo ideal y de lo que se acerca a lo perfecto..."<sup>33</sup>.

El segundo punto de rechazo se refiere a la filosofía materialista y a la concepción del hombre que consigo trae el naturalismo. Armado de las normas dieciochescas ya mencionadas e imbuido en sus principios católicos, arremete contra el determinismo: "En lo que yo no consiento, no ya la negación, pero ni la duda, es en que soy yo libre, en que soy responsable, en que llevo la ley moral grabada en el alma, y en que la raíz origen y fundamento de esta ley y de esta alma, es un bien absoluto, infinito, eterno que la comprende toda..."<sup>34</sup>, para agregar: "Lo que no es admisible es lo que implica la irresponsabilidad de los actos morales y la negación o mengua casi completa del libre albedrío y de todo merecimiento..."<sup>35</sup>. Comentando la novela *Germinal* de Zola, declara

<sup>30</sup>Valera, J.: *Apuntes sobre el arte nuevo de escribir novelas*, Obras Completas. Tomo xxvi, Madrid, mcmx, p. 11.

<sup>31</sup>Valera novelista es fiel a lo que postula como crítico. Recuérdese lo dicho por José E. Montesinos: "El arte, expresión de la belleza, realización de la belleza, está libre de toda traba y de toda rémora: no obedece más ley que la que emana de esa esencial misión suya. La obra de arte no tiene más limitación que la de no ser fea, torpe o deprimente. En consecuencia, de este principio, Valera exige del artista que represente las cosas más bellas de que la realidad les ofrece... Lo irreal, lo fantástico tiene cabida en la novela como lo más real y tangible —siempre que sea bello..." *Valera o la ficción libre*. (Editorial Gredos, Biblioteca Románica-Hispánica, Nº ..., Madrid, 1957, pp. 21-22).

<sup>32</sup>Normas claves del siglo xviii: "ser útil y deleitar".

<sup>33</sup>Valera: *Fines del arte fuera del arte*. Obras Completas, tomo xix, Madrid, mcmxi, p. 75.

<sup>34</sup>*Apuntes...*, p. 93.

<sup>35</sup>*Apuntes...*, p. 99.

que: "O *Germinal* no enseña nada, o enseña que es menester acabar con el linaje humano para regenerarle. Es menester otro diluvio, de agua, de fuego, y de sangre, para que los descendientes de Noé que sobrevivan sean justos y benévolos"<sup>36</sup>.

La concepción mecánica del hombre —concepto unido íntimamente al determinismo— es también objeto del encono de Valera. Quienes practiquen el naturalismo deben aceptar ciertos principios inescapables: "Esta suerte es aceptar ciertos hechos que Zola supone probados: que el hombre es una máquina; que la sociedad es otra máquina; que ya no hay alma ni libre albedrío; que la metafísica no da sino explicaciones irracionales, de las que importa huir como de la peste, y que debemos desechar toda creencia religiosa o filosófica, inspirarnos en el espíritu de las ciencias modernas e iniciarnos en sus tendencias y nociones"<sup>37</sup>.

El tercer factor negativo en el naturalismo lo constituye para Valera su dependencia del movimiento romántico: "...en el naturalismo real subsiste el peor fermento romántico, avillanado. Las pasiones volcánicas, estrafalarias y fatales, los crímenes y delirios de trovadores, paladines, señores feudales, bandidos griegos y turcos, y otros sujetos exóticos o remotos de la vida común, se ponen ahora en el primer artesano que se ve en la calle, o en cualquier moza de partido o rufián con quien se topa en una taberna. De aquí resulta una desagradable disonancia: lo grotesco se quiere transformar en trágico, lo horrible y asqueroso en patético y lo que debe ser objeto, mirado someramente, de risa, y mirado por lo serio, de piedad profunda, pero no estética, se pone como alta compasión de la poesía"<sup>38</sup>. En la confrontación de ambas tendencias, el punto de vista despectivo es perceptible a cada momento. Para Valera sólo existe una diferencia superficial en las causas del descontento romántico y del naturalismo<sup>39</sup>: "El romanticismo en lo que tenía de malsano, echaba la culpa a la sociedad de los pecados de sus héroes... La constitución social les venía estrecha, y la magnanimidad de sus corazones requería una infracción constitucional a cada paso. Pero el naturalismo, exagerando el romanticismo y transponiendo más allá, cuando no echa la culpa a Dios porque no cree en él, echa la culpa a la naturaleza"<sup>40</sup>.

<sup>36</sup>Apuntes..., p. 250.

<sup>37</sup>Apuntes..., pp. 270-271.

<sup>38</sup>Apuntes..., p. 76.

<sup>39</sup>El romanticismo es una constante literaria del siglo XIX. De esto no nos cabe la menor duda, pero de aquí a sostener lo dicho por Valera (la diferencia superficial aludida) hay una distancia bastante grande. Recuérdese el acopio científico y sociológico que yace en la génesis del naturalismo.

<sup>40</sup>Apuntes..., pp. 90-91

El cuarto punto inadmisibles para Valera radica en la incorporación en el campo literario de una *materia* novelesca considerada como indigna. En este sentido la crítica española es coincidente: recuérdese lo dicho por Luis Carreras para quien el mundo balzaciano era *la región infecta de las letras*; la aseveración de Menéndez y Pelayo y la igualdad *naturalismo-estética de alcantarillado*; la calificación de *mano sucia de la literatura* dada por Pedro Antonio de Alarcón. En el mismo plano de opinión se mueve la crítica valeresca.

Analizando *Germinal*, sostiene Valera: "...Zola amontona en *Germinal* todos los espantos y abominaciones, sin descuidar menudencia, sin dejar nada en la penumbra. Niños entregados a todos los vicios antes de llegar a la pubertad; niñas desfloradas, maculadas y prostituidas antes de ser viripotentes. Un niño dotado de astucia diabólica, es tan animal que no sabe lo que es bueno ni malo, y asesina a un pobre soldado para divertirse, como quien hace una travesura... El niño asesino, ladrón y travieso que nos pinta Zola, llega ya a una depravación o perversión que no es verosímil y que raya en lo imposible"<sup>41</sup>.

Existe en el naturalismo, según Valera, un afán desmedido, exagerado por hacer resaltar los aspectos bajos de la vida humana. Zola presenta personajes que se explican mediante una sola característica, lo que le parece a Valera indigno, novelescamente hablando: "...el personaje más falso y fantástico de cualquier cuento de hadas me parece más humano, me interesa más, tiene más ser real y natural que todos los Rougon Macquart juntos en uno, ya que en ello no veo sino la neurosis, que circula como sabia endiablada por el árbol genealógico que Zola ha plantado y que, en cada rama, da indefectiblemente su fruto: En Gervasia, borrachera; puterfo en Naná; talento en Claudio; instinto dominante en Esteban; imbecilidad en Deseada; misticismo en Sergio, y ambición en Aristides. Ninguno de estos vicios ni ninguna de estas virtudes hacen odiosos ni amables a los personajes. El determinismo que a ellos les impela es incontrastable y fatal. Y si nos inspiran tales pinturas horror al vicio y amor a la virtud, y compasión hacia los criminales y pecadores, tan buenos sentimientos quedan emponzoñados por el odio blasfemo a la naturaleza y a su Autor, si en Él se cree"<sup>42</sup>.

Estos motivos que Zola trae a la novela no tienen, en el pensar de Valera, la función social que proclama el naturalismo. Sólo son tomados y explotados por los naturalistas por el afán de popularidad y de lucro. Por esto mismo no puede extrañar el tono irónico, y hasta festivo, que emplea el crítico cuando enumera los que él llama *ingredientes* de toda novela naturalista: "Furor contra Dios, la sociedad y la naturaleza; porque no nos hacen todo el caso que merecemos,

<sup>41</sup>Apuntes..., pp. 239-241.

<sup>42</sup>Apuntes..., pp. 99-100.

porque no nos miran; porque no se nubla el sol cuando tenemos *spleen*, y porque no se hunde el sol cuando nos hundimos"<sup>43</sup>.

F. FRANCISCO BLANCO GARCIA.

El padre Francisco Blanco García publica en 1891 los dos primeros tomos de su *La Literatura Española en el siglo XIX*. En el tomo segundo se preocupa de la escuela naturalista y de sus representantes españoles. La crítica del padre Blanco es demoledora y falsa. Su referencia ilustrará más claramente el rechazo de la doctrina naturalista en España<sup>44</sup>.

Alaba la narrativa de Juan Valera precisamente porque rehuye el relato de escenas escabrosas. Así, al comentar *Doña Luz*, donde se plantea el motivo *amor sacrilego*, la compara con *La falta del abate Mouret* de Zola y establece que "...coincide substancialmente con la de una célebre novela de Zola; pero (... Valera...) supo resistir a la atracción del abismo, por lo cual no le debemos sino elogios. El pecado de amor no lleva consigo el conveniente estigma de reprobación absoluta y sin distinciones; pero tampoco se exhibe con el cínico descaro y la vehemencia brutal y fisiológica que en la novela aludida y en otras del propio género y análogas tendencias"<sup>45</sup>.

Pérez Galdós tampoco sale bien parado con la crítica de Blanco García. Comenta algunas de sus novelas y las trata duramente: "En *Tormento* se complican los hilos sueltos de la narración anterior (*El doctor Centeno*), y los amores del clérigo a palos, D. Pedro Polo, transformados en *delirium tremens*, se desenvuelven con lujo de brutales y cínicos pormenores..."<sup>46</sup>; de *Fortunata y Jacinta* dice que "En el decurso de la novela se suceden primorosas vistas de Madrid y de la vida de la corte, y es lástima verlas deslucidas por las espesas manchas que sobre ellas arroja el sensualismo letal y pornográfico"<sup>47</sup>.

Extrañeza causan semejantes juicios. No existe en *Tormento* "el lujo de brutales y cínicos pormenores" aludidos por el crítico. Nada hay en las relaciones entre el padre Polo y Amparo que así lo justifiquen. Por otro lado, nada existe en *Fortunata y Jacinta* que pueda ser calificado de letal y pornográfico".

Al revés ensalza a J. M. de Pereda. Luego de comentar sus novelas más conocidas establece que: "Pereda, como cristiano, admite, estudia y ensalza el libre albedrío en el hombre, creyéndole capaz de la virtud y el heroísmo, al

<sup>43</sup>Apuntes..., p. 148.

<sup>44</sup>Se examinan sólo algunos juicios que le merecen las obras de los más representativos escritores de la época.

<sup>45</sup>Blanco García, Fco.: *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, 1910, tomo II, p. 485.

<sup>46</sup>*La literatura española...* pp. 502-503.

<sup>47</sup>*La literatura española...* p. 504.

revés de los que le consideran como animal perfeccionado. No busca para fondo de sus cuadros las lóbregas mansiones donde recibe culto el vicio en todas sus formas, ni reduce el amor a la categoría de instinto sexual, ni hace de sus personajes seres corroidos por la lujuria y moviéndose en sentinas putrefactas"<sup>48</sup>.

Obsérvese la semejanza de opinión con Menéndez y Pelayo. Ambos consideran a Pereda como representante del *naturalismo a la española* y lo confrontan con el zolesco para hacer notar sus radicales diferencias.

Al comentar *La madre naturaleza*, de E. Pardo Bazán, se escandaliza Blanco García ante el motivo central de la novela: amores incestuosos entre Perucho y Manuela. He aquí su juicio: "...repele y asusta... Imagínese el lector un drama de argumento monstruoso y ejecución bellísima, o un esqueleto disforme vestido de púrpura, o un pedazo de sayal recamado de filigranas y con marco de oro, o los tres juntos, harán formar concepto de la extraña conjunción que suelda el fondo repulsivo y la forma incomparable de esta égloga en prosa de la más fina vena metálica"<sup>49</sup>.

Por otro lado, rechaza violentamente la novelística de L. Alas y dirige su ataque contra *La Regenta* a la que califica como "...disforme relato de dos mortales tomos que alguien calificó de Arca de Noé, con personajes de todas las especies, y que si el fondo rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo delata en la forma una premiosidad violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril"<sup>50</sup>.

Sin embargo, *La Regenta* es, en la estimativa de un crítico actual de la categoría d Carlos Clavería, una de las novelas más significativas en la España del XIX<sup>51</sup>. Se equivoca Blanco García al despreciarla.

Después de revisar los escritores ya mencionados y a otras de menor importancia, Blanco muestra una vez más su actitud intolerante y pintoresca: "Renuncio a prolongar esta reseña con los nombres poco y en mala parte conocidos, de varios escritores que han hallado en el naturalismo un medio para salir de la obscuridad, vertiendo a granel las contadas especies que caben en sus empobrecidos y anémicos cerebros, lanzando a la voracidad lujuriosa de algunos lectores los hediondos comistrajos, las hirvientes gusaneras con que se sacian, para irritarse de nuevo, los estímulos de la sensualidad. No a la crítica literaria, sino a la policía, toca habérselas con los productos nocivos de contrabando novelesco"<sup>52</sup>.

Nada ve en el naturalismo digno de elogio. Todo es repudiable. El único

<sup>48</sup>La literatura española..., pp. 526-527.

<sup>49</sup>La literatura española..., pp. 542-543.

<sup>50</sup>La literatura española..., p. 546.

<sup>51</sup>Cinco estudios de literatura española, Salamanca, 1954.

<sup>52</sup>La literatura española..., p. 547.

futuro que Blanco García predice es "...ser... la triste y exacta representación de un período de decadencia, la historia documentada del vicio, el vertedero donde quedarán archivadas las inmundicias de la generación presente para conocimiento de las futuras..."<sup>53</sup>.

Esto es el naturalismo para el padre Blanco García. Posición radicalmente errónea: en ella hay incompreensión, intolerancia, falta de juicio valorativo. Sólo existe el fin *comprometido* de enfocar desde una perspectiva religiosa lo que debe ser valorado desde un punto de vista literario.

#### CONCLUSIONES

Esquematizando los puntos principales que constituyen motivos de rechazo en España de la tendencia zolesca, serían los siguientes:

##### 1) *Predilección del naturalismo por lo pornográfico.*

Se analizó en páginas anteriores lo que pensaba M. Menéndez y Pelayo del escritor naturalista al establecer que éste sólo escribía sobre asuntos pornográficos, porque le interesaba y se guiaba por el afán de lucro y de fama. Establecía el ilustre crítico que sólo tenían éxito obras como *Nana* y *La Taberna*, por ejemplo, en las que predomina lo sexual.

Pues bien, es la misma posición adoptada por Juan Valera, Luis Carreras y F. Blanco García. Emilia Pardo Bazán, a pesar de la defensa que hace del naturalismo, también ataca este punto<sup>54</sup>.

##### 2) *Materia indigna de tratamiento literario.*

Este punto está íntimamente relacionado con el anterior y con los cánones tradicionales de la estética donde no cabía la representación, en el plano artístico, de lo feo, lo bajo y lo vulgar. En España esta *materia novelesca* es rechazada desde una perspectiva estética tanto como religiosa.

##### 3) *Concepto de novela.*

En España sigue predominando el concepto dieciochero de hacer novela. Debe tener como finalidad primordial el de servir de entretenimiento y de ser útil

<sup>53</sup>La literatura española..., p. 548.

<sup>54</sup> Todos ellos no hacen diferencia en algo que nos parece medular. No han distinguido lo erótico en sí mismo y lo erótico con contenido. Para nosotros, la temática naturalista calza con lo segundo y por ello no es pornográfica, sino brutal y fuerte.

al lector. La novela al ser considerada como *documento humano* deja de ser novela y se convierte en estadística y en memorias de cárceles, hospitales, presidios y manicomios, al decir de Valera.

Inconcebible que la novela tenga una finalidad social. Debe conformarse con procurar al lector feliz y sana entretención.

#### 4) Desde un punto de vista religioso.

El naturalismo tiene su base en el *determinismo científico*. Esto es rechazado en el medio español. Negar *el libre albedrío* es el mayor de los crímenes imputados a la nueva escuela. Y por consiguiente, se rechaza también su concepción del hombre: éste es algo más que un ser mecánico; es un ser libre; hecho a imagen y semejanza de un ser superior.

Baste recordar que Emilia Pardo Bazán al considerar el determinismo, reacciona duramente y lo rechaza de plano: "...son imputables al naturalismo... las tendencias naturalistas... (que constituyen) ...grave delito..."<sup>55</sup>.

<sup>55</sup>La cuestión palpitante, p. 154.

# El pensamiento metafísico de Clarence Finlayson

(Conferencia pronunciada en el Salón Auditorio de la Biblioteca Nacional el 25 de noviembre de 1970).

1. Difícil tarea es tratar de descubrir el núcleo metafísico de un pensamiento. Hay siempre, en todo pensar, una especie de condición monádica, sin ventanas, sin un "hacia afuera", una convergencia permanente hacia un centro íntimo inexpressable. Y, por eso, la significación conceptual personal no encuentra muchas veces la estructura terminológica adecuada que la muestre en sus reales dimensiones noéticas.

Se corre siempre el peligro de cometer un crimen de traición intelectual. Aún más, en esta incomunicabilidad monádica, inevitablemente, diremos siempre lo que vemos en el "hacia afuera" del pensar, lo que leemos en la estructura terminológica a la que damos una significación conceptual que es la nuestra, que emerge de nuestro propio núcleo metafísico.

2. La tarea resulta más difícil aun, y más peligrosa, cuando se trata de un pensador como Clarence Finlayson, tan prematuramente ido. Porque lo que Finlayson nos ha dejado no es una filosofía acabada, un conjunto de juicios metafísicos sistemáticamente estructurados, sino sólo un dinámico pensar fluyente, un filosofar, una peregrinación metafísica, un ir permanente hacia problemas trascendentales.

El afán de sistematizar lo no sistematizado, de estatizar terminológicamente el dinámico fluir del pensar aparece como una inevitable tentación para el expositor. Queremos, en cierto modo, encasillar en lo detenido de nuestras estructuras mentales propias, un puro vivir intelectual que escapa fundamentalmente a todo encasillamiento.

3. Porque la incompletitud del pensamiento de Finlayson, su aparecer no sistematizado, no es sólo una condición accidental, extrínseca, resultante de su prematura partida. Se trata de algo más significativo, de una condición esencial, intrínseca, de una especie de categoría de la razón encarnada que, determinando la pendiente del fluir intelectual, lo lleva necesariamente a plantearse los problemas más humanamente inasibles.

El pensamiento de Finlayson va como directamente, gravita, por decirlo así, hacia el problema, no de la existencia de Dios que para él está como experimentalmente resuelto, sino hacia "el problema de la esencia metafísica de Dios... la más alta y misteriosa pregunta que puede hacerse la inteligencia sobre Dios, y en el fondo sobre la realidad en general".

4. Para Finlayson la filosofía es la disciplina esencial del hombre. El proceso del pensar que especifica al ser humano y que "brota desde el interior una vez que se ha puesto en contacto con el universo", es, para él, el pensar filosófico, aun más, el pensar metafísico. Toda forma de pensamiento está necesariamente determinada hacia este pensar último, carece de sentido y de valor si no se somete a esta ley gravitacional del intelecto, a este caer en lo misterioso de la trascendencia.

Por eso este pensar en lo metafísico es más que un puro placer intelectual, más que un lujo del intelecto humano, es algo de lo que el hombre no puede evadirse, es algo sin lo cual la vida pensante carece de toda consistencia. El pensamiento humano subsiste en el pensar metafísico; el hombre está condenado a este pensar a trueque de perder su existencia humana.

5. Escuchemos al propio Finlayson. "Esta actividad específica del ser humano brota desde el interior una vez que se ha puesto en contacto con el universo. Y desde entonces no hay tregua ni descanso... Una vez que hemos abierto los párpados de nuestra conciencia no los podremos cerrar jamás: estamos condenados a la luz, sometidos al pensamiento, esclavos del proceso de la contemplación. Podríamos decir que el hombre es el ser que contempla y contemplará para siempre. Como un párpado intensamente levantado y abierto verá y mirará durante toda la vida".

A mi juicio, aparecen aquí como elementos de la condición humana, características de la condición de Finlayson: la angustia de una condena a una actividad inmanente que sólo se define en la contemplación trascendental. Porque este pensar fluente, que brota desde el interior y que se vuelve hacia adentro en una introversión metafísica, sólo adquiere sentido en la luz de la Realidad Infinita, "en el territorio de lo eterno".

6. Quizás este término de "contemplación" o esta imagen de "un párpado intensamente levantado y abierto", pudieran prestarse a equívocos, pudieran interpretarse como una cierta pasividad, como un cierto estatismo equilibrante del hacer febril o del obrar angustioso.

Pero no se trata de eso. Interpretada así la contemplación no sería una condena ni sería una esclavitud, sería una liberación. El *homo faber* encontraría su libertad y su descanso en el *homo sapiens*. Y no creo que éste fuese el pensamiento de Finlayson.

Por el contrario, me parece que, para Finlayson, no tendría sentido el término "contemplación" si no se tratase de una "contemplación amorosa", dinámica, que no sólo recibe la realidad deformándola en sus marcos rígidos, sino que la aprisiona abriéndose "a los infinitos campos fecundos del ser, buscando el común denominador de todas las cosas, en tendencia irresistible hacia la unidad infinita y total que explique y fundamente al universo entero de lo existente y de lo posible".

7. Es posible que esta conjunción de contemplación y amor constituya precisamente ese núcleo metafísico del pensamiento de Finlayson. Conocer y amar es lo mismo. Conocer tiene, en cierto sentido, esa significación bíblica: "conoció el hombre a Eva, su mujer, y ella concibió". Conocer para Finlayson, no es ver la idea clara y distinta cartesiana, es, por el contrario, un poseer fecundante de la realidad que hace aparecer en ella nuevas realidades noéticas.

El proceso del pensar metafísico parece entonces como un proceso inacabable en el que va creciendo el horizonte de lo que se ignora, como ya lo viera Sócrates o como ya lo viera Nicolás de Cusa. El pensar metafísico no tiene por objeto la resolución de problemas; su objeto es la penetración en el misterio insondable del ser. Y, en este sentido, podríamos afirmar que no existe una problemática metafísica, sino sólo una temática inagotable, quizás con un único tema central: Dios.

8. En cierta manera se puede decir que Finlayson cae, por gravitación síquica, en el tema metafísico.

Lo metafísico es connatural a su espíritu, su pensar y con ello, su existencia total, existir en lo metafísico, en la intimidad de una trascendencia. La concordancia del tema y el espíritu, característica de los pensadores profundos, y que, en cierto modo, define su verdad primigenia, define siempre en Finlayson, sus actitudes vitales.

La perspectiva heroica sobre el universo a la que se refiere en sus "Consideraciones sobre la cultura filosófica en la América Latina" tiene precisamente una significación metafísica: "el hombre, dice, se siente un ser personal, que debe

realizar la doble misión de conquistarse y recobrase a sí mismo en el arquetipo de un ideal, de salvarse en su realidad substancial". Fiel a esta perspectiva con una heroicidad que llega al sacrificio, Clarence Finlayson, va avanzando en su senda intelectual, sumergiéndose en el universo de las cosas y de los hombres, en una búsqueda sostenida de la Verdad salvadora.

9. Clarence Finlayson sabe que esta verdad existe y conoce su nombre inefable. La pregunta por el existir de Dios constituye, para él, un problema ya resuelto positivamente dándole valor de realidad al tema de Dios, y sentido trascendental a su característica gravitación síquica. El intelecto cae hacia un insondable abismo de realidad y no hacia un no ser. Y sólo así adquiere consistencia la angustia metafísica, la satisfacción de estar ónticamente incluido en un universo material inconsistente.

No quiere decir esto, que para este problema, sustentara Finlayson una posición ontológica o fideísta. Por el contrario, ve y admite la apodicticidad de las vías tomistas fundadas en la afirmación de la existencia del universo concreto, en la intuición, según él, de los principios metafísicos y en la estructura lógica concluyente. "Nos elevamos —dice— de causa en causa hasta la Causa incausada, principio del movimiento y de la realidad del universo y fundamento de la inteligibilidad misma".

10. Pero esta certidumbre final de la existencia de Dios no agota el tema de Dios. Lo origina más bien, o lo plantea en una nueva perspectiva abismática en que se incluyen todos los problemas que inquietan al intelecto humano. Pasa a ser el tema central y quizás único que hace que todos los demás temas, especialmente los temas del hombre adquieran la misma dimensión abismática. El tema de la muerte, el tema del destino, el tema de la existencia humana convergen, ahora necesariamente, hacia el tema de Dios.

Esta gravitación óntica que resulta ser la afirmación de la existencia de Dios como principio y fin del universo se prolonga en una necesidad o condición epistemológica que hace que el problema del conocimiento se resuelva en un conocer a Dios, en una búsqueda del constitutivo formal de la divinidad. Afirmada la existencia de Dios la realidad se hace inagotable, y el conocimiento una penetración en el misterio esencial.

11. Así, en esta perspectiva se desarrolla, a mi juicio, el filosofar de Clarence Finlayson. Con profunda humildad intelectual no rechaza, a la manera de Descartes, todas las filosofías anteriores. Su misión no es criticar, sino avanzar por la senda metafísica acompañado por aquéllos que también sintieron la gravitación del misterio. Sabe que el objeto propio de la inteligencia es el ser y que particu-

las del ser han ido quedando diseminadas en el camino ya recorrido por la humanidad pensante.

Todo filósofo digno de este nombre debe replantearse los temas permanentes que son los temas comprometedores de su propia existencia. Y para esto debe bucear en la realidad de las cosas y de sí mismo, pero no sólo de las cosas primigeniamente dadas, sino que también de aquellas realidades que, sobrepasando el nivel axiológico científico, aparecen como elementos fecundantes del conocimiento humano.

12. Si en este filosofar asistemático de Clarence Finlayson quisiéramos buscar una estructura metodológica, debiéramos referirnos, me parece, a cierta necesidad de penetración en las fuentes: por un lado un análisis exhaustivo de las experiencias fundamentales, y por otro una asimilación vital, de los principios que la intuición metafísica del ser nos entrega necesariamente.

Creo que éste es el verdadero alcance del tomismo de Finlayson, aun cuando los tomistas podríamos discutir el concepto de intuición metafísica. Finlayson acepta el tomismo, intelectualmente en razón de su sometimiento a la verdad objetiva, y más que todo, amorosamente en razón de la concordancia del tomismo en su condición síquica intelectual. Y quizás, en su filosofar, este sometimiento amoroso tiene mayor importancia que su sometimiento intelectual.

13. Antes que nada, el tomismo no es el sistema personal de Sto. Tomás. "Rara vez —dice Manser— se encuentra en las obras de Tomás la expresión de sentimientos personales y disposiciones de ánimo... Desde este punto de vista, su manera de trabajar y su sistema son los más impersonales de todo el siglo XIII, y su único carácter personal es el evitar todo lo individual y personal para sacrificarlo todo al conocimiento y a la concentración sobre la verdad, al saber. En esto es Tomás, el tipo del investigador rigurosamente científico".

Quizás pudiéramos agregar que no es ni siquiera un sistema en aquello de alienante que tiene la significación de este término. Para el tomismo la verdad tiene siempre una función liberadora; la libertad tiene su raíz en el entendimiento. La síntesis tomista no supone, por lo tanto, ningún encasillamiento intelectual; fundamenta, por el contrario, todo filosofar libre de todo lo que no sea la verdad.

14. Además el tomismo, en su sometimiento a la verdad, no constituye un intelectualismo de esencias. Esto lo ve claramente Finlayson. "La metafísica-tomista —dice— es existencial y dinámica. Han sido los tomistas de segunda categoría los que han presentado el sistema como una inmovilidad estática y a sus principios como relegados al puro orden de lo inteligible. No han sabido hacer el

traspaso de lo inteligible al orden existencial. De allí que muchas veces aparezca la filosofía tomista desvirtuada, encerrada sin eficacia en un mundo muerto e inorgánico, sin la virtualidad potente de su creadora riqueza". Y en otra parte afirma "La metafísica tomista es una filosofía existencial en cuanto pone en el seno de la esencia su raíz de la plenitud en el existir".

15. Encuentra así en el tomismo un punto de partida para su propio filosofar. Las tesis tomistas estarán alimentando continuamente su pensamiento; pero nunca será un puro repetidor de tesis. Va siempre creando su camino intelectual, un camino que le pertenece en propiedad, y que, en cierta manera sólo él es capaz de recorrer.

Finlayson comprende claramente que el tomismo no es excluyente, que le permite incorporar en la búsqueda de la verdad toda la obra realmente creadora de la humanidad. Su inquietud intelectual se desplaza entonces hacia los grandes pensadores, no sólo en el campo del filosofar sino también en el orden de lo teológico, de lo místico, de lo literario. No va propiamente en busca de los sistemas, va más bien en busca del meollo experiencial que en toda obra humana se manifiesta.

15. Porque —y he aquí otra característica tomista del pensamiento de Finlayson—, la experiencia constituye el otro pilar en que se asienta todo filosofar auténtico. Pero no hay ninguna razón para limitarse a la propia experiencia existencial. Si Finlayson bucea en ella, a veces con una acuciosidad desconcertante, bucea también en la experiencia que los otros manifiestan en sus obras, con no menor acuciosidad.

No se trata, como pudiera pensarse, de completar el tomismo incorporándole elementos que no le pertenecen. Los aportes no se realizan en el plano universal de la intuición metafísica, sino que en el plano individual de la experiencia concreta, real en el orden de lo místico o histórico, imaginaria en el orden de lo puramente literario, pero siempre modelada, cuando se trata de una verdadera obra de arte, en una vivencia íntima profundamente real.

16. Pero no es un vano afán de novedades lo que lleva a Finlayson por este camino. El tema central y único de Dios, tal como él se lo plantea, le obliga a obrar así. Necesita integrar a la decantada conceptualización tomista elementos conceptuales que, aunque virtualmente contenidos en el tomismo, se encuentran no siempre explícitamente analizados, en pensadores ajenos al tomismo, y muchas veces ajenos también a la investigación propiamente filosófica. Hay intuiciones existenciales que, para el filósofo de profesión, en virtud de su misma condición síquica, pueden pasar desapercibidas, pero que el hombre de arte expresa en su lenguaje estético, a veces conceptualmente oscuro.

Para Finlayson todo lo que es verdad, en cualquier orden de cosas, emerge de la Verdad Unica y conduce a la Verdad Unica. Por lo tanto, la obligación del filósofo es integrar. Finlayson no puede estar satisfecho si no integra, si no unifica las verdades parciales en la totalidad de la verdad increada. La completitud del tomismo le aparece a él sólo como una completitud virtual y no como una actualización filosófica definitiva.

17. Me parece que, si quisiéramos caracterizar técnicamente su método de investigación, deberíamos recurrir a la noción escolástica de abstracción formal. Los escolásticos distinguían, en el proceso cognoscitivo intelectual dos modos de abstracción, dos modos de inmaterializar el dato concreto, para ponerlo en contacto inmediato con la inmaterialidad del intelecto cognoscente, la abstracción total y la abstracción formal. Por el primer modo, procedimiento, en cierta manera, característico de las ciencias positivas particulares, el intelecto, separando las notas individualizantes que determinan al ser individual en su realidad concreta existencial, avanza, por decirlo así, diluyendo el individuo en la especie, y, separando las notas específicas, diluyendo la especie en el género, hacia un universo abstracto, hacia un universo de entes de razón en el que, hasta cierto punto, la realidad misma noéticamente primigenia de la substancia individual se desvanece. La abstracción formal, en cambio, procedimiento característico del verdadero filosofar, inmaterializa, sin pérdida de la realidad total del ente individual, penetrando en esta misma realidad total para buscar su constitutivo formal, lo que la hace ser lo que es, dándole consistencia óptica a las notas individualizantes y específicas. El universo abstracto de entes de razón se encuentra así orgánicamente vinculado al universo concreto de entes individuales.

Se comprende que, para Finlayson, el desmenuzamiento de la realidad que significa la abstracción total no puede dar respuesta satisfactoria a las interrogantes fundamentales, que afectan al hombre en su totalidad existencial. Lo que vive es el hombre concreto, inmerso en la realidad total del universo. Si las realidades pueden ser distinguidas, no pueden ser separadas. Y un conocimiento que se finaliza en la separación, será siempre un conocimiento menguado y trunco. Sin una visión integradora, el conocimiento humano, filosófico o científico, deja precisamente de ser humano, crea un universo a-humano apocalípticamente peligroso.

18. Es por esto que creo justificado considerar el método de investigación filosófica de Finlayson como un tipo de abstracción formal. Esto explica su actitud frente a pensadores como Descartes, Kant o Husserl, su posición frente al avance científico moderno, su preocupación permanente por lo existencial concreto, su

afán de integración del saber, su búsqueda casi angustiada de un "constitutivo formal" sustentáculo óntico y noético de la existencia y de la inteligibilidad.

Pero más que de una necesidad metodológica conscientemente querida, este proceder de Finlayson resulta de su condición síquica intelectual por una parte, y por otra, del modo cómo se le plantea el tema de la realidad total centrada en un Supremo Existente personal concreto. Desde este punto de vista creo que Finlayson no se habría negado a suscribir esta sentencia fundamentalmente tomista, que el máximo de abstracción conduce el máximo de concretitud.

19. He aquí como, a mi juicio, podremos visualizar el tema de Dios tal como se le plantea a Finlayson. El tomismo le ha enseñado que Dios existe y que le ha enseñado también el nombre mosaico de Dios, Jahvé. El que Es. La existencia aparece, por lo tanto, como el primer nombre metafísico de Dios. "Esto demuestra la existencia de Dios —como aclara en una nota de su obra principal, "Dios y la filosofía"—, nos encontramos de golpe y directamente con el primer nombre divino: la existencia en sí. Todos los argumentos concluyen en un solo y mismo punto: la existencia en sí y por sí de la divinidad".

Pero esta afirmación concluyente y definitoria de la actualidad pura del existir, origina precisamente, en el orden esencial, la pregunta por la significación. La conclusión de una argumentación de existencia pasa así a ser premisa inicial de un tema, del tema de Dios: ¿Cuál es el constitutivo formal del Ente concreto y personal en que la esencia y la existencia se identifican, del Ente cuya esencia es existir?

Desde el punto de vista entitativo, la respuesta es evidente —como dice Finlayson, o inmediata, y aparece, en cierta manera, como una tautología: "la existencia es el constitutivo formal de la divinidad... y es también el primer aspecto metafísico de Dios que se nos presenta". Sin embargo, es necesario precisar para nosotros, el significado de esta respuesta, penetrar, con nuestros conceptos, en lo que dice esta tautología entitativamente fundamental.

20. En la obra ya mencionada sobre Dios y la filosofía, pretende Finlayson dar una respuesta manteniéndose en la línea perfectamente tomista. Nuestro conocimiento de Dios —dice—, es por vía de negación y de analogía, de atribución y de trascendencia. Es un conocimiento el más nocturnal de todos. Nos elevamos a Dios a través del vertigio de las cosas. Nuestro conocimiento se basa en realidades que distan infinitamente de su Primera Causa" y agrega, "Los nombres divinos a nuestro alcance nos dicen más bien lo que Dios no es, que lo que es Dios. Son nombres nocturnos, vertigiales".

En esta línea tomista, que no siempre ha sido la de los tomistas, en que "la existencia es el nombre por excelencia de Dios", va descubriendo la fecundante

virtualidad del nombre divino y como, se traduce, por decirlo así, según el punto de vista en que se considere la pregunta sobre la Divinidad, en los nombres excelsos de Pensamiento Subsistente y de Amor Subsistente.

21. Sin embargo, a pesar de esta pretendida fidelidad a una línea de pensamiento que ha hecho suya, no puede ser considerado como un simple expositor. Los conceptos, las distinciones, las relaciones, toda la técnica filosófica que emplea en la elaboración de su respuesta, va adquiriendo siempre una cierta dimensión original, dicen algo que es propio de Finlayson.

Podríamos referirnos, a manera de ejemplo, a esta insuficiencia que encuentra en el lenguaje filosófico. "Nos parece —afirma— también muy plausible el introducir en el lenguaje metafísico la nomenclatura teológica de las distinciones, nomenclatura que coincide plenamente en la puramente filosófica, pero que, al tomar o usar otras palabras, parece sutilmente revelarnos otros aspectos de la realidad. Con cierta temeridad de lenguaje me atreveré a decir que estos vocablos teológicos parecen recaer sobre el ser en cuanto dinámico, mientras los conceptos meramente metafísicos hacen más hincapié en lo estático y en la misma distinción los otros parecen darnos la impresión de la unión más que de la desunión". Y en nota explicativa agrega: "Es más bien una cuestión de sensibilidad intelectual, si se me permite la expresión".

Esta larga cita nos muestra claramente esta necesidad que tiene el filósofo de Finlayson de superar la filosofía hecha, de darle a los conceptos, y en general, de plantear los problemas filosóficos en correspondencia con la condición síquica intelectual. No pretende plantear el problema filosófico de Dios en el plano teológico, sino que recurre a lo teológico para darle a los conceptos filosóficos una dimensión nueva que modifica fundamentalmente el horizonte de la investigación. La sugerida acusación bergsoniana de estatismo que le hace al instrumento conceptual metafísico, es, a mi juicio, el resultado de un pensar filosófico que no encuentra en el universo noético metafísico la amplitud necesaria para tratar el tema de Dios. Un proceso de integración, que por otra parte, también le exige ser condición síquica, se le hace indispensable para superar esta insuficiencia.

22. Pero hay algo más importante aún. Finlayson no puede comprender la pregunta sobre el tema de Dios en una perspectiva puramente especulativa. Con relación a esto, permítaseme de nuevo una larga cita.

"Una vez instruida la perfección radical de Dios, aunque negativa y nocturnamente, queda algo en el espíritu, una semilla de estremecimiento, un sentido de libertad y de aprisionamiento, una aspiración inconmensurable al ser, a rupturar límites y fronteras, a experimentar la autonomía en toda su generosa

abundancia. La verdadera expresión, siempre filtrada y resguardada por una verdadera y sólida base conceptual, nos da siempre simultáneamente dos facetas de esta subsistencia, refleja de aquella del Ser Primero: la independencia de constituir cosmos en sí y la fundamental dependencia y encadenamiento a Dios. Mas, sentimos que ponemos nuestra personalidad porque nos está garantizada y salvaguardada por la infinita Subsistencia de Dios y por su Independencia Radical".

Nuevamente se nos aparece esa característica de Finlayson que es su visión integradora, pero ahora no sólo en el orden de lo noético puro, sino también en la conjunción de lo neótico con lo entitativo. A esta identificación total en Dios, en que el ser, el conocimiento y el amor son la misma cosa debe corresponder un proceso de identificación que debe traslucirse en el modo mismo de conceptualizar, en vaciarse en los conceptos de la experiencia vital. En cierta manera, y usando también un tecnicismo escolástico, podría hablarse de una evolución de la cadena causal del ser y del conocimiento.

23. Y ahora para la comprensión más adecuada del instrumento conceptual reconoce Finlayson a la literatura. Es Dostoiewski el que tiene la palabra, o mejor dicho, lo es Kirilow, el personaje de *Los Poseídos*. Y no es la lógica semimatemática de Aristóteles, ni la lógica enteramente matematizada de los modernos, la que conduce al argumento, sino una lógica experiencial casi trágicamente vivida.

Y con esto abordamos un concepto que, a mi juicio, es quizás el más significativo en el pensar de Finlayson y el que conduce toda su investigación. En el conocimiento metafísico, la experiencia no se ubica como sucede en el conocimiento físico, sólo como dato inicial que genera el juicio científico y como dato terminal que lo verifica, sino que debe acompañar todo el proceso cognoscitivo sustentando la estructura discursiva misma del pensamiento. No se trata de una estructura formal-lógica que se aplica a juicio de experiencia, manteniendo en sí su característica de pura forma del pensar. Se trata de una lógica experiencial que se modela en el contenido del tema, que se justifica, por decirlo así, en una vivencia existencial, en una experiencia íntima, de la significación de los conceptos.

24. Se explica, entonces, por qué, en torno del tema central y único de Dios, se van ubicando los temas existenciales. Para tratar de comprender lo que significa la Existencia, Subsistencia y su identificación con el Pensamiento y el Amor Subsistentes, necesita Finlayson analizar la experiencia de cómo subsisten en él, en la raíz íntima de su propia personalidad.

De aquí que sus ensayos filosóficos aparezcan siempre como meditaciones, como expediciones hacia el abismo de experiencias que es el propio existir. Nee-

sita saber qué significa experiencialmente amar y pensar, qué significa experiencialmente la vida, el destino, e incluso necesita saber qué significa experiencialmente la muerte. "La muerte —dice— se derrama por sobre las experiencias empíricas. Admite elementos metafísicos. Este sobre paso sensible y físico es, sin embargo, apto para ser experimentado, vivido en cierta manera. Una experiencia de la muerte es posible desde un punto de vista. No hay que olvidar que el problema de la muerte nos afecta principalmente de un modo personal. No podemos investigar sin incluirnos en él. Una experiencia de la muerte es posible hasta cierto límite. Es menester experimentar este fenómeno en una posición contraria a la muerte, es decir, sólo estando vivo podemos contactar análogamente la muerte. Podemos también contactar la cercanía, la frontera, el aproximamiento del desenlace. Pero la muerte misma, como tal, en su misteriosa formaldad se nos escapa".

25. Ya Platón había visto en el filosofar una preparación para la muerte, un aproximarse a la muerte. Pero la muerte aparece siempre como algo cronológicamente distante, algo que va a sucedernos inevitablemente, pero que aún no nos ha sucedido; y por esta distancia cronológica nos es posible un meditar sereno. La muerte es finalización de un proceso y lo determina como negación del proceso.

Para Finlayson, en cambio, la conciencia de la inevitabilidad de la muerte, el saber que se va a morir, da la experiencia vital una dimensión angustiada, en cuanto disminuye intencionalmente la distancia cronológica, en cuanto carga de negaciones la positividad del instante que se está viviendo. Pero lo que hace a esta angustia pavorosa es el ignorar lo que es la muerte, con una ignorancia experiencialmente insuperable.

26. Esto explica, a mi juicio, el drama intelectual de Finlayson: la imposibilidad de una experiencia metafísica explicatoria de las negaciones que van informando fundamentalmente el operar humano.

"El hombre —dice— como toda creatura, ha salido originariamente de la nada y la nada le acecha en distintas formas. El hombre se convierte entonces en su afán de salvación como un tráfuga incesante de la nada, como un errante viajero ontológico... Esa "nada" la lleva el propio ser humano como una limitación: la angustia, ese sentimiento de existir sobre la nada, le impele a la desesperación o a la salvación. La nada sólo se llena con el ser, se planifica en Dios".

En este sentido, la muerte viene a ser la suprema experiencia metafísica, lo que, más allá de lo físico o lo histórico, va determinando el auténtico filosofar.



# Octave Crémazie y su retorno a la madre muerta

## I

Existe en Montreal del Canadá una avenida que se llama Boulevard Crémazie. En todas las ciudades del mundo hay estas calles que recuerdan a grandes personajes nacionales, pero como la gloria raras veces encuentra ecos más allá de las fronteras, el extranjero suele quedarse perplejo ante tales nombres, sin saber si aluden a un político genial, a un invencible guerrero o a un artista sublime. No es, pues, muy irreverente comenzar por aclarar que, en este caso, se trata de un poeta. Octave Crémazie, nacido en Quebec en 1827 y muerto en el Havre en 1879, fue un poeta canadiense de expresión francesa, y como tal ha gozado de un prestigio en el cual —aparte el mérito que sus versos hayan podido tener— influyeron sin duda dos factores muy especiales. Uno fue la general pobreza de la literatura canadiense, tanto en inglés como en francés, durante la primera mitad del siglo XIX. El otro fue la tendencia a ver en Crémazie, con razón o sin ella, la expresión nacional francocanadiense, llevada casi al punto de descuidar las otras cuerdas de su lira.

Contra esta tendencia formuló una vigorosa protesta el crítico canadiense Séraphim Marion<sup>1</sup>, sacando sus argumentos de un estudio publicado en 1908 por el P. Valentin M. Breton. Según lo hizo ver el P. Breton, de los 20 poemas incluidos en las obras completas de Crémazie, editadas por H. R. Casgrain en 1882, no hay más que seis que se inspiren exclusivamente en el sentimiento nacional. Otros cuatro no dan indicio alguno de haber sido escritos por un

<sup>1</sup>Séraphim Marion, *Les lettres canadiennes d'autrefois*, vol. V, pp. 47-55.

canadiense en el Canadá; y los demás se conectan al suelo natal por algunas ligeras alusiones. El señor Marion trató naturalmente de buscar el equilibrio entre las dos ideas contrapuestas de un Crémazie que sólo canta el patriotismo y un Crémazie que canta todo menos el patriotismo. El crítico recordaba algunos poemas primigenios, no incluidos en las obras completas, en los cuales Crémazie expresa, un poco desaliñadamente, un sentimiento convencional por la tierra donde nació. Sin embargo, la imagen que se nos quiere dar es la de un poeta que supo avanzar de la expresión de lugares comunes a una poesía más honda y personal, al mismo tiempo que iba mejorando su dominio de la técnica del verso.

Con todo, el señor Marion no estaba muy seguro de que el análisis crítico del P. Breton hubiera bastado para modificar la idea corriente que se tenía de Crémazie. A este respecto escribía:

Les légendes ont toujours eu la vie dure. Malgré cette mise au point, la critique persistera longtemps encore, en certains quartiers, du moins, à voir uniquement, en Crémazie, le chantre officiel du patriotisme... La postérité, encline à l'émondage et à la simplification, n'a retenu, en somme, de l'oeuvre crémazienne, que la silhouette épique et magnifiquement campée du *Vieux soldat*<sup>2</sup>.

Cabe añadir que es una lástima que sea ésta la estampa que ha prevalecido del poeta. En Crémazie, aun cuando no sea un poeta de primera línea, pueden hallarse cosas mucho más profundas y complejas que las que suelen entrar en la composición de un mero "cantor oficial del patriotismo"<sup>3</sup>.

Pero antes de intentar una exploración más a fondo en la poesía de Crémazie,

<sup>2</sup>Marion, *op. cit.*, nota a p. 49.

<sup>3</sup>Para entender mejor las alusiones de la poesía: "patriótica" de Crémazie, hay que recordar algunos detalles de la historia que constituye principalmente su materia prima. Se trata de la conquista del Canadá francés por los ingleses, como resultado de la Guerra de Siete Años (1756-1763). Durante tres años los franceses, en gran inferioridad de número y de recursos, se sostuvieron con mucho éxito contra sus rivales. Una de sus victorias más brillantes fue obtenida en 1758 cerca del fuerte que ellos llamaban Carillon y los ingleses Ticonderoga. Sin embargo, en 1759 la superioridad material se hizo sentir en forma definitiva. El 13 de septiembre, los ingleses ganaron la batalla decisiva de las Llanuras de Abraham, en las afueras de Qubec, en la cual encontraron la muerte los dos generales adversarios, Wolfe y Montcalm. Quebec capituló el 18 de septiembre. El general François Gaston de Lévis mantuvo la guerra un año más, pero el 8 de septiembre de 1760, con la capitulación de Montreal, la resistencia llegó a su fin. La cesión oficial del Canadá se hizo por el Tratado de París de 1763, en el cual se estipuló —cosa rara para el siglo xviii— el respeto a la religión, idioma y costumbres de los habitantes del país.

no está de más decir algo de la especie de patriotismo que, por lo menos a juicio de muchos, constituye su materia prima. En primer lugar, es en su mayor parte de carácter militar, del tipo de *dulce et decorum est pro patria mori*. Muestra deleitarse en espadas y banderas, en los nombres de batallas, cualesquiera batallas, y en los nombres de héroes, quienesquiera que sean. Los versos siguientes son típicos de su musa:

*N'est-ce pas qu'il est bon d'entendre dans les airs  
Retentir, comme un chant d'une immense épopée,  
Les accents du clairon et ces grands coups d'épée  
Qui brillent à nos yeux ainsi que des éclairs?  
Guerriers des temps anciens, paladins magnifiques,  
Héros éblouissants des poèmes épiques  
Dont les récits charmaient nos rêves de quinze ans...<sup>4</sup>*

Para él, toda batalla es heroica y épica, constituye una alegría para los combatientes y representa un recuerdo y una inspiración conservados con amor por su descendencia, ya sean ingleses o franceses, turcos o moscovitas. Sin embargo, el poeta mismo, con todo lo que habla de guerra, no parece haber sido hombre de inclinaciones belicosas, de suerte que no se le puede clasificar con los poetas soldados que arriesgaron y perdieron la vida en un campo de batalla, como Sir Philip Sidney, Garcilaso de la Vega o Karl Theodor Körner. Sólo hubo una ocasión cuando Crémazie se encontró en las vecindades de un verdadero teatro de guerra, durante el sitio de París en 1870, y entonces no se aventuró más que una vez por el lugar donde caían las granadas. Su entusiasmo bélico era como el de los muchachos que se embriagan con la música de una banda militar que desfila por la calle; y en este sentido nunca dejó atrás lo que él mismo llama "nuestros ensueños de los quince años".

Hay otra cosa que llama la atención en su patriotismo. Es extraño, por lo menos a mi modo de ver, que un hombre a quien se considera el cantor por excelencia de la conciencia nacional esté siempre añorando un país lejano y diferente del suyo, Francia. Por supuesto, Francia es la Madre Patria del Canadá francés, pero eso fue hace mucho tiempo y la ruptura de la vinculación política debió haber servido para hacer comprender a Crémazie que la tierra natal, la patria, estaba a orillas del San Lorenzo y no a orillas del Sena. Seguramente cabía esperar que un poeta nacional de Quebec cantara a Quebec y no a lo que ya era, a todas luces, un país extranjero. ¿Quién podría imaginarse a un poeta de Estados Unidos añorando a Gran Bretaña y soñando con el

<sup>4</sup>*Guerre d'Italie.*

regreso de la bandera británica? Es verdad que Crémazie menciona con frecuencia a *nos pères* y *nos aïeux*, pero el verdadero sentido de tales palabras se revela en estos versos:

*Descendant des héros qui donnèrent leur vie  
Pour graver sur nos bords le nom de leur patrie*<sup>5</sup>

La oposición de *nuestro* suelo y su patria pone de manifiesto que esas personas, a quienes hace referencia como *pères*, *aïeux* y *héros*, son simples encarnaciones de la presencia de Francia. Se da en Crémazie una clara distinción entre elementos pasivo y activo, esto es, entre naturaleza e historia. El Canadá, para él, es naturaleza, que generalmente designa con la expresión *nos bords*. Tal vez Crémazie no sea un observador muy exacto de esa naturaleza, pero en todo caso ésta es la única faz que el Canadá muestra en su poesía; hasta el punto de que jamás menciona aquel objeto que sin duda era el que mejor conocía, y que ofrecía excelente material para un poeta de inclinaciones épicas, a saber, la ciudad de Quebec. Francia, en cambio, es creación de valores humanos, y el Canadá puede estar feliz de recibir de ella un distante reflejo:

*O Canadiens-Français! comme notre âme est fière  
De pouvoir dire à tous: "La France, c'est ma mère!  
Sa gloire se reflète au front de son enfant"*<sup>6</sup>.

Además, la canción de un verdadero poeta nacional debiera dar cabida al presente y también al futuro, y no limitarse a recordar a todas horas tristes historias de antaño. Un escritor francés de Francia difícilmente merecería el título de poeta patriótico si sus lágrimas cayeran incesantemente sobre los campos de Crecy y Azincourt, como si la vida de su pueblo hubiera quedado truncada allí. Seguramente no se dijeron en vano las palabras evangélicas: Que los muertos entierren a sus muertos. Pero Crémazie se niega a escuchar esta exhortación. El se queda junto a los muertos y parece decidido a no darles una final sepultura. Su poesía es una lamentación por el pasado y una obstinada ilusión de que el tiempo vuelva atrás. En cuanto al presente, de Crémazie recibe poco elogio y menos estímulo:

*Alors il comparait, en voyant ce rivage,  
Où la gloire souvant couronna son courage,  
Le bonheur d'autrefois aux malheurs d'aujourd'hui*<sup>7</sup>.

<sup>5</sup>Le vieux soldat canadien.

<sup>6</sup>Sur les ruines de Sébastopol.

<sup>7</sup>Le vieux soldat canadien.

He aquí una hermosa antítesis, pero estos versos son realmente una tergiversación de la historia. Quebec en 1850 no carecía por cierto de problemas, pero nadie hubiera podido decir que, por lo que hace a paz, seguridad y prosperidad, había estado mejor en 1750. En realidad, el Canadá de 1850 ofrecía un buen tema para un poeta patriótico, pues era posible cantar, no sólo el milagro de la supervivencia del pueblo francocanadiense, sino también su robustecimiento moral y material. Pero Crémazie parecía no ver la vida vigorosa y tenaz que lo rodeaba. Envuelto en una niebla de irrealidad romántica, seguía soñando con viejas batallas y viejas glorias y dirigiendo sus expresiones más fervorosas de patriotismo, no a Quebec, sino a Francia. El señor Marion trata de lograr indulgencia para esta característica de Crémazie, y dice:

Un fils bien né ne saurait trop aimer ses parents. Et s'il donne quelquefois de son amour filial des manifestations trop exubérantes, qui l'en blâmera?<sup>8</sup>.

Nadie puede culpar a Crémazie por esto. El objeto de la crítica literaria no es censurar al poeta —especialmente en lo que toca a la elección de sus temas, donde reside el primero de sus derechos artísticos— sino tratar de comprenderlo. Y el comienzo de la comprensión es fijar la atención en sus peculiaridades.

De todos los 29 poemas incluidos en las obras completas o en *La littérature canadienne de 1850 a 1860*, que los editores de *Le foyer canadien* publicaron en 1864, no hay sino uno que, a mi ver, pueda aceptarse como realmente patriótico, el que se titula *Colonisation*. Es verdad que no faltan en él *de la France la langue et le grand nom*; y es verdad que el tono es bastante sombrío y lacrimoso; pero, a lo menos por una vez, el poeta demuestra aquí una verdadera preocupación por su propio país, por el peligro de que los jóvenes vayan a buscar en otras partes las oportunidades que no encuentran en su suelo, por la necesidad de allegar dinero para la utilización de los recursos. Estos asuntos pueden ser o no "poéticos", pero Crémazie aparece aquí interesado por algo tangible y vital. Al exhortar a su pueblo a invertir dinero en su juventud y en sus bosques, habla con una voz más verdaderamente patriótica que cuando lo invita a derramar su sangre de nuevo, si llega el caso, por la Madre Francia.

Otros poemas que tratan del Canadá muestran simplemente que Crémazie no tenía ojos para ver su país. Cuando quiere alabar el lugar llamado de las Mil Islas, en el río San Lorenzo, se embarca en una vuelta al mundo, durante la cual menciona las maravillas de todas las tierras que alumbra el sol, para llegar a la triunfante conclusión de que las Mil Islas son más hermosas que

<sup>8</sup>Marion, *op. cit.*, p. 166.

todas ellas. No se discute la conclusión, pero hubiera sido de desear un método menos peripatético. En otros poemas, las referencias al paisaje canadiense son manidas y mecánicas: los oscuros bosques, los lagos gigantescos, los inmensos árboles. Sólo se advierten una pincelada que parece auténtica: Crémazie, que no se distingue como colorista, no deja de notar el exquisito verde que acaricia la vista en el Canadá, y los adjetivos *vert* y *verdoyant* aparecen con frecuencia en sus versos.

Y esto es lo que, a mi parecer, se puede decir justificadamente de Crémazie como poeta nacional.

## II

Volviendo a la opinión tradicional sobre Crémazie, no es fácil entender a un poeta patriótico que no tiene nada bueno que decir de su tierra natal, sino como teatro donde otra nación ejecutó sus hazañas. La gratitud es noble y justa cuando un pueblo debe a otro su lengua y su cultura, su sangre y su espíritu; pero la gratitud no es incompatible con la propia estimación. Ahora bien, Quebec, en la visión de Crémazie, aparece débil, secundario e inerte, sin que le esté permitido aspirar a mayor bien que al regreso de la bandera francesa. Para Crémazie, ha de haber constituido Francia una imagen singularmente poderosa, pues sólo así se explica que privara a su propio país de toda posibilidad de ser y actuar por sí mismo. Será interesante averiguar qué era en realidad la Francia ante cuyo altar oficiaba Crémazie.

Lo primero que se advierte es que esa Francia existía fuera de la corriente del tiempo y de los cambios, y este punto ha sido señalado más de una vez. Así, el profesor Michel Dassonville ha escrito:

Ce serait une erreur d'interpréter en un sens politique les hymnes héroïques qu'il écrivit... Par un mélange politique si audacieux qu'il eût fait gronder Victor Hugo lui-même, il chantait dans le même hymne Magenta, Marignan, Solferino, Marengo, Desaix et les *grands jours de Messidor*, Napoléon Ier et Napoléon III, mais on voit aisément que son chant dépassait l'actualité politique pour exalter la gloire française<sup>9</sup>.

Pero esta idea de la gloria es absolutamente abstracta, ya que reduce una nación a una especie de descarnado fantasma de sí misma. Un francés de Francia, para quien su país es un complejo de problemas, ideales e intereses, hubiera sido legitimista, orleanista, bonapartista o republicano; no así Crémazie,

<sup>9</sup>Michel Dassonville, *Crémazie* (Collection Classiques Canadiens), p. 15.

que es simplemente devoto de una Francia etérea y ajena a los asuntos políticos o económicos. Es verdad que Crémazie, a pesar de sí mismo, era extranjero con respecto a Francia y sus problemas concretos, pero esto no prueba mucho porque tampoco mostró gran interés por los asuntos prácticos del Canadá<sup>10</sup>.

Y si Crémazie no se sentía ligado a ningún determinado tiempo ni régimen en su lealtad a Francia, tampoco parece haber sentido la necesidad de ninguna lógica en su actitud. No cesaba de lamentar la conquista de Quebec así como cualquiera otra derrota de Francia, pero estaba siempre dispuesto a aplaudir cualquiera victoria francesa, aunque significara una coerción impuesta a otro pueblo. Pero esto suele ser un rasgo muy común de la poesía patriótica.

La verdad es que Francia, esa Francia en aras de la cual Crémazie empequeñecía a su propio país, no existía en el mundo material sino en su propia alma, como imagen simbólica de algún proceso mental que sólo puede ser objeto de conjeturas, a base de los indicios que pueden encontrarse en los poemas mismos. Y para este fin se puede empezar con una de las composiciones más famosas de Crémazie, *Le drapeau de Carillon*. En él se nos muestra a un viejo soldado que viene a esperar la muerte sobre el antiguo campo de batalla de Carillon, donde una vez la gloria acarició su bandera. Es un poema muy adecuado para este análisis pues se refiere todo a Francia, tal como Crémazie la contemplaba en su fantasía, aunque no hay derecho a suponer que su visión fuera compartida por ninguna otra persona.

La imagen bajo la cual se invoca a Francia es la de una madre que se halla lejos de sus hijos. Los habitantes de Quebec se describen una y otra vez como *seuls, abandonnés par la France leur mère; un enfant qu'on arrache à sa mère; fils malheureux; ces enfant qui vers Dieu se tournant chaque soir, / mêlent toujours son nom à leur prière ardente; enfants abandonnés; ces fidèles enfant qu'il vouait à l'oubli*. Y cuando el viejo soldado, ya perdida toda esperanza, iba a morir de pesar, *il pleura bien longtemps, / comme on pleure au tombeau d'une mère adorée*.

Todo el amor y toda la fe del soldado se reservan para la *France adorée*; a sus compatriotas canadienses no puede darles ningún estímulo para que se forjen su propio destino, sino tan sólo la piadosa ilusión de que los soldados

<sup>10</sup>El suceso canadiense más notable ocurrido en vida de Crémazie, la Confederación de 1867, de donde surge el Canadá contemporáneo, no parece haberle hecho mucha impresión, y mucho menos moverle a que lo celebrase en verso. En una carta de 18 de octubre de 1868 dirigida a Ernest Gagnon, se refiere al hecho en forma un poco remota: "Depuis que j'ai dit à Quebec cet adieu navrant que je crois éternel, le Canada a vu bien de changements. Vous avez un nouveau gouvernement, et la ville de Champlain est redevenu capitale. Vous avez cinq ou six Baronets et Sirs, dont deux Canadiens-Français". (E. Gagnon, *Pages choisies*, Quebec, 1917, p. 255.

franceses volverán y que el pasado volverá con ellos. Es interesante que para los enemigos vencedores no hay más que una frase trivial, *un joug ennemi*; en cambio, toda la hostilidad que debe servir de contrapeso a las expresiones de amor se derrama sobre la Francia oficial que se dejó arrebatar el Canadá, incluidos el rey (*faible Bourbon; un roi sans honneur; ce prince avili*) la corte de París (*les lâches courtisans*) y la cultura de la Ilustración (*Voltaire alors riait de son rire d'enfer*). La única vez que dice algo amable del rey es cuando éste, para el viejo soldado aún aferrado a su esperanza, constituye otra imagen de su amada Francia: *ce grand roi pour qui nous avons combattu*.

No es difícil ver que la Francia de Crémazie se reduce, en el lenguaje de la psicología, a una imagen materna, y el conflicto que expresa en su poesía a una separación de la madre. La conquista de Quebec, que lo arrebató de los brazos maternos de Francia, era un buen símbolo de esa situación psicológica, y Crémazie no se cansa de utilizarlo en su poesía. Naturalmente, el poeta no toma en cuenta que la reacción normal del nuevo ser después de separarse de la madre, es hacer frente a las dificultades del mundo y cumplir sus responsabilidades, tanto para sí mismo en la propia conservación, como para la especie en el amor fructífero. Sólo los que rehuyen esas responsabilidades sienten nostalgia del perdido asilo de la protección y el amor maternos. Crémazie no permite a Quebec seguir el curso normal. De ahí su odio al régimen francés que, al parecer más que los conquistadores, se hizo culpable de la separación; de ahí su entusiasmo por los poderes —Napoleón I, Napoleón III— que, a lo menos en su imaginación, podrían destruir la barrera que mantiene apartados al hijo y a la madre, a Quebec y a Francia.

Los historiadores probablemente sacudirán la cabeza ante este esquema; pero, para nuestros fines, es revelador que el poeta vertió su experiencia en tales símbolos. Asumiendo la representación de Quebec, aunque sin consultarlo, rechaza la oportunidad de hacer frente a la vida y prefiere volver los ojos al protegido pasado. La cuarta estrofa de *Le drapeau de Carillon* es de particular interés como recapitulación de estos motivos:

*De nos bords s'élevaient de longs gémissements,  
Comme ceux d'un enfant qu'on arrache a sa mère;  
Et le peuple attendait plein de frémissements,  
En implorant le ciel dans sa douleur amère,  
Le jour où pour la France et son nom triomphant  
Il donnerait encore et son sang et sa vie;  
Car, privé des rayons de ce soleil ardent,  
Il était exilé dans sa propre patrie.*

Aquí tenemos una vez más al hijo abandonado y a la madre ausente, y, además, dos reveladores atisbos en la mente de Crémazie. Lo que quiere para su pueblo no es necesariamente vida, sino un retorno al pasado aunque sea a costa de su destrucción. Sabe muy bien que esos tiempos de antes no fueron de paz y abundancia sino de guerra interminable, con todos sus sufrimientos y penurias, y todo por el glorioso nombre de Francia; pero esa situación es precisamente lo que quiere hacer volver. El último verso es de hermosa concisión y elocuencia; pero qué terrible pensamiento, qué completo rechazo de toda posibilidad de que su pueblo siga viviendo por sí mismo y para sí mismo. En el pensamiento de Crémazie, Quebec depende absolutamente de Francia, sea para vivir, sea, aunque parezca absurdo, para morir. La vida y la muerte son igualmente aceptables, con tal que produzcan la única realización que Crémazie le permite a su pueblo, la reunión con la Madre Francia.

Esta es la realización que se concede, en extrañas circunstancias, al viejo soldado de Carillon. Cuando se hace evidente que Francia no retornará, es él quien retorna a ella, al procurar que la muerte lo encuentre en el campo de batalla de otrora y bajo la vieja bandera. Cuando llega el momento supremo, sus últimas palabras alcanzan un tono verdaderamente épico:

*Qu'ils sont heureux ceux qui dans la mêlée  
Près de Lévis moururent en soldats!  
En expirant, leur âme consolée  
Voyait la gloire adoucir leur trépas.  
Vous qui dormez dans votre froide bière;  
Vous que j'implore à mon dernier soupir,  
Réveillez-vous! Apportant ma bannière,  
Sur vos tombeaux, je viens ici mourir.*

Este pasaje recuerda inevitablemente el deseo de muerte de Eneas, cuando la tempestad amenazaba destruir la flota que lo transportaba con los sobrevivientes de Troya:

*O terque quaterque beati  
Quis ante ora patrum, Troiae sub moenibus altis  
Contigit oppetere!*<sup>11</sup>.

El *près de Lévis* de Crémazie repite el *ante ora patrum* de Virgilio. En ambos casos es el lamento de un hombre que encuentra el viaje demasiado arduo y que preferiría haber muerto antes que afrontar las penalidades del exilio (*exilé dans sa propre patrie*) a que lo condena la pérdida de la ciudad materna. La diferencia

<sup>11</sup>Eneida, I, 94-96.

está en que, en esta escena, Eneas ha perdido todo su valor, mientras que en Crémazie la falta de valor es un rasgo habitual.

Otro poema, *Le vieux soldat canadien*, desarrolla más o menos los mismos temas que *Le drapeau*. Ahí aparece la misma nostalgia por la Madre Francia, que con toda facilidad se convierte en un anhelo de autodestrucción. El viejo soldado, cuando oye hablar de las victorias de Napoleón, no puede desear nada mejor para su propio país que verlo inundado por el mismo diluvio de guerra:

*Quand les fiers bulletins des exploits de la France  
Venaient des Canadiens ranimer l'espérance,  
On voyait le vieillard trassaillir de bonheur;  
Et puis il regardait sa glorieuse épée,  
Espérant que bientôt cette immense épopée  
Viendrait sous nos remparts réveiller sa valeur.*

No es éste, a mi modo de ver, un deseo muy patriótico, si bien hay que tener en cuenta, como circunstancia atenuante, el irreflexivo entusiasmo bélico de Crémazie. Pero no deja de ser irónico pensar que, cualesquiera que fuesen las más esperanzas del viejo soldado y de Crémazie, Quebec hubiera visto con antipatía profunda a los soldados de Napoleón, a juzgar por la abundante *littérature anti-bonapartiste* que se escribió en el Canadá en esos días<sup>12</sup>.

El soldado de Carillon, solo y aguardando la muerte, veía resurgir a sus ojos las escenas de su niñez:

*Planant sur l'horizon, son triste et long regard  
Semblait trouver des lieux chéris de son enfance.  
Sombre et silencieux il pleura bien longtemps,  
Comme on pleure au tombeau d'une mère adorée.*

Del mismo modo, este otro soldado también ve resurgir su infancia entre los pliegues de la desaparecida bandera francesa:

*sur ce grand fleuve où son heureuse enfance  
Vit son drapeau français promener sa puissance,  
Regrettant ces beaux jours, il jetait ses regards!*

Y así pasa sus últimos años aguardando el amanecer (otro símbolo de infancia) del tiempo viejo que ha de volver (*De ce grand jour quand verrai-je l'aurore?*);

<sup>12</sup>Cfr. Marion, *op. cit.*, vol. I, cap. 7, y vol. III, cap. 2.

pero en su desolación también exhala una variación del deseo de muerte de Eneas:

*Que n'ai-je, hélas! au milieu des batailles  
Trouvé plutôt un glorieux trépas.*

Y finalmente muere. El soldado de Carillon estaba circundado en sus últimos momentos por un lúgubre paisaje de invierno; este otro soldado muere mientras ruge una tormenta. En ambos casos, la entrada en el reposo se ve acompañada por las manifestaciones hostiles de un mundo adverso.

### III

En otros poemas, Crémazie insiste en su imagen de Francia como madre ausente y de Quebec como el hijo desamparado:

*Enfants abandonnés bien loin de notre mère!*<sup>13</sup>.

*O Canada, fils de la France,  
Qui te couvrit de ses bienfaits!*<sup>14</sup>;

sin embargo, ya empieza a quedar en claro que es la imagen de la madre lo que da significación a Francia, y no al revés. En efecto, la imagen de la madre domina la poesía de Crémazie, incluso en los poemas donde no aparece la relación Quebec-Francia. El poema *La fiancée du marin*—un poema de amor, que es cosa rara en la poesía de Crémazie— hecha algunas luces reveladoras sobre esta cuestión.

La novia es lo más descolorida posible. Crémazie la describe como un modelo de todas las virtudes, lo que es muy satisfactorio en un mundo en que la mayoría de las personas no son más que medianas; pero la niña carece de todo atractivo como heroína de una historia de amor. Es la madre del marino quien es la figura clave en la narración. Ella encontró a la niña, que las olas abandonaron un día sobre la playa, y la crió como su propia hija. Más tarde, por deseo suyo (*répondant au vœux de sa mère*), la huérfana y el marino se comprometen para casarse. Cuando el marino parte en un viaje, la novia y la madre quedan juntas orando por su regreso, y cuando es seguro que ya no volverá, las dos se unen también para llorarlo. Pronto la madre muere también, es sepultada en el mar, y en cierto modo se identifica con éste, así como en un principio el mar había hecho

<sup>13</sup>*Envoi aux marins de la Capricieuse.*

<sup>14</sup>*Aux Canadiens-Français.*

el papel de madre al dar vida a la niña sobre la playa. La novia, incapaz de soportar su desamparada existencia, pierde la razón y vaga por la orilla del mar como buscando a alguien. Sería romántico imaginar que busca a su novio muerto; pero aun en esta extremidad la madre sigue junto a ella, compartiendo los pensamientos de la loca. Cabe señalar, de pasada, que la lamentación de la novia no es muy diferente de la lamentación por la suerte de Quebec en *Le drapeau* o en *Le vieux soldat*:

*M'oubliez-vous, pauvre isolée,  
Que personne n'a consolée  
Dans ses douleurs?  
Car je suis seule sur la terre,  
Seule et mêlant à l'onde amère  
Mes tristes pleurs.*

Por último, la pobre niña cree oír voces que la llaman desde el seno de las olas. ¿Será su madre? Tal vez es su hermano (lo recuerda como hermano, no como novio o amante). La loca obedece el llamado, y se deja caer en las olas con un grito de alegría:

*J'y y vais... Ah! dans vos bras, ma mère  
Recevez-moi!*

Es de observar que va, según sus palabras, a unirse, no con el novio, sino con la madre. No sabemos si con esto se refiere al mar de donde en un principio vino o a la mujer que la cuidó en su infancia; pero una cosa es cierta: en este poema de Crémazie, la reunión con la madre es la unión con la muerte.

La última estrofa de este poema presenta un epílogo que es característico en Crémazie: el regreso de los muertos mostrando la realización ilusoria de lo que no lograron ver cumplido en vida:

*On dit que, le soir, sous les ormes,  
On voit errer trois blanches formes  
Spectres mouvants,  
Et qu'on entend trois voix plaintives  
Se mêler souvent sur les rives  
Au bruit des vents.*

Del mismo modo, en *Le vieux soldat canadien* el estampido de un cañón, disparado por un buque de guerra francés que visita a Quebec por primera vez

después de la conquista inglesa, hace salir de su tumba al anciano lleno de felicidad porque se imagina que por fin ha llegado el anhelado día. Por supuesto, para obrar este milagro se requería el sonido del cañón, pues, dentro de las categorías mentales de Crémazie, la modesta sirena de un buque mercante francés no hubiera despertado a nadie en Quebec. Y el viejo soldado no está solo en el disfrute de este quimérico gozo en medio de la muerte:

*Tous les vieux Canadiens moissonnés par la guerre  
Abandonnet aussi leur couche funéraire  
Pour voir réalisés leur rêves les plus beaux.  
Et puis on entendit, le soir, sur chaque rive,  
Se mêler au doux bruit de l'onde fugitive  
Un long chant de bonheur qui sortait des tombeaux.*

Hay otro difunto, en *Un soldat de l'empire*, que, en circunstancias parecidas, también despierta y asiste con alegría a la restauración de su bandera:

*Un huzza solennel s'élève d'un tombeau.  
Réveillé par l'écho de la salve guerrière,  
C'est le soldat français qui, du fond de sa bière,  
Salue aussi son vieux drapeau.*

En la poesía de Crémazie, los muertos logran la nebulosa felicidad que él les tiene reservada, cuando su muerte determina la reunión con el pasado, que es la madre, cuando la madre y la muerte son una y misma solemne realidad. Hay un poema llamado *Promenade de trois morts* en el cual, de los tres difuntos que vuelven a visitar la tierra, el padre queda decepcionado del hijo sobreviviente y el marido de la viuda, pero el hijo queda consolado por el recuerdo amoroso y constante que le consagra su madre:

*Seul le fils trouve sa mère agenouillée, pleurant toujours son enfant et priant Dieu pour lui. Un ange recueille à la fois ses prières pour les porter au ciel, et ses larmes, qui se changent en fleurs et dont il ira parfumer la tombe d'un fils bien-aimé<sup>15</sup>.*

Los otros dos difuntos, para encontrar el solaz que no existía en la relación de padre a hijo ni en la de esposo a esposa, deben recurrir a la imagen de la madre bajo una forma diferente, la Iglesia:

<sup>15</sup>Del resumen en prosa de las partes no terminadas, en carta de 28 de enero de 1867 (*Oeuvres complètes*, p. 55).

Le père et l'époux viennent demander à la mère universelle, l'Eglise, ce souvenir et ces prières qu'ils n'ont pu trouver a leurs foyers profanés par des affections nouvelles<sup>16</sup>.

Es este el rasgo característico del pensamiento de Crémazie, la subvaloración del presente y el futuro, representados por el amor de la esposa y el hijo, y la sobrevaloración del pasado, representado por el amor de la madre. En efecto, viene a decir: el que se casa con la vida y engendra en ella quedará desfraudado, porque la vida y sus frutos se le escapan; pero el que regresa a la no-vida de donde procede, puede estar siempre seguro de encontrar a esta madre eterna aguardándolo. Ella vence si el hombre es derrotado, y su victoria redime el vencimiento de éste. En este sentido, Crémazie podría haber dicho de la muerte lo que dice de Francia:

*Douce mère qui sait, au sein de la victoire,  
Faire toujours veiller un rayon de sa gloire  
Sur les tombeaux de ses enfants<sup>17</sup>.*

Tal es la seguridad que Crémazie desea recibir. No hay esperanza en la vida, pero, a lo menos, tengamos la certidumbre de que el amor de la madre no nos ha de faltar en la muerte:

*Douter si l'être pur à qui l'on doit la vie  
Sur son fils verse encore une larme bénie:  
Quel tourment de l'enfer égale cette horreur<sup>18</sup>.*

Esta teoría de la muerte, que es la poesía de Crémazie, encuentra su manifestación adecuada en un vocabulario pletórico de expresiones de mortalidad. Una de sus palabras favoritas es "tumba" (*tombeau, tombe*), que aparece no menos de 60 veces; apenas hay un poema suyo en que no se muestre una tumba. Los muertos (*les morts, les cadavres*) figuran 50 veces; la muerte (*la mort, le trépas, Pagonie*), 49 veces; el verbo "morir" (*mourir, expirer, succomber*), 45 veces; los utensilios fúnebres (*linceul, cercueil, suaire, bière*), 27 veces. En total, y sin contar paráfrasis y metáforas, Crémazie tachona su pequeña ofrenda poética con más de 230 referencias a la muerte.

<sup>16</sup>*Ibid.*

<sup>17</sup>*Guerre d'Italie.*

<sup>18</sup>*Promenade de trois morts.*

#### IV

La insistencia en la imagen de la madre y la estrecha identificación de la misma con la imagen de la muerte, impone hacer una pausa en el examen de la poesía de Crémazie y enderezar la atención a la personalidad del poeta. ¿Qué clase de hombre era? Como no existe una biografía satisfactoria, la respuesta no puede ser sino de carácter hipotético.

El predominio de la imagen de la madre parece indicar un desarrollo incompleto de su personalidad; y en realidad, lo poco que sabemos de su vida equivale a una serie de frustraciones. Era físicamente poco atractivo, no tuvo gran éxito como estudiante, fracasó totalmente en el comercio; y ni siquiera alcanzó la satisfacción de que su poesía fuera apreciada por los que desdeñosamente llamaba los *épiciers*. A estos motivos externos de frustración se añadían otros, derivados de una escasa aptitud para hacer frente a las complejidades de la vida de relación, como lo indican los testimonios siguientes:

Chez lui la vie sentimentale semble avoir été a peu près inexistante. Il nourrit pour sa mère des sentiments d'une vive affection; seul dans le grand Paris, il lui écrit maintes lettres imprégnées de piété filiale et de gratitude. Quant à unir sa vie à celle d'une Canadienne ou d'une Française, il n'y songe guère; c'est même là le cadet de ses soucis<sup>19</sup>.

Octave Crémazie, plus que beaucoup d'autres, était un homme classé. Il avait dit un jour qu'il ne donnerait pas un poil de sa barbe pour une femme; il ne recherchait donc pas la société des dames, d'où sa lourde apparence semblait du reste l'éloigner, et ses habitudes étaient routinières a l'extrême. Jamais on ne le rencontrait dans un salon; rarement pouvait-on l'apercevoir dans un lieu d'amusement publique... Je le plaisantais sur se mot de célibataire invétéré qui avait fait le tour des salons de Québec. "Pour être franc, dit-il, je dois confesser que je songe quelque fois au mariage —mais seulement lorsqu'il manque un bouton à mon gilet ou à ma redingote"<sup>20</sup>.

Para Octave Crémazie, la vida adulta estaba vacía de los deberes y satisfacciones que generalmente la acompañan; y este es el estado mental que busca expresión en una poesía que, evitando tocar la propia intimidad, se hace impersonal y "patriótica". La falta de un futuro individual la convierte en la negación de un futuro para su pueblo; como él mismo vive una vida escasa de afectos, se figura a su pueblo como un niño desamparado y lo insta a fijar su única

<sup>19</sup>Marion, *op. cit.*, vol. v, p. 13.

<sup>20</sup>E. Gagnon, *op. cit.*, p. 235.

esperanza en un retorno a los brazos de la Madre Francia. Pero este rechazo de las responsabilidades de la vida adulta, una vez iniciado, puede llegar muy lejos. Cerrar la puerta de calle a la vida, puede significar que se abre la puerta falsa a su oscuro y lúgubre contrario. Es verdad que el retorno a la infancia o, yendo más lejos, al claustro materno, hace desaparecer las tormentas y combates de la vida, pues el amor y el poder de la madre se interponen entre ellos y el niño. Pero esta paz y reposo se pueden alcanzar en mayor grado todavía si nos hundimos en el regazo de una madre aun más poderosa, en los abismos de la no-existencia de donde un día salimos.

Es así como la búsqueda de la madre se trueca en una búsqueda de la muerte; y este es un paso que la poesía de Crémazie da sin ningún esfuerzo. La figura de Francia, que tanto va y viene sobre la superficie de esta poesía, se disuelve fácilmente en una imagen de la madre; y detrás de ésta se descubre luego una imagen de la muerte. No es una muerte siniestra o temida, ya que no viene a robar un futuro que, por lo demás, no existe, sino que es la restauradora de la paz y la seguridad del pasado. Es realmente la Madre Muerte, y los muertos, para usar la expresión extrañamente tierna de Crémazie, son sus pequeñuelos: *Ils semblaient de la mort être les nouveaux-nés*<sup>21</sup>.

Octave Crémazie experimentó el retorno a la Madre Muerte no sólo en su imaginación, sino también en la realidad. En 1862, a los 35 años de edad, un descalabro comercial lo obligó a salir del Canadá para siempre, y buscó refugio en Francia. Era de esperar que, después de tanto exaltar y añorar a Francia, ese cambio radical, por más que viniera a desbaratar su existencia personal, lo iba a enriquecer de nuevos materiales para su poesía. No fue así. Todavía vivió en Francia 16 años, un tiempo más largo que toda su carrera poética en el Canadá, pero, aparte una insignificante *pièce de circonstance*, ya no produjo más poesía. Su gran poema *Promenade de trois morts* había quedado inconcluso, pero ahora, aunque Crémazie en carta a un amigo daba un resumen en prosa de lo que debían ser la segunda y tercera partes, la composición misma ya no estaba en su poder.

El 11 de noviembre de 1862, el día en que Crémazie partió del Canadá para Francia, fue también el día cuando murió como poeta. El mismo se daba muy bien cuenta de ello:

J'ai bien deux mille vers au moins qui traînent dans les coins et les recoins de mon cerveau. A quoi bon les en faire sortir? Je suis mort à l'existence littéraire. Laissons donc ces pauvres vers pourrir tranquillement dans la tombe que je leur ai creusée au fond de la mémoire. Dire que je ne fais plus de poésie serait mentir. Mon imagination travaille toujours un peu. J'ébauche,

<sup>21</sup>*Promenade de trois morts.*

mais je ne termine rien, et, suivant ma coutume, je n'écris rien. Je ne chante que pour moi<sup>22</sup>.

Crémazie se encontraba por fin en el regazo protector de la Madre Francia, pero, como lo había vaticinado claramente en sus versos, resultó ser el regazo protector de la Madre Muerte. Ahí perdió su nombre e incluso su antiguo aspecto físico<sup>23</sup>, y aunque todavía daba señales de existencia a través de sus cartas, la comunicación poética, es decir, su vida como poeta, ya no era posible para él. Finalmente se extinguió, en un lugar de esa costa de Francia de donde había soñado que el pasado regresaría a Quebec.

Volvamos brevemente al asunto de Crémazie como poeta patriótico. En estos días los poetas patrióticos no están de moda, pero eso no es motivo para mirar este género con recelo; después de todo, los más grandes de los poetas patrióticos fueron Virgilio y Shakespeare. Como en todas las actividades, la cuestión no es tanto lo que uno hace, sino cómo lo hace. Un poeta patriótico es uno que puede excavar cuanto quiera en el pasado, con tal que las cosas preciosas que ahí encuentre las utilice para enriquecer la vida de su pueblo. Crémazie también cava, pero su propósito es diferente, pues entra en la excavación e invita a su pueblo a entrar con él, para quedar sepultados juntos. Quebec, aunque a veces ha considerado a Crémazie como su poeta nacional, en realidad no le ha hecho caso. Exuberante de vitalidad, ha seguido su camino buscando una realización más plena.

Esto no significa negar los méritos literarios de Crémazie. No será un bardo patriótico muy inspirador, así como no puede contarse entre los grandes poetas; pero ciertamente presenta una visión poética de la vida humana que, con ser poco propicia a los valores sociales, no carece de profundidad ni de originalidad. Acaso podría reclamarse para Crémazie el título de poeta de la infancia, en el aspecto más simple y más aterrador que ésta puede presentar:

*O mère! c'est vers toi que notre coeurs s'élance  
Et que tendent nos bras<sup>24</sup>.*

<sup>22</sup>Carta de 1866 dirigida a H. R. Casgrain (*Oeuvres complètes*, p. 26).

<sup>23</sup>En 1873, H. R. Casgrain vio a Crémazie en París, por primera vez después de diez años, y lo describe así: "Ce n'était plus le Crémazie dont la figure m'était familière a Québec: vicilli, amaigri, avec un teint de cire, plus chauve que jamais, ne portant plus de lunettes, la barbe toute rasée, hormis la moustache et une impériale: C'était une complète métamorphose... Sa tenue était devenue correcte, avec un air de distinction tout à fait inaccoutumé" (Casgrain, *Crémazie*, p. 411).

<sup>24</sup>*Sur les ruines de Sébastopol.*

# Para un estudio de la historia

1. *¿Qué es Ud.?* Si me preguntaran ¿qué es Ud.?, tendría que contestar para hacerlo honradamente, con la siguientes pregunta: ¿En qué orden me pregunta Ud.: natural, sobrenatural o ambos?

Supuesta una respuesta, tendría que decir:

Pues, dentro del orden natural soy un pasado integrado que vive en el presente, aspira y exige un futuro.

Para nosotros todo es básico en esta afirmación: ser un pasado que hemos calificado como "integrado"; la aspiración y exigencia de un futuro, la conjunción de ese pasado en el presente viviente con dichas aspiración y exigencia de futuro.

Para efectos inmediatos descartaremos el presente por tratarse de un instante fugaz que, sin embargo, y por muy fugaz que sea, ha de fijarse a cada instante para pasar a ser, en cuanto se transforma en pasado, parte irrevocable de mi ser.

2. *Interés del presente.* El presente tiene, por lo tanto, un triple interés: el de ser gerundio, esto es, estar siendo, estar sucediendo, estarse viviendo; segundo, el pasar de inmediato a integrar, a complementar mi ser natural y, tercero, en cuanto a que con él y con el pasado se tejen las posibles y numerosas urdiembres que pueden constituir o no mi propio futuro. El presente es una potencia. El ansia de futuro está dominando el presente: es un cerro imán, como en las Mil y Una Noches. Está dominando la aspiración y exigencia del futuro.

Decíamos que soy; generalizaremos, si se permite la generalización, que somos cada uno de nosotros un pasado.

3. *Mi pasado, un águila de cabezas múltiples.* Mi pasado es posible de dividirse en dos, pero sólo para efectos expositivos: mi pasado propio y personal y el pasado que he heredado por el sólo hecho, tan simple, de haber nacido dentro del seno de una sociedad familiar; y por el igualmente simple de encontrarse esta sociedad familiar en relación más o menos estrecha con otros tipos de sociedades o con personas y otras entidades.

Podríamos llamar a mi pasado personal "pasado individual". El pasado "heredado" podría denominarse "pasado social". Al engendrar hijos a mi vez, mi pasado "individual" será "social", pues pasa a formar parte del pasado social de cada uno de mis hijos. Así, esta diferencia que pudiera ser clara cuando dice relación a determinada persona, pasa a ser más compleja en cuanto el pasado de cada persona pasa a serlo de una o más o de un conjunto de ellas.

4. *Exclusión y siquis.* Aunque sin pretender demostrar por ahora plenamente por qué soy sólo un pasado —aunque integrado—, podrían darse algunos argumentos en favor de esta afirmación.

Puede procederse por exclusión: no soy, no somos, un futuro pues es de la esencia del futuro su potencialidad (potencialidad multiforme, todavía); el porvenir significa, justamente, que no es un "actum"; no es un "siendo"; es lo que será "siendo".

Que sea solamente un presente tampoco es efectivo dada la fugacidad extrema del mismo. Mi propio intelecto, por la función de la memoria, está trayendo la presencia del pasado constantemente al presente. Esto es, mi propia conciencia del yo-presente trae a cada instante al primer plano mi yo-pasado. Por último, mi propia ambición de ser se niega a hacer consistir éste en el presente instantáneo.

Por exclusión se llega a la conclusión de que somos un pasado.

Pero hay más, naturalmente. Por exigencias de nuestras facultades pensamos continuamente en nuestro propio ser o devenir o en el ser o devenir de otros o en el ser o devenir de las cosas. Pensamos en las características de estos seres o devenires que nos son ajenos sólo en el sentido de que son no yo, mas con las cuales estamos ligados, a veces muy íntimamente. Para ello usamos, entre otras potencias, en forma muy importante, la memoria.

Mediante esta facultad estamos evocando precisamente el pasado, ya sea el individual o el social. En otros términos y conforme a la respuesta a la pregunta inicial, mediante la memoria y el análisis intelectual estamos conociendo nuestro

propio ser natural en su desenvolvimiento en el tiempo; esto es, estamos conociendo nuestro pasado.

Usamos justamente la memoria básicamente porque los objetos de nuestros pensamientos, bases de nuestras propias creaciones, han pasado a ser parte nuestra, han sido incorporados a nosotros mismos *previamente*, es decir, en un tiempo anterior al presente que es el instante en que pensamos. Es justamente mediante la utilización en cualesquiera formas: de aceptación o de rechazo de nuestro pasado —individual o social— que podemos investigar y descubrir verdades con valor histórico; esto es, aclarar el conocimiento de nuestro propio ser o devenir, y los de las cosas; como asimismo proyectar nuestra persona y devenir hacia el futuro, a través de los medios que el presente nos entrega para hacer las elecciones concordantes con nuestras posibilidades de pensamiento y acción.

5. *La presencia ineluctable del pasado. Un círculo cuadrado.* Nuestra propia experiencia personal nos indica que para el desarrollo de actividades presentes recurrimos a nuestro ser pasado constantemente. Si esto no fuera así, ¿cuál sería el valor de la *experiencia*? Simplemente, carecería de todo valor y de todo interés, ya que no es otra cosa que la conclusión que obtenemos de hechos ocurridos en el pasado para actuar o dejar de actuar en un sentido u otro. Negar el pasado equivale a negar valor a la experiencia. De ahí es que resulta tan absurdo negar valor al pasado y afirmar el de la experiencia: equivale a sostener la existencia de un círculo cuadrado. Si se niega el pasado, se niega la experiencia. En todo sentido y bajo todo respeto.

¿No nos ocurre también, acaso con frecuencia, meditar no sólo en nuestro pasado personal sino en el de otras personas para saber cómo pensar o actuar en determinados momentos?

Es así como recurrimos a lo que hemos llamado nuestro pasado social y decimos: ¿Cómo habría actuado mi padre en estas circunstancias? Y frecuentemente es el conocimiento que de la experiencia de estas personas tenemos el que domina nuestro pensamiento o nuestra acción.

6. *Nuestro ser es nuestro pasado.* Dentro del terreno natural es, entonces la conciencia de nuestro pasado la conciencia de nosotros mismos. Antes de tener pasado yo no era.

7. *La integración es un fenómeno natural.* Pero bien, en la respuesta primera, hemos calificado nuestro pasado y lo hemos hecho mediante al adjetivo *integrado*.

Y lo hemos usado expresamente con varias intenciones.

La primera, para excluir en la forma más terminante el carácter individual

que tendría nuestro propio ser natural si no agregáramos a nuestro pasado este atributo de *integrado*.

Y hemos usado justamente este término para no usar otro que aparentemente podría ser más apropiado: *social*.

En este caso distinguimos entre uno y otro porque consideramos que en el término "social" no va incluida la *voluntad individual*, en tanto que el adjetivo *integrado* implica, además de lo específicamente social, una *voluntad social*.

Podría, tal vez, un ejemplo, aclarar lo que queremos decir.

8. *Los anacoretas y la integración*. Es el caso de los anacoretas. Con todo lo excepcional que la ocurrencia presenta, en nada modifica nuestro intento de definición ya dado. ¿Por qué? Por la razón de que ellos vivieron —o viven— y se formaron en un medio social determinado y tuvieron un pasado "integrado" hasta el momento mismo en que dieron comienzo de ejecución a su vida anacoreta, o sea, hasta que decidieron retirarse, "desintegrarse" de la sociedad natural.

El tiempo transcurrido desde su nacimiento hasta este comienzo de ejecución de una nueva vida constituyó, precisamente, un pasado voluntariamente social, esto es, un pasado integrado. Su propio pasado así calificado —que comprende el individual y el heredado— fue componiendo su propio ser. El hecho voluntario de "desintegrarse" socialmente nada quita, por el contrario afirma, su pasado integrado; e implica la voluntad preexistente de pertenecer a la sociedad natural y la posterior de retirarse de ella.

9. *Conciencia, voluntad, pasado e integración*. Tiene interés también la división entre pasado social e integrado desde este otro punto de vista: nuestro propio pasado es simplemente social por el sólo hecho de nuestro nacimiento en una sociedad y por el hecho del desarrollo de nuestra vida, mientras no tomemos conciencia de que pertenecemos a una sociedad natural determinada. Desde que adquirimos conciencia de esta nuestra pertenencia a una sociedad y desde que continuamos en ella, quiere decir que nos estamos integrando a ella; le estamos perteneciendo o formando parte con plena *conciencia* y con *voluntad*. Desde el momento en que continuamos en ella es porque queremos pertenecerle y consecuentemente, queremos integrarnos en ella; y a la vez que nos estamos integrando en ella, estamos integrando el propio ser histórico de la misma sociedad natural con nuestro pasado a través de nuestro presente y prestándole o comunicándole nuestra propia vocación de futuro que es, a la vez y por naturaleza propia, una vocación de futuro individual y social. Mientras más conscientes y voluntarios son estos pasado, presente y futuro, más integrados nos encontramos en la sociedad natural y cada vez la vamos integrando más. Recíproca e inversa-

mente, ella integra, va integrando al propio individuo con el pasado de esta sociedad a través del presente de ambos.

10. *Dios: "Yo soy el que soy". El hombre: yo soy el que fue, el que seré.* Si aceptamos el intento de definición que encabeza estas palabras y lo dicho hasta aquí deberemos concluir que yo soy más yo o nosotros somos más nosotros en la doble medida en que yo tenga o en que nosotros tengamos más pasado individual y social a la vez que mayor conciencia de nuestro propio pasado.

Naturalmente, esta idea dice relación, más que a la cantidad de tiempo transcurrido, a la mayor ocurrencia de hechos o pensamientos y a la mayor conciencia que de ellos tengamos. Así, en el orden individual un hombre de pocos años puede haber vivido más y, en consecuencia, tener más experiencia, más historia, *más ser*, que un hombre de mayor edad de vida menos rica en hechos, en pensamientos o en conciencia de sí mismo. Un idiota de nacimiento es menos que un hombre normal, sin perjuicio de su valor.

Es, entonces, básico y fundamental para el buen desarrollo natural mío, de nosotros, el vivir más a la vez que tener de ello una conciencia cada vez más clara.

Cómo será de importante esta problemática del tiempo histórico que Ortega y Gasset hace incidir justamente en la existencia de nuestro pasado nuestra diferencia con los animales:

Las pobres bestias se encuentran cada mañana con que han olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior y su intelecto "tiene que trabajar sobre mínimo material de experiencias. Parejamente, el tigre de hoy es idéntico al de hace 6.000 años, porque cada tigre tiene que empezar de nuevo a ser tigre; como si no hubiese habido antes ninguno. El hombre, en cambio, merced a su poder de recordar acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha. El hombre no es nunca un primer hombre: comienza desde luego a existir sobre cierta altitud del pretérito amontonado. *Este es el tesoro único del hombre, su privilegio y su señal...* Romper la continuidad con el pasado, querer comenzar de nuevo, es aspirar a descender y plagiar al orangután. Me complace que fuera un francés, Dupont-White, quien hacia 1860 se atreviese a clamar: La continuidad es un derecho del hombre; es un homenaje a todo lo que lo distingue de la bestia.

Desde este punto de vista nos diferenciamos también de Dios en que El no tiene pasado y nosotros sí. Dios puede decir a Moisés y a nosotros; soy el que soy. Pero para darse a entender, acude al pasado social de Moisés y le dice: "Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob" (Ex. 3, 6). Para ser respetuoso con su creatura, le habla de su futuro

y de su presente: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he oído los clamores que le arranca su opresión y conozco sus angustias" (Ex. 3,7). Se refiere al presente; ya habría hablado del pasado, al identificarse ante Moisés. En seguida, se refiere al futuro: "He bajado para librarle de las manos de los egipcios y subirle de esa tierra a una tierra fértil y espaciosa, una tierra que mana leche y miel... Ve, pues; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel de Egipto" (Ex. 3, 8 a 10). Yo soy el que fui, el que está siendo, el que seré.

11. *Inexistencia de la soledad. La tradición.* Ahora bien, así como cada uno de nosotros tiene su propio pasado que hemos llamado individual, no es menos cierto que también su pasado es otro, aquel que hemos llamado social.

Cada uno de nosotros no nace solo. Desde el momento mismo del nacimiento, antes, desde el desarrollo intrauterino, formamos parte de una sociedad natural o de un conjunto de sociedades naturales.

Es así como pertenecemos a una familia determinada, la cual mostrará, con orgullo, cierta tradición familiar; esto es, cierto pasado familiar conservado con más o menos reverencia y con plena conciencia de ese mismo pasado.

Expresado en otros términos, cada familia tiene su propia tradición histórica particular, sea cual fuere la distinción o actuación de sus miembros antiguos o antepasados, sea pública o privada, brillante o no.

O sea, cada persona desde su nacimiento se encuentra ya vinculada a un pasado que le es en cierta medida propio, a la vez que ajeno: le es propio tanto en cuanto se trata de sus propios antepasados y les es ajeno en la medida en que no es él mismo quien ha vivido las circunstancias de sus antecesores. Pero tendrá de ellas conocimiento.

A su vez, la familia forma parte de otras sociedades mayores y así se llega hasta encerrar en un pasado o tradición común a un conjunto grande de personas y sociedades que forma o puede formar una nación y/o un estado.

La tradición es, entonces, la existencia de un pasado común que constituye la base de lo que para estos efectos llamaremos una conciencia histórica.

12. *La conciencia histórica no existe sin un futuro común.* Este pasado común liga a un conjunto numeroso de personas por su propia existencia. Mas, para transformarse en "conciencia histórica" necesita otros ligamentos más poderosos: entre ellos el más importante es la conciencia de un futuro común, esto es, de un destino común. De otro modo dicho: aparece la conciencia histórica desde que el sentimiento de solidaridad entre las personas que tienen una tradición común se hace claro para ellos y los impulsa a una acción común permanente. Todo esto puede presentarse, incluso, sin la existencia de un estado

políticamente organizado. Si estos dos últimos elementos se presentan por añadidura, la conciencia histórica podrá ser mucho más fuerte y la acción de las sociedades que la forman sería consecuentemente, mucho más poderosa. El génesis ilustra estas ideas. El pueblo hebreo nace históricamente con Abraham, cuya larga ascendencia hasta su origen en Noé está descrita. Lo está, igualmente, la ascendencia de Lot, sobrino de Abraham. Este adquirió conciencia histórica: "Había dicho Yavé a Abram: "Salte de tu tierra, de tu parentela, de la casa de su padre, para la tierra que yo te indicaré; yo te haré un gran pueblo. Te bendeciré y engrandeceré tu nombre que será bendición y bendeciré a los que te bendigan. Y maldeciré a los que te maldigan, y serán bendecidos en ti las familias de la tierra" (Gen., 12, 1, 2, 3). El hecho es este: "Fuése Abram conforme le había dicho Yavé, llevando consigo a Lot. Tomó, pues, Abram a Sara, su mujer, y a Lot su sobrino y a toda su familia y la hacienda y ganados que en Jarán habrían adquirido. Salieron, para dirigirse a la tierra de Camán y llegaron a ella" (Gén., 12, 4 y 5).

Lot carecía de la conciencia del destino común. Por ello, no formó parte de la Nación:

"También Lot, que acompañaba a Abram (acompañar no es convivir, no es participar) tenía rebaños, ganados y tiendas, y no podían habitar juntos en aquella tierra, por ser muy grandes sus haciendas para poder habitar juntamente. Hubo contiendas entre los pastores del ganado de Abram y las del ganado de Lot. Habitaban entonces aquella tierra cenaneos y fereceos. Dijo, pues, Abram a Lot: "Que no haya contiendas entre los dos, ni entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos (no basta el pasado común, ni la conciencia del mismo: se necesita la conciencia de un futuro común). ¿No tienes ante ti toda la región? Sepárate, pues, de mí, te lo ruego; si tú a la izquierda, yo a la derecha, si tú a la derecha, y o a la izquierda". Alzando Lot sus ojos, vio toda la hoya del Jordán, enteramente regada, antes de que destruyera Yavé a Sodoma y Gomorra, que era como un jardín de Yavé y a partir de Segor se parecía al Egipto". Se consumió la separación: "Elegió, pues, Lot la hoya del Jordán, y se dirigió al oriente, separándose el uno del otro. Abram siguió en la tierra de Canán, y Lot habitó en las ciudades de la hoya del Jordán, teniendo su morada en Sodoma" (Gén., 13, 5 al 12).

Entonces, la conciencia de un futuro colectivo común es elemento base de la conciencia histórica. Pero lo es en igual o mayor medida también el conocimiento vivo y presente de ese pasado común. Porque si no existiere este conocimiento, la conciencia histórica desaparecería.

Y es así porque es la vida pasada, es decir, nuestra existencia individual o colectiva y su conocimiento lo que nos impulsa a la actuación en el futuro. Es el conocimiento de nuestro propio ser común el que nos impulsa a la acción

colectiva. La conciencia de este pasado común y colectivo es tan poderosa que domina incluso al natural instinto de conservación personal; este es el gran motor social y no el interés personal, considerado ya antiguamente por algunos como principal y casi única razón de progreso.

Que el interés colectivo es superior al interés personal y que domina la conciencia, aun individual, se pone de manifiesto en ciertos casos de conflictos colectivos y muy principalmente en las conflagraciones internacionales. En estos eventos críticos es, indudablemente, el sentir colectivo, la conciencia histórica colectiva la que se mueve para obtener un fin común más o menos general, aun a riesgo de sacrificar grandes intereses individuales. Tan bien lo saben esto los gobernantes, que desde todos los tiempos han consultado a sus propios pueblos acerca de la popularidad de una guerra.

Creemos que todo lo expuesto para mí, para nosotros, puede extenderse a las distintas sociedades a que pertenecemos.

En consecuencia, el carácter o vocación de futuro que nos es propio, es igualmente extensivo a las sociedades.

13. *Aniquilamiento y ansia de vivir.* La verdad es que yo, que nosotros, no llevamos envueltos en nuestro espíritu un deseo de aniquilamiento sino, muy por el contrario, un afán de vida. Esto es, un anhelo vehemente de futuro, de vida que a través del instante pasajero del presente se transforma en pasado para formarnos a nosotros mismos, para ser parte integrante de nuestro propio ser.

El afán de vivir, la voluntad de vivir. Pero no sólo en cualquier forma, sino en la que hemos elegido, bajo las apariencias y en busca de los valores que queremos ver representados y adquiridos para nosotros, para nuestra sociedad. Valores que son trasunto del ansia de absoluta y del concepto que sobre éste tengamos.

Esta exigencia de vida tiene algunas características: en primer lugar, es imperativa. Es imperioso nuestro afán de vida y nos obliga a movernos, a pensar, a actuar. A querer determinadas soluciones, rechazar otras, elegir los medios disponibles para su logro. Nos lleva a la religión o su negación, a la política, a la creación artística, a la especulación filosófica, a la investigación del mundo y el universo.

Es en este carácter, justamente, aquello en que consiste el progreso: en el afán de que sucedan cosas, en el afán de ir completando nuestra vida, cada vez en forma más perfecta, a lo menos en la intención.

Las sociedades, tanto como los individuos, participan de esto.

14. *Planear el futuro exige conocer el pasado.* Por eso, conocer el futuro o las instituciones que se quiere adoptar o crear, exige el examen del pasado.

Sólo en cuanto el pasado inmediato o lejano contenga, a lo menos en germen, las ideas que se quieren encarnar para el futuro, es que el éxito de este futuro está garantido porque sólo entonces estas nuevas instituciones encontrarán una raigambre histórica; esto es, participarán de la conciencia o ser histórico que tiene cada sociedad determinada y sólo entonces sus componentes, ya sean personas o sociedades, les prestarán su colaboración.

Nos parece, sin embargo, que esta afirmación pudiera aparecer categórica y no lo suficiente demostrada.

Para estos efectos, la tesis podría expresarse así: las instituciones nuevas que se quiere crear sólo tendrán éxito cuando en una medida mínima participen del pasado del o los pueblos que quieran crearlas y adoptarlas y tanto mayor éxito tendrán cuanto mayor sea la raigambre histórica de las mismas. Claro es, y creemos que no necesita decirse, la forma o apariencia de estas instituciones puede ser totalmente nueva. Pero aún, por nuevas que sean, entrarán a participar de la tradición o —si se permite el término— “jurisprudencia institucional” del país en que se instalen, y por internacionales que sean, adoptarán cierta forma más o menos nacional, según el país en que se encuentren. O sea, el pasado se *actualizará* en estas instituciones nuevas.

Pudiéramos haber demostrado que nosotros somos nuestro pasado, que la vida nuestra es nuestro pasado, que nuestro ser es nuestro pasado.

Si se nos permite el símil, somos como Dorian Gray y su retrato; ¿Cuál es el verdadero Dorian Gray? Su retrato, evidentemente. No su cuerpo físico, juvenil y hermoso. El Dorian Gray verdadero, el ser Dorian Gray es el retrato. Su cuerpo es sólo su presente y su vocación de futuro. Su retrato cambiante es su vida; su cuerpo, la negación de la vida, un mero instrumento de ésta.

Pero así como el personaje en cuestión, también el hombre necesita mirarse a sí mismo. Y lo hace siempre. También todo pueblo necesita mirarse a sí mismo y es por eso que se enseña historia. Así el pueblo que no enseña a los hijos su historia traiciona la vida y lleva en sí un afán de aniquilamiento.

15. *Presencia permanente del pretérito. Lo “ido” no es “acabado”.* El pasado actúa en el presente porque constituye nuestro propio ser; porque el pasado de cada sociedad es el ser de cada sociedad es que actúa en el presente; porque la vocación de futuro va implícita en nuestra vida, el pasado se proyecta en el futuro. Si el pasado se actualiza en el presente y nuestra vida futura aspira a transformarse en acto bajo formas siempre distintas, la sociedad está en una evolución constructiva; por el contrario, si aspira a mantener siempre las mismas formas, está en decadencia o un espíritu aniquilador se ha apoderado de sus centros vitales. Jorge Manrique se equivoca al confundir lo ido con

lo acabado. Lo ido puede ser acabado, mas no forzosamente, Jorge Manrique no tenía un concepto histórico.

16. *La Revolución: un absurdo aniquilador y estulto.* La revolución constituye, justamente, la negación violenta del pasado; es lo que se ha definido como una "inquebrantable decisión de romper radicalmente con el orden actual, de acabar con el pasado y, partiendo de cero, construir un orden totalmente nuevo y que responda a todos los anhelos del hombre". Plenamente de acuerdo con la finalidad. Porque queremos lograrla, disentimos radicalmente con el método llamado "Revolución", así definida.

Tal vez nuestra aspiración personal principal sea juzgar la vida como un hombre que vive y nada más. Nada menos, también, simplemente como un hombre que vive y que ha vivido personalmente algunos años y socialmente se entronca con el pasado de su propio país, de su propio continente y, consecuentemente, también con Europa. Dentro de cierto límite con esta última.

La estulticia del método envuelto en la definición citada, creemos, queda demostrada con lo expuesto hasta aquí.

Ella subleva, verdaderamente, a un hombre que simplemente vive; lo saca de quicios una afirmación semejante. ¿Por qué? ¡Pero, por Dios! ¿Le gustaría a Ud. que le dijeran que su vida; que la vida de sus padres, abuelos y demás componentes de su nación debe ser borrada para partir de cero?

Pero si sostenemos que nuestra vida, nuestro propio ser es justamente nuestro pasado y las más simples potencias de nuestra alma rechazan con violencia el aniquilamiento. ¿Cómo vamos a tolerar con calma que alguien proponga no sólo mi muerte sino hasta mi propio aniquilamiento? ¿Cómo aceptar calmadamente que se borre mi vida, y a través de ella, la de toda mi nación para partir de cero, esto es, de la nada?

17. *Toda revolución es un fracaso.* No se puede creer que la proposición sea partir de la nada porque la partida de la nada es sólo un atributo de Dios.

Como no se puede partir de cero, es necesario partir de algo. ¿Qué algo? Esquemas nuevos. Esto es, abstracciones.

Nos asiste el convencimiento que podemos expresar con Ortega: *En las revoluciones intenta la abstracción sublevarse contra lo concreto: por eso es consustancial a las revoluciones el fracaso.*

Concordamos, decimos, plenamente con la afirmación de Ortega de que es *consustancial a las revoluciones su fracaso.*

El fracaso de la revolución latinoamericana de la independencia en cuanto significa un intento de estructuración política republicana es una realidad inmensa que no necesita demostración. Es casi un axioma histórico.

Creemos que el cristianismo es, en la historia del Medio Oriente y de Occidente, por lo menos en el orden religioso y moral, la revolución más grande que han conocido estas partes del mundo. Sus proyecciones constituyen la trama de la historia de éstas y otras regiones. Más aún, es un llamado permanente al cambio radical mejor dicho, es un estado de cambio radical. La obligación de completar el cuerpo de Cristo es un trabajo de toda la comunidad universal basado siempre en un mayor perfeccionamiento y revisión constante de una conducta y de una inspiración, a la vez que la rendición de la vida en favor de la divinidad.

Entendemos que el cristianismo, sin esta necesidad permanente de transformación, no es tal. Podría ser, tal vez, un reflejo.

Ahora bien, si aceptamos el carácter de revolucionario de esta doctrina, vemos cómo su iniciador, el Cristo, nació en una época de gran expectación del pueblo judío. Expectación que venía de su conciencia histórica y de su ley. Si aceptamos a Cristo como el prometido, aceptamos, desde luego, que a él se refirieron los textos hebreos que consideramos sagrados y la tradición de ese pueblo. O sea, el pasado del pueblo judío. Vale decir, el pueblo mismo. El enraizamiento de la nueva doctrina es total y definitiva: "No penséis que he venido a abrogar la ley y los profetas no he venido a abrogarla, sino a consumarla" (Mat. 5, 17). Está claro: el medio de asegurar su revolución es afincarla, en el pasado, es la confirmación del pasado, pero revolucionariamente cambiado, consumado en el futuro.

En otros términos, la revolución cristiana, la más grande, conocida en esta parte del globo, tenía una raigambre histórica profunda tanto, que esa raigambre era la razón vital de todo el pueblo elegido. Contaba, además, con la ventaja de estar diseminada en distintos puntos del globo y de constituir diversos núcleos básicos para la difusión de la nueva versión, encarnada en el presente y con proyección al futuro, de la tradición y de la conciencia histórica hebraica.

Desde un punto de vista natural es por eso que la revolución cristiana, fenómeno histórico de trascendencia sin medida, tuvo éxito evidentemente; y a través de las alternativas de la historia universal perdura hasta hoy día, en que presenciamos dentro de sus distintas ramas una efervescencia nueva.

Si bien se miran las revoluciones exitosas, se observará que siempre ha habido en ellas un período de vuelta atrás, de retorno a la organización que se ha destruido con la revolución triunfante, como medio único de afianzar más o menos definitivamente su éxito.

Lenin lo entendió esto muy claramente y por ello formó el período que se ha llamado de la NEP que forma claramente la etapa confirmadora de la Revolución Rusa.

Al constituir el pasado nuestra propia vida y al ser característica de ésta

su ansia de futuro, su vocación de futuro, es lo natural que el pasado aspire siempre a proyectarse hacia el futuro.

Es por eso que para dar nuevas constituciones a los pueblos y transformarlos, deba contarse siempre con su propia historia, con su propia conciencia histórica.

Creemos que esto es, justamente, lo que hace decir también a Ortega y Gasset: "...el pasado es por esencia *revenant*. Si "se le echa, vuelve, vuelve irremediablemente". "El inglés tiene empeño en hacernos constar que su pasado, precisamente porque ha pasado, porque *le ha pasado a él*, sigue existiendo para él".

"Desde un futuro al cual no hemos llegado nos muestra la vigencia lozana de su pretérito. Este pueblo circula por todo su tiempo, es verdaderamente *señor* de sus siglos que conserva con activa *posesión*. Y eso es ser un pueblo de hombres: poder hoy seguir en su ayer sin dejar por eso de vivir para el futuro; poder existir en el verdadero presente, ya que el presente es sólo la presencia del pasado y del porvenir, el lugar donde pretérito y futuro efectivamente existen".

# La teoría social de Platón

## I. INTRODUCCION

El concepto del hombre que aparece a lo largo de toda la obra de Platón se fundamenta al considerar el bien como fin último de la actividad humana, lo que supone que cada hombre deberá practicar la virtud para alcanzar el bien, el que se realiza principalmente a través de la justicia.

Por ello las preguntas fundamentales sobre ¿qué es el bien? y ¿qué es la justicia? se formulan exhaustivamente en los textos platónicos.

Queda de manifiesto que para la existencia de acciones justas son necesarias las relaciones interpersonales, en las cuales se presentan las situaciones que requieren la aplicación de la justicia. Así aparece, necesariamente, en el estudio del hombre, el tema social.

El campo del pensamiento platónico es vasto, su rico y variado material no se presta fácilmente para extractos o resúmenes; en general, se trazaron las líneas de su pensamiento, social en *La República*, volviendo sobre los detalles en *Las Leyes*. La presentación de su teoría social, que se hará a continuación, se basa principalmente en dichos textos y en las opiniones de sus comentaristas: Schul, Sciacca, Robin y Brehier.

La reflexión social platónica aparece como culminación del examen histórico de la evolución de cuatro formas de gobierno que caen sucesivamente en decadencia y cuyos defectos de estructura les impide dar una respuesta adecuada a las capacidades humanas: la timocracia, la oligarquía, la democracia y la tiranía son examinadas empíricamente en *La República* (VIII 543 a-569 c). Por sus defectos se desprende, para Platón, la necesidad de formular la estructura social (ideal) que asegure el cumplimiento del bien a través de la justicia.

## II. VALIDEZ DEL PENSAMIENTO SOCIAL DE PLATÓN

El primer problema que se presenta en esta investigación es determinar si Platón formuló verdaderamente una teoría social con algún sentido de actualidad en nuestro tiempo y si ha ejercido por ello alguna influencia en la sociología contemporánea.

El examen de los textos de Platón brinda un conjunto de ideas que presentaré en la sección IV de este trabajo y que el propio Platón resumió como sigue:

*Leyes* (v 739 b-d);

"Las leyes más perfectas existirán sobre todo donde la vida social esté dirigida lo más concretamente posible y en todas sus formas, por la antigua máxima que dice que todas las cosas son realmente comunes. Así: comunidad de mujeres, de niños y de todos los bienes sin excepción; eliminación de nuestra existencia, por todos los medios y en todo lugar, de lo que se llama "propiedad privada". Sea que esta situación exista ya en algún lugar o que deba a llegar a serlo algún día. Poner en marcha en cuanto se pueda, las medidas para que llegue a ser común, aún aquello que de alguna manera nos es personal, como por ejemplo nuestros ojos, nuestras orejas, nuestras manos, que deben ver, oír, hacer algo común a todos; aun en el elogio y en la reprobación que todos se comporten como un solo individuo: todos felices o todos afligidos frente a las mismas circunstancias. En resumen, las leyes que tengan el mayor poder de unificar a los ciudadanos serán las de una excelencia tal, que nadie podrá dar nunca de ellas una definición mejor o más justa".

Ya anteriormente en el mismo texto (v 739 a-b), Platón advierte que las personas acostumbradas a un sistema social defectuoso, difícilmente podrán imaginar uno perfecto y por ello la descripción dada arriba es la del mejor estado que se pueda concebir, y que de existir como tal tendría que ser habitado por dioses o por hijos de dioses (v 739 d).

Sin embargo, agrega (v 739 e): "es necesario reflexionar sobre el modelo de una organización política y, según ella, buscar con todas las fuerzas una organización que se le parezca lo más posible"

Sobre el pensamiento social platónico, Leon Robin dice: "Platón ha fundado sobre una observación no sólo atenta sino verdaderamente científica, según el espíritu que lo guía, un vasto plan de renovación política y social expuesto en grandes líneas en *La República*, corregida en su conjunto y afinada en sus detalles en *Las Leyes*".

Hay que aceptar, sin embargo, que esto no es una verdad reconocida fácilmente por los historiadores de la filosofía o del pensamiento social, quienes tienden a sentirse escandalizados, especialmente, por el gobierno de los filósofos, ante la comunidad de mujeres y de niños, la anulación del derecho de propie-

dad, la restricción de la fortuna personal y la estatización racional de todas las funciones de la comunidad.

La teoría platónica, debe comprenderse, según las palabras del propio Robin como "un examen reflexivo, filosófico y científico a la vez, de las formas sociales pasadas y contemporáneas (de la época de Platón, se comprende) y que ha querido hermanar este plano con una concepción general de lo que nosotros llamaremos leyes de la estática y la dinámica social. Hay en la obra de Platón un esfuerzo notorio de hacer depender el ARTE de la política de una CIENCIA social positiva en la cual la observación de las realidades se mezcla con la reflexión filosófica; ha sido economista aunque no se haya dicho, y extendiendo dicho vocablo a Platón: sociólogo, sin dejar nunca de ser filósofo".

Las atinadas y autorizadas palabras de Robin dejan en claro la innegable participación que cabe a Platón en la formulación de principios de teoría social y política, cuyos principios se pueden reconocer en los fundamentos del pensamiento social de pensadores muy posteriores, ya sea por influencia directa, o bien por coincidir en la apreciación de la verdad, habiendo Platón anticipado lo que otros tardarían mucho en descubrir. El propio Robin señala la influencia de Platón en las teorías de Spencer y luego Comte; sin embargo, es muy probable, que dada la fecha del trabajo de Robin (1913) y la falta total de intercambio intelectual entre Francia y Alemania en esa época, la obra de Weber no le fuera conocida y por ello la influencia que Platón pudo tener sobre el sociólogo alemán, pasó desapercibida por el insigne helenista francés.

### III. VALIDEZ SOCIOLOGICA DEL METODO 'PLATONICO'

Los sociólogos empiristas rechazan la validez de teorías sociales "ideales" que no tengan comprobación empírica y desean limitar sus estudios sobre la sociedad a lo directamente perceptible y cuantificable. Para no salirme del marco del presente trabajo sólo señalaré, sin análisis, que esa posición impide el desarrollo del pensamiento social teórico.

Sin embargo, nadie niega la importancia que ejerce en la sociología de nuestro tiempo el pensamiento de Max Weber, pese a que está formulado sobre un concepto racional de la organización y estructura social, estableciendo una tipología "ideal".

El método usual seguido por las ciencias sociales supone tres etapas: 1) reunión de antecedentes reales sobre la situación a estudiar; 2) formulación de una hipótesis de trabajo, y 3) comprobación de dicha hipótesis.

Así tanto por el empirismo sociológico como por la metodología descrita, habría que rechazar toda teoría de la cual no se presenten casos concretos que la comprueben. Al no existir una organización social como la descrita por

Platón o una estructura racional como la propuesta por Weber habría argumentos suficientes para que algunos científicos sociales le restaran toda validez.

No obstante, el método platónico no parece nada despreciable para las ciencias sociales. Descansa en dos vías: la dialéctica de las ideas y el suponer al grupo social compuesto por elementos homogéneos, estos son los individuos que lo forman; o sea, se puede estudiar en un individuo las características del Estado (o grupo social). *La República* II, 368 d-369 a).

La dialéctica de las ideas es un término muy rico de significado y por esto complejo. Se desarrolla a lo largo de casi todos los diálogos del filósofo, pero al avanzar de la juventud a la madurez y a la vejez (las tradicionales etapas del pensamiento platónico), el filósofo adquiere cada vez mayor convicción de que "para definir un objeto, no es suficiente decir su esencia inteligible: es necesario determinar las relaciones". Al principio de su especulación, Platón concede a la dialéctica un papel de disciplina, ascética de purificación espiritual, el que posteriormente irá convirtiéndose en disciplina científica, llevando consigo toda su significación religiosa órfico-pitagórica.

El método platónico recorre un camino que empieza por la sensación directa a través de la vía de la opinión (doxa). Parte de la ilusión de las cosas (eikasia) y se remonta a la creencia de la cosa (pistis)

La imagen terminada del mundo sensible forma la parte inmediata del conocimiento, el que requiere remontar por la vía del saber al mundo inteligible, llegando primero a la dianoa, primera etapa del pensamiento racional que se sirve del método hipotético, propio (en la época de Platón), de las ciencias matemáticas, la música y la astronomía.

Finalmente Platón ofrece la dialéctica propiamente tal que permite llegar por la episteme a la noesis. Es éste el mundo antihipotético que ofrece la solución a todo lo que no era más hipótesis (*La República* VII 533 b-e).

El método platónico parece no sólo válido sino también atrayente para las ciencias sociales, pues éstas, en su mayor parte, trabajan sobre datos "reales" proporcionados por individuos según su apreciación de los hechos que se desean estudiar. Estas reacciones subjetivas corresponden a las sombras o ilusiones y que por una generalización y asociación a la experiencia anterior (realizada dentro del propio medio cultural) el individuo completa como creencias, agotando así el conocimiento sensible.

Sobre estos datos el científico social formula, por vía racional, una hipótesis que luego comprobará. Esta comprobación puede ser de tipo teórico o empírico, si es una comprobación empírica, no alcanza a una verdadera dialéctica, pero si trata de explicar los hechos por medio de ideas, entonces se habrá recorrido el camino dialéctico de Platón en su integridad.

Por esto afirmo que a pesar de las acusaciones de "utopía" que se lancen

contra las teorías de Platón como de Weber, ambas formulaciones ofrecen una especulación básica y fundamentada, alcanzada por un método aceptable y válido para la sociología moderna.

#### IV. FUNDAMENTOS DE LA TEORÍA SOCIAL PLATÓNICA

El cuerpo social es igual al cuerpo individualmente considerado; y la comunidad tiene igual carácter que cada uno de sus componentes (*La República* iv 435c, 436 a).

Para que esto se cumpla es menester que el grupo social integrado en la Polis perfecta, esté constituido por seres homogéneos, factor que provendrá del ambiente geográfico que da su destino al grupo humano (*Leyes* 704c-705b), pues la Polis será el conjunto de grupo social y territorio.

Platón supone en la teoría de la metempsicosis, la predestinación del alma de cada individuo (*La República* x, 617 de, 619a, 620ab; *TIMEO* 81e-87b), pero esto no limita las posibilidades sociales de cada uno, pues cada ser tiene su propia posibilidad según su aptitud, la que debe ser desarrollada por una educación conveniente.

Aristóteles, en la *Política*, ofrecerá un esquema social mucho más rígido, según el cual algunos han nacido para mandar y otros, los esclavos, para obedecer. La condición social y la propiedad son transmitidas por herencia y privilegios de raza (predominio de los ciudadanos sobre los bárbaros); conceptos similares del Derecho Romano imperaron en la cultura occidental por muchos siglos. Claro está que la teoría aristotélica se basó en el examen de las constituciones de los principales estados de su época, o sea, corresponde a una realidad determinable empíricamente.

Según Platón, el comportamiento del Estado está encaminado a cumplir una meta moral: la justicia y el bien, como resultado del actuar de cada uno de sus componentes: "¿Te imaginas que de algún modo pudieran crecer zarzas de las organizaciones políticas en vez de las características morales de quienes la forman?" (*La República*, viii 544 d e).

Así el Estado, al igual que el individuo, debe procurar la máxima virtud, pues ambos se interrelacionan.

"Yo pienso que nuestro Estado, si al menos es cierto que está fundado correctamente, es perfectamente bueno"... "de allí que obligadamente sea: Sabio, Valiente, Temperado y Justo" (*La República*, iv 427e).

Platón supone que dentro del Estado pueden coexistir situaciones de justicia y de injusticia; pero en teoría, un "Estado ideal" con una "organización ideal" llega a ser "perfectamente bueno" por una creciente racionalidad, de modo que sólo cabe la situación de verdadera "justicia", si es que el Estado "está fundado

correctamente". Con relación a esto el filósofo dice: "Para el Estado, la justicia resulta de esto, que cada uno de las tres clases que lo forman cumpla la tarea que le es propia" —y luego agrega—: "Debemos recordar que nosotros también, sea quien sea en cada función que le corresponde, aquél que cumple la suya, ese será justo en cuanto a cumplir lo propio" —y más adelante "¿pero no es a la función de raciocinio a la que le corresponde mandar en tanto que es sabia y que para toda el alma es una providencia superior, mientras a la función impetuosa le corresponde ser dócil y ponerse al servicio de la primera?" (REP. IV, 441d e).

Así entonces la integración social dentro del Estado se logrará por el cumplimiento riguroso de la función que a cada uno corresponda, de manera que se cohesionen las clases y luego que las clases se integren entre sí y el Estado funcione como un organismo unido. Esto supone que los intereses individuales y leyes coincidan, lo que se logra por la racionalidad en la organización jerárquica y la distribución de las tareas y por la justicia de las leyes; todo lo que queda asegurado por la sabiduría de quienes cumplen la función de gobierno.

El Estado está concebido por Platón como dividido en tres clases: que corresponde a tres de las partes del alma: la parte concupiscible que corresponde a los "productores", la parte irascible a los "guerreros" y la parte reflexiva racional a los "gobernantes". La unidad del Estado se produce como resultado de la cuarta parte del alma que es la "justicia" que se alcanza en cuanto cada una de las tres clases cumpla la función que le corresponde. "Entre las funciones que le interesan al Estado, debe ser una sola la tarea individual de cada individuo, aquella a la cual está mejor predispuesto por naturaleza" (REP. IV, 433a). La demostración y comprobación está expuesta por Platón mediante extensos ejemplos (REP. 372a y 373a d, 420a, 369a y sgtes.) y además en el examen de las tres naturalezas básicas del hombre.

Platón se sirve de una analogía para determinar que hay tres tipos de hombres a quienes corresponde, por naturaleza, ocupar las funciones jerárquicas: unos, los nacidos para mandar, en los cuales los dioses han mezclado oro en su substancia; otros que han sido mezclados con plata, por lo tanto deben servir de auxiliares y finalmente aquéllos que están mezclados con bronce y con hierro y que forman la clase de los agricultores y los artesanos en general (REP. III 415b). Platón aclara que en general los hijos tendrían una naturaleza similar a sus padres, pero no siempre, así podrá haber quien tenga oro en su substancia y haya sido procreado por quienes sólo tienen plata, etc. (ibid); por ello la condición de clase de cada persona no es hereditaria, y su función dentro del Estado debe corresponder a su habilidad real.

Queda en claro que las funciones de jefes y auxiliares se aplican sólo a las clases de "guardianes" y de "gobernantes", pues la tercera categoría de hombre

(bronce y fierro) coincide plenamente con la clase de los "productores" o "artesanos". A los ciudadanos les está prohibido degradarse en el oficio manual, (*Leyes*, v 743a) por naturaleza superior.

Sciacca resume esta situación en el pasaje siguiente: "en el Estado debe gobernar la clase de los "sabios", la única que conoce la verdad y el bien, y las otras dos, refrenadas por ésta, colaboran para que el Estado consiga su objetivo, que consiste en realizar la justicia. Así la clase de los productores, guiada por la racionalidad de los sabios, llegará a ser "moderada"; la clase de los guerreros, "fuerte"; como resultado, el Estado es justo".

La clase de los "magistrados" se forma por elección entre candidatos calificados previamente según el desarrollo de sus aptitudes y su gusto por las leyes (tanto el candidato como su familia), comprobado desde la infancia hasta el momento de su candidatura. Los electores idóneos serán quienes han sido bien alimentados y educados en una atmósfera de legalidad, para asegurar que se elija así a los candidatos que harán mejores "magistrados" (*Leyes* vi, 751 c d).

Una vez elegidos deberán pasar por un período en que recibirán educación política (*Leyes*, vi 752c).

De entre los "magistrados" se formará una comisión de doce "guardianes de las leyes", tribunal supremo que vigilará la planificación económica del Estado y actuará en los asuntos tocantes a la justicia (*Leyes* vi 752e y 754d y sgtes.).

La clase de los "guardianes" o "guerreros" se forma con aquéllos que desde su infancia han demostrado celo por cumplir los fines de la comunidad y a quienes se ha ido sometiendo a pruebas sucesivas para determinar sus condiciones. Quien "demuestre en toda circunstancia ser observante del ritmo y la armonía, con las cualidades para ser de la más alta utilidad al Estado en el cumplimiento de sus funciones" (REP. III, 418e) y hayan pasado todas las pruebas a que han sido sometidos, sin contaminación.

Los jefes se determinan buscando "de entre el total de los Guardianes a los hombres de tal naturaleza, que ante nuestro examen demuestran con la más completa evidencia haberse empleado, durante toda su vida con un celo sin reservas en hacer lo que hayan juzgado como lo más provechoso para el Estado" (REP. III, 412d). Los otros "Guardianes" serán sus auxiliares.

La clase de los "productores" o "artesanos" se integrará en lo posible por bárbaros y constituyen la clase de menos categoría dentro de la polis. Los ciudadanos no deben degradarse con un oficio manual (*Leyes* v, 743d; vii, 806d).

Platón indica la necesidad de ordenar las necesidades económicas entre los ciudadanos para asegurar así la justicia y la igualdad.

La propiedad de la tierra provendrá de una distribución equitativa que proporcione residencia en la ciudad y terreno productivo en el campo. Estas propiedades se entregarán en forma inalienable a los jefes de familia.

La acumulación de riquezas constituye un peligro para la virtud, luego nadie podrá poseer ni oro ni plata, sino que se utilizará una moneda de circulación interna y todo manejo de moneda extranjera quedará en manos del Estado, quien la proporcionará a quienes estén obligados a viajar fuera del territorio.

Habrà igualdad en las fortunas, de suerte que existan cuatro niveles diferentes que agrupan a todos los ciudadanos, el nivel mayor no deberá exceder, de cuatro veces el menor.

Las operaciones comerciales quedan sometidas a severos reglamentos, por ejemplo quedan prohibidas las importaciones salvo aquellos bienes indispensables para la defensa de la comunidad (*Leyes* VIII 847b c y 849a-850a).

El concepto de remuneraciones justas es planteado por Platón con relación al trabajo de los guardianes, quienes para mejor desempeño de sus funciones deben estar libre de toda preocupación otra que su oficio guerrero: carecen de fortuna personal y de familia, tienen comunidad de mujeres y de niños de tal suerte que nadie sepa quién es el padre de cada niño, "recibirán de los otros ciudadanos una remuneración por su función de guardianes, también calculada que no les sobre nada para el año siguiente, tampoco les sea insuficiente para sus necesidades" (REP. III, 416e).

El trabajo de la mujer y su participación en las tareas del Estado debe ser igual a la del hombre, sólo que debe quedar sujeto a la predisposición especial de cada una. Platón hace notar que entre los animales no se nota diferencia alguna en la actividad de macho y hembra, así también el hombre y la mujer deben participar de todas las funciones del Estado para las cuales sean requeridos, teniendo presente que la mujer es menos fuerte que el hombre (REP. 451d y siguientes).

Se procurará que las procreaciones se realicen en forma tal que los mejores hombres se unan a las mejores mujeres, celebrando "nupcias sagradas" en las cuales se recurrirá a un sorteo para determinar las parejas, lo que Platón recomienda falsear, si fuera necesario (REP. V, 459c), para evitar uniones inconvenientes. Los "magistrados" deben cuidar que el número de estas uniones sea lo suficiente para mantener la población en un nivel estable y evitar el crecimiento desmedido del Estado (REP. V, 460 a), previendo el número de muertes prematuras por enfermedad y guerra. Si la población aumenta más allá de 5.040 familias se deben crear colonias para el exceso de población (*Leyes* V, 740 d e).

El territorio ideal es aquel que permita una vida económica equilibrada entre las diferentes polis, de suerte que el excesivo enriquecimiento de una no constituya un peligro para otra. Por otra parte, la extensión geográfica no deberá ser tanta que impida la unidad del Estado, pero suficiente para que no tenga renombre ni de país "pequeño" ni "grande" (REP. IV, 423b c).

El número 5.040 fue determinado por Platón como el número perfecto tanto

para la subdivisión de la tierra y el número ideal de familias, como para determinar el orden de batalla, los valores de la moneda y las medidas de volumen y de peso (*Leyes* v, 746 d e). Este número es a la vez múltiplo de 12 y de 5, números que se emplean para determinar el consejo de "cinco ancianos" y la comisión de "doce guardianes de las Leyes" ya aludido.

El mecanismo social deberá ser perfecto y para Platón la perfección proviene del orden y de la estructuración lógica, de allí que para alcanzar el bien será necesario proceder según un ordenamiento racional de elementos (*Gorgias*, 503 e-504 a), "la excelencia de cada cosa, de un objeto fabricado, de un cuerpo tanto como de un alma, de un ser viviente dentro de su conjunto, no alcanza su perfección por la casualidad sino que en virtud de un orden" (*Gorgias*, 506 d). Uno de los métodos necesarios para asegurar el orden en la estructura social es la reglamentación por medio de leyes escritas.

A este respecto Schul comenta: "que si un hombre fuese a la vez apto para discernir lo mejor y para realizarlo en la práctica, no habría necesidad de leyes; la inteligencia bastaría para regir su conducta. Pero como no es así sino en una medida muy restringida, es preciso desviarse hacia una segunda posibilidad y recurrir a la reglamentación (*Leyes* ix, 875 d).

Aquí la cosa escrita vuelve a hallar su ventaja, por su permanencia y por la posibilidad que ofrece de ser estudiada despaciosamente, asegurando así al Estado salvaguardia permanente e irreversibilidad (*Leyes* x, 891 a-xii 960 b). Las leyes estarán precedidas de preámbulos que serán su justificación y tendrán como papel de convencer a los ciudadanos como el buen médico convence a su enfermo (*Leyes*, iv, 712 d-720 d, ix 857 c e). La legislación deberá realizar la virtud, dar a la ciudad la cohesión y la justa proporción necesarias a todo conjunto, sea cual sea, navío o ser viviente, y establecer entre todos los ciudadanos una mutua amistad (*Leyes* iii, 693 d, 697 c, 701 b)".

#### V. CONCLUSIONES

El cumplimiento de la justicia exige un orden social adecuado a ese fin, lograr el bien, alcanzar la libertad política de la comunidad y asegurar la supervivencia económica del grupo social. Platón ha propuesto en forma extenso, soluciones a los temas conectados con una teoría social justa, y que regularían la convivencia humana. Algunos de estos temas son:

- a) La organicidad del cuerpo social le viene de la homogeneidad de sus componentes, y de la subordinación del bien del Estado a la virtud de los individuos que lo forman. De allí que la formación social a través de la educación sea un punto fundamental en la vida de toda comunidad.
- b) La justicia resulta del cumplimiento estricto, por parte de todos los miembros

bros de la colectividad, de su función dentro de la comunidad y de la armonía entre los grupos que la estructuran;

c) La estructura social ideal supone una división jerarquizada de clases, las que se forman, no por privilegio hereditario ni por condición de fortuna, sino que cada individuo deberá integrar la clase que le corresponde en atención a sus disposiciones naturales, a su formación y a sus hábitos;

d) El gobierno de la comunidad se verifica por leyes o normas escritas que imponen el orden, la racionalidad y la igualdad comunitaria en las estructuras sociales;

e) Al Estado ideal corresponde un territorio y una población equitativos, cuantificados para asegurar la unidad del cuerpo social y el equilibrio entre los diferentes estados. Se debe controlar el crecimiento excesivo de la población, que haría necesaria la anexión territorial, por el control de las nupcias y creando colonias para los excedentes de población;

f) La posesión de bienes atenta contra la virtud individual y por ello contra la justicia, luego estará reglamentada: la tierra dividida equitativamente, uso de una moneda de circulación interna, sólo el Estado dispone de moneda extranjera, de oro y de plata. El comercio interno y externo quedarán controlados por las leyes a fin de proteger la producción nacional y asegurar la independencia económica del Estado;

g) El trabajo se dividirá por especialización, existirá una justa remuneración y las mujeres compartirán el trabajo con los hombres, pero atendidas las diferencias naturales de habilidad entre los sexos, y

h) La disposición de las ciudades y los terrenos de cultivo se regirán por conceptos de urbanismo funcional.

La enumeración de estos puntos, para los cuales Platón propone extensamente medidas específicas, permite apreciar que el pensamiento platónico aborda la sociología en forma cabal y que se anticipa en forma notable a los planteamientos de los últimos 100 años en la cultura europea, incluso demostrando ser mucho más avanzados que lo que se estaría dispuesto a llegar hoy día.

Un punto importante de destacar es la importancia de la planificación social, que Platón impone como obligación al pensamiento racional de los filósofos. A este respecto Brehier, dice:

“En el momento mismo en que Platón pasa de la teoría a la práctica, hace intervenir la autoridad política del filósofo. Platón no se cansa de insistir sobre el papel activo que corresponde al filósofo: hay que obligarlo a descender de la contemplación de las cosas inteligibles para que se ocupe de los asuntos de la ciudad; hay que preparar también para esta reforma a la opinión del

vulgo, inclinado, por razón de los defectos del gobierno, a considerar la filosofía como inútil a la ciudad. La filosofía procederá sobre la ciudad como el pintor sobre el muro que adorna: primero lo limpiará cuidadosamente; después dibujará allí la forma de la ciudad, comparando a cada instante su dibujo con el modelo de lo justo que él es capaz de contemplar".

## I. ACERCA DEL PREJUICIO

Desde algún tiempo del congreso desfilaba un libro americano sobre el prejuicio escrito por un sociólogo en estilo sociológico y del cual la espesa capa de erudición no podía ocultar la indigencia. Sin embargo el prejuicio no es un misterio para nadie y no me parece que haya desacuerdo en llamar tales cosas ideas habituales de carácter básico que la gente no discute y no obstante son falsas.

### ¿QUÉ ES EL PREJUICIO?

¿Por qué se da la adhesión de la gente a tales ideas? En qué sentido son falsas. La respuesta, por lo que se refiere a las ideas corrientes que implican prejuicio, es, en primer lugar, discutibles en sí mismas, es la comodidad. La idea corriente tiene una gran importancia a esos juicios implícitos de carácter más o menos general y vago que llamamos prejuicio. Los temas más importantes propiamente dichos del pensamiento concreto y práctico, que es el que en verdad importa, hace es particularmente cierto en un medio cultural de escasa complejidad como el norteamericano, donde el prejuicio se manifiesta en forma de ideas que todos se encuentran y discuten sin el menor esfuerzo.

Hay, sin embargo, la idea de singularizarse en objetos con relación a los que todos están de acuerdo, a lo que llamamos prejuicio, una idea singular

# Los prejuicios norteamericanos

## I. ACERCA DEL PREJUICIO

### ¿QUE SON PREJUICIOS?

Hace algún tiempo leí con gran desilusión un libro americano sobre el prejuicio escrito por un sociólogo en estilo sociológico y del cual la espesa capa de erudición no podía ocultar la indigencia. Sin embargo el prejuicio no es un misterio para nadie y no me parece que haya desacuerdo en llamar tales ciertas ideas hechas de carácter básico que la gente no discute y no obstante son falsas.

### ¿A QUE SE DEBE EL PREJUICIO?

¿A qué se debe la adhesión de la gente a tales ideas? ¿En qué sentido son falsas? La principal razón por qué se asiente a las ideas corrientes que implican algún juicio y son por tanto discutibles en sí mismas, es la comodidad. En una sociedad libre, la gente atribuye escasa importancia a esos juicios implícitos de carácter más o menos general y vago que llamamos prejuicios. Los toma más bien como postulados auxiliares del pensamiento concreto y práctico, que es el que en verdad interesa. Esto es particularmente cierto en un medio cultural por esencia pragmático, como el norteamericano, donde el prejuicio es como un terreno común donde todos se encuentran y circulan sin el menor esfuerzo.

Hay otras razones. La idea de singularizarse sin objeto con relación a lo que todos o casi todos piensan, a lo comúnmente admitido, más bien desagrada

en general. En ningún ambiente este rechazo crítico es más terminante que en la prensa y demás medios de información masiva. La necesidad, por así decirlo, técnica, en estas empresas, de estar con el mayor número e interpretarlo, es la causa sin comparación más eficiente de la consolidación y robustecimiento de los prejuicios. No hay necesidad de subrayar los caracteres exclusivistas y pasionales, es decir fanáticos, que adoptan los prejuicios populares allí donde el pensamiento es dirigido desde el gobierno, cosa desde luego desconocida en América del Norte, excepto en tiempo de guerra.

#### ¿POR QUE Y COMO SON FALSOS LOS PREJUICIOS?

Parece advertirse una contradicción interna en el hecho de alguna idea comúnmente admitida y no obstante falsa. Si dijéramos errónea se explicaría el prejuicio por insuficiencia de conocimientos o atraso cultural, como se presenta en las regiones primitivas del mundo. El prejuicio en los ambientes de alta cultura media apenas tiene un parentesco con este fenómeno y desde luego no se confunde con él. Un prejuicio norteamericano no es falso de la misma manera como lo es la fe en los brujos que existen en Africa. Los prejuicios civilizados, por así llamarlos, no son tanto ideas falsas en sí mismas como en la interpretación, valor, importancia relativa, alcance, precedencia o categoría que se les da. Aunque provista de base real, la interpretación falsea la idea en grado variable, que va de la simple equivocación sujeta a rectificación por la experiencia hasta la fabricación de mitos sanguinarios.

#### VARIEDAD EN LOS PREJUICIOS

Esta escala que sugiere cosas terribles y las recuerda, merece explayarse en forma sucinta. ¿De qué proviene la variedad en los prejuicios? En nuestra opinión, de lo siguiente. Todo prejuicio reside en la interpretación interesada de una cierta idea que implica un juicio. En otras palabras, es un juicio más o menos implícito interpretado interesadamente. Ahora bien, esta interpretación interesada puede deberse a motivos muy diferentes, sean altruistas o egoístas, benevolentes, resentidos o fanáticos, activos o pasionales. Es claro que la combinación de éstos y otros matices da lugar a una gama muy diferenciada de prejuicios, entre los cuales los americanos son de lo menos nocivos para ellos y para los demás.

#### LOS AMERICANOS TIENEN RAZONES PARA CREERSE A SALVO DE PREJUICIOS

Los propios americanos sufrirían sin duda extrañeza ante quien atribuyera importancia a sus prejuicios. Porque en efecto —pensarán— la importancia de

todas las cosas es relativa. Y puesto que somos el pueblo más libre de la tierra y avezados en métodos serios de pensamiento, información e investigación. ¿Cómo se puede pensar que nuestros prejuicios tengan importancia cuando todas las ideas son precisamente objeto de reservas y contradicción constante entre nosotros? Pueden poner incluso el ejemplo de los prejuicios raciales. Existen, sí; pero son combatidos con verdadera energía. No hay duda de que entre los blancos del sur existe un prejuicio discriminatorio violento en contra de los negros. Este es un hecho; pero no es un prejuicio nacional porque, al revés, es repudiado y combatido por la mayor parte de la población blanca, que no participa de él y lo condena. Una sociedad donde los prejuicios tienen muchos más enemigos que partidarios, es una sociedad sin prejuicios.

#### EL ODIOS RACIAL Y EL ODIOS EN GENERAL. NO SON PREJUICIOS

En apariencia todo es cierto en esta argumentación. Es acaso injusto atacar a Estados Unidos por los prejuicios raciales precisamente por el hecho de que son combatidos con energía. Prejuicios son ideas hechas que no se combaten, ni siquiera se examinan o nadie se atreve a contradecir. Los prejuicios raciales no están entre ellos en Estados Unidos y quizás si en ninguna parte. Lo decimos porque la aversión entre grupos raciales no es necesaria ni inicialmente un prejuicio. El odio, la malevolencia, no tienen su origen en un juicio de valor, sino que al contrario le son anteriores y lo promueven. El odio entre grupos humanos origina juicios de valor y prejuicios. Pero éstos son derivados y subalternos con relación al odio, que es inicial y causal.

#### EJEMPLOS

Así la mutua malevolencia entre bramanes y musulmanes en la India, que dio origen a una espantosa guerra civil y a la partija de la nación, no puede decirse que tenga por causa un prejuicio recíproco, sino una tradición ancestral de enemistad en lo religioso. Una cosa parecida sucede con los llamados prejuicios raciales. Así por ejemplo la malquerencia hacia los judíos en la Edad Media se interpretaría erróneamente si se atribuyera al prejuicio de la culpabilidad colectiva y heredada por la muerte de Cristo. Esta era la justificación de un sentimiento anterior y causal producido él mismo por una cierta diferencia de mentalidad entre cristianos de diferentes razas y judíos que producía seguramente una suerte de roce constante en las relaciones mutuas. La prueba de que el sentimiento está antes que el prejuicio en este caso lo encontramos en la presencia de este mismo sentimiento en el mundo musulmán medieval, donde el mismo prejuicio religioso no podía existir. Si esa malque-

rencia era más atenuada en el Islam que en la cristiandad, la razón debe buscarse en la civilización más avanzada del mundo musulmán en la misma época. Otra especie de prueba de que el sentimiento está antes que el prejuicio en estas malevolencias colectivas lo da el infame caso hitlerista con relación a los judíos. Hubo que inventar las fábulas más irracionales para cohonestar las sevicias iniciales, hasta que el estruendo de la guerra logró ocultar el genocidio. ¿Qué tiene que ver esto con un prejuicio, sino con el odio desnudo? Hay muchos otros casos recientes, sin hablar de los antiguos, de odios de razas. A principios del siglo eran frecuentes las sevicias y hasta masacres llevadas a efecto por los turcos contra las poblaciones armenias. Y dos tercios de siglo después, actualmente, estamos viendo los choques de chinos y malayos en Malasia y en Java, sin hablar de los muchos puntos del Africa negra donde se producen violencias atroces entre tribus y pueblos vecinos movidos por odios ancestrales. En todos estos casos los prejuicios son la máscara y autojustificación del odio.

#### EL COMPLEJO CASO SUDAFRICANO

Un caso curiosamente complejo es el sudafricano. Que la situación allí tiene su origen en un prejuicio racista-bíblico remoto, es cosa que ofrece pocas dudas. Ahora, si nos transportamos a la Europa colonial de hace solamente cien años, nos encontramos con ese mismo prejuicio en su plenitud, sobre todo en las naciones y ciertas sectas protestantes. La superioridad incondicional del hombre europeo y su misión civilizadora connatural a su dominio del mundo es exactamente lo que piensan los sudafricanos todavía. ¿Y por qué no han evolucionado? Porque al menos los afrikander que viven al interior y sólo pueden contar consigo mismos están bien seguros, probablemente, de que la entrega del poder a la mayoría, que es la implicancia de la igualdad de derechos políticos, les significa la liquidación en condiciones aun mucho peores que a los argelinos de origen europeo. Cualquiera que sea el fundamento de este temor, no es menos cierto que el prejuicio, con relación a este sentimiento de temor reprimido, les sirve de argumento místico para mantenerse firmes en la defensa de su vida colectiva, que creen mortalmente amenazadas, aunque no se les oculte que la intransigencia aumenta el peligro. Siempre un sentimiento sostiene el prejuicio.

#### RESUMEN ACERCA DE ODIOS Y PREJUICIOS

En resumen, el odio de razas y los prejuicios raciales son dos cosas distintas, aunque sea muy cierto que el primero genera fácilmente los otros. Por lo

mismo, si nuestro tema son los prejuicios, no procede hablar de odio de razas. Diremos solamente a propósito de esto último que si este sentimiento se entiende como prejuicio, se desvirtúa lógicamente el tratamiento que le corresponde.

#### TAMPOCO EL MESIANISMO ES PREJUICIO: ¿QUE ES?

Sucede con el mesianismo algo parecido. ¿Qué entendemos por mesianismo? El término es de origen religioso y significa estrictamente creencia en el Mesías. Pero su significado se extiende a esa disposición más o menos esforzada en una nación —en otro plano no nos interesa— para transmitir a la humanidad en general un bien de que disfruta, que es propio y aprecia mucho por su valor espiritual y universal. Es justificada tal extensión del sentido del término porque el mesianismo religioso implicaba también una misión universalista para el pueblo elegido. En los siglos pasados hubo casos mixtos de mesianismo, cual el del Islam, y algo de esta dualidad existe en el sionismo actual. También la conquista de América, particularmente entre los españoles que ocuparon tierras bastante pobladas, fue una empresa penetrada de mesianismo religioso, así fuera concebido en el fondo de una manera subalterna. Pero en los tiempos modernos las formas del mesianismo han variado hacia un misticismo secularizado: la igualdad de la Revolución Francesa, la paz fundada en el derecho divino de Alejandro I como el comunismo, en Rusia; y la democracia en América del Norte, son otras tantas manifestaciones, de muy distinta importancia y naturaleza, de mesianismo secular y temporal, que también podemos llamar político.

En su esencia, el mesianismo es altruista. Si no lo fuera, dejaría de ser tal, no se le podría llamar con ese término. Pero eso no quiere decir que carezca de todo ingrediente que no sea altruismo. Este elemento básico puede encontrarse en estado de combinación con ese otro elemento, el ansia de poder, que nos aparece como incompatible con cualquier altruismo ético y que se disimula y oculta bajo diversas formas. Digamos desde luego que si los cálculos de poder en una acción mesiánica tienden a dominar, el mesianismo tiende a su vez a transformarse en imperialismo, cual sucedió en el siglo pasado con las ambiciones imperialistas de las potencias europeas. Agregamos que en nuestra opinión, no es éste el caso norteamericano, a despecho de la consigna comunista, porque en la política americana el mesianismo predomina con mucho sobre el imperialismo no tan sólo por razones de tradición cultural sino por la circunstancia histórica del incontrastable poderío relativo, actual y virtual, de la nación.

## POR QUE EL MESIANISMO NO ES PREJUICIO

Ahora bien, del mesianismo decimos que no es prejuicio, sino deseo, en el sentido más amplio del término, un impulso de inmediato origen sensible hacia la difusión a otros de un bien colectivo del cual participamos y que apreciamos intensamente por motivos que pueden ser muy diversos, espiritual, ética y moralmente. A causa de la variedad de estos motivos, el mesianismo no es por sí solo un índice de superioridad o ventaja ética, lo decimos para aclarar su concepto. Y, como tiene contenido variado y no uniforme, puede ser confundido fácilmente con los prejuicios. Pero no es prejuicio, por su naturaleza sensible y no intelectual. Puede general prejuicios, lo mismo que el odio, pero no es prejuicio en sí mismo, porque no es cosa de la mente sino del afecto.

La generación de prejuicios por el impulso mesiánico proviene de los obstáculos que encuentra. En eso se descubre la superficialidad del mesianismo con relación al auténtico espíritu apostólico, el cual no se origina en un simple deseo, sino en un proceso de dominio de la propia voluntad llevado más o menos lejos. En contacto con las dificultades de aplicación que normalmente encuentra, el mesianismo fácilmente se sobrevive en juicios de valor que lo apoyan o reemplazan y que constituyen prejuicios. Veremos próximamente más de un prejuicio originado en el mesianismo democrático americano.

### SINTESIS DE LOS PREJUICIOS AMERICANOS

Los prejuicios americanos son simplificaciones del pensamiento político y humanístico común que a fuerza de repetición adquieren caracteres dogmáticos y místicos. Si deseamos saber cuáles son esos prejuicios y en qué consisten, no necesitamos darnos mucho trabajo. Cualquiera palabra de uso corriente y continuo en la política nacional o internacional o en la sociología elemental tiene para los americanos el significado que le da, no el diccionario, sino su propia historia o tradición de ellos.

## II RECORRIDO DE LOS PREJUICIOS AMERICANOS

### EL PREJUICIO DE LA REVOLUCION

Así, por ejemplo, el término de revolución tiene para ellos un sentido doble, en todo coincidente con su propia experiencia. En primer término significa repudio del colonialismo u opresión y establecimiento de la democracia, tal como fue el propio caso en 1774. La revolución es también para ellos un proceso

interno de innovaciones rápidas en las formas de vida —que específicamente llaman reformas— y debidas a la aplicación entusiasta de la tecnología inventada ex profeso, cual fue el caso americano de un siglo y medio a esta parte.

Revolución es, pues, para los americanos, cosa desde todo punto de vista ventajosa y digna de la mayor simpatía, puesto que es el proceso que ha dado origen a su propia nación doblemente, en su independencia y en su grandeza. Así se explica que el propio Presidente Kennedy señalara a América latina, como paradigma, la revolución mexicana. Años antes toda Norteamérica había encumbrado a Fidel Castro como el héroe máximo de nuestro subcontinente. Es curioso comprobar que la presión americana, no política cuanto psicológica, fue decisiva no tanto en la opinión como entre las autoridades francesas en la orientación general hacia la independencia de Argelia. Y ¿qué decir de la revolución rusa? Esto merece párrafo aparte.

#### ACTITUD AMERICANA ANTE LA REVOLUCION RUSA

Cuando la revolución se produjo en Rusia, Estados Unidos estaba entrando en guerra contra los imperios centrales. Como los demás aliados de occidente, acogieron la revolución con optimismo creyendo que acercaría más al pueblo ruso a la causa nacional. Pero los bolcheviques basaron toda su propaganda interna en la cesación inmediata de la guerra, que fue su primera providencia de gobierno, con prescindencia absoluta de la causa aliada. Esta actitud provocó indignación entre los aliados en general. Pero tuvo muy escasa influencia sobre la opinión inicial predominante en Norteamérica acerca de la revolución rusa en sí misma.

#### OPINION AMERICANA ACERCA DE LA REVOLUCION RUSA

La opinión americana acerca de la revolución rusa fue, desde el principio, muy clara: aprobación en cuanto liberación del pueblo ruso de la opresión zarista; y desdén compasivo por los métodos brutales e ineficientes de los comunistas. La primera de estas opiniones difiere del partidarismo favorable incondicionalmente a la revolución que podemos observar en nuestros ambientes de izquierda. En primer lugar, se basa siempre en una actitud estimada objetiva y prescrita por los métodos de pensamiento comúnmente admitidos y exigidos por la mentalidad reinante en el país. La revolución, siendo un hecho social de carácter irreversible y de gran importancia se toma como punto de partida de toda opinión sobre él. El hecho tiene una causa. Esa causa es la opresión zarista que mantenía al pueblo ruso privado de sus derechos personales, y en estado de eferescencia revolucionaria desde décadas atrás. Como aconteci-

miento, no presenta interés calificar a la revolución. De algo acontecido no procede emitir opiniones retrospectivas. Se acepta la revolución como un hecho sobre el cual no caben censuras y ante el cual, por consiguiente, la actitud de condenación y reticencia no es más que ceguera mental. Por aquí, y como se ve, en la forma más equívoca, la opinión americana más conservadora y reaccionaria, según entre nosotros los entendemos, se da la mano con nuestra izquierda y disiente de nuestra derecha. Se da el caso de que la misma gente en Norteamérica para la cual el marxismo no es más que un galimatías extravagante confía en el éxito final de la revolución sin el menor género de duda. El motivo que tienen para ello es doble. El primero, que la revolución es una cosa buena en sí dentro de su modo de pensar, debidamente fundado en la bien conocida experiencia propia. El segundo es que esa fuerza interna al hombre que se traduce en el progreso continuo de la especie gana probablemente con la ruptura de los marcos tradicionales y no menos probablemente es el verdadero agente de la ruptura de esos marcos, cual sucede en Estados Unidos con el cambio continuo en las costumbres y modo de vivir. Nueva coincidencia altamente equívoca con nuestra izquierda que ve el alfa y el omega del futuro en la revolución y no en la fuerza evolutiva de la especie. Para nuestra izquierda, la revolución es la envoltura del germen de todo progreso. Para la opinión americana no existe tal mito, sino el del progreso, que no es una mera invención, sino un proceso humano manifiesto y que se desarrolla en forma acelerada desde hace dos siglos. El resultado de esta mentalidad en Norteamérica es la adhesión general a la causa del progreso y el apoyo universal al derecho común nacional que le sirve de marco. En nuestra izquierda es todo lo contrario: pasividad en materia de contribución al progreso e invocación perpetua de la magia revolucionaria para lograrlo. Y, sin embargo, estas mentalidades contrarias coinciden en la terminología sucinta general con que se expresan. Con relación a la revolución rusa en particular los norteamericanos creen que ha sido una cosa buena en cuanto augura mucho progreso y bienes futuros.

El otro elemento básico de la opinión americana relativa a la revolución rusa es el desdén un tanto compasivo que manifestó inicialmente por los métodos a la vez bárbaros e ineficaces empleados por los comunistas. Esto parece un detalle de poca importancia, pero es muy significativo con relación al concepto mismo de la revolución marxista-leninista que reinaba en Norteamérica. Esos métodos no se atribuían particularmente a ningún factor doctrinario, sino a la idiosincrasia rusa, conocida de siempre por su inclinación a la manera fuerte en las actuaciones de la autoridad. Pero la opinión americana, que es reacia a las formulaciones doctrinarias, no veía en la revolución algo mucho más grave y diferente de todo lo conocido hasta entonces, la preten-

sión de la autoridad de gobernar ahora la vida humana en todos sus aspectos. Aunque el hecho era tal vez mejor conocido en América que en cualquier parte, no llamaba allí la atención, recubierto por la idea de la simplicidad semibárbara de los rusos para gobernarse. Por eso también, a medida que el país ruso fue saliendo de la miseria espantosa de los primeros años de la nueva tiranía y los planes quinquenales empezaron a dar frutos de industrialización y progreso en muchos ramos de la vida social, esta actitud crítica en la opinión americana con relación a la revolución se fue atenuando progresivamente y subsistió solamente aquella otra opinión favorable a la revolución en sí misma como prenda de progreso. Durante todo el período del aislacionismo, que duró más de veinte años, la opinión americana no se movió de esta posición. El repudio del hitlerismo, que desafiaba violentamente los principios del mesianismo americano y también del simple humanitarismo en cuanto adoptaba medidas persecutorias contra los judíos de Alemania, sirvió para afianzar pasionalmente esta idea favorable a la revolución. Por eso, cuando sobrevino la guerra y los rusos, a pesar de su especie de nueva defección del campo democrático al pactar con los nazis, fueron a su vez atacados traidoramente por Hitler, los norteamericanos y sus dirigentes no tuvieron que hacer el menor esfuerzo para actuar como aliados ejemplares.

#### EFFECTOS DEL PREJUICIO EN YALTA

La Conferencia de Yalta fue la primera y decisiva confrontación de los objetivos de guerra respectivos de los aliados de occidente y oriente contra Alemania. Los prejuicios y el mesianismo americanos tuvieron en ella gran papel. El acuerdo entre los aliados no fue difícil. El mesianismo se manifestó en la reconstrucción de la fenecida Sociedad de las Naciones y los prejuicios en una cierta sincronización de objetivos con la Unión Soviética basada en una desaprensión notoria acerca de la naturaleza y de los fines de la ideocracia marxista-leninista imperante en esa nación. El acuerdo fue relativamente fácil porque los aliados aceptaron recíprocamente los puntos de vista de los otros con relación a las condiciones de la paz que interesaban a cada uno. Los aliados de occidente pidieron la aceptación de la Unión Soviética para la nueva versión de las Naciones Unidas, que al dar a Rusia un asiento permanente en el Consejo de Seguridad, una especie de derecho de veto totalmente efectivo en el seno de ese organismo y a la vez atribuciones amplísimas para él, no podía menos que contar con la aprobación rusa. Pero los rusos pidieron de los aliados de occidente la aprobación de una cierta liquidación de la guerra en el este de Europa que constituía en todas sus cláusulas otras tantas excepciones a los principios de convivencia internacional comúnmente aceptados y acentuados

particularmente por el mesianismo histórico americano. Tales fueron las cláusulas territoriales de conquista, que no vamos a detallar, pero que fueron exorbitantes, la disposición administrativa de territorios enemigos reconocidamente extranjeros con fines inconfesados de expulsión de las poblaciones y subsiguiente anexión, la ocupación sin límite de tiempo del territorio de los vencidos con fines explícitos de purgación de la ideología nazi, las reparaciones en mano de obra y algunas otras iniciativas que no pudieron ser aceptadas.

El antecedente que facilitó mayormente la aceptación por los aliados de casi todas las demandas rusas fue la declaración de Casablanca en que Roosevelt, contra la opinión de Churchill, proclamó como objetivo de guerra de los aliados occidentales la rendición incondicional de las potencias del eje. El antecedente de esta exigencia era la de Grant a Lee después de Appomatox, que puso fin a la guerra de Secesión. Justificada en una guerra civil, donde uno de los dos bandos necesariamente desaparece, esta exigencia revestía de caracteres predominantemente ideológicos no ya la guerra en que los aliados estaban empeñados, sino la liquidación de ella, su objetivo. La "pax americana" se iniciaba así con una invocación a la tradición americana siguiendo la misma inclinación en que se originan los prejuicios en América del Norte. Pero se elevaba virtualmente de ahí hacia el mesianismo democratista excluyente de toda otra forma de gobierno y al prejuicio consistente en concebir y tratar al comunismo marxista-leninista como una variante democrática. No tiene otra explicación la idea de asociar a los súbditos del "tío José" a la tarea, emprendida con entusiasmo por los americanos en su zona de Alemania, de desnazificar a Europa en su respectiva y vasta zona de ocupación. Esa zona se extendía del Prut al Adriático, del Mar Negro al Báltico. Estaba poblada por unos cien millones de hombres, de los cuales una pequeña fracción en el norte eran alemanes, reducida a poco más de la mitad por las expulsiones. El resto era también ocupado por tiempo indefinido a pretexto de desnazificación. En toda la zona, con la sola excepción de Austria, donde llegaron a un tercio de la gente por motivos de solidaridad germánica, los nazis eran muy pocos y en parte alguna gobernaban. Si Hungría y Rumania se aliaron al Reich contra Rusia fue porque la otra alternativa que se les presentaba era aliarse a Rusia contra el Reich, que suponía la ocupación inmediata por los nazis. Y por ese pecado fueron sometidas a ocupación comunista indefinida... con fines de desnazificación.

Nadie puede suponer que los hábiles diplomáticos que rodeaban a Roosevelt fueran ingenuos. Si pues autorizaron a los rusos para desnazificar sin límite de tiempo, esto quiere decir que los autorizaban para comunizar esas naciones. Las elecciones exigidas como garantía de autodeterminación no podían engañar a nadie, efectuadas bajo la bota del invasor, instalado sin límite de tiempo. Nadie

podía prever una autoafirmación tan heroica como la de Hungría, y no obstante inútil. Es evidente que Roosevelt admitió el baño de comunismo para esas naciones, no quiso representarse lo que eso era, pensando probablemente que esos nobles y terratenientes aún existentes allí eran déspotas para el pueblo, según lo dictamina el prejuicio igualitario americano. Y pensando además que el comunismo, esa nueva vía democrática, adoptaría en estas naciones, más civilizadas que Rusia, métodos menos brutales y más eficientes, se consolaría quizás calculando que el neocomunismo en esas naciones contribuiría a una más rápida evolución del comunismo ruso hacia la ortodoxia democrática. Y si bien estas disquisiciones pueden tildarse de vanas y gratuitas observando que los aliados de occidente nada podían frente a los rusos en el oriente de Europa, no es menos cierto que ignoraron el problema que representaba la conquista rusa para el soviétismo y que en lugar de manifestar y defender hasta el límite prudencial un punto de vista propio, no tuvieron ninguno y facilitaron a gusto la conquista de Stalin y la tarea del Partido comunista de la Unión Soviética.

#### DESAPRENSION EN ORIENTE.

En China, durante la guerra contra el Japón, los norteamericanos dieron amplia muestra de su incomprensión del comunismo y en general de las situaciones extrañas a su propia tradición al tratar, infructuosamente, desde luego, de hermanar y fusionar a nacionalistas y comunistas en un solo gobierno, llamémoslo así de unión sagrada. Tal propósito era buscar lo imposible, pues ambos socios querían todo el pedazo. Si tal pretensión podía tildarse de rígida y arbitraria de parte del Kuo-Min-Tang, excepto en cuanto representaba una experiencia de colaboración ya fracasada más de una vez en el pasado, de parte de los comunistas no era más que un capítulo de su Alcoran, al cual no podían renunciar sino de mala fe. Y evidentemente, no se trata de insinuar que los americanos no estuvieran al corriente de tal cosa, puesto que todo lo saben como nadie, sino de mostrar cómo ciertos prejuicios los inducen a un aprovechamiento deficiente de lo que saben. El prejuicio en este caso residía en creer que el patriotismo, la liberación nacional, fines inmediatos de alto rango, pudieran prevalecer sobre esas prescripciones abstractas y tajantes que forman una doctrina. Tal cosa, para los americanos, es propiamente irracional e incomprendible, puesto que su pensamiento es concreto. Pero el error en que incurren es creer que lo razonable para ellos, pueda y deba serlo para otros con distinta tradición y mentalidad. El hecho es que esos esfuerzos fueron perdidos y perjudiciales porque significaron el empleo de un tiempo preciso en proyectos ilusorios.

Cuando se aproximaba el final de la guerra en oriente, el gobierno americano no tuvo otra preocupación que la de hacer intervenir a Rusia. Puesto que el

Japón estaba siendo llevado al rápido y total aniquilamiento de sus fuerzas navales y aéreas, no podía evitar su completa y próxima destrucción y asfixia por hambre. Ni siquiera la bomba atómica era necesaria para rendirlo, como la relación de los hechos lo demuestra. Lo que en cambio era superfluo a todas luces era la destrucción del abandonado ejército japonés de Manchuria por los rusos. Pero en cambio esa misma acción, dada la incompatibilidad demostrada de nacionalistas y comunistas chinos, presagiaba una nueva etapa en el desarrollo de la guerra civil en que los comunistas, ahora apoyados por Rusia, llevaban desde luego todas las de ganar. Cuando la amenaza se hizo efectiva, los americanos ayudaron a los nacionalistas al principio, vacilaron ante la perspectiva de una guerra interminable en Asia, se mostraron sensibles a las acusaciones de corrupción de los generales chinos de quienes se decía que vendían armas al enemigo y por último los abandonaron y con ellos la China al comunismo. Esta verdadera epopeya de desaprensión por la extensión del comunismo al Asia se funda evidentemente en los mismos prejuicios de falsificación voluntaria de la idea del comunismo que permitió a Stalin convertir la Europa oriental a la nueva fe no sin invitación de los aliados de occidente, encabezados por el gobierno americano.

#### EL PREJUICIO REVOLUCIONARIO OCULTA EL CARACTER DEL COMUNISMO.

La opinión americana, en su uniformidad y en su estabilidad, se forma en la escuela y se afianza en la prensa y demás medios de información. En su simplicidad difiere mucho de las opiniones individuales de los americanos. Hay en ella tres factores que distorsionan la idea o imagen del comunismo. El primero es la minimización de la doctrina como elemento del mismo. Reducido mentalmente a una idea vaga y simple, porque el americano no entiende que una persona se pueda guiar por una selección de abstracciones —y menos una sociedad—, el comunismo es visto sobre todo como un fenómeno social, casi biológico, determinado por ciertas circunstancias. No es así, sin embargo, y los americanos están comenzando a hacer de ello la prueba a sus expensas. El segundo factor es el igualitarismo social, en virtud del cual ellos simpatizan con el comunismo en cuanto destruye las desigualdades sociales. Todo americano, aunque sea un aristócrata o potentado en su país, es igualitario de sentimientos. Sea que se encuentre en el extranjero o que piense para el extranjero, su reacción es siempre igualitaria, como sucede por lo demás en otros países integralmente democráticos, cuales Suiza o Nueva Zelandia. Un ambiente como el que existía en la Rusia zarista le produce desagrado sin necesidad de haberlo conocido. Lo mismo debe haberle ocurrido con la Europa oriental en 1945. Es éste un elemento afectivo no muy importante, pero permanente y uniforme y, por lo mis-

no, nada desdeñable. El tercero de estos factores es el prejuicio revolucionario. Este consiste en asimilar las revoluciones en el exterior a la propia revolución, no en sus circunstancias y detalles sino en lo que estiman su esencia y su base. ¿Y qué es esto? Una situación injusta o simplemente retardataria que exigía un cambio total, exigencia demostrada por el hecho de haber sobrevenido la revolución. Toda revolución es pues, necesaria, y además, benéfica. No podría ser necesaria sin ser benéfica, puesto que el hombre siempre progresa. Lo fue la revolución americana, la revolución francesa y lo es la revolución rusa. El comunismo, o fruto de la última gran revolución es, pues, benéfico en todo país donde la revolución se produce, aunque no sabemos si lo es también donde el comunismo es impuesto por la fuerza, siendo de suponer que en este caso pierde su virtud. Hay que advertir sobre esta opinión favorable al comunismo que ella se modificó un tanto por efecto de la guerra fría en el sentido de la localización, porque se mantuvo a la distancia, pero en las zonas próximas a Norteamérica fue reemplazada por una profilaxia tendiente a evitar la implantación de regímenes hostiles.

De toda suerte, ni el comunismo ni la revolución son, en esencia, lo que prescribe el prejuicio popular americano. Son otra cosa. Su origen biosociológico es más o menos remoto. La esencia de estos movimientos es espiritual e intelectual. No tienen nada de espontáneo, excepto en las circunstancias que permiten su eclosión, estallido o triunfo. La revolución francesa fue un accidente dentro de un proceso de reformas excesivamente precipitado justamente porque no tenía verdadera oposición. La revolución rusa fue el triunfo de una conspiración revolucionaria urdida en Alemania con miras a los países colocados a la cabeza del desarrollo industrial sesenta y cinco años antes de su victoria en Rusia, hecha esta victoria posible por el efecto sobre la moral de los soldados en el frente de la derrota e irremediable inferioridad en armamento del ejército ruso. Tan poco espontánea fue la revolución rusa que nació armada de una doctrina completa, rígida, intransigente e infalible premeditada, estudiada y perfeccionada durante dos tercios de siglo. El comunismo no es un cambio originado en una situación injusta sino una ideocracia revolucionaria implantada desde el gobierno a raíz de un golpe de estado fraguado en forma de conspiración —hay que agregar— permanente. La esencia del comunismo no es biosociológica sino espiritual e intelectual y solamente en ese terreno puede ser comprendido, interpretado, juzgado y encarado con éxito. Norteamérica no está sino muy próxima a comprobarlo sin lugar a dudas.

#### EFFECTOS DEL PREJUICIO: EL COMUNISMO, SUBPRODUCTO DE LA POBREZA

La mentalidad americana, formada en el pragmatismo y empirismo, manifiesta poco interés y confianza en las ideas generales y particularmente en esas series

ordenadas de ellas que llamamos doctrinas. Su pensamiento es concreto, dirigido a los fenómenos y a la acción, y no abstracto y apuntado a la especulación. Al observar el comunismo lo concibe naturalmente como un fenómeno sociológico más fácilmente explicable, para la mentalidad popular en Norteamérica, por su sustrato biológico que por cualquier antecedente de tipo puramente espiritual. Podemos decir que el comunismo, para el americano tomado en general, es un fenómeno biosociológico, o si se quiere, un fenómeno de psicología de masas provocado por causas materiales externas que influyen y determinan las actitudes sociales de la gente. En esta explicación popular del comunismo el elemento específicamente espiritual está ausente y la doctrina desempeña un papel místico o simbólico más digno de curiosidad que de interés. La verdadera causa del comunismo está en los efectos sobre el ánimo de la gente de la pobreza y miseria y en general de las causas de sufrimiento provenientes de una situación material opresiva, cruel y sin esperanza. Fidel Castro, cuando en los inicios de su tiranía fue a Washington a solicitar un préstamo, invocó este argumento, sabiendo perfectamente que era el mejor, en la forma más sintética, diciendo que el comunismo reside en los estómagos vacíos y que era preciso sustentarlos para expulsar de ellos al comunismo. Este argumento es general en Norteamérica y toda la política preventiva americana relativa al comunismo en el Tercer Mundo se basa en él. No se le discute.

Sin embargo, tanto el diagnóstico del comunismo como subproducto de la pobreza como la terapéutica consistente en un reformismo básico de presunto mejoramiento destinado a eliminarlo, no han podido demostrar su veracidad y eficacia. Si Fidel Castro hubiera sido sincero, después de obtener el crédito solicitado en Estados Unidos no habría girado al comunismo a costa de menos alimentos para su pueblo. El criptocomunista era él, y no ciertamente por razón de estómago. Es éste un caso significativo, pero no típico. El comunismo es la obra de una cierta secta constituida en partido. Sin el partido no existiría el comunismo, del mismo modo que no existiría ninguna iglesia sin clero. El partido es el grupo activista. El partido trata de extenderse hacia los sectores populares. Pero no es popular, sino pequeño burgués, formado en su núcleo por gente de algún estudio más o menos limitado, a la vez que de medios de vida cortos y reducidos a lo que pueda rendir alguna profesión de tipo intelectual, como profesor, empleado público, artista, etc. No está excluido que pertenezcan al partido algunos intelectuales de alta categoría, pero son comparativamente muy pocos. Llama la atención el corte viciosamente intelectualista del comunismo militante. La propia verdad exclusiva y excluyente, a la cual el militante se entrega en cuerpo y alma movido por el desviado amor hacia la ciudad de sus sueños, donde por lo demás, él es amo, tal es la esencia del comunismo.

La audiencia popular y difusión del comunismo es tema demasiado extenso para este lugar y complejo para nuestras informaciones. Podemos, sin embargo, sostener con algunas breves referencias de todos conocidas la idea general de que no existe correlación entre subdesarrollo o pobreza y extensión del comunismo. Así, por ejemplo, entre las naciones latinas, incluida Latinoamérica, Francia e Italia son las más desarrolladas y no obstante es en ellas donde el comunismo tiene, sin comparación, más difusión. En Italia los medios populares comunistas más antiguos y tenaces están formados por los obreros bien pagados de las grandes industrias lombardas y los prósperos campesinos de la Toscana. En cambio, el pobrísimo sur apoyó a la monarquía y es reacio al comunismo. En los países árabes, así como en Pakistán e India, que son estos últimos de lo más pobre que existe en el mundo, tanto como la China, hay sin embargo mucho menos comunismo que en Italia. Sería largo describir el caso chileno. Diremos solamente que la idea americana según la cual el desarrollo forzado es el remedio apropiado contra el comunismo ha sido aprovechada para implantar una serie insaciable de reformas inspiradas en el principio de que el régimen libre de propiedad privada de los medios de producción es incompatible con el bienestar popular y desarrollo. Por cierto que no hay relación entre aquella idea y este criterio. Pero ella lo refuerza en el sentido siguiente. Si la pobreza está al origen del comunismo y de todos los dramas que ha promovido en el mundo, quiere decir que es el mal original y absoluto. En consecuencia, la pobreza no se puede tolerar. En esto están de acuerdo el clero y toda la izquierda y centro, que en esto también es izquierda. El clero declara que la pobreza debe suprimirse, aunque no le corresponde revelar cómo. El reformismo de la izquierda va del comunismo al comunitarismo, cuya diferencia en lo económico reside en que el primero hace del Estado el único propietario en tanto que el otro propicia la propiedad colectiva en favor de las comunidades de producción. Uno y otro proscriben la libertad económica y están dispuestos a sacrificar el desarrollo a la solidaridad social en la mediocridad. El resultado final es que la obsesión por suprimir toda pobreza detiene el desarrollo y destruye la libertad en la vida del trabajo y, en consecuencia, también en la vida civil. La condenación de la pobreza viene a ser un pretexto revolucionario. En el resto del mundo subdesarrollado las reacciones han sido en general más moderadas y pueden limitarse por lo menos a la idea de que Estados Unidos, campeón de la lucha contra la pobreza, está obligado por el hecho mismo a facilitar los medios para combatirla. Ahora, si estos medios no dan los resultados rápidos y radicales que exige la naturaleza del mal, queda el recurso de cambiar de sistema social, como en Chile y en Cuba. Se ve que el error no paga, aún en la idea sobre el comunismo.

## EL PREJUICIO DEMOCRATISTA: ¿EN QUE CONSISTE?

Estados Unidos es el país del mundo tal vez más profunda y vigorosamente democrático. Hay varios otros países de corta población que no le van en zaga en cuanto a democracia. Pero en esto Estados Unidos los supera a todos: en que, siendo una nación muy grande y poderosa, está imbuido de mesianismo democrático. Cuando la democracia está en peligro, él la defiende; cuando la ocasión se ofrece, la implanta donde hace falta. No queremos decir con esto que Estados Unidos lleve ese mesianismo más allá de los límites de una política cada día más avanzada en el trato con todo el mundo. No estamos encarando la política norteamericana sino sus impulsos últimos y profundos, que sólo se manifiestan de manera inequívoca en las escasas circunstancias en que la nación opera sin trabas. Lo que es visible en tales casos está latente siempre. Los dirigentes americanos, representantes de la opinión predominante en el país, estiman oficialmente, aunque discreta y prudentemente, que el régimen democrático es el único decente y civilizado que existe en el mundo. De donde desprenden, por vía de consecuencia, que toda nación que lo adopta se pone en el camino real del progreso en la convivencia humana. Y a la inversa, que toda nación que se rige por normas políticas distintas va contra las exigencias del devenir. Es éste un prejuicio de origen mesiánico, una idea que nadie discute en Estados Unidos. Lo llamaremos prejuicio democratista para significar que se funda en una actitud de fe en la democracia y sus virtudes, basada esta fe, naturalmente, en la experiencia americana, confirmada sin duda por la de todas las pocas naciones de primer plano en el mundo.

## DEMOCRATISMO Y ANTICOLONIALISMO

El propio mesianismo democrático impulsa a Estados Unidos a promover el término del régimen y período colonial en el mundo. Pues, del mismo modo que la democracia consiste en la libre determinación de los pueblos para gobernarse a sí mismos, así también deben ellos ser independientes de cualquier poder externo. La libre determinación se extiende a la autonomía de las nacionalidades, que fue el principio invocado por Wilson después de la primera guerra mundial para desmembrar el Imperio austrohúngaro y separar de Rusia a Finlandia, Estonia y Lituania, devolviendo además la libertad a Polonia. Aquella experiencia política demostró cómo en un laboratorio que el principio de las nacionalidades no es un absoluto y que no todo secesionismo está justificado, como sin embargo, era la experiencia histórica americana. No es menos cierto, claro está, que un Estado federador está expuesto a ver destruida su obra si se pone en situación de sufrir una derrota completa. El caso del colonialismo es

sin embargo más claro, tanto en sí mismo como para Estados Unidos, que tienen una apreciable y honrosa experiencia imperial, por así decirlo. Podemos considerar el imperialismo y el colonialismo como las dos caras del mismo proceso. Este se inició con el desarrollo de la navegación y descubrimiento de América, pero cobró su sentido y apariencia contemporáneos en el siglo XIX junto con el desarrollo de la revolución industrial. Las potencias europeas se repartieron el África en colonias y el Asia en zonas de influencia o países sometidos sujetos a diversos regímenes de vasallaje.

Esa empresa no fue sin embargo una especie de abuso de fuerza y explotación bárbara de los naturales, como se la presenta gratuitamente hoy día. Hace solamente cien años, el actual Tercer Mundo, excluida Latinoamérica, padecía de una barbarie profunda, aunque no general. Había en Asia centros administrativos de Estados más o menos efectivos, inspirados en una cultura y civilización a veces notable, como es sabido, pero inmovilista y particularista en grado sumo. Entretanto, lo llamativo es que tales influencias civilizadoras no cubrían ni con mucho las inmensidades asiáticas, entonces medidas por el paso de caballos, elefantes y camellos. En los territorios alejados, así como en la mayor parte del África y muchos sectores e islas malayas y oceánicas se daba la vida salvaje. Sólo los negreros aportaban al África. El interior era desconocido, excepto de Marruecos a Egipto y en el extremo sur. Cuando los europeos entraron allí encontraron un régimen de tribus donde la esclavitud era general, la guerra endémica y el canibalismo extensamente difundido, y no sólo en África, también en ciertas zonas bárbaras de Asia y Oceanía. El colonialismo se extendió no sólo por motivos de explotación de las materias primas, sino con fines, aunque fueran interesados, de incorporación de esas poblaciones a la civilización, de la cual distaban inmensamente. El colonialismo no puede calificarse por sus abusos. Fue una obra muy importante para esos pueblos bárbaros, salvajes o atrasados en distinta medida y que no habrían podido acceder a ninguna forma de civilización y progreso sin una autoridad de gobierno susceptible de imponer la paz, eliminación de la inhumanidad, vigencia de un derecho, incentivos de trabajo y los mínimos servicios públicos, gracias a todo lo cual se civilizaron someramente en forma rápida. La primera guerra mundial no puso término a la era colonial, pero en muchas formas abrió los ojos a estas poblaciones recientemente incorporadas a la civilización europea. Durante la guerra los árabes lograron su independencia respecto de los turcos, después de la guerra, la India obtuvo la independencia. Pero la segunda guerra fue un remezón mucho más violento, y Estados Unidos se inclinó a la descolonización general, después de liquidada la guerra.

Usamos esa expresión porque no nos interesa la política propiamente tal, sino solamente la opinión reinante en Norteamérica y su presión sobre la política nacional, mundial en las Naciones Unidas y de las potencias imperiales a las cuales esa opinión concernía. La opinión americana fue el elemento decisivo no propiamente en la descolonización, que habría sobrevenido necesariamente por efecto de una evolución natural, sino en la rapidez y en la forma del proceso. Es cierto que influyó no poco en el ritmo de descolonización la presión soviética, que hacía algo arriesgada la adopción de etapas condicionantes de la independencia, si habían de verse perturbadas por las consignas revolucionarias. Pero lo interesante es la uniformidad, simplicidad e impaciencia de la opinión americana por ver a las colonias transformadas en democracias. Había para ello precedentes que limitaban la elección. Los más de esos pueblos conocían la práctica democrática de la elección de representantes revestidos de atribuciones políticas limitadas. La independencia era sin embargo, una cosa muy diversa, puesto que implicaba la soberanía, o libertad absoluta para alterar la legislación. La opinión americana deseaba que la victoria en la segunda guerra fuera seguida de una liberación general de los pueblos hasta entonces sometidos a tutela colonial. Es lo que había hecho Estados Unidos con las posesiones de que se había incautado en su conflicto con España. Pero esa política tomó muchos años en un mundo menos perturbado que el actual y con relación a pueblos dotados de clases dirigentes civilizadas de siempre. Si la democracia tenía un historial tan lamentable en Latinoamérica, con la excepción de Chile y algún país centroamericano ¿por qué razón podía escapar a una experiencia aún peor en África? Pero el democratismo, como todo prejuicio, tiene tendencia a la ceguera. El grupo vecino al millón de argelinos de origen europeo que debieron abandonar las tierras de sus antepasados para dar lugar en Argelia al advenimiento integral de una democracia que no pudo ser, es un ejemplo de la distancia que media entre un prejuicio de origen mesiánico y una política realista —no es que ignoremos que la política argelina fue francesa y no americana: es que la presión de la opinión americana fue tal vez decisiva en ella. Y lo mismo podemos pensar si recordamos las increíbles incidencias de la política democratista de las Naciones Unidas —especie de máscara de Estados Unidos— en el Congo durante la prolongada intervención de aquel organismo en ese pueblo a raíz de la múltiple guerra civil originada por la independencia e implantación de la democracia plena. Toda África nació a la vida libre en democracia. Casi toda, como era de preverlo, es regida hoy día por tiranos en el sentido clásico y propio del término, de individuos revestidos de poderes omnímodos que usan para interpretar en el gobierno la idiosincrasia nacional, que igual puede llamarse voluntad (presunta) del pueblo.

## EL PARTIDISMO DEMOCRATISTA

Donde el democratismo no está ligado al anticolonialismo, cual sucede en todos los países más o menos antiguos que tienen dificultades para mantener el régimen democrático —pues donde este problema no se presenta el democratismo carece de tema—, la opinión americana se inclina incondicionalmente a los regímenes que practican y exaltan las formas democráticas. Esto equivale a decir que ignora por principio que no cualquier ambiente humano o cultural es igualmente propicio a la democracia y que, por tanto, el régimen que impera en Norteamérica y funciona sin tropiezos en unos pocos países particularmente civilizados en el mundo, encuentra en los demás dificultades cada vez mayores, hasta hacerse prácticamente imposible en muchos de ellos, como sucede en África. Ahora bien, la ignorancia de este hecho, no en sí mismo, sino en cuanto envuelve un problema político más o menos general, ignorancia fomentada por la prensa de mayor tiraje, que oculta el problema sistemáticamente, falsea considerablemente para los norteamericanos la inteligencia de lo que sucede en el exterior.

Por cierto que no vamos a tratar este problema aquí. Daremos solamente las mínimas referencias necesarias para hacer ver que existe y no es muy simple. En Atenas la democracia debe haberse desenvuelto regularmente durante un siglo y medio o algo más. En tiempos de Platón había perdido ya todo prestigio como consta en los propios *Diálogos*. Para qué hablar de los tiempos que siguieron. De Francia nadie negará que es una nación supercivilizada y considerada como la democracia-madre entre todas las naciones latinas. No es menos cierto que desde la gran revolución hasta hoy se han sucedido en Francia, más o menos alternados, y mal contados, diez regímenes políticos, a saber, cinco Repúblicas, un Directorio, dos Imperios y dos Monarquías, que no habla mucho en favor de la estabilidad interna del sistema democrático. Italia después de su unidad sólo ha conocido dos regímenes políticos, que no es tanto; pero allí sucede la cosa más alarmante y sugestiva dentro de la democracia, que gira lentamente al comunismo, seguida en esto de más lejos por Francia. Sólo en el Estado de Kerala en India se ha visto algo parecido. De más está decir que una democracia que gira al comunismo sólo conserva la forma y apariencia, pero ha perdido la vitalidad, el espíritu democrático. Estos antecedentes algo ilustran sobre el bien conocido historial latinoamericano, que es más complicado porque intervienen en él dos factores: mezcla de razas determinante en la evolución política de algunos países, como México, Venezuela o República Dominicana; y ancestro español o lusitano, en Argentina también italiano, de la clase que hasta ahora gobierna. Y este origen no parece muy favorable al expedito funcionamiento de la democracia, puesto que no lo ha sido en las naciones de origen. Así por ejemplo, si se toma el caso español desde la expulsión de José Bonaparte, vemos

que una inestabilidad volcánica reina hasta la Regencia de la reina María Cristina a fines del siglo. Siguen algo más de treinta años de paz democrática. Pero sobreviene la dictadura de Primo de Rivera y diversos trastornos que originan la furiosa guerra civil de 1936-9. Para no volver a las andadas, el nuevo jefe del gobierno implanta un régimen semejante al fascista, aunque no demagógico, demasiado conocido para describirlo y que mantiene al país en paz y condiciones internas favorables, incluido un distanciamiento espontáneo del comunismo, desde hace treinta años. Más o menos lo mismo ha sucedido en Portugal. En ningún país latinoamericano se ha producido una reacción semejante. Las crisis democráticas han sido salvadas por dictaduras esencialmente transitorias y recurrentes. Lo que indica que sus promotores no auspician algún sistema distinto de la democracia, sino un camino no desviado para ella, aunque sea transitorio. Este proceso no puede juzgarse por las apariencias sino en conocimiento de su interioridad. El partidarismo unilateral e incondicional puede ser gravemente erróneo porque en democracia la forma y el espíritu no andan necesariamente juntos, tal como la dan a entender en Norteamérica los demócratas extremistas que a la vez repudian la tradición americana, y buscan nuevos, aunque conocidos horizontes.

#### EL DEMOCRATISMO CRITICO

La opinión popular americana juzga su propia democracia no sólo perfecta en el sentido de que da satisfacción sino además fecunda en bienes dondequiera que se implante en la misma forma, así como puede pensarse de un medicamento que sirve para todos los enfermos de un mismo mal. Cuando le llegan informaciones del exterior en que se da cuenta de las dificultades, deficiencias, atraso y otros males de que padecen otros países democráticos se encuentra predispuesta a creer que tras esos malos resultados hay culpables. Un factor que contribuye a la formación de este criterio es el curioso prejuicio antidiscriminatorio, en virtud del cual los hombres somos todos exactamente iguales, excepto en el color de la piel, cualquiera que sea la latitud, raza, mentalidad, tradición y otras muchas circunstancias que siembran una gran diversidad entre los hombres. Este prejuicio, nacido durante la guerra como antídoto del racismo nazi, se incrustó en la opinión americana con su exageración original y apenas se ha desvanecido un tanto por efecto de las odiosidades raciales internas con relación a las cuales la no discriminación de tipo social es imperativa entre conciudadanos por motivos éticos elementales. Pero, como la prensa no puede hacer diferencias entre grupos humanos, resulta que el ciudadano corriente tampoco las hace y las deficiencias de la democracia en el exterior no resultan explicables por razones colectivas sino solamente individuales o de grupos pequeños. Tienen,

en suma, mucha audiencia en la opinión americana las denuncias que se formulan contra los dirigentes en el Tercer Mundo por el escaso éxito en lograr el rápido desarrollo de sus pueblos. El fundamento de estas denuncias nos es, por supuesto desconocido. Sólo nos consta que se extienden a países como el nuestro donde constituyen inepticias calificadas, sea que provengan del interés político en el interior o de error o carencia de información en el exterior.

#### DEMOCRATISMO SINARQUICO

La iniciativa y voluntad de dar al mundo como un todo un gobierno propio y democrático es la marca característica de la influencia preponderante de Estados Unidos en el mundo ya desde el término de la primera guerra mundial. En aquella oportunidad sucedió que el Senado rechazó la participación americana en aquella institución creada por Wilson, golpe que costó la vida a éste, puede decirse. Su iniciativa prosperó, sin embargo, dando origen a un organismo regular de paz que reemplazó sin duda con gran ventaja a los antiguos conciliábulos de las potencias, que al no ser regulares ni públicos, dejaban demasiada libertad a los gobiernos para perseguir políticas propias, y daban origen a toda clase de intrigas y suspicacias que podían destruir la paz, como había sucedido en 1914. Roosevelt le dio una estructura mucho más eficaz a las Naciones Unidas de lo que había sido la Sociedad de Naciones. Tal vez soñó con legar al mundo un verdadero gobierno, en la forma democrática y sinárquica que se acordaba con las ideas que él personificaba como genuino intérprete de la opinión predominante en Norteamérica. En todo caso pensó en un genuino organismo de paz, no con fines limitados, sino de erradicación de la guerra, ya considerada como un delito, de una vez para siempre.

El primer objetivo no tuvo más comienzo de ejecución que la creación de un gran número de organismos internacionales de carácter técnico, cuya acción no sólo ha sido útil en su propio terreno, sino que ha contribuido considerablemente al recíproco conocimiento de los países del mundo, y lo que es tal vez más importante, a difundir extensa y profundamente en todos los pueblos libres el conocimiento y predominio incontrastable de la mentalidad americana en la forma de ver y encarar las relaciones humanas. Esta influencia espiritual está, sí, basada en el prestigio más que en una genuina comprensión e interpretación, pero de todas maneras, mientras el poderío de Estados Unidos se mantenga, constituye un elemento de unificación y pacificación muy importante para el mundo.

En cuanto al gobierno mundial propiamente dicho, no ha podido tener otra manifestación que la preservación de la paz, y aún no se divisa qué pueda pasar de ahí. Es en esta tarea, sin embargo, donde la organización de las Naciones

Unidas no ha podido manifestar su utilidad porque el socio principal de Estados Unidos, la Unión Soviética, ha sido al mismo tiempo el principal instigador de los conflictos y amenazas a la paz de carácter más grave surgido durante la postguerra. Sólo algunos de menor importancia y peligro tuvieron un origen distinto. En vista de este hecho es lícito preguntarse hasta dónde la ilusión de Roosevelt en un manejo colectivo de los intereses de la paz estaba justificado. Es claro que él no se dio cuenta del verdadero carácter del comunismo que invitaba a intervenir con amplias atribuciones en un objetivo donde no tenía nada que perder, pero que era absolutamente ajeno a sus miras. Si hubiera previsto el género de dificultades que la Unión Soviética había de hacer sufrir a la causa de la paz, tal vez habría vacilado en exponer la creación americana a una experiencia tan negativa como la de estos años.

Hablando propiamente, las Naciones Unidas fracasaron en el propósito de arbitrar la paz mundial, paralizadas por el veto soviético. Pero, además, la preservación del prestigio aparente de las Naciones Unidas influyó indudablemente en la política inicial de apaciguamiento que siguió Estados Unidos. Llamamos tal una política que se abstiene de juzgar los acontecimientos del sector del mundo sometido a la ideocracia comunista de acuerdo a los mismos principios que rigen en el mundo libre. Siendo éstos principios universales, no pueden limitarse en su ámbito de aplicación sin detrimento de su prestigio, valor y eficacia. Eso, Estados Unidos lo comprobó y cambió su política inicial con éxito notorio. Este endurecimiento de criterio, no de tácticas, marcó al mismo tiempo la eclipse de las Naciones Unidas como organismo de la paz. El trato directo y reservado entre las superpotencias lo ha sustituido con ventaja mientras la paz como tal esté excluida de los objetivos de la ideocracia comunista.

### III. LA ALIANZA PARA EL PROGRESO EN CHILE

#### ¿POR QUE OCUPARSE DE LA OPINION AMERICANA?

Hemos echado un vistazo a una serie de materias que son en sí mismas complejas y matizadas y que la opinión americana juzga con simplismo, decide en forma tajante y no sin pasión, impulsada por su robusta tradición democrática y reforzada en sus opiniones por su prensa ávida de adelantarse a las preferencias del lector. Es claro que esa opinión interesa en razón de su influencia en todo el resto del mundo, que es actualmente muy grande, mucho mayor y más intensa de lo que se oye decir. Pero esa influencia a su vez, al extenderse a los medios más diversos, suscita reacciones curiosas, desde luego imprevisibles y sorpresivas para el mismo ambiente que las provoca. En otras palabras, la opinión americana es más interesante en el exterior que en el interior de la Unión.

## NORTEAMERICA Y LATINOAMERICA

La política de Estados Unidos con relación a las naciones de la América española —y lusitana— tomadas en conjunto tiene su fundamento en una cierta solidaridad de origen y destino. Pocas décadas después de la declaración de independencia de Estados Unidos, se produjo en varias capitales políticas americanas del imperio español una rebelión de solidaridad con la nación española contra la usurpación de José Bonaparte, el mismo movimiento que al poco tiempo se transformó en un conflicto general con las cortes de Cádiz y dio origen a la guerra e independencia de estas naciones, con excepción de algunas islas del Caribe, Estados Unidos y América latina, a partir de entonces tuvieron esto en común, que habían conquistado su propia independencia respecto de la correspondiente metrópoli europea. Brasil seguiría. Entretanto, esto era más que una coincidencia de hecho. Había tras ella una doctrina común, el derecho de los pueblos a gobernarse, una conciencia libertaria, una impulsión hacia la democracia que, aunque pocos lograron, era aspiración para todos. Esa aspiración afianzaba la independencia, cosa que no tenía pequeño significado frente a las potencias europeas que eran fuertes y para las cuales, durante un buen tiempo, las nuevas naciones eran colonias emancipadas por la fuerza. De ahí la doctrina Monroe que constituye el inicio de una política panamericana.

Estados Unidos estaba formando en esa época su territorio, no tenía miras imperialistas, sino nacionales. Sobrevino, sin embargo, la expansión económica, las inversiones de tipo colonial en la región del Caribe desde luego y por ende el interés americano en los regímenes estables y respetuosos de los derechos adquiridos en sus zonas de inversiones. Los gobiernos americanos se mostraron sensibles, por supuesto, a las reivindicaciones y reclamos de los inversionistas y por extensión a ciertas normas de gobierno en los países aledaños compatibles con la vida de las empresas y la conveniencia interna. Ejercieron en este modo una influencia protectora no sólo de la independencia, sino de una cierta estabilidad legal impuesta desde fuera que suscitó en esa región muchos incidentes y una verdadera tradición de animosidad hacia los americanos. Pero esta política fue mucho más avanzada, hay que reconocerlo, que la de las potencias europeas en sus zonas, si bien es cierto que operaba en una región donde el ambiente, aunque inestable, era civilizado. Así, por ejemplo, Estados Unidos no tuvo la menor intención de sustituirse a España en Cuba y Filipinas. Además, el Presidente Roosevelt en la década del treinta proclamó la política del buen vecino, que en dos palabras significa la renuncia por el gobierno americano a la protección política de los intereses americanos en Latinoamérica. Esto aparte, Estados Unidos no ha abandonado nunca la antigua tradición panamericana, en virtud de la cual ellos asumen una especie de liderazgo, no de imposición, sino de ser-

vicio en el continente, participando regularmente en la consideración de todos los problemas comunes, políticos y económicos, con el más sincero espíritu de cooperación y consideración.

#### LA ALIANZA PARA EL PROGRESO Y SU CONDICIONAMIENTO

Muy interesante es, sin duda, la iniciativa adoptada a inicios de la década del sesenta por el malogrado Presidente Kennedy de celebrar con los países latinoamericanos una especie de convenio por el cual el gobierno americano se comprometía a ayudarlos con crédito a cambio de que los gobiernos de los países favorecidos se comprometieran no sólo a ayudarse a sí mismos, que se daba por descontado, sino a llevar a efecto ciertas reformas consideradas indispensables. Estas versaban particularmente sobre dos materias básicas: tributación y régimen de la tierra. Como además, el Fondo Monetario Internacional ya tenía sus acuerdos con los gobiernos para evitar la incontinencia en materia de emisiones, resultaba que estos países se lanzaban muy bien acondicionados a la brega por el progreso o desarrollo. Se entiende que las reformas, consideradas en concreto, quedaban a cargo de los respectivos gobiernos, como correspondía. No es menos cierto que el reconocimiento mutuo de la necesidad de estas reformas implicaba un juicio, no sobre el ritmo de desarrollo, sino sobre la estructura sociopolítica misma de estos países.

#### LATINOAMERICA EN TELA DE JUICIO: EL PREJUICIO ANTIESPAÑOL

¿De dónde procedía esta convicción de la necesidad de reformas importantes en estos países para prepararlos a una política de desarrollo? Tenía dos fuentes: estadísticas y prejuicios. Hagamos la parte de ambos. Los tributos directos —estamos hablando de Chile— constituían una fracción pequeña, y no grande como en Estados Unidos, de la recaudación fiscal. La distribución de la propiedad de la tierra era muy desigual, una buena parte del terreno útil se encontraba en manos de una pequeña fracción de los propietarios. En Estados Unidos se observan grandes desigualdades... pero están dentro de un sistema que da grandes resultados en prosperidad general. En Chile, la estadística hablaba por sí sola. Esta era la voz de la estadística para estos dos aspectos de la realidad chilena.

¿Por qué entonces decimos que además de la voz de la estadística había prejuicios? Porque ellos se manifestaban independientemente de la estadística y predisponían a interpretarla arbitrariamente. ¿Y cómo se manifestaban? En una opinión desconfiada y despectiva hacia los dirigentes latinoamericanos. En Estados Unidos este prejuicio es muy antiguo. Desde luego es una herencia inglesa y protestante. Además parece haberse nutrido con ciertas experiencias de vecin-

dad en México y el Caribe, presumimos, porque se expresa reiteradamente en términos que aplicados a Chile constituyen injuria absolutamente gratuita. Quizás si ellos se vieron estimulados por la última guerra con España, aunque no parece probable por la insignificancia del conflicto. Por último, importa poco de dónde venga esta idea deformada del español. Lo interesante es que se expresara en muchas formas y ocasiones como una desconfianza hacia los dirigentes de estos países en su idoneidad moral para manejar los fondos que a través de la Alianza para el Progreso iba a poner en sus manos el contribuyente americano. Es algo increíble que hayamos visto a los dirigentes americanos manifestar hacia sus colegas descendientes de españoles unas opiniones tan distintas del alto sentido del honor que fue siempre notorio entre los españoles. Y, sin embargo, así fue, no una sino muchas veces, de las cuales no hemos hecho repertorio, sino conservado una sola muestra por ser entre todas la más significativa.

Se trata de una manifestación del propio Presidente Kennedy, autor personal de la Alianza para el Progreso. La evocación del ilustre Mandatario asesinado muestra hasta dónde llegan esos prejuicios, porque en él no hablaba la antigua tradición protestante anticatólica ni tampoco la antigua enemistad inglesa con los españoles. Kennedy era católico e irlandés de ascendencia. Pero tenía buen cuidado de no singularizarse por sus opiniones personales, como es el bien entendido deber del gobernante. El manifestaba el pensamiento común, el que informa a los niños desde la escuela y que constituye la argamasa de la unidad espiritual de la nación. Pues bien, en un discurso en Costa Rica durante una gira de propaganda en favor de la Alianza para el Progreso, dijo aproximadamente que él no era un nuevo Colón que quisiera subyugar nuevas tierras, esclavizar gente extraña ni encontrar oro para unos pocos, sino que su iniciativa tenía fines más altruistas. No haremos ningún comentario directamente personal relativo al orador o al almirante. Lo interesante en esta idea es la apreciación que implica acerca de la colonización española y la garantía de objetividad popular que representa el hecho de que sea formulada por el Presidente de la nación en desempeño de sus tareas oficiales. El orador aquí no está haciendo un comentario del viaje de Colón, sino que está explicando cuál es la diferencia entre el espíritu de la Alianza para el Progreso y el espíritu de los conquistadores españoles, antepasados de los actuales gobernantes, por lo demás frecuentemente repudiados a título de indigenismo. Tal es a todas luces el sentido y la pertinencia de aquella evocación histórica. Es el espíritu español lo que hay que vencer por medio de la Alianza para el Progreso, y ese espíritu español es conquista, esclavización, codicia. Eso no se dice encarando directamente a los actuales gobernantes, que son los anfitriones, sino a sus antepasados.

Otro personaje que se caracterizó en la época por sus despectivas advertencias a los dirigentes latinoamericanos, pero esta vez directas, fue Adlai Stevenson.

Sólo conservamos una expresión suya formulada en la primera conferencia de países poco desarrollados en Ginebra, en que los más eran asiáticos y africanos. Declaró que Estados Unidos "no aportaría indefinidamente dinero a personas influyentes para que se enriquezcan ellas en lugar de sus pueblos". Algo por el estilo dijo también Woodward, alto funcionario, en la misma ocasión. Pero con relación específica a nuestro continente, los dirigentes oficiales de Estados Unidos repitieron la misma monserga en numerosas ocasiones, como si se hubieran puesto de acuerdo para aprovechar la ocasión a fin de denunciar y ahuyentar a los mercaderes del desarrollo. Lo curioso y desagradable del caso es que Chile está situado en Latinoamérica y no sabemos nada de tales mercaderes, de manera que no sabemos cómo conciliar el aprecio de nuestros propios dirigentes con el de aquellos otros que los injurian gratuitamente. Las consignas del lenguaje oficial suelen ceder ante la sinceridad del prejuicio.

#### IGUALITARISMO ANTIOLOGARQUICO

Los norteamericanos son igualitarios de sentimiento porque pertenecen a una democracia pura, sin mezcla de otras tradiciones. No quiere decir esto que entiendan la igualdad del mismo modo que en las democracias inficionadas de socialismo. Se trata de un igualitarismo de sentimiento, común en todas las democracias integrales y en virtud del cual ellos desconocen toda superioridad desprovista de título en el derecho común, considerándolas simplemente como adornos vanos. Eso los distancia de cualquier ambiente donde nobleza, aristocracia, realeza y otras categorías de esta especie sean, al contrario, objeto de respeto y consideración común. Ya mencionamos anteriormente este sentimiento igualitario, afirmando que existe independientemente de la situación de las personas, por alta que ella sea, y que por lo demás, por su contenido mismo, no tiene en general sino una menguada importancia. Pero hay circunstancias en que manifiesta su presencia. Una fue, por ejemplo, la falta completa de simpatía y solidaridad con las pequeñas, no por eso menos ilustres naciones de la Europa oriental. Otra fue la intervención directa de los vencedores en la democratización espiritual del Japón. Una tercera ha sido la consideración íntima de la estructura social de estas naciones latinoamericanas con ocasión de la ayuda ofrecida a través de la Alianza para el Progreso.

¿Cómo se manifestó en esta ocasión el igualitarismo americano? Acogiendo las autoridades del Departamento de Estado, de donde saltó al gobierno, la versión izquierdista de nuestra estructura social reinante entre nosotros mismos y coincidente con el sentimiento igualitarista americano. ¿Qué quiere decir "versión" de nuestra estructura social? Que la estructura social no es solamente un hecho en un momento dado, sino que tiene una cierta dinámica, que a lo largo

del tiempo la ha formado y que tiende a transformarle evolutivamente. Esta dinámica interesa mucho más que el hecho crudo, porque por un lado lo explica y anuncia la forma espontánea de su transformación futura y por otro, permite actuar con éxito sobre las determinantes del porvenir. Llamamos versión de la realidad o estructura social la noción explícita o implícita de esta dinámica social. Ahora bien, la versión izquierdista de nuestra realidad y estructura ignora, falsea y oculta la dinámica auténtica de nuestra realidad y la sustituye por una imagen inmovilista donde sólo se destacan las desigualdades con caracteres odiosos mediante el uso de un cierto lenguaje impropio creado ex profeso. ¿Cuál ha sido en esto el papel del igualitarismo americano? Acoger por razón de simpatía una versión errónea de nuestra realidad. Debe advertirse que esta versión no ha sido exclusiva de nuestra izquierda, sino que se la han formado espontáneamente diversos observadores americanos guiados invariablemente por la distancia que les inspira el tipo de nuestras relaciones sociales, junto con la estructura donde se manifiestan. Los elementos colocados en los altos tramos de esta estructura, que la izquierda llama oligárquicos, son estimados pasivos, amén de codiciosos y corrompidos —según hemos tenido la extraña revelación—, por los medios oficiales americanos que se encontraron encargados de aplicar la Alianza para el Progreso.

#### REVELACIONES TRIBUTARIAS

Partiendo de la base de que la tributación directa contribuía con una cuota muy pequeña —estamos hablando de Chile— al total de los ingresos tributarios, al disponerse el país a iniciar la política de desarrollo auspiciada en la Alianza para el Progreso, se emprendió en el Congreso el estudio de una amplia y muy seria reforma tributaria. Hasta ese momento la idea comúnmente aceptada en nuestro país y por consiguiente en Washington era que aquella pequeña cuota se debía a la práctica general de la evasión tributaria. El motivo de este diagnóstico era simple. Nuestra tributación directa era antigua y alta en sus tasas. La tributación directa distaba mucho de ser una novedad. Tenía algo así como cuarenta años. Además, sus tasas, moderadas en los inicios, habían sido aumentadas más de una vez y eran altas antes que bajas, aunque siempre se mantuvo un tope para los tramos superiores con fines de estímulo de la capitalización y en consideración a que el país no tenía los problemas derivados de enormes deudas de guerra que habían sido el motivo en Norteamérica de unas tasas casi desesperadas. Tal era la situación por decirlo así doctrinaria de nuestra tributación directa. Y esta situación era bien favorable. Sin embargo, esa tributación no rendía. Luego, lo que se debía pagar no se pagaba, había evasión. Y como los

más ricos eran los más favorecidos con este abuso, sobre ellos recaía el des- crédito de la evasión.

No obstante, el hecho distaba mucho de ser tan simple. La tributación directa rendía poco por dos motivos. El primero eran los defectos de la legislación tributaria misma, que en vez de ser sencilla y uniforme era extremadamente complicada, porque en sus décadas de vigencia había recogido una multitud de iniciativas parlamentarias modificatorias y de exenciones de fomento que ofrecían múltiples requisitos por donde evitar pagos legalmente. Pero esto era lo menos importante. El motivo principal era que una gran cuota, tal vez la mayor del impuesto recaía sobre los bienes raíces y las utilidades presuntas relacionadas con la propiedad, mejor dicho, con el avalúo de ésta. Ahora bien, los avalúos se habían reducido enormemente con la inflación sin que fuera fácil reajustarlos porque los avalúos y reavalúos recientes eran altos, cosa que no podía remediarse, a riesgo de enorme injusticia, sin un reavalúo general de la propiedad con criterio uniforme. Como el Fisco nunca disponía de fondos para esta tarea extraordinaria, ella se había dilatado con el consiguiente bajo rendimiento del impuesto sobre bienes raíces y rentas presuntas. Aunque país latino, seguramente el último puesto en estas causales de bajo rendimiento la tenía la evasión fraudulenta, erigida sin embargo, por la fama interesada en el desprestigio del sistema, en norma de nuestros hábitos tributarios. Esto fue lo primero que demostró la reforma tributaria.

Mostró otra cosa más. Después de aprobada la reforma tributaria con un criterio drástico, moderno y uniforme, y puestos al día con el mismo criterio los nuevos avalúos, sobrevino un cambio de régimen político. El nuevo régimen, tildándose a sí mismo de izquierda, debía manifestar su disconformidad con el criterio de impuestos directos adoptado por el régimen anterior. Entonces, no habiendo nada que hacer en materia de impuestos directos, excepto elevar los últimos tramos ahuyentando al capital, discurrió un impuesto al capital de las personas en muebles e inmuebles, pagadero al igual que los demás impuestos. Con este cupo al capital la propiedad quedó gravada con el antiguo impuesto de bienes raíces, mantenido por la reforma, el impuesto a la renta presunta o efectiva y el impuesto global complementario a la renta, que ahora era máximo, excepto en los tramos muy altos. Este nuevo impuesto, al agregarse a los otros, hacía del propietario mediano chileno tal vez el más gravado del mundo. No se quiso ahuyentar a los capitales foráneos, mejor tratados que los nacionales, sino aplastar con impuestos a los propietarios. Sólo ante la evidencia de la imposibilidad de pago para una gran cuota de personas se admitieron unas ciertas deducciones a este tributo como de guerra exigido de los propietarios por el nuevo régimen. Se ve que los mismos que llamaban evasión lo que no era tal, usan de la facultad de fijar los impuestos en forma discriminatoria.

## LA REFORMA AGRARIA: DISTRIBUCION DE LA TIERRA EN CHILE

La nación chilena está asentada sobre un territorio en sus dos terceras partes estéril. En ese territorio muy angosto y muy largo el relieve es muy agitado, bordeado como está al oriente por la cadena de montañas más alta del mundo después del Himalaya. El clima en el país es templado, a pesar de sus grandes diferencias de latitud. Desde el paralelo 40° hacia el sur el país es lluvioso, y mucho en invierno en la parte fértil, que es reducida. De esa latitud hacia el norte las lluvias disminuyen gradualmente, desde luego en verano, haciéndose insuficientes y aleatorias en invierno hasta el paralelo 32°, donde empieza el desierto nortino. La superficie regada artificialmente en el centro del país y algo en el norte, llega a 15.000 km<sup>2</sup> y es relativamente tan productiva que rinde alrededor de la mitad de lo que produce todo el agro. De la otra mitad, la pradera sureña —50.000 km<sup>2</sup>—, la estepa de secano —100.000 km<sup>2</sup>—, la estepa austral —30.000 km<sup>2</sup>— y el bosque natural comprendido en ellas, siendo el resto del bosque inexplorado, contribuyen en ese orden a la producción total. Las variaciones de productividad en los terrenos agrícolas aun inmediatos son enormes en el centro, siendo lo bueno muy pequeño y diseminado.

La propiedad del suelo se organizó legalmente, no con las primitivas encomiendas de indios del siglo xvi sino con la formación de las haciendas en el siglo xvii. Esto en el centro y norte; en el sur, a medida que fue ocupado. Fuera de las haciendas, que ocuparon la mayor parte del agro, quedaron valles y reducciones que fueron reconocidos a los indios. Estas son actualmente las zonas de pequeña propiedad, o minifundios, a los cuales se han agregado muchas parcelaciones de propiedades grandes que se subdividen en virtud de diversas leyes dictadas desde hace 40 años. Hacia 1936 se estimaba el número de las propiedades rurales en 200.000. De ellas aproximadamente las 2.500 mayores valían y producían tanto como todo el resto. Es de advertir que las mayores entre estas últimas eran empresas constituidas en sociedades anónimas, particularmente ganaderas en las estepas australes. Las propiedades no pueden agruparse por orden de extensión porque incluyen enormes zonas estériles o de una productividad comparativamente ínfima, que es lo que las mantiene indivisas. El censo de aquel año es tal vez el más fidedigno desde entonces porque fue hecho con mucho personal y cooperación; pero no podía ser completo porque el empadronamiento era aún deficiente. Los censos posteriores no son dignos de fe. El de 1955 fue tan mal hecho que el déficit de propiedades censadas quedó de manifiesto justamente por el progreso del empadronamiento. Actualmente el número de propiedades rurales debe superar las 350.000, ateniéndose al empadronamiento para fines tributarios.

## LAS FUERZAS QUE IMPULSAN LA SUBDIVISION DE LA TIERRA

En todas partes la subdivisión de la tierra es un proceso en que actúan en sentido contrario ciertas fuerzas que la impulsan y otras que la detienen y aun la contrarían, cual sucede actualmente en Estados Unidos. En Chile la principal fuerza que impulsa la propiedad a la subdivisión es la participación forzosa de los herederos por partes iguales en el acervo hereditario, salvo una cuota pequeña de libre disposición. Esta institución tiene ya más de un siglo. Pero cuando fue implantada no era una gran novedad, sino que correspondía a un hábito más o menos general y muy antiguo. Desde que se formaron las haciendas en el siglo xvii la propiedad de la tierra estuvo en el libre comercio. Existían instituciones que podían vincularlas a ciertos fines, generalmente benéficos y también existía la institución del mayorazgo. La importancia de estas trabas antiguas opuestas a la libre disposición de las tierras se ha exagerado mucho, atribuyéndoles efectos que no pudieron tener. Así los mayorazgos de Castilla existentes en Chile en la época de la Independencia eran solamente doce en todo el país. Se puede decir, por consiguiente, que la tierra en Chile estuvo en el libre comercio desde sus orígenes, hace tres siglos, con sólo ínfimas restricciones. En su inicio las haciendas eran relativamente poco numerosas y muy extensas a la vez que rendían muy poco porque no había interesados en la compra de productos agrícolas puesto que casi todo el mundo vivía de la tierra en las haciendas y en las pequeñas propiedades y reducciones. Desde entonces la tierra se ha dividido en forma constante y regular, pero no rápida, impulsada por la multiplicación de los herederos. Sin embargo, esta división no ha seguido el mismo ritmo en todos los terrenos, pues ha sido mucho más rápida, sin comparación, en los terrenos regados de alta productividad que en las estepas costeras o valles cordilleranos. La productividad es pues el segundo factor que impulsa la tierra a la subdivisión, dando origen esta condición a otros procesos relacionados con la subdivisión de la tierra. El primero de éstos es la facilidad de dividirse los fundos de riego entre herederos basada en la posibilidad de mayores ingresos a través de la capitalización, que no existe en las zonas pobres. El segundo es el desarrollo del cultivo intensivo, que permite vender la tierra a pequeños capitalistas y agricultores, siempre que el costo y mercado permitan este giro en sus muchas especialidades. El tercero es la facilidad para las parcelaciones o subdivisión en pequeñas parcelas de heredades grandes hechas por el propietario o por organismos públicos creados por ley.

## FUERZAS QUE DETIENEN LA SUBDIVISION

Si sólo actuaran las fuerzas que impulsan la subdivisión, ésta sería muy rápida

y llegaría a la pulverización del agro. No es así porque hay otras fuerzas que la detienen. En primer lugar, una explotación agrícola es una unidad dotada de instalaciones necesarias y útiles, más o menos proporcionales y agrupadas. La división destruye la unidad por definición e inutiliza en parte las instalaciones existentes al tiempo que aumenta la necesidad absoluta de éstas. Esta pérdida de capital es un primer factor que retarda un tanto la división en muchos casos. Hay una segunda razón de otro tipo, tal vez más importante. Es que el dueño de tierras no es en general un agricultor propiamente dicho, sino un empresario. Los hijos no podrían mantener una situación comparable a la del padre dividiéndose el predio. Por eso, ellos se especializan en una profesión liberal y uno se hace cargo del predio con miras a adquirirlo posteriormente de los demás. Hay múltiples situaciones de esta índole y su importancia reside en que los fundos pasan de mano en mano y de una familia a otra sin dividirse durante décadas. Hay también un tipo de explotaciones que resiste la subdivisión porque las instalaciones que exigen son a la vez muy costosas e indivisibles, como en las grandes viñas, que adoptan la forma de sociedades anónimas, pero no se dividen. Por último hay otra razón genérica que va contra la subdivisión. Es la propiedad múltiple de los empresarios afortunados, los más de los cuales son particularmente capaces, algunos también simplemente avariciosos. Finalmente, debe mencionarse el hecho de las alianzas entre herederos de tierras, que lógicamente disminuye el número de ellos, puesto que cada matrimonio hereda de dos, por no decir de cuatro propietarios. A propósito de estas causales de indivisión agregaremos solamente que la gran propiedad, bastante antes de iniciarse el proceso de reforma, tendía a la subdivisión por la multiplicación de profesionales agrícolas entre herederos de tierras. Con todo, el saldo de estas fuerzas que impulsan y detienen la división da un ritmo de subdivisión general, sin tendencia notoria a la concentración en ningún nivel, ni siquiera el más pequeño de la propiedad. En la gran propiedad, con la excepción de ciertas explotaciones que por su complejidad han buscado refugio en la sociedad anónima, la subdivisión aumentaba notablemente su ritmo al iniciarse el proceso de reforma. Pero, para figurarse con aproximación el hecho real, es preciso considerar que el mercado de tierras ha sido siempre tan activo en el país que son raros los fundos con más de cincuenta años sin venderse de una familia a otra. Las fuerzas antedichas operan, pues, con mucha efectividad.

#### RITMO DE LA SUBDIVISION

Con lo dicho a propósito de la subdivisión de la tierra queda explicado por qué no es posible actualmente, sin un estudio especial, presentar una evaluación

del ritmo al cual la tierra se estaba dividiendo en Chile antes de la reforma agraria y en sus distintos estratos de propiedades clasificadas según su valor —ya que en Chile no puede clasificarse útilmente la tierra según su extensión, cual es habitual donde el agro presenta condiciones de productividad unitaria más o menos uniformes. En dos palabras, la dificultad estriba en la escasa fe que merecen los últimos censos en relación con los anteriores. Por su parte, las otras formas de empadronamiento también progresan, de manera que no se puede saber qué parte del aumento de las propiedades rurales empadronadas para los efectos tributarios responde al mayor número o división de éstas y cuál al mejoramiento del servicio. Sin embargo, pueden sentarse tres proposiciones que no ofrecen duda razonable. Son las siguientes:

1º No hay concentración de la propiedad agrícola en general. Al contrario, antes de la reforma la propiedad rural en Chile seguía subdividiéndose según un cierto ritmo que no se puede precisar por las causas antedichas, pero que no ofrece dudas, y es activo. Esto aparece del número comparativamente muy alto de propiedades de que se tiene conocimiento actualmente con relación a las cifras que existían, por ejemplo, hace treinta años. La experiencia directa, al menos de las propiedades valiosas y el constante aumento de la parcelación de ello un testimonio, si no numérico, al menos visible. El fenómeno de reagrupación de propiedades agrícolas determinado en Estados Unidos por el alto costo de la mano de obra no se iniciaba aún en Chile antes de la reforma agraria;

2º El ritmo de subdivisión es lento con relación a la multiplicación de los herederos, independientemente del hecho de que este ritmo no pueda precisarse con exactitud;

3º Las propiedades mayores, antes de la reforma, tendían a dividirse según un ritmo visiblemente acelerado. La evolución de estas explotaciones sigue distintas vías: las más complicadas y técnicas se transforman en sociedades anónimas, forma que adoptaron también desde el comienzo las grandes empresas ganaderas de la estepa magallánica; otras de explotación corriente se dividen entre herederos hasta el límite de importancia que puede interesar a éstos; y otras se parcelan con fines de explotación directa sin operarios.

#### LA LEYENDA NEGRA DEL LATIFUNDIO

Que exista ventaja social en la difusión de la propiedad rural es cosa que nadie discute, a condición de que ello no se haga de modo que acarree males mayores. Otra cosa es que la propiedad extensa por ser tal esté mal trabajada en Chile, al punto de que en las publicaciones masiva se la tilda corrientemente

de "abandonada". Nada más falso. Lo que es cierto es que la propiedad más pequeña tiene una producción mayor por unidad de superficie en primer lugar porque está destinada en una cuota mucho más alta a cultivos intensivos, como viña, chacras, hortalizas, etc. Estando el cultivo intensivo determinado o por la ubicación, si es comercial, o por la necesidad de subsistencia del propietario, es evidente que la gran propiedad escapa en su mayoría a ambas exigencias, y en consecuencia se destina en general a la rotación clásica: cereales, leguminosas y pradera artificial o natural, según los terrenos. Donde la gran propiedad está destinada a viñas, huertos, lechería y otras especialidades las lleva al más alto grado de perfección, como todo el mundo lo sabe, hasta en el extranjero. Comparativamente, los rendimientos de la pequeña propiedad por unidad de superficie cultivada son notablemente más bajos en cualquier producto, aunque es mucho mayor la cuota cultivada sobre el total. En la gran propiedad, el terreno mismo es mejor tratado porque esto es básico para mantener el excedente comercial del valor producido sobre el costo. Es difícil fijar la extensión óptima de la propiedad por la sencilla razón de que varía mucho según el punto de vista que se adopte para considerarlo. El hecho es que la propiedad en Chile se seguía dividiendo todavía según su ritmo habitual, artificialmente acelerado por la política de parcelación, antes de la reforma agraria, con la sola excepción de ciertas explotaciones industriales de alta técnica y capitalización, constituidas en sociedades anónimas. Pero un movimiento inverso hacia la concentración de la propiedad, como en Estados Unidos, no se observaba todavía, a ningún nivel.

#### LA REALIDAD DE LA AGRICULTURA CHILENA

Antes de la reforma agraria la agricultura chilena estaba afectada por dos problemas. El primero es el régimen interno de los trabajadores en los fundos que se destinan a la agricultura comercial, grandes o medianos, los cuales, trabajadores viven en los fundos con sus familias y son pagados en tierra para sembrar, derecho a tener animales, raciones de comida y un bajo jornal, fuera del cerco que rodea la casa donde pueden tener algunas aves de corral, unas pocas verduras, algún cerdo. El problema está en que el inquilino, viviendo en una tierra ajena de donde vienen todos sus recursos está demasiado ligado al propietario en todos los aspectos de su vida. Pero el paternalismo resultante es cada vez más estrictamente respetuoso de las personas desde hace ya muchos años. El número de inquilinos no excede mucho del número de los propietarios porque la inmensa mayoría de las propiedades son muy pequeñas y no tienen inquilinos. En los fundos el número de ellos varía con la importancia del predio, la cual a su vez depende del límite inferior que

asignemos a las propiedades que llamemos fundos. Para dar una idea diremos que un gran fundo puede tener cien inquilinos y uno corriente unos diez o menos. La familia campesina está afectada por la emigración de los jóvenes a la capital y otras ciudades industriales. No obstante, el agro de la gran propiedad, y más aún de la pequeña, está sobrepoblado. La demanda industrial de mano de obra es inferior a la oferta, el salario industrial sólo es alto en algunas grandes industrias. Es esto lo que impide el alza de los salarios agrícolas, que son demasiado pobres cuando los pagos en especies en cualquier aspecto son mezquinos. La evolución agrícola implícita en estos antecedentes es el alza de los jornales siguiendo a los jornales industriales y la división de la tierra impulsada por el encarecimiento de la mano de obra hasta el límite de la mecanización, como en los países industriales. Pero la reforma agraria tomó otras rutas.

El segundo de los problemas agrícolas son los precios políticos aplicados a los productos. A tanto han llegado los gobiernos en su perseverancia por influir en forma moderadora sobre el índice del costo de la vida que no solamente han frenado tenazmente el desarrollo agrícola, sino que han llegado hasta el completo aniquilamiento de ciertas industrias de primera necesidad, como la lechería, que ha sido eliminada de la zona central y confinada al sur del país.

#### EL DOBLE OBJETIVO DE LA REFORMA AGRARIA: LA CEPAL ALCANZA A PERCIBIR LA VERDAD

La reforma agraria es un tema antiguo en nuestra izquierda. La idea tradicional fue simplemente la confiscación lisa y llana de la propiedad de los fundos en favor de los inquilinos. Pero esta idea por si sola no fue nunca tomada muy en serio ni siquiera en la propia izquierda porque presentaba los siguientes inconvenientes. En primer lugar no puede llevarse a cabo sin despojar a los propietarios a causa del costo enorme del pago del suelo agregado al costo aún mayor de su habilitación para ser repartido en un número de nuevas propiedades tan vasto como las ya existentes. El segundo inconveniente es la impreparación de los inquilinos como empresarios independientes, que anunciaba un destino próximo sombrío para la agricultura. Y el tercero es la proliferación de propiedades y propietarios en el agro, que amenazaba con sobrepoblar el agro hasta convertir la agricultura en una explotación de mera subsistencia al estilo asiático. La variante que remedia siquiera el primer punto es la transformación de los actuales fundos en explotaciones colectivas que ofrece a su vez el inconveniente de toda socialización.

Cuando sobrevino la Alianza para el Progreso, la reforma agraria quedó

entregada, naturalmente, a la iniciativa y discreción de los respectivos gobiernos. Pero hubo una agitación apreciable en los círculos oficiales y de las Naciones Unidas para promover algún criterio concreto a la vez que ilustrado sobre una materia tan importante. Una conferencia especial en Montevideo reunió a los gobiernos y organismos interesados a distinto título en el problema. Entretanto el debate interno en Chile se había iniciado con brío. Uno de los argumentos favoritos de la izquierda para sostener sus viejos puntos de vista apoyados ahora por la Alianza para el Progreso fueron diversas opiniones y estudios de la CEPAL desfavorables a la forma de explotación de la tierra en la gran propiedad. El argumento básico era la mucha tierra dentro de la rotación cultural que era dejada en descanso en forma de praderas naturales y no artificiales. Incluso en las encuestas respectivas se dejaba constancia de los motivos aducidos por los agricultores para esta dejación y entre ellos figuraba con un cierto porcentaje importante que no recordamos la "falta de interés", se supone que para hacerlo mejor. Esto era en tierras regadas, de las cuales, ya en 1936 se cultivaba en las provincias centrales entre el 30 y el 40% de la superficie total anualmente, cuota aún más alta que la del agro holandés, y a la cual nos referimos porque sobre ese censo hicimos el cálculo. Ello implica que el terreno deja de cultivarse dos años en tres, período insuficiente para el costo y aprovechamiento de las praderas artificiales, que es la razón probable de la cuota llamada insuficiente de éstas, sin hablar de la inaptitud del terreno, sumamente frecuente en los campos de regadío, que no por regados son en su mayor parte buenos, sino al revés. No obstante, cuando se trató de distribuir el suelo entre pequeñas propiedades, adjudicadas, lógicamente, a los inquilinos, como lo auspiciaba la izquierda, la CEPAL, por intermedio de su jefe, manifestó en varias publicaciones de prensa que la reforma no debía hacerse parcelando las grandes propiedades en unidades demasiado pequeñas porque ello presentaba dos inconvenientes: imposibilidad de la mecanización —y por consiguiente alto costo de producción—; y multiplicación excesiva de la población agrícola con la siguiente transformación de la agricultura comercial en agricultura de consumo, como en las zonas subdesarrolladas del mundo.

En la conferencia de Montevideo se adoptaron dos principios básicos de reforma: política de fomento de la agricultura —verdadero objetivo de la reforma—; y división de las grandes propiedades en unidades medianas, no pequeñas. El primero de estos objetivos no daba lugar en sí mismo a controversias. La izquierda declaraba lograrlo mediante la simple subdivisión, desde que la gran propiedad se presumía improductiva y abandonada. La opinión política y funcionaria en general estaba habituada a las políticas de fomento que, desgraciadamente, no podían evitar los efectos contradictorios de la política de precios, como queda dicho. No había aquí ninguna novedad. La división del latifundio

como objetivo tampoco era novedad, excepto en cuanto se la propiciaba ahora en favor de unidades medianas, no pequeñas. Pero estos acuerdos de la conferencia de Montevideo nada revelaban sobre la forma y costo de estas operaciones recomendadas. En cambio lo que merece recordarse es que toda socialización de las explotaciones agrícolas quedó descartada desde la partida y sin discusión. Tal fue el lanzamiento internacional de la reforma agraria por la Alianza para el Progreso.

#### LA PRIMERA REFORMA AGRARIAS SUS FINES Y MEDIOS

En Chile se han sucedido dos reformas agrarias, tal cual sucedería con las reformas tributarias. La primera de ellas fue muy discutida y estudiada y se basó en las ideas siguientes. En primer lugar pretendió responder al objetivo que la propia Alianza para el Progreso se había fijado, de promover el desarrollo agrícola. Desde el punto de vista estructural, la primera reforma consideró que era inconveniente propiciar métodos artificiales de subdivisión, porque todos ellos en distinta forma perjudicaban más o menos el desarrollo tecnológico y comercial de la agricultura, que era por sí sólo el estímulo más sano y fidedigno para fijar el ritmo óptimo de subdivisión. Pero al mismo tiempo se hizo cargo de la conveniencia de aumentar el número de pequeños propietarios y para lograrlo insistió con nuevas ideas y los mayores recursos en el antiguo criterio adoptado ya por ley 30 años atrás y del cual existía una experiencia muy completa, a saber, de adquirir o expropiar fundos para subdividirlos en parcelas proporcionadas para una familia. La idea nueva fue de entregar estas parcelas a los interesados más idóneos según un criterio experimentado y rico de precedencias, que alcanzó a dar muy buenos resultados donde fue aplicada. No cabe la menor duda de que esta reforma habría dado notables resultados de progreso agrícola en todos los niveles de propiedad, pues en el de las numerosas propiedades pequeñas se adoptaba el principio opuesto de la indivisión hasta un cierto mínimo. En cuanto a la gran propiedad, liberada de las políticas de precios que tan contrarios efectos había tenido hasta entonces, podía augurarse un gran auge para ella y su evolución basado en un hecho expresado por el propio Ministro de Agricultura que después se encargó de aplicar la segunda reforma por razones políticas, a saber que, según él, el grupo formado por los empresarios agrícolas chilenos era el más progresista de toda América Latina, que él había tenido oportunidad de conocer bien.

#### LAS FALLAS DE LA PRIMERA REFORMA

La primera reforma estuvo demasiado influida por la tradición de las antiguas leyes de parcelación. Además no se hizo cargo suficientemente del fundamento

que existe para propiciar una política de eliminación gradual de la muy gran propiedad agraria. Ese fundamento es que la tierra es un bien limitado y que por tanto no debe estar repartida demasiado desigualmente. La forma adoptada de parcelación era ventajosa desde el punto de vista de la producción agrícola. Pero dejaba al margen a los inquilinos no seleccionados y hacía de ellos obreros agrícolas dotados de habitación independiente, pero entregados a sus brazos sólo. Si se hubiera adoptado un cierto régimen tributario progresivo para la propiedad según su valor tal vez se habría estimulado sin inconvenientes mayores la división de la tierra en el mismo sentido en que ella se manifestaba. Lo que no excluye que cualquier sistema depende del criterio y propósito con que se aplique y que la moderación indispensable a todo sistema conveniente jamás habría sido respetado por quienes sólo se proponían eliminar a los dueños de fundos como clase.

#### LA SEGUNDA REFORMA AGRARIA: SUS CONTRADICCIONES INTRINSECAS

Sucedió con la reforma agraria lo mismo que con la reforma tributaria: a la primera sucedió una segunda cuando la primera apenas se había iniciado. Cada régimen con su reforma, y se suman. La nueva reforma ofrece una historia oculta porque dio origen en el seno del nuevo partido de gobierno a unos forcejeos internos que duraron mucho más de un año al cabo del cual el partido impuso su criterio sobre el del gobierno formado por sus propios hombres. Estos, por la boca del nuevo Presidente de la República, como candidato y gobernante había resumido su criterio de reforma en la consigna de hacer 100.000 nuevos propietarios en seis años, lo que era imposible dentro de un criterio apropiado de parcelación. La razón de esto estaba en el enorme costo de cada parcela, que en 1963 ascendía a E° 40.000, cifra muy alta para la época, y auténtica. Algunos funcionarios entusiastas de la parcelación masiva persuadieron al candidato de que lo mismo podía hacerse a mucho menor costo. Pero ello era imposible porque ya no era poco pedir de los parceleros que lograsen pagar una parcela habilitada y en estado de plena producción, pero una parcela no habilitada no habría podido pagarse a sí misma por su deficiente productividad y necesidad de inversión muerta y todavía en manos no seleccionadas. El hecho es que después de muchos tiranteos se adoptó una reforma basada en la expropiación de fundos para formar con ellos explotaciones colectivas, que era hasta entonces la solución desechada de partida en todas las soluciones no provenientes de la izquierda marxista. Tal solución no sólo abarataba considerablemente el proceso, sino que permitía, previas ciertas modificaciones a la Constitución, expropiar los fundos y pagarlos más o menos a discreción, vale decir, discriminatoriamente en ocasiones en relación a las personas ante el gobierno. El resultado

de esta explotación ha sido mantenido en una especie de misterio, pero lo que se sabe acerca de él confirma el mal pronóstico de este sistema debido a la dificultad intrínseca a la empresa colectiva por su manejo burocrático. Por este motivo ha sido objeto de fuerte resistencia de parte de los campesinos en muchas partes; en otras ha sido solicitado por los inquilinos, como resultado de una campaña política de agitación campesina propiciada por el propio organismo reformista. En cuanto a la tiranía que el sistema colectivista lleva consigo, sólo tiene todavía manifestaciones más o menos reservadas en la forma de gente expulsada de los asentamientos por motivos diversos prohibidos para los particulares y que éstos además no practican en fundos de esa categoría. El futuro próximo dirá cómo se desarrolla en la agricultura el contagio y la realidad de la tiranía colectivista implantada con fines de poder simultáneos a la reforma agraria.

#### BALANCE DE LA REFORMA AGRARIA

La reforma agraria tal como se está desarrollando en nuestro país no guarda relación con los objetivos y espíritu de la Alianza para el Progreso. Allí se pensó en primer lugar en el progreso agrícola, adoptando gratuitamente las autoridades americanas el punto de vista de que la división de la tierra contribuiría a asegurarla, robusteciendo al mismo tiempo la estructura social del agro para la libertad. De ahí los acuerdos o recomendaciones de la Conferencia de Montevideo dirigidos a los gobiernos y que postulaban la división del agro en propiedades medianas. La primera reforma se hizo cargo a conciencia de estos objetivos sin que tenga interés retener las críticas que puedan formularse puesto que al menos el objetivo principal debía lograrse plenamente. La segunda reforma se anunció como un esfuerzo desorbitado de parcelación. Terminó en una empresa de colectivización del agro emprendida con medios legales discrecionales y procedimientos discriminatorios destructivos del orden jurídico, endeizados marginalmente a la agitación social e inspirados en fines de clasismo social y doctrinarismo político tildados con razón por sus propios autores de revolucionarios, si bien con el agregado no poco incongruente de ser una revolución en libertad, entendiéndose por esto que todo se hace de acuerdo a una ley concebida, no como norma, sino como instrumento.

Es claro que las causas de esta evolución tan desfavorable de la reforma son, ante todo, internas y relativas al partido político que tomó el gobierno en esa época con la mira bien resuelta de conservarlo por todos los medios formalmente democrático. Tal propósito lo indujo a admitir la colectivización como la única manera de darle a la reforma la amplitud imprudentemente anunciada, realizando de paso objetivos sociopolíticos más efectivos que lo previsto ini-

cialmente. Pero tanto dentro de ese partido como en la opinión chilena tomada en general tuvo también mucha influencia la revelación del pensamiento sobre nuestra estructura social de los dirigentes oficiales y oficineros americanos y de la prensa y opinión de ese país. El espectáculo de nuestros dirigentes vaporeados como traficantes del desarrollo por los propios dirigentes de la nación prestamista; la calificación de los dueños mayores de la propiedad y capital en nuestra estructura agraria por los organismos internacionales dependientes de y esto dicho por los hombres más ricos del mundo; los esfuerzos visibles realizados para apoyar y difundir el concepto de anormalidad e inconveniencia de nuestra estructura agraria por los organismos internacionales dependientes de las Naciones Unidas e influidos por la administración americana que a su vez los apoya y financia en buena parte, ocultando así la sencilla realidad de un relativo atraso evolutivo destinado a desaparecer con el desarrollo; la consiguiente condicionalidad de la reforma agraria para cooperar el prestamista en nuestro desarrollo, como si nuestro agro estuviera usurpado por sus propietarios, sin embargo, el doble más antiguo que los de Tejas, a quienes nadie cuestiona, y como si la reforma por ser tal favoreciera el desarrollo; y por último la incitación desde Washington a la revolución, no por equívoco el término menos intencionado y eficaz: todo esto invocado por miles de activistas políticos contribuyó poderosamente a promover el ambiente revolucionario que la reforma pretende satisfacer. Tal es el servicio que han prestado a Chile, en este caso, los prejuicios americanos.

#### IV. LA INFLUENCIA AMERICANA EN EL MUNDO

##### MAGNITUD Y PROFUNDIDAD DE LA INFLUENCIA AMERICANA EN EL MUNDO

No parece que la influencia norteamericana en el mundo sea debidamente apreciada ni en Estados Unidos ni en el exterior. La razón de esta opinión es sencilla. El verdadero origen de la influencia americana no está ni en la propaganda, ni en un verdadero conocimiento de la realidad y vida americanas, ni en afinidades cordiales o mentales con los norteamericanos, limitadas en general a los actores de cine. El origen de esa influencia es el prestigio. Evidentemente, el prestigio de la nación americana ante las demás reside en sus realizaciones, sus logros, que despiertan admiración. El primero y más efectivo de estos elementos de prestigio es el más banal en apariencia, el poderío, la fuerza formidable manifestada por la nación americana en la guerra. ¿Y por qué precisamente en la guerra? Porque es ahí donde la fuerza se manifiesta en toda su magnitud. ¿Y por qué la fuerza ha de irrogar tanto prestigio? He aquí una de esas preguntas que la sociología no puede contestar y que expone a los soció-

logos a los más grandes errores si lo pretenden. Entre paréntesis, los sociólogos le preguntan a la gente sus motivos; pero, para su desgracia, éstos no son nunca totalmente concientes, de modo que las respuestas pueden ser tan sinceras como falsas. Pocos dirán que la fuerza los convence. Y no es exactamente eso, sino que una colectividad capaz de desarrollar una fuerza superior a cualquiera otra dentro de la proporcionalidad de su tamaño, está manifestando una cierta capacidad también superior. Y además, basta que esa capacidad, aunque no sea superior relativamente, sea mayor que cualquiera otra y definitiva —a la medida de nuestros motivos, que es corta— para que haga las veces de "último ratio", es decir, de un factor que aniquila los motivos por ella vencidos y abre tanto mayor horizonte a los propios. Y esto la gente lo toma como un fenómeno objetivo, que en cierto modo lo es, y por eso se interesa por las razones del fuerte, máxime cuando esa fuerza se manifiesta en una alta causa. Después de la guerra los centros de prestigio fueron dos y contrarios. Pero uno de ellos es Estados Unidos.

Este prestigio doble y contrario explica, en gran parte, la anarquía e incongruencia mental y cultural en que se debate el mundo de hoy, y sobre todo, el Tercer Mundo. Pero dejemos tranquilo al mundo soviético y también al Tercer Mundo. El prestigio americano en sus efectos va de la admiración de la grandeza bruta de la nación a un cierto interés, pero antes que eso, a una cierta ductilidad y predisposición a la simpatía frente a las instituciones originales americanas, las formas peculiares de la manera de pensar y relaciones humanas que allí tienen curso. Cada cual toma del objeto aquello que según sus preocupaciones le interesa. Así por ejemplo si consideramos el mundo de las universidades, iglesias y educación, que están muy relacionados entre ellos, lo que en común atrae su atención en Norteamérica es el proceso de la adquisición y transmisión del conocimiento, la amplitud de la información, la seriedad de los métodos, el rigor de la investigación, el sentido universal, por no decir colectivo del aprovechamiento y fin del estudio, ciencia y tecnología. Nadie lo diría, pero solamente en la iglesia católica esa influencia ha sido profunda en relativamente pocos años, impulsada probablemente por los progresos notables del catolicismo en aquella nación. En el clero, aun en las grandes democracias latinas y con mayor razón en ambientes espirituales más próximos, el antiguo liberalismo se ha visto muy reforzado. El cansancio y decepción por las antiguas luchas doctrinarias se ha traducido en una confianza nueva en el pluralismo institucional, neutralidad y oficialismo escolar. El antiguo concepto de la educación como formación del niño por el hombre ha sido orientado, al menos en las ideas, a una formación del niño por sí mismo, auxiliado por el hombre. La antigua tendencia a la conservación integral de la tradición eclesiástica ha quedado rezagada en favor de la búsqueda e innovación, cuyas manifestaciones

son múltiples y cuyo motor es una renovada tendencia subjetivista. Incluso el criterio americano sociológico y antidoctrinario en las concepciones revolucionarias ha dado origen a reiteradas manifestaciones eclesiásticas de confianza en la factibilidad y eficacia espiritual del desarrollo a voluntad. Hasta en lo más superficial se echa de ver esta influencia de la mentalidad americana: en los documentos eclesiásticos, desde hace algunos años, las citas y otras afirmaciones van corroboradas por las consiguientes referencias, según la práctica académica en aquel país.

Hemos puesto el ejemplo del solo catolicismo. En lo académico y en muchos otros aspectos de la vida social y cultural la influencia americana es grande y a la vez hasta cierto punto inconsciente porque no es tomada como tal, sino la mejor manera de hacer las cosas, como la forma que da los mejores resultados. Evidentemente, mientras más débil es el ambiente cultural mayor es esa influencia, mayor el renuncio a lo propio, menor la verdadera inteligencia de la originalidad de Norteamérica. Pero hay algo que complica las cosas y, por decirlo así, define nuestra época. Y es que el mismo fenómeno originado en el prestigio americano y que determina una influencia sutil, semiinconsciente, pero profunda y actuante de la mentalidad americana, se produce en favor de Rusia y de la mentalidad que guía a esa nación y que ella representa en el mundo. Esa influencia se ejercita sobre los mismos ambientes que la influencia americana, a saber, sobre todos; pero no tiene la misma amplitud de aquella porque no alcanza a la vida diaria, queremos decir en occidente. Además, hay mayor defensa, como es natural, frente a la influencia de una revolución que de un régimen tradicional y libre. Pero ello no impide la existencia de una influencia considerable del sistema comunista de vida sobre los ambientes culturales de occidente basada en el prestigio de Rusia. Por el origen y la forma de esta influencia ella tiende a combinarse con la influencia americana formando mixturas forzadas y arbitrarias pero convencidas y que incluso se creen originales y promisoras. Es claro que tal combinación queda fuera del tema, por interesante que sea.

#### PARADOJAS DE LA INFLUENCIA AMERICANA

La influencia americana es incondicionalmente favorable a la causa de la vida libre dondequiera la conciencia de la libertad social es sólida, que es, lógicamente, donde aquella influencia es menos necesaria y útil. Pero donde el uso y la noción de la libertad social son deficientes, la influencia americana, paradójicamente, refuerza esas deficiencias, aunque indirectamente, en lugar de contribuir a remediarlas. La razón de esto consiste en que las deficiencias en el uso y concepto de la libertad se reducen tal vez a un solo factor, que es la insuficiencia en la

disciplina o autodomínio para buscar el bien propio dentro del bien común, en el trabajo básicamente y también fuera de él. Es evidente que si la disciplina fuera absoluta, toda norma o restricción eventual de la libertad sobraría. A la inversa, donde no hay disciplina deben establecerse en toda materia normas que sirvan para distinguir objetivamente el uso del abuso. La libertad social en las instituciones y la disciplina social en las costumbres no son más que las dos caras de un mismo proceso. No diríamos que la disciplina concebida con esta generalidad sea una virtud, sino una manera de ser, algo relacionado más bien con la psicología propia de unas poblaciones y otras. Lo que se llama a veces el individualismo latino, y que se aplica igualmente a los irlandeses, por ejemplo, o a los jonios con relación a los dorios entre los antiguos griegos, parece ser lo contrario de lo que aquí llamamos disciplina. Pero sin llevar más lejos las explicaciones que nunca bastan, diremos que las instituciones libres sólo dan frutos de orden, y sobre todo, de paz social, en los ambientes espontáneamente disciplinados, sea por tradición, educación o temperamento.

Donde esta condición general de la libertad social no se da y a la inversa reina un espíritu individualista, por así llamarlo, allí también las instituciones libres no logran asegurar la paz social sino que dan lugar a un estado social de disensión y malevolencia entre los ciudadanos que mantiene la democracia en una situación siempre próxima a lo crítico, separada la opinión en partidos hostiles y excluyentes unos de otros, donde las abstracciones doctrinarias hacen las veces de oriflomas. La libertad aquí se entiende como la licitud de todas las formas de esta hostilidad civil en la cual los partidos fincan sus expectativas. La influencia americana, en cuanto por un lado propicia la libertad total e incondicional en las instituciones y por otro auspicia actitudes reformistas y revolucionarias para lograr objetivos deseables, no hace más que acentuar la debilidad crónica de la democracia en estos ambientes, con relación a los cuales la terminología americana es enteramente equívoca.

#### IMPORTANCIA DEL HECHO

El hecho de esta paradójica mala influencia americana sobre las democracias socialmente indisciplinadas tiene grande importancia porque estos regímenes son muy numerosos en el mundo. Existe una quincena de países de todos tamaños para los cuales la democracia es la forma natural y normal de convivencia, sin que tengan que hacer el más mínimo esfuerzo para mantenerla en los límites de la paz y solidaridad social. También están los países soviéticos, que son otros doce, de los cuales dos muy grandes. El resto, en su gran mayoría son democracias, o fracasadas o más o menos imperfectas, que van desde la tendencia en libertad al comunismo hasta los remedos de democracias de que el Tercer

Mundo está plagado: no sin que entre uno y otro extremo se sitúe una gama de tipos intermedios. En estas numerosas sociedades humanas más o menos democráticas la influencia de las incitaciones americanas en favor de un rápido desarrollo preconizado por medios extraordinarios no tiene notorio efecto sobre el desarrollo buscado, pero sí sobre el régimen político, que esa influencia tiende a debilitar y anarquizar aun más de lo congénito.

Pero hay algo peor. Y es que este debilitamiento democrático es también una evasión de la democracia hacia el socialismo, no entendido básicamente como una cierta alteración en las instituciones económicas, sino en las relaciones humanas. Las democracias se debilitan en cuanto persiguen objetivos deliberadamente ajenos a su evolución pacífica y racional. Estos objetivos nuevos los sugiere el prestigio de la revolución comunista. La fórmula simple que los resume, sin por eso justificarlos desde luego, es la supresión de la explotación del hombre por el hombre. Tal consigna inspira por de pronto a los partidos marxistas-leninistas ortodoxos o no, propiamente dichos o aliados e inficionados de esa doctrina. Pero además, tiene decisiva influencia en partidos cristianos influidos por el prestigio del sistema comunista como lo están a la vez por el liberalismo americano. El reformismo que resulta de esta doble influencia en democracias anarquizadas por el divisionismo partidista se traduce en un malestar persistente y regresivo mientras subsiste el equilibrio entre partidos hostiles, pero tiende necesariamente a la tiranía no bien cualquiera de ellos logra imponerse por una mayoría clara. Es este proceso el que en realidad resulta estimulado positivamente por el criterio americano que postula, tal vez por influencia de su propia experiencia de guerra, que las democracias congénitamente débiles pueden realizar en libertad objetivos extraordinarios con medios extraordinarios. Tal cosa es imposible en los hechos, aunque fácil de enunciar en las palabras, siendo la razón de esta imposibilidad la doble circunstancia de que el fin propuesto es invariablemente teórico, arbitrario y utópico y el medio elegido es un concepto de la ley entendida no como norma, sino como instrumento.

#### REFORMISMO, NO: EVOLUCION RACIONAL

Al denunciar los efectos de los prejuicios americanos sobre la evolución del Tercer Mundo —por así llamarlo— no estamos pensando, por cierto, en la política americana, que es otra cuestión, sino en el estado social civilizado, que a todos interesa y en el cual es claro que existe una solidaridad bastante estrecha y determinante entre los sectores del mundo que se reconocen en las ideas. Esta condición, a pesar de las barreras que ha levantado la última revolución moderna, se extiende, aunque en distinto grado, a todo el mundo, tributario de la

civilización y cultura europea, que tuvo en los últimos siglos y tiempos una expansión prodigiosa en extensión y profundidad. Puestos a la prueba un tanto gratuita de asignarle un fin a la sociedad humana, diríamos, sin mucha originalidad, que es la cultura. Pero ésta tiene un sustrato, que llamamos civilización y que merece más respeto y preocupación de la que suele concedérsele en los medios de la alta creación literaria y artística. Es que en efecto, la cultura en sí misma, en su creatividad y originalidad no está sujeta a condición alguna externa y aparece por esta causa un tanto ajena a la civilización. Pero a lo largo de la historia no ha sido así ni es así tampoco en el presente. El establecimiento de un cierto orden que se revela fecundo espiritualmente —ya nos ocuparemos de la petición de principio— precede siempre al surgimiento de la cultura y ésta, aunque generalmente le sobrevive algún tiempo si aquél no perece de muerte violenta, de todos modos termina con él. Entonces, llamamos civilización ese orden social que condiciona la cultura. Y como es claro que sería ocioso caracterizar ese orden tomado en general, nos basta decir de él que llamamos civilizado un orden que da origen a una cultura. No obstante, la civilización es más que eso, porque trae consigo bienes propios que se manifiestan en la paz, no externa o impuesta sino espontánea, que es tal vez el bien social supremo. Si así fuera, con mayor razón estaría justificada la preocupación por el orden social civilizado, o civilización.

Tal vez la noción de orden espontáneo y pacífico, y por tanto también libre, sea la esencia del estado civilizado allí donde no faltan el progreso y la cultura en grado apropiado a la época. Porque si bien es cierto que no podríamos negarle el debido aprecio a las instituciones primitivas en las islas felices que aún quedan, nos sería imposible hacernos, por ejemplo, de Samoa un modelo. Nos lo hacemos de Estados Unidos aunque no con fines de imitación, sino de comprensión porque de ellos estamos hablando y porque esa gran nación es altamente civilizada y no solamente poderosa. Vista a la distancia, con esa cierta perspectiva que da la información variada que de ella proviene, aparece más claramente en su conjunto, con las ideas y aspiraciones que orientan a los hombres, las pasiones e impulsos que los mueven. Hemos recorrido los prejuicios americanos, mostrado su efecto sobre los pueblos que ellos desean ayudar. Pero hay uno que hemos reservado para este lugar porque en cierto modo los resume todos. Es que los americanos, impulsados por su afición y aptitud al progreso y bienestar material, se han formado de ellos mismos una imagen unilateral, que sólo ve el progresismo, el cambio, la reforma, la revolución en las tecnologías, el espíritu de innovación en las costumbres, la libertad siempre en brega frente a tradiciones y prejuicios. Todo lo cual es muy cierto. Pero en cambio, lo que también es muy cierto es algo que jamás se menciona como proveniente de la misma fuente, es el profundo conservantismo de la civilización americana

desde sus orígenes. La constitución no se ha alterado sino en pequeños detalles desde hace 190 años. Conserva intacta su propia estructura y la de la nación, su propio espíritu y el de las instituciones públicas y privadas. La forma política no se ha alterado en nada desde la Colonia: las mismas elecciones, los mismos partidos con otros atuendos y ambientes diversos, pero con las mismas motivaciones. Las costumbres han cambiado mucho, ciertamente, como en parte alguna tal vez, pero la relación individuo-colectividad se ha mantenido inalterable. Los mismos jurados, la libertad de acción y creación para el individuo, la misma responsabilidad social asegurada por un criterio rígido de justicia, el mismo altruismo, la misma igualdad ante la ley, igual democratismo: nada de eso ha cambiado sino en su contexto. La educación ha evolucionado mucho en sus técnicas, pero poco o nada en sus objetivos de formar jóvenes aptos para valerse por sí mismos en la vida libre. Su inmenso desarrollo, su crisis de hoy, no han cambiado su elevada tradición de ímproba labor y superación en el estudio. La crisis de la juventud es grave precisamente porque es espiritual y cultural, no institucional. Ni el gangsterismo, la cosa nostra y la mafia han podido modificar el respeto integral a la persona en una sociedad, sin embargo, donde las reacciones y costumbres violentas deben ser dominadas por una autoridad fuerte en proporción. La tradición de disciplina, solidaridad y cooperación social que se inculca a los niños desde la escuela primaria le dan a la vida americana una fluidez que es la mitad de su prosperidad, siendo la otra mitad el interés profundo por todos los aspectos de la vida del trabajo. Todo esto se mantiene sin cambio, como un eje inmóvil alrededor del cual girase la vida caudalosa, sujeta por la vigilancia de los principios éticos al orden admirable de la vida libre. En todo el Tercer Mundo los principios básicos de acción sufren permanentemente el asalto del reformismo que nada cambia, pero todo lo perturba, verdadera plaga de estas naciones. Lo que en ellas no se percibe y que bien podían aprender de Estados Unidos, si una verdad tan importante no estuviera allí disimulada bajo el prejuicio progresista, es que el respeto tradicional a los principios éticos y formales de la convivencia libre es el marco necesario de toda evolución racional hacia el progreso. Es todo lo contrario de lo que se cree en el Tercer Mundo, de que las normas deben adaptarse a los deseos y circunstancias de personas y grupos y no éstos a aquellas.

El caso de la Alianza para el Progreso en Chile lo demuestra. Las reformas razonables a que dio lugar, que consistieron en poner al día con acuciosidad lo que ya existía, que era de antiguo notablemente avanzado en el papel, no fueron sometidas siquiera a la más mínima prueba de los resultados. Bastó un cambio partidario en el gobierno para que se adoptara una avalancha de iniciativas reformistas, desde el régimen de la propiedad hasta la escolaridad y distribución de la renta, pasando por mil iniciativas que llevaron el gasto fiscal a

un ritmo desorbitado de crecimiento. A pesar de toda la técnica aplicada fue imposible contener la inflación y al cabo de dos años, el desarrollo mismo se detuvo, resultado tanto más insólito cuanto no tenía precedentes. En suma, cambiamos lo que es indispensable mantener y mantenemos solamente el criterio reformista, verdadera receta de anarquía y regresión que pretendemos conciliar con la democracia y el progreso.

# P O E S I A

*Victor Castro*

## Actos fraternales

*Ahora lo recuerdo marchaba por las calles  
o tocaba mi cabeza con una rama oscura  
o bien se movía debajo de la lengua  
como una gota perversa de sangre —o masticaba  
silabas rojas lo mismo que una herida—  
que al fin vive conmigo, igual que en la Edad Media  
lo veo de pie, y le brotan de la boca  
dos rios negrísimos dos trenzas solitarias  
que tienen sus raíces en las cavidades de mi corazón.*

# Aquél que sueña

*¡Oh flecha desenterrada  
vienes a mi cuerpo cuando te había olvidado  
yo que soñaba lejos de ti  
de tu espuma oscurísima  
del silbido negro que dejas en el corazón  
yo que soñaba  
como un niño descalzo en el país de los Magos y sus pájaros de oro;*

# Arbol en vida

del follaje

*¡Creces árbol desvelado*

*Te llenas de hojas de sangre*

*De pájaros de oscura garganta de ojos  
subterráneos*

*Como el murmullo de tus ríos amontonados*

*Es tarde es tarde. Y creces y creces*

*Y las flores no han de tardar*

*En abrirse paso*

*Como cuando la noche renace de sus sonidos*

*y resplandecen los insectos devoradores del universo!*

*Refrainando*

*como a una comedia negra*

*como a una comedia negra*

*Sumergida en la noche de sus torbellinos!*

# Para una sonata de primavera

*Llenarse de plumas  
De raíces cristalinas  
De la palabra primavera con una ola en la boca  
Una ola llena de árboles azules  
Como en las noches del Paraíso  
Una ola una ola  
Que sube a los cabellos sentenciosamente  
Llenarse de millones  
De plumas  
Como los astros  
Vivos en sus canciones y en sus carnes que ya no envejecen nunca.*

# El corazón en la frescura del follaje

*Hoja o campánula vieja*

*Sombra del rocío*

*Que no se apaga*

*Hoja*

*Centellante con una huella*

*Atolondrada*

*Reino*

*Arrogancia del rumor*

*Camináis en mi corazón*

*Refrescándolo*

*como a una camelia negra*

*como a una camelia negra*

*¡Sumergida en la noche de sus torbellinos!*

# Para su No temas no temas

Llenas de almar

De salir

De la ja

Una ola

Como en

Una ola

Que se

Llenas

De plum

Como la

Plum

*Aunque pasen los años y vuelen los árboles*

*Sus nidos sus raíces*

*Caidas en el agua. Aunque pasen*

*los cuerpos caídos en el mar*

*Aunque pasen*

*Pupilas pensamientos (¡oh amor mío*

*No llores no llores!) aunque pasen*

*Las ciudades perdidas y la sangre*

*Del tiempo*

*No dudes de mi mano de esta noche que te alcanza*

*Como a un árbol encendido en la cerradura del horizonte.*

## Valparaíso

*Puerto menesteroso lleno de sirenas por dentro  
Mujeres azules como la nostalgia de otros días  
Abrete desde el fondo desde la flor rumorosa  
Fragante como un corazón inesperado  
¡Oh amor, maravilla quemada,  
Abrete como los ojos de un pájaro muerto de miedo  
Como un pecho nacido desde la boca del horizonte  
Ahora que algo revienta en mi alma como una estrella  
Puerto mago de la antigüedad devuélveme tus brebajes  
Para cantarte vertiginoso como a una paloma insensata!*

# Palabras sólo palabras al oído de un poeta muerto

*Yo solamente*

*Sé*

*Que vivió*

*Joven como la muerte antigua*

*Desgajado*

*Como una*

*Rama*

*De oro desnudo*

*Como la maravilla del corazón*

*Como una rosa de agua verde*

*Oh muerte oh visión enredada*

*En su lenguaje de mariposas*

*Oh mandolina*

*De plata de frescura*

*Que quiso apadrinarme con su desesperada vestimenta.*

## Para una Alimaña no más

**¡Pobre mariposa se le calcinó el corazón  
Cuando descubrió la hermosura del mundo!**

Ni tomas por quejidos  
Sino este fuego que  
Que se alimenta de nuestra vida  
Como la vida es el agua que  
De tanto llorar  
deceite y la  
En esta miel amarga de  
Ruedan las alas  
En su huella por que  
Alma  
Tú que perfumas el horizonte y nada te tiene  
Ni este jarrón  
Ni sus flores de forma que a cada instante se pierden de vista.

# Palabras al oído de un poeta muerto

## Jarrón

*Ya nos veremos en otra región*  
*Sin besos*  
*Sin árboles que crezcan en el corazón*  
*Con las nubes en la cabeza. Ya nos veremos*  
*Al otro lado*  
*Donde nada existe*  
*Ni tú que te llamas Griselda ni este jarrón*  
*Con flores desconocidas que te he regalado*  
*Ni esta tumba*  
*Para sepultar los labios en definitiva*  
*Muchacha*  
*Muchacha*  
*Tú que perfumas el horizonte y nada te retiene*  
*Ni este jarrón*  
*Ni sus flores de locura que a cada instante se pierden de vista.*  
*De plata de frescura*  
*Que quiso apoderarme con su desesperada vestimenta.*

## Para un nocturno más

*¡Habrá que conformarse con este cielo solo  
 Con este río hermoso del que nosotros no bebemos  
 Ni tocamos porque su frescura no nos pertenece  
 Sino este fuego esta llaga creciente  
 Que se alimenta de nuestros ojos. Como la muerte  
 Como la vida intolerable que nos tiene prisioneros  
 De tanto océano roto: pero levanta la cabeza  
 Acércate y hundámonos en este beso oscuro  
 En esta miel amarga de nuestras bocas mientras tanto  
 Ruedan los astros ruedan los astros ruedan los astros  
 En su huella perpleja oh ardiente rosa de su desembocadura!*

## El amor de noche

*Y tú desnudándote y desnuda vistiéndote  
Con fuego con la fórmula  
Divina de la locura. Y en tus senos  
Ver restallar la rosa negra  
Del abismo oh destrucción  
Que no termina en ti. Y corre  
Por mis huesos por sus médulas  
Obscenas. Dáme tus labios  
De nuevo oh sirena  
De esta noche insaciable: veo romperse  
El misterio de la hermosura  
Sobre tus muslos que mis ojos recorren inagotablemente.*

## Alma negra

*Estudiamos para cambiar de memoria  
El orden de las nubes  
En el corazón. Cómo te ries  
Oh virgen falsa muchacha  
De tanta noche en vano de tanta  
Historia vacía: y este cansancio  
Que camina por los siglos  
De mi boca: de tantas bocas  
Muchacha que murieron  
En su círculo negro. Y todo  
Como si tú me miraras y me reconocieras  
Amazona insensata perdida en su pradera para siempre.*

## Texto poético

*Que yo no sepa de esta estrella en movimiento  
De esta joya negra como la miseria o la fiebre  
Que baja de los árboles tal un pájaro oscuro  
Que yo no sepa  
Cómo revientan tus senos oh mujer desnuda  
Rosa de los desiertos  
En la pradera de mi corazón cubierto  
De islas de frutos de besos amargos  
De países llenos de ojos y de niños  
Que un día existieron oh rayo cristalino  
Prodigiosos como el consentimiento de sus raíces.*

## Al poeta Ezra Pound

*¡Y tú Ezra Pound desprendiéndote de las claridades  
Del frío, del orden claro  
De nuestros ojos. Tú  
Con un sonido de estrellas mil veces escuchado  
Por los vivos por los muertos y los que no vivieron  
Sino en el licor violento de algunas raíces  
De algunas hojas negras Ezra Pound  
Como cuando fuimos despedazados hace cientos de años  
Y tú ya habías venido  
Prodigioso rubi  
Del tiempo  
"Y muchas cosas comprendi  
que antes me parecieron rematadas locuras"!*

## Temas de Cormoranes

*¡Calvo cuervo de Gaimard*

*Picotea la vieja sombra submarina*

*O la estrella sorprendida en el corazón: picotea*

*Como un dolor como un enigma*

*El pez de los años el árbol oscuro*

*Que huye cantando como una centella*

*Tenemos el cuerpo perdido bajo la noche*

*De tu vigilia*

*Picotea picotea*

*Los peces se adornan con nuestros vestidos*

*Y el mar abre sus puertas para que vueles sobre su espejo fosforescente!*

## Virtud natural

- Los dos formamos un deseo furtivo
- Una rosa entera como el cielo que no se distrae
- O la nube propia surgida del corazón
- Los dos los dos
- A costa de nuestro castillo donde todo se permite
- Y las olas mendigan nuestros cuerpos
- La luz
- De nuestros dedos
- O ese rincón donde mueves lentamente el infinito
- Mujer hecha mirada
- Muchas veces me pareció sentir el océano
- Salir de tu cuerpo como desde una joya vivísima y despierta.

# A la noche de otro tiempo

*Pais mio oh joya engañosa*  
*Oh noche quemadura del ave*  
*Del corazón devuélveme calles*  
*Hojas más bellas que labios ramas*  
*Negras como tus venas y Vamos*  
*Al confín de tu huella nocturna*  
*Estamos tan solos oh flor artificial*  
*De bocas de ojos de pechos Tan solos*  
*Como una comarca llena de muertos*  
*Pais mio joya enterrada*  
*Que te estremeces como una fotografía.*

## Cántico

*Eres mágica siempre oh sirena dormitando  
 Cascada de la antigüedad o venenosa linterna  
 Alúmbrame Alúmbrame oscuridad que vuelas  
 O Biblia resplandeciente como una montaña  
 despertando  
 Extraña marea que se incendia bajo mi pecho  
 O llave humedecida por la vida del hombre  
**Abreme. Abreme como los países inmemoriales**  
 Tus jardines colgantes  
 Lo único seguro como los huracanes interminables.*

*Oh dama celeste  
 Compañera alorosa  
 En el ramo  
 De tus senos de tus ojos  
 Ocultos  
 Como aquella primavera  
 Pájaros fonográficos  
 Y la palabra de amor que dejaste en la ventana  
 Para que creciera  
 Como los astros terribles en las noches de vigilia  
 ¡Oh fortaleceate  
 Imitación del recuerdo espina  
 Conocida!*

## A la **El amor perdido** tiempo

*Eras hermosa manchabas mi corazón  
con sangre negra oh radiante serpiente  
de todo mi Paraiso lo mismo que una ola  
no nacida aún eras hermosa  
como una espina despertándose en la noche  
en medio de la razón como un diamante roto  
oh hermosa como el océano que hubo en los ojos  
cuando se abrió tu garganta y saltaron resplandores  
después de tanto día y de tanta noche  
tumbándose bajo mi lengua*

*Que te acuerdes como una fotografía,*

## Música Dama de compañía sitorias

*Entonces habrias dicho*

*Pájaros fonógrafos*

*Que perfuman el corazón*

*Como*

*La primavera pasada*

*Y los peces*

*En sus cápsulas*

*Azules*

*Cuando tus manos retornaban*

*Otra vez otra vez*

*Oh dama celeste*

*Compañía olorosa*

*En el ramo*

*De tus senos de tus ojos*

*Ocultos*

*Como aquella primavera*

*Pájaros fonógrafos*

*Y la palabra de amor que dejaste en la ventana*

*Para que creciera*

*Como los astros terribles en las noches de vigilia*

*¡Oh fosforescente*

*Imitación del recuerdo espina*

*Conocida!*

## In memóriam

*Felices y terribles nosotros  
Sin sonrisas  
Sin raíces como la invisible constelación  
De la memoria: haciéndonos  
Los extraños los lejanos los que se fueron  
Y dejaron en la sangre un hueco  
Sin luz: felices y terribles  
Cundo tú nos preguntas : "¿Qué fue de vuestra rostro?"  
Y ni siquiera nosotros ni estos astros que juegan  
Adentro de los labios podrían saberlo  
Ni sospecharlo  
Después que falta tanto aún tanta tumba que cavar  
Para que hallemos el aire paternal de nuestros huesos.*

# Música para ausencias transitorias

*Perderte y perderte como una piedra*

*Al fondo de la luz al fondo*

*De las casas de los cielos de los círculos*

*Que hacen los astros en el corazón*

*Perderte perderte*

*Cuando ruedas espumas nave oscura*

*Como un perfume negro como una rosa*

*De noche*

*Tú que no me tienes vaho caliente*

*Hermosura rota*

*En la corriente de mis venas demasiado pasajeras.*

*Cómo tus senos negros*

*Cómo tu piel desgrinada*

*En las bocacalles*

*En los hoteles perdidos*

*Cuéntame cuéntame*

*Cuentos de olor rematado*

*Dama o ramera*

*De amor*

*Cuya ternura trasarse como las raíces*

*Migratorias.*

## Mudanzas

*Tal vez nos marchamos de aquí tal vez  
Busquemos otras hojas otros árboles otras raíces  
Otras nubes que viajen a lo lejos como nosotros  
(Y se publiquen estas líneas en un libro  
Verde como tu pecho cuyas dos quimeras aguardo  
Siempre mujer que circulas por mi sombra  
Y la llenas de gotas azules como el cielo desconocido  
Que descubrimos al marcharnos de aquí)  
¡Y encontrarnos de nuevo como esas raíces salvajes  
Que no se destruyeron sin embargo  
Con el ruido de los astros que se trasladan de sitio!*

*Después que falta tanto y en tanta turba que caer  
Para que hallen el aire paternal de nuestros huesos.*

# Sobre una dama nocturna desorden claro

*Recoges*

*Azúcar negra*

*Obscuros*

*Minúsculos astros*

*Abanicos*

*De frío oh*

*Dama nocturna*

*Hoja*

*Sin dormir*

*Cuéntame*

*Gota de hermosura*

*Cómo tus senos negros*

*Cómo tu piel desgarrada*

*En las bocacalles*

*En los hoteles perdidos*

*Cuéntame cuéntame*

*Cuentos de olor ceniciento*

*Dama o vasija*

*De amor*

*Cuya ternura trascurre como las raíces*

*Migratorias.*

## Soledades juntas

*Esto no termina, todo lo contrario  
Crece como una madera negra como una rama  
Con espinas con basuras y muertes del corazón  
Y amanecemos con un dormir oscuro con un ojo  
Lleno de océano sucio y así se suceden las horas  
Y los siglos y el viejo calendario manchado  
Con sangre se despierta a cada momento  
Preguntándonos si somos un gran foso de inmundicia  
Y arena con peces muertos diamantes innominados  
Que cayeron rodando del Paraíso  
En esa especie de brillo que perdimos con el nacimiento.*

# Y el niño recuerda un gran desorden claro<sup>1</sup>

*Resbala voz resbala  
 Como una rosa ligera como un agua  
 Pálida y loca. Allá lejos  
 Canta la montaña y bajo la nieve  
 Cuyas piedras escucho cuya música  
 Se cambia de nombre  
 Hay un niño dormido una sombra  
 Cuyos ojos volaron con los árboles  
 Y los ríos y los pájaros y la muerte  
 Que mueve en las habitaciones el aire del anochecer.  
 Como los árboles que brillan a veces por sí mismos.*

<sup>1</sup>Georges Schéhadé.

## Carta breve a una muchacha

*Brillas muchacha  
Ríes y ríes como una flor nacida  
No hace mucho  
Vuestras alas hacen ruido de día de noche  
Eres un cuerpo prisionero  
Sin nombre  
Como los astros como los diamantes como las mariposas  
Que sólo han soñado  
Hace miles miles de años  
Oh paloma brillante  
Vuela como un capricho vuela como una chispa  
Que incendia las miradas a mitad de camino.*

# Y hemos madurado antes de tiempo<sup>1</sup>

*Al fin y al cabo hay una claridad  
 Que rompe una zona  
 Donde juego como entonces: con mi loca  
 Mandolina desvencijada con los ojos  
 De aquella que me tuvo y que no tuve  
 Con el gajo  
 De uvas cristalinas  
 Obscenas como estas muchachas que pasan  
 Llenas de ausencia  
 Llenas de tierras lejanas llenas de cuerpos hermosos  
 Como los árboles que brillan a veces por sí mismos.*

# Accidentes inevitables

*Este ocho miserable a que estamos condenados  
y todo se termina alrededor: el aire sólo  
es un duro aburrimiento ni el amor  
de otros días ni tu rostro desconocido  
vuelve oh mujer oh caricia inmisericorde  
que cambiabas mi corazón en una manzana  
negra como en las noches de mi juventud  
Y ahora sin embargo la dicha es una gotera  
de hastío de calor y la belleza brutalmente  
rompe en tu cuello como una copa de nácar.*

## Culpas ajenas

*Hastados mujer (y con los pechos abiertos  
 quieres que continuemos) estamos rotos  
 sin que nada merezcamos, mas repites  
 tus labios golosos sobre mi corazón —en vano  
 te digo que estamos vacíos y ni mañana lo comprendes  
 ni ayer— inútilmente destrozados  
 rodamos otra vez, ya nos nos quedan  
 labios sobre labios muslos sobre muslos  
 que ocultar, y aparecen nuestros rostros  
 en las viejas ciudades donde estamos ocultos  
 como si nada ocurriera como si el aire hubiera muerto.*

## Este oficio diario y visible

*Vivimos lejos, mujer (y tú tampoco  
Me quieres), vivimos  
Escapándonos de todo, saliéndonos  
Del mundo, de los días que se alejan  
De nuestros dedos, de nuestra cabeza  
Rodando sin nada, como esa luz  
Artificial que creímos verdadera  
—Y hoy, seguramente despiertos, insumisos,  
Otra vez caeremos en la rueda, en la enorme  
Rueda de la realidad que divisamos hermosa  
Y nos destruye, sin embargo, en el engaño  
De esta planicie fresca  
Que no es otro cosa que el ruido de la sangre  
Y su antigua, insaciable noche devoradora.*

## Lágrima oscura

*Cae tu lágrima oh flor negra  
Hecha de huesos  
De cabellos queridos como flechas azules  
Cae tu lágrima  
Oh espacio que no la contiene  
Oh calles de nunca más vivir  
Ni morir  
Ni los próximos árboles con su rumor de océano  
O flores juntas  
Cuando escondemos la voz  
Cuando la lengua es un pájaro ensoberbecido  
Callado como tu lágrima que se llevan los torbellinos.*

## El penúltimo invitado

*Es cierto, un hombre vino, recuerdo, la casa estaba iluminada  
por la danza y cada uno  
desde el fox trox sentíamos sus pasos.  
La puerta entonces era blanca en la blanca sonrisa de los convidados  
y nadie dijo esta boca es mía y escuchábamos, apenas,  
pero escuchábamos  
su respiración entrecortada al otro lado de la puerta blanca.  
Nadie dijo, recuerdo, nada y el fox y la cumbia y en el cha-cha  
apenas nos acordábamos, pero nos acordábamos,  
sus nudillos en la hoja blanca de la madera y muy adentro  
el caracol nadando en el cauce rojo de la sangre.*

# Poesía

*Jaime Gómez Rogers*

## El penúltimo invitado

*Es cierto, un hombre vino, recuerdo, la casa estaba iluminada  
por la danza y cada uno  
desde el fox trox sentíamos sus pasos.  
La puerta entonces era blanca en la blanca sonrisa de los convidados  
y nadie dijo esta boca es mía y escuchábamos, apenas,  
pero escuchábamos  
su respiración entrecortada al otro lado de la puerta blanca.  
Nadie dijo, recuerdo, nada y el fox y la cumbia y en el cha-cha  
apenas nos acordábamos, pero nos acordábamos,  
sus nudillos en la hoja blanca de la madera y muy adentro  
el caracol nadando en el cauce rojo de la sangre.*

*Hace muchos años, llovía, y el vino brillaba como el sol en nuestros vasos,  
y alguien dijo un poema que empezó y terminaba en nuestras lágrimas,  
recuerdo, después otro alguien cantó una balada con acento extranjero  
mientras los cogotes pálidos brillaban bajo las lámparas y todos  
(en silencio) verdad, tratábamos con nosotros mismos algún asunto  
de importancia*

*y el dólar subía en la bolsa y el abogado vendría justo a las doce y cinco  
y era como que todos cumplíamos un año, nos felicitábamos mutuamente  
por algo, como héroes de guerra y en algún lugar escuchamos las bombas  
que caían*

*como trozos de lechón en nuestra carne.*

*Y era una hermosa fiesta con enanos, animales amaestrados, monstruos y todo  
y al día siguiente nadie dijo que lo había sentido afuera palpitando  
y vino un sábado otra vez y otro sábado siempre antes del domingo.*

Jaime Gómez Rogers

El penúltimo invitado

# Las diecisiete lágrimas de la cocodrila

*Mientras tú te sumerges, cocodrila,  
en la charca oscura del pantano  
y bajo el sol enfermo mueves  
tu larga cola cuadriculada,  
alguien se acerca, y te roba  
los diecisiete huevos de tu nido  
y por un orificio redondo  
como un pezón  
te chupa  
toda tu sangre roja de lagarta.*

Hoye mucha ad la, deira, y r...  
 y alguien dijo un poema que empezó y terminaba en nuestras lágrimas,  
 acordado después otro alguien contó una historia con acento extranjero  
 mientras los ojos perdidos brillaban bajo las lámparas y todos  
 con silencio y verdad, escuchamos con nosotros mismos algún asunto  
 de importancia  
 y era como que todos cumplíamos un propósito, nos miramos mutuamente  
 por algo, como herencia, como si hubiéramos comprado las bombas  
 que salían  
 como trozos de tejido en nuestra carne.  
 Y en una hermosa fiesta con ruidos, animales encerrados, monstruos y todo  
 y al día siguiente nadie dijo que lo había sentido afuera palpitando  
 y uno me abrazó.

# Cuando las naranjas son negras pues la luna

*Desde el rectángulo abierto de mi cuarto  
 la luna pasa  
 vomitando sombras por el patio.  
 Es entonces, lejos de mí, yo sin saberlo,  
 te vas  
 con un orificio negro entre los ojos.  
 Es entonces, miro el viento negro, pienso  
 en abrazarte cuando vuelvas.*

# El baile de máscaras

## lavas la cara

*Y como tú, a veces, me decías, en el día que vaya  
y para reconocernos, nos decíamos aquella vez  
cuando la luna entre los árboles  
era una copa de espuma derramándose  
y yo entre tus brazos de cristal  
y pegada a mi cuerpo, tú, a mi rostro enmascarado,  
envueltos por la música, muy juntos,  
los descarnados huesos, pero siempre distantes,  
como dos naufragos de una misma lágrima.*

*Yo vivía así como una mosca cuando se acerca a beber agua en una lágrima,  
volando alrededor de las lámparas,  
pero la tierra me daba vértigos, vomitaba diariamente, nada  
salía bien en los nasos, siempre mi mano izquierda se adelantaba  
pero la voz que se abre como un abanico, esta voz que se te sube a la espalda  
como un simio, esta voz me perseguía de rama en rama, me llamada, me insultaba,  
me escupía los ojos una y otra vez, me hacía llorar y lloraba como un muñeco  
noches enteras.  
Después de tanto increparme, me tomó las manos, y sólo te debo decir, por  
[discreción,  
que así como un guano suele convertirse en mariposa, a la luz de las estrellas,  
palpitando de miedo, tú, que sólo escuchas ahora el vago negro de los trenes,*

# Sobremesa y el sartén en la cocina

pues la luna

*Algo sabíamos, algo, que presentíamos como un ronco murmullo de la sangre.  
Pero la noche nos tendía máscaras doradas por el fuego  
y los automóviles eran dos haces de luz  
dos focos iluminando la noche,  
cuando el caucho aullaba y sólo un hilo brillante de existencia  
nos mantuvo despiertos hasta el alba.*

*Los taxis cruzaban la ciudad llevando y devolviendo los últimos borrachos  
Nadie escuchó el teléfono sonar por los pasillos  
pero Mausek y Tor cantando tristes baladas al pie de sus pantanos,  
Naskar y Felicia amándose a la orilla de la podredumbre,  
los insectos devorándose un poco sobre sus camas.*

*Así, algo sabíamos, el fino cuchillo en la mesa de mármol,  
la sartén oscuro colgando en la cocina  
y esa difícil inquietud de apagar en la memoria.*

# Mirando tu figura cuando te lavas la cara

*Acaso te preguntes tú, como yo me pregunto, a veces, si hay un arriba y un abajo, un lejos o un cerca de la tierra, y más atrás o más adelante, te respondes, nada.*

*Pero el naipe no te ha sido favorable, la verdad que no, y aquí estoy otra vez, tu voz, nada más tu voz, exaltada y chillona como un bicho seco, desagradable, como una comadrona que anuncia el advenimiento de la vida, por eso, yo te pregunto ahora cuando hacia mí te inclinas, sin mirarte los ojos, me basta, que abras tus orejas al tamaño de un buey y eructes, después, una muñeca o un cocodrilo chico y te desesperes y te revuelques en la tierra y todo tu rostro lo llenes de mermelada, de miel tus manos, las abejas no te harán daño, te lo aseguro, por eso, debes escucharme:*

*Yo vivía así como una mosca cuando se acerca a beber agua en una lágrima, volando alrededor de las lámparas, pero la tierra me daba vértigos, vomitaba diariamente, nada salía bien en los naipes, siempre mi mano izquierda se adelantaba pero la voz que se abre como un abanico, esta voz que se te sube a la espalda como un simio, esta voz me perseguía de rama en rama, me llamaba, me insultaba, me escupía los ojos una y otra vez, me hacía llorar y lloraba como un muñeco noches enteras.*

*Después de tanto increparme, me tomó las manos, y sólo te debo decir, por [discreción, que así como un gusano suele convertirse en mariposa, a la luz de las estrellas, palpitando de miedo, tú, que sólo escuchas ahora el vaguido negro de los trenes,*



# Remando vas y remando por el agua

*Cuando el profesor sube*

*más alto que el alumno, que soy yo.*

*Tus remos te hacen doler la espalda, a veces,  
miras la otra orilla como algo inalcanzable  
pero siempre retomas la herramienta,  
giras en redondo, lo sabes,  
giras y sale el sol  
recién detrás de los cañaverales  
y poco o nada avanzas contra la corriente  
pero sabes, pero siempre hay otro lado, otra orilla,  
y en la orilla, la playa,  
y giras en redondo y llega la noche  
y la luna se refleja en el agua  
y tú no te atreves a caminar por las crestas desafiantes  
de las olas,  
de verdad, nunca te lo has creído y nada más un tiempo  
pero ese tiempo se deshizo en tu mano,  
nunca le creíste a ese cura borracho  
que repetía los salmos como, a la salida  
el manicero sus cartuchos tostados.  
Nunca creíste que se podía caminar sobre las aguas,  
por eso así lo pagas, remando para alcanzar  
eso orilla inalcanzable,  
hasta que te decidas, por último,  
botes los remos al abismo y te lances  
sin ropaje, como un coleóptero  
en el agua.*

podrías saltar desde tu ventana, un día, convertirte en pájaro, convertirte  
 en trigo rubio bajo el sol, en harina rodando por el aire,  
 bueno, no necesitas ya dar piruetas de payaso sobre la arena.  
 Han venido los saltibancuís, también, barrieron todo antes de irse,  
 ya no necesitas sonreír como un autómata, has cuenta de tu soledad

## La voz que has aprendido a usar como una espada

*No son tus cuerdas vocales, las que cantan,  
 si cantas, si recuerdas el coro de mediodía,  
 pero al llamar a tus subalternos  
 enronqueces, y suena algo  
 y te escuchas sonar por los pasillos  
 y con tus manos, que hace tiempo, ya,  
 no son las manos tuyas,  
 ordenas los papeles blancos frente a ti y tu firma,  
 que tampoco es el pie de tus palabras,  
 dejas caer con desgano, después,  
 sacas las pastillas para poder sonreír a tus amigos,  
 y no es la sonrisa tuya, ya,  
 pero de pronto todos se han ido  
 y hablas, algo, cualquier cosa,  
 un verso suelto que se enredó en la infancia,  
 atónito te miras al espejo,  
 tratas de componer tu sombra que se escapa,  
 pero no puedes, a pesar de todo,  
 aceptas lo que te otorga tu figura borrosa del espejo,  
 que tu voz,  
 es una espada dura y agusada  
 que tienes hundida entre los ojos.*

# Clases de literatura citando a Goethe

*Cuando el profesor sube  
más alto que el alumno, que soy yo,  
en el cuarto banco, si contamos de atrás para adelante,  
y sube a su pupitre y desde arriba  
empieza su exposición de hoy citando a Goethe, yo,  
que soy uno de sus alumnos más ausentes  
y creo  
a pie juntillas lo que el profesor dice,  
porque él está arriba y yo aquí, en el cuarto banco,  
contando de atrás para adelante,  
dejo pasar a Goethe hacia atrás y me quedo  
detenido en su mano, cuando sube,  
en los ojos, pulidos en los anteojos, por el uso,  
donde cita una voz, y se hace un hueco,  
y otra voz pasa, cerca del sitio en que me encuentro  
lejano, entonces,  
observo que le falta el botón del puño azul  
de su camisa, pienso en su soledad, su noche en vela,  
llegando a Goethe sin una aguja, cerca,  
otra voz se escucha, otro hueco,  
un ojo tiritando imperceptiblemente detrás del vidrio  
óptico, que va junto con él, que es parte suya,  
por el uso, y durante la noche, cuando el libro se cierra  
y esa parte suya, siempre junto a él, vigilante,  
sus ojos, al menos  
en el velador mirando las tinieblas permanece,  
entonces, dejo pasar a Goethe hacia atrás, trazo una raya  
en el cuaderno  
y escribo para él este poema.*

# Cuando está el otro allí detrás de la corteza

*Cuando palpita y uno de sus ojos, al menos,  
brilla como un faro en medio de las olas  
y entonces  
alguien, un tercero viene y nos sorprende  
y no importa ya que nos sorprenda  
y nos quedamos, quietos,  
aunque sea un instante,  
y el tercero se vaya de pronto  
y queden  
dos ataúdes con las tapas abiertas  
sonriendo  
en el mesón de una funeraria, entonces,  
no importa,  
ambos crecemos un milímetro hacia el sol  
y la madera húmeda cruje, crepita, se retuerce  
y alguien, desde lejos, dice tu nombre  
y los dos miramos hacia donde la voz se deshilvana,  
entonces,  
es cuando yo palpito y uno de mis ojos,  
al menos,  
brilla como un faro en medio de las olas.*

## Poema de mi sombra voluntariosa y rebelde

*En medio del bosque la salina*

No creas, siempre te sentí detrás de mí,  
corrías por la arena hasta el mar,  
te zambullías conmigo en el agua fría,  
saltabas del columpio a la tierra  
y cuando mi cuerpo se pegaba a la costra rugosa  
del planeta,  
para eliminarte de una vez,  
siempre estabas detrás de mí, en el aire,  
no creas,  
yo juntaba las manos  
y tú hacías una paloma herida  
contra el tronco ancho del pino,  
sólo lo tuyo te importaba, nada ponías de tu parte  
en lo mío, me embarrabas, me borrabas a cada paso  
la silueta  
y sólo desaparecías, momentáneamente, no creas,  
a mediodía,  
cuando aún me atrevía a mirar al sol, cara a cara,  
como a un amigo, y entre los dos te pisábamos  
y te lanzamos tantas veces debajo de la tierra,  
pero, de todos modos volvías  
y me lo reprochabas con creces  
bajo la luna, cuando yo te seguía a ti,  
me anulaba y tú gobernabas mis pasos  
y era toda la oscuridad reflejada en la tierra  
y sólo te saltaban mis ojos para ser yo mismo  
pisándome la planta desnuda de mis pies  
sobre la arena.

# Cuando la luz se escapaba de tus manos

*Antes de envejecer luchando  
a cada paso  
con la muerte, también tú, solías correr  
por la orilla del camino,  
mirabas las piedras desde lejos  
(tu honda era un modo de elevarte a la altura),  
seguías el recorrido caprichoso del guijarro,  
al otro lado de la quebrada un queltehue,  
desafiándote  
volaba en círculos cerca del sol,  
venía la noche,  
llorabas hasta tarde debajo de las sábanas  
pero al día siguiente corrías por el potrero  
húmedo  
persiguiendo los pájaros,  
gritándole porquerías al sol  
volvías tarde a casa mirándote las manos.*

# El grito

*En medio del bosque la saliva  
te reclama palabras  
y la palabra el grito  
sale quebrando la espesura gruesa  
de los árboles.*

*Cae más allá del bosque  
nadie.*

*Por entre las ramas  
—sin decir nada—  
el grito del boiero  
que cruza el lago con los  
del cacique.*

*Después,  
después el fuego  
que barre todas las despojas.*

# Poema del niño con los ojos abiertos

*En un saco de papel  
 arrugado  
 al fondo de un armario  
 te has de quedar detenido  
 esperando  
 la luz  
 escuchando la música lenta  
 de las lágrimas  
 con los ojos abiertos.*

*volaba en círculos cerca del sol,  
 venía la noche,  
 llorabas hasta tarde debajo de las sábanas  
 pero al día siguiente corrías por el potrero  
 hambreado  
 persiguiendo los pájaros,  
 gritándole porquerías al sol  
 volabas tarde a casa mirando las manos.*

## El otoño, tu mano mi voz, el fuego

*Las hojas desnutradas caen lentamente  
al suelo  
tu mano  
es una flauta  
mi voz  
apenas un helado de frutas  
el quejido lejano de un pájaro.  
Por entre las ramas escuchamos  
—sin decir nada—  
el grito del botero  
que cruza el lago con los restos mortuorios  
del cacique.  
Después,  
después el fuego  
que barre todos los despojos.*

# Contra la muerte

abiertos

*Tiras tu piedra a la hora justa,*  
*el vidrio salta*  
*y llena el pavimento*  
*de avispas bulliciosas.*  
*Si fuera posible, piensas,*  
*mirando el agua con que han lavado*  
*la sangre por las calles,*  
*si fuera posible que la muerte*  
*huya en su potro colorado*  
*y después nada sino*  
*los globos de colores en la plaza*  
*meciéndose en el viento.*

# Nacimiento en el sobaco

*Te cuesta meter la cabeza  
 en la botella,  
 te cuesta  
 entrar por el ojo de la aguja,  
 y que la aguja se agrande  
 como el vientre  
 otra vez azulado de tu madre,  
 y que la botella flote  
 suavemente sobre las ondas,  
 y llegue a ti el pez-salvador  
 y se la trague.  
 Atónito, te quedas, sin siquiera intentarlo,  
 mirando pasar los pájaros oscuros  
 de la tarde.*

## Ciudad domingo

*Baldes de sal*  
*he bebido bajo un árbol,*  
*para limpiar la herida*  
*que se agranda*  
*silenciosa,*  
*mientras, muevo los brazos y piernas*  
*como un atleta,*  
*brinco en el ferrocarril del mediodía,*  
*duermo en un banco trizado del parque,*  
*el policía pasa moviendo las caderas*  
*verdes,*  
*suena el pitazo,*  
*el balón traspasa lado a lado*  
*las redes en el viento.*

# Mientras el sol se suena en el fue sobaco agua

*La arena brilla  
como un espantapájaros  
allá lejos,  
la tierra,  
mi sombrero de paja secándose al sol,  
y al fondo del océano  
un pez azul me hace sombra entre los ojos  
abandonados y silentes.*

*negros  
vinieron a poseer  
en tus poemas  
podridos  
en el agua.*

# El amor que se fue con el agua

*Coronada de huiros y caracoles negros  
 en la altura  
 blanca de una roca te dejaron,  
 llovía sobre el mar,  
 los botes navegaban en la arena  
 contra la corriente,  
 arriba el gris de las olas reflejándose  
 abajo la blancura de tu cuerpo  
 y más abajo el mar  
 lleno de vida tuya palpitando,  
 nadie más, el viento,  
 que todo lo calla,  
 el ruido del agua chocando con el agua,  
 sobre tu podrida cabeza coronada.*

# Pensamientos por el amor que se fue con el agua

*Los barcos, todos han de volver  
trazando eses en el agua,  
las olas bramando y callándose  
una tras otra  
derramándose en espuma  
y si hubo estela de gaviotas  
en tu mano  
no sé qué bandadas de pájaros  
negros  
vinieron a posarse  
en tus pechos  
podridos  
en el agua.*

# Lenguaje

*Y una paloma negra puede ser exactamente  
una paloma negra,  
pero, aquí, en el fondo del abismo  
oscuro de mi caja,  
qué hacer,  
cómo enjaular esas avispas de arena  
que surgen por la boca,  
se estrellan  
en el hueso húmedo de la palabra  
y alcanzan el vuelo las palomas negras  
con escamas de pez salado.*

**Nada.**

# Retrato

*Cojo el pincel y trazo una raya  
sobre la hoja.  
Sonríes por fuera  
abajo  
pasa el agua gritando  
en los peñascos duros de la orilla.  
Cojo el pincel  
y con furia te lo clavo  
entre los senos,  
sin un quejido,  
abres tu boca —llena de abismo—  
y te derrumbas  
como una mancha rojiza, húmeda  
en la tela.*

*pesan las palomas en demandada,  
chillando por los cerros de Santa Clara  
muje el hueso viejo de la montaña,  
nada extraordinario suceda  
el pájaro abaja sobre el agua  
Santa Clara es un valle que no está en los mapas.  
No está en el mapa  
Pero eso no importa de manera  
nada más.*

*Eso es todo, excepto eso,  
el valle angosto de Santa Clara  
es como todos los valles que no están en los mapas.*

# La puerta cerrada afuera el viento

*Los goznes se han ido oxidando  
 con el tiempo  
 las arañas se han dado en fabricar sus nidos  
 en la chapa,  
 el hombre adentro, por un agujero minúsculo  
 de la madera,  
 saca de vez en cuando la nariz  
 para respirar el aire fresco de la mañana  
 que pasa.  
 El tiempo afuera, llenando de musgos  
 las paredes, cantos de grillos que se repiten  
 en la noche,  
 todo duerme adentro por la tardanza del fuego.  
 Desde el bosque, a veces, se escuchan pasos apagados,  
 cascos lejanos de caballos removiendo la hierba,  
 cosas así,  
 como el sol cayendo a plomo sobre los árboles  
 y el viento, siempre el viento,  
 llorando por las ramas.  
 Alguien ha golpeado a la puerta toda la noche,  
 quedan todavía las huellas húmedas en el barro,  
 los golpes remueven los cimientos,  
 se mecen las aldabas,  
 pero la puerta aún permanece cerrada.*

# El angosto valle de Santaclara

## Parábola I

*En el valle angosto de Santaclara  
 hay, en primer lugar, como en todos los valles  
 del mundo, una higuera (triste en invierno y  
 frondosa en el verano)  
 un castaño que se dobla con el ruido del viento,  
 dos vacas siempre pastando en la pradera húmeda  
 del valle de Santaclara,  
 una escuela, un fotógrafo, una princesa  
 y un obispo arruinado.  
 Nada hay de extraordinario en este valle,  
 (si se sigue el camino de las piedras,  
 dicen los aventureros, se llega hasta el mar)  
 pero nadie conoce el mar en Santaclara,  
 el domingo, por la plaza, suena 33 veces la campana,  
 pasan las palomas en desvandada,  
 chillan los pocos chanchos que hay,  
 muje el buey viejo del barbero,  
 nada extraordinario sucede en este valle,  
 el viento suele venir a tocar los techos de las casas,  
 nada más.  
 Santaclara es un pueblo angosto hundido en la montaña.  
 No está en el mapa.  
 Pero eso no quiere decir nada. No está en el mapa,  
 nada más.  
 Eso es todo, excepto eso,  
 el valle angosto de Santaclara  
 es como todos los valles que no están en los mapas.*

# La vida es un círculo abierto que no se cierra nunca

(Parábola II)

*No hay nada que hacer. La vida  
es un círculo  
que no se cierra nunca.*

*Nos agachamos, para no caer desde la altura  
y siempre  
vamos hacia arriba, siempre,  
girando como una polea por el aire.*

*Alguien sopla una caña, surge  
un llanto artificial que clama: "Me voy",  
pero la voz se queda helada.*

*Alguien viene de otro planeta. Se la lleva.  
No hay voz en el mundo,  
sólo el llanto continuo de una caña,  
pero tampoco, es el viento que pasa  
hacia ninguna parte.*

*Y allá nos quedamos nosotros esperando,  
para soplar hacia abajo, siempre  
hacia abajo  
pero nunca sabemos que, la verdad,  
soplamos a lo alto, siempre a lo alto.*

*No hay nada que hacer.  
Somos un círculo perfecto que alguien  
olvidó cerrar en sus extremos y por eso  
pasa el viento  
a través de nuestro cuerpo  
y no nos damos cuenta de nada.*

# Se va el árbol reflejado por el río de rama en rama

José Antonio Plancés  
(Parábola III)

*Hay un río, pasa,  
el árbol no puede cristalizar su signo, la corriente  
lo hace y lo deshace siempre,  
moja el agua cada una de sus ramas, les cubre de verde,  
de amarillo, se llevó una a una sus hojas, después  
una a una sus ramas, por último el tronco grueso  
carcomido hasta el mar,  
convirtió al árbol en cresta de ola cristalina  
lo arrojó en la arena pulido como un anillo  
minúsculo,  
y en el mismo recodo del río nacieron otras raíces,  
otras hojas, otras ramas, siempre  
mirándose en el agua  
que pasa.*

# La luna ya no es una magnolia, conforme ya no es una magnolia

*El hombre llegó a la luna, todos  
 queríamos ver un monstruo helado,  
 un dios, un dios,  
 al menos, para nosotros,  
 pobres abandonados en la tierra,  
 pero las pantallas del televisor mostraban dos pescados  
 flotando en el acuario,  
 la luna ya no es una magnolia, de noche,  
 cuando miramos a la altura,  
 vemos un sitio eriazo, una lágrima colgando  
 contra el fondo de un cuadro, un lienzo blanco,  
 sin dioses,  
 un dios mínimo que fuera, un monstruo helado,  
 pequeño, como un feto,  
 algo.  
 Pero no. Miramos con rencor ese peñasco duro  
 pudriéndose en el aire,  
 colgando de su soledad, como nosotros,  
 ni un pelo más,  
 pobre magnolia deshojada,  
 tan solos tú y yo abandonados en el aire.*

# LOS **N**ARRADORES

*José Antonio Huneus*

## El coronel Gutiérrez había leído a Platón

### I ACTO

#### TRAS LAS HUELLAS DE PLATÓN

Efectivamente, decían, en círculos oficiales, que el coronel Gutiérrez había leído muchísimo a un filósofo griego llamado Platón de Atenas. Murmuraban aquellos ministros y generales, secretarios y consejeros, diplomáticos y barrenderos, que el pobre coronel —pobre en un sentido irónico, pues era un hecho cierto que don Gutiérrez no moría de hambre— era un analfabeto, un autodidacta a medias, un miserable vanidoso surgido de lo más bajo: de eso que llaman “pueblo”.

—¡Habrase visto! —exclamaba a menudo el senador Gonzaga—. ¡Habrase visto! ¡Aureliano... el pobre Aureliano Gutiérrez leyendo a ese tal Platón! Pues yo no me la trago: hoy en día, en América por supuesto, nadie lee a Platón y menos, como es de esperarse, va a leerlo nuestro pobre coronel iletrado.

Así será —le respondía irremediabilmente el secretario de la cancillería don Sebastián de Ochoa.

Y sin embargo, a pesar de todos los prejuicios, era un hecho cierto, que en el fondo todos sabían, que Aureliano Gutiérrez leía, religiosamente todo do-

mingo, diez o doce páginas de Platón de Atenas. El filósofo helénico lo cautivaba por todos los lados: la concepción del hombre, el mundo de las ideas, la fluidez de la vida, el Estado ideal y, sobre todo, la figura del sabio.

“Una tiranía del sabio —pensaba Gutiérrez—, qué bello sería. Todo el Estado convergiendo hacia un solo hombre, pero un hombre absolutamente confiable debido a su probada sabiduría. ¡Magistral! ¡Hermoso! Qué más podemos pedir; se acabarían los malos gobiernos, la República avanzaría a pasos agigantados, el mundo llegaría entonces a una completa felicidad. El sabio... ¡ésa es la figura central! ¡el arquetipo! Lo necesitamos, el mundo requiere de él. Que venga pues la ascesis, que nazca el sabio y que reine la felicidad”.

A lo que, calladamente, su subconsciente respondía: “El sabio? Yo soy el sabio, yo gobernaré y todos viviremos en la más completa felicidad”.

Pero la utopía gutierreana acaba al día siguiente. A las siete de la mañana, el bravo militar se presentaba en el cuartel para ver desfilar a los conscriptos. Este era su espectáculo favorito: la parada, el desfile de hombres jóvenes, con el pelo cortado al rape y que marchaban con el fusil al hombro y el pecho salido. El coronel gozaba: ése era su orgasmo diario, sin el cual no podía vivir. ¡Ver marchar a los jóvenes reclutas! ¡Qué bello era! Ahí estaba el destino de la nación, ahí mismo, en los pechos de esos briosos paladines que no vacilarían un instante en derramar su sangre por el bien de la patria. Aureliano lloraba de emoción. Mientras en una mala formación, que hubiese exasperado a un prusiano medio, desfilaban las tropas ante sus embobados ojos, don Aureliano Gutiérrez imaginaba épicas batallas, totalmente quiméricas por supuesto, en que cien de sus muchachos derrotaban heroicamente a enormes masas enemigas para morir después, sosteniendo en sus manos la intachable bandera de la Patria. Qué hermoso, qué hermoso... ¡qué hermoso! se repetía el coronel para agregar después, proféticamente, que “en el ejército está todo el destino de nuestra civilización”. Pero inmediatamente añadía: “No, me corrijo: en el ejército y en el sabio de corte platónico está el futuro de la cultura. Estos dos son los verdaderos motores que han de dar el impulso necesario para que la historia pueda marchar”.

—¡Quer, dos, tres cuatro! ¡Quer, dos, tres, cuatro! ¡Peelotóón! ¡Media vuelta! ¡Quer, dos, tres, cuatro!

La voz seca y monótona del sargento venía siempre a turbar las meditaciones filosóficas del coronel Gutiérrez. Entonces despertaba bruscamente de su ensueño y tomaba conciencia de la cruda realidad: el ejército, sí el ejército estaba ahí, como siempre magnífico. Era uno de los motores. Pero le faltaba el otro: el sabio, el sabio. ¿Quién podría serlo?, pensaba el coronel. ¿Quién tendría la necesaria estatura moral, espiritual y física como para encarnar a dicho per-

sonaje? Y volvía a despertar: contemplaba, esta vez con mirada hueca, a esa tropa de autómatas, vestidos todos igual, que ejecutaban ciegamente los gritos de un tipejo pequeño, negroide y de gruesos mostachos a quien todos llamaban respetuosamente "el sargento".

—¡Quer, dos, tres, cuatro! ¡Quer, dos, tres, cuatro! ¡Quer...!

El coronel, aburrido ya por la falta de variedad, se levantaba violentamente, se despedía en forma bastante desdeñosa y corría al auto con chofer que lo esperaba a pocos metros de distancia.

—¡Pronto, a mi casa!

Y pronto llegaba a su casa. Corría como un endemoniado a su biblioteca y cerraba, con doble seguro, la puerta del cuarto. Luego tomaba el periódico, encendía el noticiario matinal de la radio y tomaba asiento en su sillón favorito. Entonces suspiraba lánguidamente y decía, con tono infantil: "Ahora yo voy a oír las noticias". Y, pues, las oía. Todas las mañanas era lo mismo: en lo nacional, problemas y más problemas, de toda índole: políticos, sociales, económicos. Un muerto en provincia, dos estudiantes arrestados, un cabo en estado de emergencia. Luego venía el concierto internacional aunque no, antes de eso el locutor leía intachablemente todo lo referente a lo deportivo. Gutiérrez lo escuchaba medianamente, ahora bostezaba. ¿Y el exterior? Como siempre: la guerra de Vietnam. Gutiérrez oía esto con sumo cuidado; le interesaban, sobremanera, las operaciones mismas y era una de sus entretenimientos favoritas criticar luego, gracias a sus estudios de estrategia, los errores tácticos cometidos tanto por los norteamericanos como por los malvados comunistas. Luego venían otras noticias de menor importancia: el coronel alejaba su atención de la radio para concentrarse en el diario, que leía con bastante rapidez.

De pronto, todo terminaba; las noticias paraban para dejarle el paso a otro locutor, de voz más estudiada, que decía con un exceso de refinamiento:

—En la primera parte del concierto matinal, escucharemos el Cuarteto en Re Mayor, Segundo Cuarteto Prusiano K. 589, de Wolfgang Amadeus Mozart. Interpreta el Cuarteto Budapest formado por..., primer violín, Hans...

El coronel frunció el entrecejo; Cuarteto en Re Mayor de Mozart significaba música clásica y a él, si bien no podía decir que no le gustaba, hablando francamente le aburría bastante. Pero pensaba para su interior: "es menester que el sabio tenga cultura, maneje el arte y esté sobre los demás". Y pues, decidía dejar a Mozart. Pero era curioso, esta mañana, algo en dicho cuarteto le sonaba diferente y, lo que era de mayor importancia, mejor. Encontraba la música mucho más bella y no sabía por qué pues, en apariencia, sonaba exactamente igual.

A las tres de la tarde, el ilustre coronel se iluminó y pudo comprender la razón del por qué le había gustado tanto la música de aquella mañana:

—Es claro, se dijo, el cuarteto se llamaba Segundo Cuarteto Prusiano. Por eso funcionaba tan bien, expresaba tanto orden. Indudablemente, Mozart es un genio.

Mas, antes de que esto ocurriera, recién terminado de ojear el periódico, el coronel Gutiérrez entraba en la actividad más importante de su mañana: leer Platón. Con sumo cuidado, se dirigía a uno de los estantes de su biblioteca de gruesos volúmenes empastados en cuero café o rojo. Entonces, tomaba en sus manos, como si fuera una gema de oro, uno de los tomos de su colección de las Obras Completas de Platón de Atenas, con versión castellana, prólogo, estudio crítico y notas de..., doctor en filosofía clásica de la Universidad de Salamanca, traductor además de las obras completas de Aristóteles, Tucídides y Eurípides, autor del manual, en diez tomos, de gramática Hispano-Griego, de un Diccionario Enciclopédico referente a la cultura Griega, de un estudio comparativo entre las culturas helénica y latina y, del breve ensayo crítico acerca del alzamiento de los comuneros de la ciudad de Cuenca ocurrido el día 23 de febrero de 1582 a las diez y cinco minutos antes de meridiano. Cogía Gutiérrez, con gran cuidado, el tomo de Platón —generalmente tratábase de *La República*— y con serenidad religiosa se sentaba para empezar a leerlo, más bien dicho, a releerlo. Y en este instante, ocurría todas las mañanas el mismo fenómeno: Gutiérrez leía, digamos en cinco minutos, una página del filósofo para meditar, inmediatamente media hora sobre la misma, aunque después se perdía en sus divagaciones favoritas: el sabio platónico. Así pues, la lectura del filósofo terminaba siempre a años luz.

Y esto era el esquema del quehacer histórico de don Aureliano Gutiérrez, coronel de línea del glorioso ejército de la Patria. Todas las mañanas ocurría lo mismo: a las siete en el cuartel, inmediatamente en sus meditaciones trascendentales sobre la misión doble sabio-ejército; poco después, su decepción ante la agria voz del sargento y su veloz ida a la biblioteca; en seguida con una precisión matemática, escuchar la radio, leer el periódico, leer Platón y meditar nuevamente sobre los profundos pensamientos del filósofo, claro está, que según las interpretaciones que les diera el bravo hombre de armas.

El coronel Gutiérrez se desangraba lentamente en la monotonía de su existencia. Le faltaba a su vida, puesto que era militar, precisamente la acción. Su obsesiva lectura filosófica lo frustraba más al ver la facilidad suya comparada con los grandiosos destinos de las creaciones ideales de los filósofos. Y entonces el coronel Gutiérrez, imbuido como estaba del pensamiento platónico, se iluminaba; meditaba que por qué no habría de ser él el héroe ya que tanto le obsesionaba. Construía castillos en el aire sobre su hipotético gobierno, pensaba, reflexionaba sobre la encarnación suya en la idea platónica. Era un hecho cierto que la nación requería de un renacer, del advenimiento de un Mesías,

de un héroe, de un sabio en otras palabras. Gutiérrez lo comprendía, y comprendía también la misión histórica que el Destino le había encargado. Entonces sentía cómo su cuerpo se llenaba de luz y cómo su mente dejaba de ser racional para perderse en las delicias de un estado que no era. Perdía la identidad del espacio y del tiempo y gritaba proféticamente: "¡Soy una porción del infinito!". Mas luego el éxtasis pasaba, y Gutiérrez caía en un abatimiento atroz para pensar, aunque no lo decía: "No soy una porción del infinito".

No obstante, cuando las campanas de la iglesia vecina sonaban grandiosamente, la luz volvía a entrar en los ojos del coronel de ejército Aureliano Gutiérrez, héroe de la jornada de San Quasimodo con cinco condecoraciones, en que cien reclutas inexpertos a las órdenes de dos jóvenes oficiales —él era uno— habían reprimido con todo éxito una peligrosa revuelta que había surgido entre los mineros del Norte.

Aureliano Gutiérrez, pues, volvía a vivir o, más bien, a querer vivir. El coronel Gutiérrez esperaba la ascesis.

•  
•            •  
II ACTO

LA CONSPIRACION

Negros nubarrones se alzaban sobre el futuro incierto de la nación. Los problemas, de toda índole, la azotaban a diario y el caos se había transformado en la forma más común del devenir nacional. El ruido sordo de la metralleta y los roncós bufidos de los tanques sobre el pavimento eran la música corriente del ciudadano de la capital. Las sirenas aullaban, el toque de queda era inevitable en las noches y la gente se desangraba en las calles a falta de hospitales disponibles. El caos era completo. Todo esto, y mucho más, era escuchado pacientemente todas las mañanas por un coronel de ejército de mediana estatura, tez relativamente blanquecina, grandes bigotes negros y un par de ojillos, a veces vivos, otras, muertos. El susodicho coronel de ejército, con cinco condecoraciones, pensaba todas las mañanas tras escuchar las nuevas:

"Ha llegado la hora".

En la mansión del coronel Peralta se reunieron, en aquella nublada mañana, doce hombres: ocho de uniforme y cuatro de civil. A la luz de débiles bujías, con las cortinas cerradas, se miraron los representantes de la "intelligentzia" del país: los altos jefes de las Fuerzas Armadas, algunos parlamentarios y un miembro de la Embajada Norteamericana. Adoptando un porte fingido de típico conspirador, el coronel Peralta se puso de pie y exclamó con voz solemne:

—¡Ahora o nunca!

—¡Siiii! —respondieron a coro los demás.

El país —continuó solemnemente el anfitrión— ha llegado a un lamentable estado de cosas. Estamos, señores, al borde de la guerra civil y esto no puede seguir así. Hay que reorganizarlo todo de nuevo, empezar de cero y poner en marcha los motores una vez más. ¡Se requiere del orden, mis estimados camaradas!

—¡Siiii! ¡Se requiere del orden!

—Pero existe un problema fundamental —continuó Peralta que se había asignado, gratuitamente, el derecho de líder— que es precisamente la falta de una figura que ocupe la más alta magistratura. Por razones bien concretas, que todos ustedes conocen, no podemos ser ninguno de nosotros. La envidia nos corroería y es sólo en un grupo compacto como funcionamos bien. Recuerden ustedes el lamentable caso de "San Ambrosio", hace ya diez años; recuerden ustedes el fracaso de ese bien planeado intento, justamente por la misma razón de que ahora los prevengo. Se requiere pues de un figurón y no importa que sea manejado detrás de la cortina. Ese no será su papel ya que, como mera figura decorativa, su deber será exclusivamente el de figurar y no gobernar. Proclamo, estimados camaradas, como el individuo más apropiado al coronel Aureliano Gutiérrez, que todos ustedes conocen.

Y de pronto, se alzó un murmullo concreto.

—¿Gutiérrez? —exclamó uno. —¿Ese pobre loco que se dedica a leer a no se qué filósofo? ¿Gutiérrez como dictador? ¡Está usted loco, coronel Peralta!

—Al contrario —respondió rápidamente otro— el coronel Gutiérrez es el hombre preciso: sin ser inteligente tampoco es tonto, es idolatrado por el ejército, es héroe nacional, héroe de la jornada de San Quasimodo, pertenece al pueblo por nacimiento y, encima de todo, tiene cultura bastante avanzada.

—¿Cultura avanzada? ¡Está usted loco! Ese pobre hombre, fuera de leer idioteces y creerse un genio marcado por el destino para variar el mundo, no tiene idea de nada. Es un pobre tocado. ¡No vale nada!

—Pero comprendan señores —gritó exasperado el coronel Peralta ante el barullo— el nombramiento del coronel Gutiérrez es puramente nominal: su papel, como ya lo dije, será únicamente el de la figuración, el de hombre simbólico. Nosotros, este grupo aquí reunido, seremos los encargados de gobernar el país. Por lo demás, estimados camaradas, es preferible que esta figura esté encarnada por un pobre loco que se cree Platón y que, por consiguiente, no es peligroso, antes que por un ambicioso que en cualquier instante nos manda decapitar a todos y se transforma en un tirano absoluto con las consecuentes maldades para el país. Además, y esto es fundamentalísimo, tengo la certeza de que sólo a Gutiérrez le seguirá incondicionalmente nuestro ejército. Recuerden

ustedes que las tropas lo idolatran y que obedecen ciegamente sus órdenes. Es como el símbolo del soldado raso. En cambio, a nosotros, quién sabe lo que nos podría pasar. Piénselo bien, señores, y verán que mi teoría es correcta. Vuelvo, por lo tanto, a proclamar al coronel don Aureliano Gutiérrez como jefe nominal del Movimiento de Renovación Nacional (MRN).

Hubo un silencio, en cierto modo fingido, pero que luego desembocó, aunque sin mayor euforia, en una contestación afirmativa a la aseveración del coronel Peralta. Habló entonces, Mr. Willkies, de la embajada de EE. UU.

—Mi gobierno se compromete ante cualquier circunstancia a prestar su apoyo, tanto moral como material, al Movimiento de Renovación Nacional, encabezado por el coronel Gutiérrez, en su afán por mejorar los destinos de la nación. Brindo pues por la nueva era de vuestra nación, a la par que por toda la América Latina.

—¡¡¡Sea!!! —contestaron uniformemente los miembros de la "intelligentzia", los arquitectos de la era pronta a iniciarse.

### III ACTO

#### EL SABIO ENCARNADO

"...nuy a menudo, el corazón del hombre permanece dormido, como una siemiente que estuviera envuelta en incerte cáscara. hasta que un día llega su hora...".

HÖLDERLIN.

A las pocas horas de aquella reunión fundamental, entraban en la mansión victoriana que ocupaba el coronel Gutiérrez, cuatro hombres encabezados por el animoso coronel Peralta. Se introdujeron en la casa sin hacer el menor ruido hasta golpear decididamente la puerta de la biblioteca. Como nadie respondiera sencillamente, abrieron o, más bien forzaron, la puerta para encontrarse con el coronel Gutiérrez quien, en su sillón favorito con *La República* en la mano, estaba en medio de uno de sus comunes éxtasis.

—...Este... Aureliano... don Aureliano... susurró suavemente Peralta.

—¡Soy una porción del infinito! —contestó furibundamente Gutiérrez.

—Sf..., si lo sabemos, coronel —volvió a susurrar Peralta—, ...pero si a usted no le molestara, claro está, queremos... si es posible... hablar unas palabras con usted.

—¿Qué es lo que saben? —preguntó brutalmente el coronel como despertando de su sueño.

—Que... que usted es... que usted es una porción del infinito.

—¿Yo? Ja, ja, ja. No me lo digas, Peralta, me da mucha risa... ja, ja, ja. Y bueno, concretizándonos, ¿qué es lo que quieren de mí?

—Que asuma usted la jefatura del Movimiento de Renovación Nacional para derrocar al actual gobierno e iniciar uno nuevo, totalmente nuevo.

—Es decir, una tiranía, una tiranía del sabio.

—Exactamente. Eso. Eso es.

—¡Imposible!

—¿Cómo dice usted?

—¡Imposible!

—¿Y por qué?

—Pues que mientras el sabio no exista realmente es imposible construir el gobierno del sabio, puesto que éste no existe, y para dicho gobierno debe existir necesariamente. ¿Me entiende usted, coronel?

—Sí, coronel, pero es que creíamos que usted podría desempeñar ese papel. Mal que mal, hablando francamente, es usted el más instruido de nosotros y el que mejor podría gobernar.

—Imposible: yo no soy el sabio. Ojalá lo fuera, pero, desafortunadamente, no lo soy, aunque me gustaría serlo. Así que lo siento. Tengan buen día, caballeros.

—Espere un momento, coronel. Una última pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que usted necesita para llegar a ser sabio?

—Pues la ascesis, aquel estado de elevación que me llevará al mundo de las ideas para de ahí, una vez elevado e iluminado, bajar a la tierra como sabio e iniciar mi gobierno. Pero me falta ese eslabón fundamental: la ascesis, aquella muerte mística por medio de la cual el sabio llega a ser sabio.

—¿Y si usted tuviera la ascesis accedería a gobernarnos?

—Naturalmente, no lo dudaría dos veces. Para serle totalmente franco, la he esperado toda mi vida.

—Muchas gracias, pues estimado coronel y esperamos que reconsidere nuestra proposición por su propio bien y el de la nación entera.

Salieron los cuatro hombres con los rostros alargados por la ira contenida. Mas apenas estuvieron algunos pasos lejos de la biblioteca, Peralta, siempre Peralta, les susurró:

—Shhhhhhh. No todo está perdido. Hay que intentarlo una vez más... recuerden que el tipo es loco y constantemente se cree el sabio platónico. Tenemos que aprovecharlo en ese instante.

—¿Y cómo? ¿cómo hacerle creer que es el sabio platónico?

—Pues haciendo que tenga la ascesis, que vuele a los cielos y que se encarne

el sabio en él. Lo necesitamos urgentemente; por razones de Estado, él es el único que se puede hacer cargo del gobierno. La tropa lo sigue sólo a él.

—Sí, correcto. Pero, ¿cómo crearle la ascesis?

—¡Qué se yo! Emborrachándolo o dándole marihuana. Pero es necesario que la tenga y que la tenga ahora. Shhhhh..., escuchen...

—¡Soy una porción del infinito! —se oía gritar a Gutiérrez a través de las paredes.

—Ahora. Ahora —exclamó Peralta—, corran a un almacén o a cualquier lado y traigan una bebida fuerte o una droga o lo que sea, pero rápido, antes que sea demasiado tarde. Yo me encargaré, mientras tanto, de seguirle el juego. Vayan, pronto, pronto.

Y los tres hombres salieron corriendo mientras Peralta entraba sigilosamente a la biblioteca donde estaba el coronel que leía a Platón.

—¡Soy una porción del infinito! —gritaba éste.

—¡Somos una porción del infinito! —le contestó sarcásticamente el otro coronel.

—¿Quééé? ¡Quééééé!

—Que somos, tú y yo, una porción del infinito. Eso es todo.

—¡Jamás! Yo sí, pero tú, pobre mortal, no, no y no!

Los ojos del coronel Aureliano centellaban; sus manos se movían agitadamente y estaba pronto a estallar. El éxtasis había sido, en esta ocasión, violento, muy violento y, si bien no creía ser el sabio, se figuraba ser un enviado del más allá. Estaba totalmente poseído, sus demonios lo habían dominado y el tipo estaba pronto a explotar, sin importarle un comino las consecuencias que podría acarrear su estallido volcánico. Iba ya a cometer alguna barbaridad cuando se abrió de un portazo la puerta y entró corriendo uno de los de la "intelligentzia" trayendo en la mano una pipa y una bolsita de hojas verdes. Afuera, en las calles, en el centro de la capital, se oía el ruido monótono de la metrallera, las explosiones de granadas y molotovs y el avanzar apagado de las orugas de los tanques del ejército; indudablemente que ya había estallado el motín... se iniciaba la guerrilla callejera. Peralta, temiendo que algo ocurriera, tomó la pipa y se la ofreció al coronel mientras decía jadeante:

—No... no sé, ...no sé bien lo que pueda ser... lo encontré... lo encontré en el cuarto del chofer, pero no se lo que es; ...parece ...parece cañamo o algo parecido. Uff... y ...y casi me matan... el balceo está fuerte...

—Ya no importa lo que sea ahora... total, algo tendrá que ser.

Y encendiéndola, se la ofreció al coronel, de una manera muy cortés, mientras el hombre de armas seguía balbuceando cosas para sí.

—Tome, coronel, esto, esto lo calmará, lo tranquilizará. Está usted muy agitado, señor; absorba..., absorba usted un poco de esto. Le hará bien.

—Gracias, muchas graciaas... —contestaba el militar mientras empezaba a aspirar lo que le habían ofrecido.

—Ahhhhh... —suspiraba— ahhhhh..., ya siento..., ya siento que me elevo. ¡La ascesis! sí... ¡la ascesis!... yaaah... ya está, me empiezo a elevar, floto, floto en el aire... siento que ya no soy... la ascesis... la ascesis... ahhhhh, me elevo, me ilumino... el tiempo ya no existe, el espacio tampoco... todo es uno que se manifiesta de diversas maneras... todo es todo, es un todo... pertenezco a ese todo aunque... ya no soy yo... me elevo, ..... ahhhhhhhhhhhhhh .....  
 ¡Ay, las ideas!... ¡el mundo de las ideas!... trasciendo... muero... salgo de mi cuerpo... soy alma, nada más que alma... soy... soy yo... existo... vivo... ascesis... ascesis... ascesis ..... me he encarnado de nuevo... ¡Soy el sabio! ¡Platón, escucha, el sabio vive! ¡Soy yo! ¡El sabio... la ascesis! ¡Yo soy el sabio .....!

De una patada la puerta fue abierta y penetraron por ella dos hombres armados de sendas metralletas.

—¡Huevón! —gritó uno de ellos, mientras el otro oprimía el gatillo y las balas fueron penetrando en los cuerpos de los miembros de la "intelligentzia". El coronel de infantería, don Aureliano Gutiérrez, héroe de San Quasimodo, quedó tendido en el suelo, sin vida. El sabio platónico encarnado murió con quince balas dentro y la Utopía se desvaneció en los sueños.

# LOS **N**ARRADORES

*Raúl Renard Howland*

## Nada más que el viento

En el camino del puerto, a pesar de la distancia, se alcanza a ver la casa del anciano Finesferax, guardavías de la entrada del desierto; a esa misma altura, en el camino de la playa, la tienda del Contrabandista, las tres palmeras y las primeras rocas; en el camino del puerto, la villa de recreo del ministro japonés; en una vuelta del camino de la playa, kilómetro 537, la piedra que sale al encuentro del viajero, de aspecto sobrenatural, en apariencia dispuesta a detener, si se decide a abrir los brazos, tanto el avance del mar como el de los automóviles, y, según de donde es vista, es gris, verde, rosada, malva y azul; los trenes siguen la ruta del puerto; los automóviles, el camino de la playa. Todo esto lo va observando progresivamente el recién llegado, a medida que avanza por una galería que domina el litoral; desde un refugio casi inaccesible, como los que surgen de la nieve de los Alpes; desde la casa en que se encuentra hace apenas un segundo, como inesperado visitante; desde la casa a la que ha llegado caminando por la costa; tal vez porque esta casa de dos pisos, de tan sencilla arquitectura, tan blanca, es la primera en dar la bienvenida al llegar a la ciudad.

Es la casa que se divisa desde el tren, que siempre seduce al viajero; más bien presentida, al fondo de un acantilado, que vista realmente en instante tan breve,

en tan rápida visión, mientras pasa el expreso; pero que basta para que se grabe permanentemente en la memoria: vagamente, al principio; destacándose, luego, con mayor nitidez, por más que transcurran los años, por encima de un horizonte cada vez más azul. Ya puede arreciar el oleaje contra sus muros, a medida que transcurre el tiempo, en sucesivas embestidas, hasta hacerse ensordecedor: la blanca casa de ahora en adelante habitada solamente por fantasmas, tan singulares como imaginarios, volverá a surgir intacta, una y mil veces, como por encanto, de entre el encaje de una espuma cada vez más milagrosa.

Por medio del periódico que se olvida en el tren, sin prestarle mayor atención durante el viaje, sabríamos ahora que esa casa es "la hostería más apropiada para pasar las vacaciones, pues a precios realmente irrisorios le ofrece al veraneante abundante comida, con toda clase de pescados y mariscos, habitaciones confortables con las más hermosas vistas y las mejores playas para su recreo".

A veces esta casa, en las inmediaciones de los puertos, es el lujoso garito clandestino que regenta un caballero en traje de etiqueta, de finos modales, blancas patillas y acento extranjero —ya que habría pasado gran parte de su vida en el exterior, sirviendo a su país en el servicio consular— y que además, ahora, aun le sobra el tiempo para jugar al contrabando, a la trata de blancas y al tráfico de drogas; pero que todo el mundo sabe a voces que es el último eslabón de una larga cadena, que parte nada menos que del Presidente de la República, y que por esto mismo, como es natural, se siente rodeado por el respeto, la admiración, la estimación, y la consideración de todo el mundo.

Otras veces, por el contrario, y por idénticas ventajas estratégicas, son agentes secretos de la policía, de la aduana y del servicio de guardacostas, los que establecen aquí su cuartel general, lejos de curiosos y de miradas indiscretas, para repararse con cacos y ladrones, periódicamente, los valiosos botines de sus fecharías por mar y tierra, culminando estas alegres reuniones en las más estruendosas orgías y francachelas.

Pero de todos estos casos, indudablemente, su más noble finalidad se ve cumplida cuando le sirve de refugios al anciano navegante, casi ciego y tembloroso, que ya no puede dar dos pasos, vacilando, por la casa, sin que vuelva a creer que otra vez empieza a desatarse uno de los peores temporales de que tenga memoria; vacilará, apoyado en su bastón, tratando de mirar a través de una ventana, pero sin ver más que sombras, que confundirá con los primeros nubarrones de la tempestad que se avecina; y si el piso sigue descendiendo y levantándose, a iguales intervalos, creará encontrarse, como siempre lo ha estado, en posición de firme, en pleno océano.

Puede darse también la circunstancia de que esta casa permanezca cerrada, clausurada por sus dueños desde hace mucho tiempo, pero en ocasiones se ha

creído ver, a través de sus ventanas, que alguien se pasea en su interior: morador solitario de la casa misteriosa, de éste o del otro mundo, sobreviviente o desaparecido de algún sonado naufragio, o que de algún modo esté relacionado, por otros intereses, con los negocios del mar.

No podría entonces extrañar que esta casa esté habitada por fantasmas, por un capitán de buque, por ejemplo, desaparecido hace muchos años. Por un capitán inglés de apellido Hasmins, pongamos por caso. Digamos mejor, para ser más precisos, que su apellido podría ser Hasmins, y su nombre, John Oliver, como suelen llamarse muchos otros ingleses, muchos otros capitanes de buque. Quedamos entonces en que ése es el nombre: John Oliver Hasmins, el que está inscrito en la etiqueta —que en una tienda indicaría el precio de su informe— pero que aquí sirve, adherida a una de las solapas del maniquí que representa al capitán, para dar a conocer sus datos biográficos en una breve reseña. No debe olvidarse que esta casa, y no sólo esta casa, sino toda la ciudad o las ciudades en las cuales el forastero estuvo de paso, estarán sólo habitadas, en adelante, por recuerdos, tan singulares como significativos, solamente los indispensables para hacer una incursión en el pasado. La etiqueta explica, además, que el capitán vive aquí en compañía de una sobrina, llamada Alicia, y de Kalaffa, su mujer, una mulata, y que era hasta hace poco, en los escenarios, la bailarina más esbelta de los puertos del Mar Rojo. (Momentáneamente, por ahora, retirada de la escena).

Se supone que el capitán, hace algunos años —se supone, porque hasta ahora no lo ha visto nadie— se supone que el capitán, hace algunos años, llegó a la ciudad procedente de Bristol, cuando recién entró a servir en la Trans-Asiatic-Line, que posee líneas de vapores para todo el Medio Oriente, y también, más allá aún, por el Canal de Suez, hasta el Océano Indico y el Mar del Japón. Se dice, además, que el capitán Hasmins es de sobra conocido y popular en todos los puertos donde recala su barco, desde el Cercano hasta el Lejano Oriente, para seguir hablando de él. Se dice, en suma, que es un viejo marino bonachón y jovial y a quién aprecia todo el mundo.

De todos modos, exista o no el personaje, lo cierto es que la casa donde se supone reside, edificada sobre las rocas, se impone siempre a las miradas del viajero, desde lejos, dominando el horizonte, como un faro.

La galería de vidrios del segundo piso, suspendida sobre las aguas, es una especie de puesto de vigilancia para seguir el curso tenebroso de las tempestades, o bien, en períodos de calma, el deslizamiento azulmarino de los días, la marcha apacible de las nubes, las gaviotas y las embarcaciones. Desde esta galería puede verse todo el barrio del muelle, los buques anclados en la bahía y alta mar. Es ésta la galería donde cualquier viajero, al bajar a tierra, tendrá la ilusión de seguir navegando. Mas estas travesías, llevadas a efecto sin salir de casa, y que en

apariciencia son los viajes en que podría disfrutarse de mayor tranquilidad —en compañía de Kalaffa, la pérfida mulata, y de la dulce Alicia, la sobrina procedente de la lejana Inglaterra— presentan, en realidad, más peligros que el Caribe. Es ésta la galería donde se dice que el capitán, en los días de fiesta, recibe a viejos amigos —casi todos navegantes— que por proceder de puntos cardinales tan distintos como remotos: su sola concurrencia a estas reuniones seguiría siendo un misterio, si no fuera porque esta puntualidad para acudir a su llamado —poderoso llamado de ultramar —no se justificara luego al traducirse en veladas inolvidables, porque aquí se disfruta de brisas tan ligeras como en cubierta, y porque mientras el ron, o el gin, o el whisky, servido por el mismo capitán, en vaso grande, vuelve a animar las conversaciones: siempre vuelven a encenderse los más gratos, los más viejos recuerdos.

Esta vez, las mecedoras de bambú siguen alineadas frente al mar, desocupadas, y nadie sigue con la vista la movediza sombra que proyectan las palmeras sobre los biombos.

Los biombos, frente a cada puerta, distribuidos especialmente así por Kalaffa, a lo largo de la galería, disimulan la entrada y la salida de las habitaciones. Sin embargo, nada justifica esta precaución, ya que semejante laberinto no hace más que entorpecer los pasos más tranquilos y pacíficos del mundo, como son los pasos, pacíficos y tranquilos, de los moradores de la casa. En efecto, ninguna ventana les ofrece, ni siquiera para sustraerse a miradas indiscretas, puesto que las visitas, al entrar a casa, no tienen acceso a esta galería. Ni para poder huir a tiempo, en caso de peligro, pues ninguno de ellos pertenecen a alguna banda de criminales que podría haber jurado eliminarlo, por desertar de sus filas; o por ser un pájaro de cuentas que anda buscando la policía; o por no seguir la línea política que le ha fijado su partido. No. Sin ninguna razón de ser; ni aun desde el punto de vista del decorado, pues al suprimirse esta especie de muralla china, no sólo ganaría todo el ambiente, en general, de mayor profundidad y más hermosa perspectiva, sino que todo el conjunto dispondría de mejor vista, aireación y luminosidad. Y es que estos biombos sólo le sirven a la dueña de casa para recordar, con secreta alegría, y como si estuviera hojeando un álbum, las escenas sucesivas de un pasado reciente, en las que tuvo a cargo el papel principal: pues cada vez que mira estos biombos con divertidos ojos, logra evocar la distribución de otros biombos, mucho más extravagantes, en el largo pasadizo de otra casa, de una lejana ciudad, donde fuera complaciente cortesana por una corta temporada. De todo eso, ahora, ni rastros. La casa desierta, aparentemente.

Nadie.

Así es que el sirviente japonés, que aparece con unas orquídeas donde reluce la tarjeta del Sr. X., al no encontrar a nadie en la galería, se desliza a las habita-

ciones de Kalaffa. (El capitán, a estas horas, debe encontrarse navegando en los mares de la China). Alicia después de almuerzo, acostumbra recostarse en una de estas mecedoras para emprender otra vez el viaje a través del espejo —como la otra Alicia, la del País de las Maravillas— pero aun no se siente con fuerzas para retirarse de la mesa. Hace calor... No obstante, otro capitán, que ha penetrado a la casa, como se ha visto, sin que nadie lo advirtiera, ya ha dado órdenes, desde esta galería, para que su tripulación invisible leve ancla, porque esta galería es el puente de mando del buque de los sueños...

\*

Así que no es extraño oír voces lejanas, pasos leves, ruidos. Un ruido semejante a las pisadas de los ciervos sobre la hojarasca de la floresta; ruido insistente de arena dispersada por el viento; paso de mujer descalza sobre una alfombra, que va y viene, desvestiéndose, en el cuarto vecino; zumbido de abeja; murmullo creciente de moscas que emprenden la retirada cuando el viento se presenta en los basurales. Ola, zumbido o pasos, el ruido misterioso sigue interrumpiendo el sueño de la siesta, o tal vez, sólo se cierne sobre los durmientes, porque no se logra discernir en qué parte de la casa están andando, o en que confín de la playa retumba el oleaje.

Puede ser que no suceda nada.

Es lo que está pensando Jan Czervaks.

Un crujido de la madera basta al sueño para transmitirnos el pensamiento de los muebles, las conversaciones de las plantas, la respiración regular de unos invisibles animales domésticos. A veces, más bien, es el zumbido de un motor lo que se aproxima.

Cuando se descubre el origen del ruido —un automóvil que se acerca a la ciudad, procedente del Sahara— se desvanece la escena de los ciervos, las abejas, los espíritus y la mujer que se desnuda, saltando de flor en flor, sobre el estanque de la alfombra.

Ya no se divisa más que una larga cinta gris, semejante a la carreterra de la costa, la carretera por donde debe venir el automóvil. Ahora ya es posible ver el mar, las tres palmeras y la tienda del Contrabandista.

Más allá, el kilómetro 537.

Mucho más al sur está el oasis donde vive el sabio Finesferax, a la entrada del desierto.

Es lo que divisa Jan Czervaks, el jefe de los exploradores de la expedición desaparecida, por la ventana de su cuarto, desde el Atlas Hotel, que queda en el

segundo piso del bar S.O.S., no lejos de las oficinas de una gran empresa de aeronavegación.

\*

El viento que sale del mar, estilando, con botas de siete leguas; después de saltar de roca en roca y de arrecife en arrecife; de desenvolver, hasta cubrir el horizonte, la gasa celeste que va hilando la neblina: sólo se detiene ante la piedra misteriosa que se yergue en una vuelta del camino de la playa. Se detiene a abrazar a este Hermano de la Costa para infundirle su aliento poderoso. (Lo cual trae la idea de que luego va a desinflarse, para poder seguir respirando —así como el agua rebalsada, palpitando, en otra escala, va circundando de un halo luminoso a las vasijas; o que cuando el olvido, para encantarlos, infla los zapatos viejos; o que cuando Dios infla los zapallos, montado a caballo de las caldeadas matas). Entonces la piedra toma aspecto de tinaja y de animal.

Tanto es así que, transcurrido un rato, al aparecer por fin el automóvil en la playa, a cien kilómetros por hora, la hermosa veraneante que lo viene dirigiendo confunde a la piedra con un asno. Hasta le ha parecido ver cómo yergue las orejas, sorprendido, al escuchar el ruido del motor. Nada extraño es entonces que, fatalmente, se interponga en la carretera, en unos segundos más, justo cuando ella tenga que girar por esa vuelta del camino a la misma velocidad que viene, porque ya no hay tiempo para detenerse. (Es un automóvil de gran marca, de carrera y de mirada de lagarto, pues posee focos semivelados por cristales verdes, como las antiparras que se usan para ir a la playa). Mientras trata de frenar, erguida frente al volante, en traje de baño, la encantadora desconocida tiene el aire de lo pasajero, lo mismo que la música de su automóvil y que su hermosura apenas entrevista en un instante, de hada voladora y de bestia magnífica. Tanto sus ojos, alargados y oblicuos, como los del automóvil, de pez volador, adquieren mayor brillo y lucidez. No obstante, al acercarse más, la veraneante se encuentra solamente ante una piedra, una piedra más alta que las otras piedras, la gran piedra que se ha incorporado para presidir la asamblea de las rocas, pero que de pronto se ha transformado otra vez en una estatua, recobrando su antigua dignidad, como si recién hubiese sido embalsamada. Alguna descomunal planta marina con que se ha enredado, entre una y otra ola en embestida de las más larga distancia, —dejando en la arena grandes láminas de plata—, apenas deja aun transparentar su personalidad feroz, dulce y misteriosa, al agregarle el atributo de unas barbas enmarañadas y salobres de dios marino y mineral.

A lo largo de un litoral donde se encuentran dioses, a cuyas playas sólo arriban los grande estruendos, siempre existe el peligro de transponer los límites de

un país desconocido. Mientras que a este lado todavía se percibe el desenlace azul del automóvil y el cálido rastro de perfumes de la mujer-golondrina, pasada la frontera invisible se desvanecería la viajera pues su viaje ya no tendría objeto; más allá se pierde al rastro de toda pista o pisada; cualquier pájaro marino que llegara hasta aquí, extraviado, no volvería a ser visto; el viento desaparece; y hasta el clamor de la alta mar embravecida se transmuta en silencio. Así es también como la piedra torna a dormirse en cuanto deja de flotar a su alrededor, para infundirle viviente estremecimiento, una de las más doradas ráfagas de la alta marea.

Al replegarse el oleaje, la roca surge de las aguas, empapada y brillante, luciendo un hermoso color gris, muy parecido al color gris perla de la vestidura de los asnos, y, según se la mire de aquí, al delicado gris verde de la ola o de las calabazas, o de acá, al gris azul del humo, aunque también a veces tiene mucha semejanza con el gris levemente morado de las vasijas donde se guarda el vino. De todos modos, esas largas orejas que aparecen y desaparecen, estirándose al borde de la carretera, son más azules y puntiagudas que las orejas de los asnos, despiden luces como la seda, así es que no podría creerse que pertenece también a la ilusión que ha presentado, en una de las fases de su metamorfosis, el cambiante tono gris. Sin duda que un colorido semejante, animado, en apariencia, por suave y secreto resplandor interno, debe ser el distintivo de un alto personaje mineral. Ahora que no es extraño que en esta costa, la más rosada del Africa y del Asia, suceden cosas extrañas. Esta costa, con extensas zonas de rocas y de acantilados, donde abundan los laberintos, las grutas, las cavernas y los arrecifes de coral, debe estar protegida por un vigía invisible, un genio que vigile cualquier desembarco o expedición que no sea de aparecidos, el aseó de las playas, el crecimiento de las mareas y las floraciones de las nubes, y la preserve del mundo imponiendo silencio, para que nada perturbe su calma, haciendo cumplir el reglamento sobre los ruidos hasta a los caracoles de mar.

Así es que el espíritu de la playa, apresado aún entre los pliegues de su vestidura de piedra, debe haberse estado incorporando, y tal vez se había trasladado por la costa, por medio de sus lentas ondas de color, pesadamente, como un buzo, para ir a interrumpir la siesta de las sirenas, o para ir indiscretamente al sitio donde se bañan a atisbar un hermoso par de senos, cuando se ha presentado de improviso —procedente del Gran Oasis, toda esmaltada en oro por el viejo sol de Egipto— la hermosa veramente que viaja de incógnito, y entonces el genio, volviendo a adoptar su inmovilidad, para no ser sorprendido por espías de este mundo, quizás no ha alcanzado a sustrarse a sus miradas. No ha alcanzado a desvanecerse con su par de orejas de seda —las ondas todavía temblorosas de su sueño: rosadas, grises, verdes y azules— cuando ya ha surgido del desierto

la mirada de los ojos oblicuos. A pesar de todo, al recuperar su estado natural, despidiendo claridades de zafiro, la fugitiva figura de la piedra no debe haber sido vista, porque la cara pintada de la egipcia no ha reflejado sorpresa y el automóvil ha pasado de largo. La hija del desierto deja atrás la vuelta del camino y ya no vuelve a preocuparse, por ahora, de su extraño encuentro. De su fugaz aparición por la costa solitaria, ya no queda más que el rastro fosforescente de un gran pez volador. Es el automóvil que conduce la viajera hacia la ciudad. Huye, volátil y dorada, como las hadas al sentir la proximidad del peligro, y la canción del automóvil de los ojos verdes logra por fin despertar a la piedra, hace caer a su alrededor, como quién desviste a una momia, las últimas vendas de su sueño.

\*

Únicamente el jefe de los exploradores, Jan Czervaks, alza la vista.

Atento solamente a su vaso y su botella, sentado ante su mesa en su propio cuarto —ubicado, como se sabe, en el segundo piso del bar S.O.S.— habitualmente Jan Czervaks no se distrae nunca con lo que sucede frente a su ventana. Por lo demás, frente a su ventana, no es mucho lo que hay que ver, como no sea el final del barrio del muelle, el comienzo del camino de la playa —casi siempre desierto a esta hora— la vuelta del camino entre unas dunas y la piedra de la vuelta del camino. Pero esta vez, de súbito, en vez de alzar el vaso ha alzado la vista y no ha podido dejar de saltar en su asiento y de desparramar el contenido de su vaso. Para armarse de coraje se aferra a su cachimba y se zampa lo que resta en la botella. (Pero bien pronto, al alcance de la mano, descubre más botellas en un estante para libros. Por lo cual, sobre la mesa, rápidamente aparece otra botella).

Únicamente el jefe de los exploradores de la expedición desaparecida, Jan Czervaks, ha descubierto, gracias a su instinto sagaz de cazador, que la gran piedra, desde hace un instante está despierta, y se encuentra ahora como al acecho en una vuelta del camino. A decir verdad, hasta ahora Jan Czervaks no había visto nunca nada semejante, a pesar de sus viajes, grandes viajes, y de sus barbas, sabias barbas. Barbas de viajero y viajes de barbero. Como los viajes y las barbas del que arriba a la Meca, después de largo viaje y con muy poblada barba, para encomendarse al profeta y sus barbas, antes de emprender el viaje de los viajes. Barbas y viajes como los viajes y las barbas de Simbad.

Aunque en estas circunstancias, con muchos grados de alcohol y de calor a la sombra, cualquiera no se sentiría muy seguro de sí mismo, como no ser para dormir, un bravo cazador de leones, por el contrario, no se detiene nunca

—¡ah, eso no!— ni aun ante historias de aparecidos o de duendes, y debe seguir adelante. Es por esto que el gran Czervaks, jefe de exploradores, no se da por vencido.

Más de una vez, en el desierto, lo ha sorprendido un espejismo, llegando a espantarse hasta su camello. En el transcurso de largos viajes en largas caravanas, de regreso del Turquestán o de Persia, o siguiendo las márgenes del alto Nilo, se divisan a veces muy hermosas vistas que se desvanecen con rapidez. Pero ahora debe ser el mismo diablo el que se le aparece con aspecto de piedra. Porque por más que se restriegue los ojos, sin salir de su asombro, la piedra que ha empezado a agitarse en una vuelta del camino, como si despertara a la vida, aún no recupera su inmovilidad, sino que, por el contrario, cada vez adquiere mayor animación, atrayendo su atención hasta dejarlo sin aliento, con pulso irregular, estado de zozobra y aumento de la temperatura. Tan enigmático acontecimiento, sin embargo, lo paraliza sólo a medias, porque a la vez no hace más que despertar su interés por la aventura, ya que Jan Czervaks, además de explorador, tiene grandes aptitudes para la investigación, tanto policial como filosófica. Es así como después de barajar diversas conjeturas para explicarse este fenómeno de un modo natural, llega a la conclusión de que lo mejor en estos casos es acudir al sitio mismo del suceso, sin olvidar la valiosa ayuda de su cachimba. Ni tampoco la carabina y una lupa. Por de prouto, tiene que admitir que está en presencia del *más extraño caso de la historia del misterio*. Pues no atina a comprender cómo es posible que en medio de un sueño tan profundo, cómo es el que puede suponer en una piedra, se produzca un despertar tan imprevisto, o a lo mejor, creyéndose despierto, es el mismo espectador de tan insólito suceso el que se encuentra totalmente dormido, como el dormido-despierto de la ciudad de Bagdad.

Mientras tanto, de todos modos, Jan Czervaks se ha ido incorporando cautelosamente, y lo primero que hace es alcanzar la carabina, colgada a su espalda, en la pared. (Movimiento instintivo del buen cazador, que sabe las que se trae y conoce su oficio). Luego, mientras que con gran sigilo extiende un brazo sobre la mesa y aparta a un lado la segunda botella, ya vacía, para no perder de vista a la piedra encantada, ésta, compitiendo con él en astucia, aprovecha cada instante en que el explorador se restriega los ojos o parpadea, para cambiar de posición o trasladarse de lugar, pues la piedra ha empezado a desprezarse con toda clase de precauciones, a fin de no llamar la atención. Todo esto lo divisa claramente Jan Czervaks. ¡Palmeras! ¡Una pestañeada y puede estar seguro de que ya ha cambiado de sitio! ¡Elefantes! ¡Si estará él seguro de estar viendo lo que ve! ¡Elefantes y palmeras! Ahora resulta que después de tantos viajes —¡va-

pores y ferrocarriles!— se ha estado paseando por Oriente sin ver nada, como un simple camello. O en el mejor de los casos, como un vendedor viajero.

Porque vamos a ver ¿qué experiencia recogida a través de sus viajes, como explorador, le puede dar alguna luz en este caso? ¿A qué especie de animal petrificado o a qué clase de piedras errantes, que padezcan de manía ambulatoria, pertenece el monstruo, mitad piedra, mitad bestia, con que tendrá que habérselas ahora? Hasta hace apenas un instante, después de haber recorrido tanto mundo, de haber vivido tanto, se sentía el hombre más seguro de sí mismo para encararse con cualquiera circunstancia, por difícil que se presentase. Y no es que haya quedado de su parte —con cuarenta años auestas— para indagar y resolver cuanto problema le ha salido al paso —¡ah, eso nó!— con varias vueltas a su haber, de norte a sur, y de este a oeste, alrededor del globo. ¡Sí! ¿Qué vienen a representar, al lado de los suyos, por ejemplo, los viajes de Marco Polo? ¡Nada! Sin embargo, ¿cuál es la ayuda que pueden ofrecerle en este caso? ¡Ninguna! Entonces, nada mejor que destapar otra botella.

Lástima que esta tarde no haya venido el egipcio, Re Akir, a jugar con él la habitual partida de cartas de sobremesa. De buenas ganas se olvida ahora de la agilidad de manos del egipcio para escamotearle las mejores cartas y ganarle siempre todas las partidas, porque no existe en todo el Medio Oriente conocido tahir más tramposo y sinvergüenza, que se sirva de más mañas y artimañas en el juego, que ése ex contramaestre del Alí Babá. Aunque estas reuniones amistosas terminen casi siempre en insultos y reyertas, mientras por la ventana vuelan la baraja, las botellas y los vasos, a Jan Czervaks le placería ahora tener por huésped al egipcio, pues nadie como él podría darle luces en asunto tan oscuro para su entendimiento, ya que a pesar de que se está produciendo a plena luz del día, y debajo de sus barbas, hasta ahora no ha podido aclararlo. Re Akir, como hombre listo, debe estar al tanto de todo misterio que concierna a su país, el país de los misterios. ¡Qué diablo!

Al presentarse en la playa —Acto Primero— la Bella y el Pez Volador, Jan Czervaks no ha perdido detalle de cuanto está ocurriendo en esa lejana vuelta del camino, donde ha podido seguir atentamente, desde hace por lo menos media hora, la extraña conducta de un extraño ser —a pesar de encontrarse a algunos kilómetros de distancia de su punto de observación, desde su propio cuarto, ubicado, como se ha dicho, en el segundo piso del bar S.O.S., pues posee vista de lince, como todo hombre habituado a la vida de la selva.

Jan Czervaks, gran bebedor.

Jan Czervaks, gran cazador.

Jan Czervaks, de nacionalidad desconocida, cuarenta años de edad, un metro

noventa de estatura, por otro nombre *Siete Leguas*, a causa de que en todo tiempo lleva botas.

Ahora bien: al soltársele de las manos la carabina, se escapa un tiro. Asimismo, al abrírsele la boca de asombro, se le cae también la cachimba. Con la boca abierta, *Siete Leguas* termina por quedarse muy perplejo...

—Me ha parecido oír un disparo —dice el barman y levanta instantáneamente su cabeza inteligente, terminada por una barba negra en forma de puñal.

El barman y la mesonera, sorprendidos, se miran de reojo, temiendo una visita de la policía.

—Debe haber sido un portazo —dice, para tranquilizarlo, la mesonera.

—O si no —constesta el barman— ¡los malditos zapateros del tercer piso! ¡Se han pasado veinte años allá arriba, encerrados, y sin ver jamás la luz del sol! ¿Necesitan trabajar tanto esos tres viejos topos para ganarse el pan? ¡Me parece que no! y sin embargo los condenados trabajan hasta de noche. ¡Que el diablo cargue con el ruido que meten y con las endiabladas chancletas que remiendan!

—Número ciento seis —dice la mesonera.

—¡Basta! —exclama el barman.

Ahora, efectivamente, ha sonado un portazo. El barman, visiblemente nervioso, vuelve a prestar atención.

El barman y la mesonera se encuentran en el subterráneo del bar, desenterrando cajas que contienen té (armamentos y explosivos de contrabando) para el general Sun-Wai-Tang.

Arriba, el local está en silencio, sin contar, muy de tarde en tarde, los ruidos del exterior —tranvías o automóviles— cuando se abren las hojas de las puertas de entrada para dar paso a un cliente, pues la sala del bar S.O.S. permanece casi vacía, sin música ni baile, hasta las cuatro de la tarde, más o menos. Después de esa hora, la sala es visitada con mayor frecuencia, y transcurriendo el tiempo ya no vuelve a interrumpirse, sobre el piso del establecimiento, el avance de las botas, de los zapatos y de los zapatitos de color.

Supóngase que el sol se oculta detrás de las tres palmeras que se levantan hacia el oeste, junto a la casa del contrabandista, más allá de la línea del ferrocarril, en el mar. Se encienden en la bahía las primeras luces de los buques. A bordo, mecidas suavemente, aumentan las sombras en color azul, en tanto

que alrededor de las linternas se propaga la diafanidad de las estrellas, en ondas, cada vez mayores, de metálico vuelo. Se abren como rosas las linternas rojas, las linternas amarillas y las anaranjadas, las linternas de mirada verde y las de mirada giratoria, de los faros: blancas, encogedoras, relampagueantes. Re Akir ve acercarse esas luces, las ve luego columpiándose a su lado, las deja atrás, vertiginosamente, y en tanto que otras y otras luces van apareciendo, amarillas, verdes, rojas, avanza a gran velocidad, en dirección al dique, a impartir las últimas órdenes para el turno de la noche.

Repentinamente, allá lejos, en el puerto, en la calle del muelle, se enciende la letra S, después la letra O, y por último la S final. Después, al mismo tiempo, las tres letras se encienden y se apagan, tres veces seguidas, durante tres instantes cortos, durante tres instantes largos, durante tres instantes cortos, y nuevamente empieza a encenderse la letra S...

S.O.S., S.O.S.

—Para el norte, para el sur, para el este y el oeste.

¡A beber, a beber, que el barco va a naufragar!

Es entonces, mucho después de haber sonado las bocinas y las sirenas que ponen término al trabajo diario, cuando la clientela se presenta en gran escala al bar S.O.S., y una especie de corriente de aire hace girar las caras, de un extremo a otro del local, cada vez que alguien entra.

Otras veces, cuando es más temprano, el sol, desde mar adentro alumbra horizontalmente, penetra al bar trazando largas barras que adquieren solidez en el aire denso que circunda a los fumadores; comienza a ejercer dorado dominio sobre personas y cosas, creando una atmósfera de leyenda alrededor de los que llegan de lejanos países.

De vez en cuando, personas conocidas. Saludos.

Saludos, con una sonrisa, de Gloria Streamlet, la actriz, mientras avanza apoyada en el largo mango de su quitasol, por entre las mesas, los espejos y las plantas de la entrada del bar. Saludos, con una sonrisa, para Re Akir el egipcio, ex contramaestre del Alí Babá; para las barbas del jefe de los exploradores; para Bigotes de Foca; para Hos Nak el contrabandista.

Ovación.

Aplausos.

Guiñadas de ojo de Lulú, de Mimí, de la rubia de Honoloulou y de otras alegres muchachas de quienes no se alcanza a oír el nombre, pero que todo el mundo va reconociendo al ir pasando de mano en mano, de mesa en mesa, porque aquí circulan como el dólar o la libra.

Muchas mujeres europeas y de color, muchas pasajeras de primera clase, se pasean todas las tardes por la calle del muelle, repartiendo sonrisas; conocen

todos los secretos del gran laberinto del barrio del puerto, especie de negro paraíso, y el vasto clamor en todo los idiomas de sus transeúntes; y tal vez entran una noche al bar S.O.S. para no salir hasta el amanecer; pero vuelven otra vez a desvanecerse, como las esencias, con el transcurso del tiempo, detrás del largo velo blanco que dejan en el mar o en el aire, los transatlánticos de lujo o los expresos de gran marcha.

De vez en cuando, personas conocidas. Saludos.

¡El regreso del capitán Hasmins!

Después de larga ausencia, otra vez está aquí, y no es que sea su fantasma.

¿Llega del Canadá, de Sudáfrica, de los puertos del Mar Rojo o del Mar de las Antillas? No. Viene directamente de la Isla del Tesoro.

En efecto, trae en triunfo un loro en una mano (regalo para Alicia, la sobrina), el paso contrapesado por dos enormes piñas que sobresalen a cada lado de su amplio gabán (regalo para Kalaffa, la mulata). ¡He aquí que otra vez está de vuelta el capitán del Alf Babá!

Al principio se duda de que pueda ser él; pero al relucir como en sus mejores tiempos su jovial cara de faro, encendida al rojo por el ron, y los risueños guiños de su mirada azulmarina, se desencadenan en la sala infernales zarabandas, truenos y huracanes.

—¡Muchachos, barco a la vista!

—¡Palmeras del Caribe! ¿No es el grumete más viejo y sinvergüenza, deshonra de la marina mercante, el que acaba de entrar, disfrazado de pirata?

—¿Eres tú, vieja foca, o tu fantasma?

—¡Elefantes y palmeras! ¿De qué naufragio sale ahora el astuto lobo malo?

—¿De qué porte era la ola que te botó a la playa?

—¡Vieja foca amaestrada!

—¡Querido puerco marino!

Abrazos. Palmadas en la espalda. Aquí es donde comienza LA CANCIÓN DE LOS GUARDACOSTAS INGLESES:

¿Quién ha hablado de naufragio?

¡Pámpanos y entrepámpanos!

¡Venga música, muchachos!

¡Mujeres, música y trago!

¡Que se saquen los calzones las que no usan refajos!

¡Pronto, potos pelades!

¡Más aguardiente barato!

¡Y ron del falsificado!

¡Que ahora al viejo embustero le sale el gato capado!

¡No nos va a contar más cuentos!

¡Va a saber lo que es naufragio!

¡Y va a morir ahogado!

¡AMÉN!

Terminada esta salutación en honor del capitán Hasmins, estallan estruendosas ovaciones, risotadas y gritos; afectuosas injurias, maldiciones y blasfemias. A las que se mezclan las entusiastas salvas de las tripulaciones de todos los barcos al ancla en la bahía. Entonces la pequeña Mimi se sube a una mesa, se saca los calzones y los dispara sobre la concurrencia, que se traba en mortal combate para disputárselos. Siguen su ejemplo otras bellas muchachas de no menor ruedo de caderas y de senos. Luego, arremangándose las faldas con ambas manos, todas se unen a la frenética ronda que se celebra alrededor del capitán Hasmins, con bailes, canciones y palabras obscenas.

Solamente permanecen impassibles, al lado de su equipaje y frente a sus periódicos, los viajeros que aguardan la salida del próximo avión, el de las 11 y 30 de la noche —oficiales de ejército destinados al desierto; comisionados especiales que viajan de incógnito para los asuntos de Extremo Oriente; y traficantes de drogas disfrazados de pastores protestantes.

Sólo prestan atención a los funcionarios de uniforme que, de vez en cuando, recorren la sala gritando:

—¡Pasajeros para Calcuta!

O si no:

—¡Pasajeros para el Cairo!

—¡Pasajeros para Pekín!

—¡Pasajeros para Bagdad!

Pero como recién son las dos de la tarde, aun no ha empezado a encenderse la letra S, ni la letra O, ni, por último, la S final.

# T



# Teatro

Luis A. Heiremans

## La Eterna Trampa

REPARTO:

LOS GONZALEZ:

JUAN

MARIA, su mujer.

Los hijos:

JOSEFINA y

JUANITO.

### PRIMERA PARTE

*Una vez que se han apagado las luces, sube al escenario, atravesando la platea, el Personaje. Es este un individuo sin ninguna característica digna de recalcar; al contrario, todo en él es discreto, incoloro, y pasará desapercibido. Permanece frente a las cortinas corridas, esperando que se produzca el silencio y, una vez logrado esto, se enciende sobre él un foco. Se dirige abiertamente al público, en tono de conferenciante.*

**PERSONAJE:** De entre ustedes, he salido para contarles esta historia. No se asusten, no será larga. Tan sólo el tiempo que yo demore en morir. Porque tal vez, al final, yo deba morir. Pero eso es otra historia, o por lo menos el

término de ésta y dicen que es antiteatral destruir el suspenso, así es que respetemos las leyes y no nos apresuremos. Ante todo, supongo que desean saber quién es este individuo que les habla. Permítanme presentarme: yo soy el Personaje. ¡Es claro!, el nombre es bastante vago. ¿Al fin y al cabo qué es un personaje? Ya veo que más de alguno se lo pregunta. Ya que puede ser un hombre, una mujer, un anciano. Por ejemplo, esa señora allá atrás piensa que no se trata de ninguno de esos tres, sino de otro, de un enamorado quizás. Raza única y diferenciada. O bien, este señor se dice que un personaje forzosamente debe ser un médico, no porque él pertenezca a esa profesión, sino porque antes de salir, estuvo leyendo un artículo de divulgación científica donde se hablaba de galenos. Pero eso no importa. Lo esencial es que ustedes sepan que yo estoy aquí, mirándolos y que crean en mí. Porque, en el fondo, yo seré el que ustedes desean ver. Nada más. Pero no es motivo para asustarse. ¡Créanme! El asunto es muy sencillo. Voy a explicarles: ante cada uno de ustedes, y ante las tres personas de la historia, me iré transformando en lo que cada uno de ustedes busca. No se trata de que yo sea un espejo donde se reflejen, ya que en ese caso, tan sólo se encontrarían a sí mismos y yo soy otro. El sueño de un individuo nunca es igual a sí mismo. Y yo seré eso: el que persiguen los demás, el que se imaginan entrever en un tren que pasa, el que en las noches les ofrece lo imposible. ¡Pero ya he dicho demasiado! Prefiero que ustedes me descubran, me piensen, me llamen. Si yo apareciera ante ustedes, así, tan simplemente, se perdería gran parte de la emoción. *(Pausa)*. Y me callo, pues esa es otra regla teatral: no insistir, ya que la insistencia aburre y mata el interés por descubrir. *(Pausa)*. Paso a nuestra historia. *(Lentamente se abren las cortinas)*. Todo lo que voy a relatar aconteció en una playa, uno de esos balnearios que fundó la aristocracia, pero que hoy invade la clase media.

*(Al fondo del escenario aparece un muro hecho de tablas que tendría algún lejano parecido con la fachada de una casa. La iluminación es débil y, en primer plano, hay una baranda. Tal vez cerca de ella, puede existir algo que simule un árbol o, simplemente, un tronco. Lo mismo cerca de la pared de tablas, donde también encontraremos un banco en lo que podría ser el jardín de la casa.)*

**PERSONAJE:** El lugar no es muy bonito; pero hay paseos, hay una playa que los días domingos se llena de "afuerinos", como los veraneantes acostumbran llamarlos; pero durante el resto de la semana es casi desierta y sobre todo hay mar. Constantemente se le escucha. El ruido es un poco enervante, aún más de noche, cuando los adolescentes se revuelven en sus camas, tratando de conciliar el sueño. Este mar será el responsable de muchas accio-

nes de los personajes, porque en esta historia también habrá personajes, como en todas las historias por lo demás. Es curioso ustedes no se han dado cuenta de los efectos que un ruido cualquiera produce sobre ciertas personas. La cantidad de imágenes que evoca, que despierta, que hace fermentar un ruido dentro del cuerpo del que los escucha. Algo así sucede con este mar. Y a propósito, olvidaba decirles que ustedes también tendrán un papel dentro de esta historia. Representarán el mar. Un mal poeta declamaría: "El mar tiene cien rostros" y, haciendo circular sobre ustedes la luz de un reflector, demostraría que no miente. Pero yo no soy un mal poeta, ni siquiera soy un poeta, por eso me abstengo de hacer comparaciones. Entonces quedamos de acuerdo: ustedes serán el mar, por lo menos el mar de los personajes, y ya les avisaré cuando tengan que simular una tempestad... aunque eso queda por ver; hay que desconfiar de estos efectos de conjunto. Más vale que la historia se desarrolle teniendo como marco un océano tranquilo. Dos días de mar calma no es mucho pedir. Bueno, todo está convenido: ustedes, el mar; allá atrás, la casa de los González. Siempre es la misma la que arriendan. Supongo que, con el tiempo, la comprarán, pasando a ser una de las tradicionales familias de La Caleta, que es el nombre de este balneario. Serán los "González", ¿cuáles González? Los González de La Caleta. ¡Ah!, por supuesto. Mientras tanto, Juan González se conforma con arrendarla. El sueldo no le alcanza para más.

*(Súbitamente se apaga el foco que ilumina al Personaje y se enciende otro, cerca del muro, que descubre a los cuatro miembros de la familia González. La luz parece haberlos inmovilizados, casi como en una fotografía. Visten ropas de viaje y traen maletas. Cuando uno habla, los demás permanecen inmóviles).*

JUAN: Me llamo Juan González, 48 años, casado, de profesión: empleado. Es lo que dice el carnet. Podría agregar que mi padre también se llamaba Juan González, así es que hay que diferenciar. Yo soy... perdón, el era Juan González Montebruno y yo Juan González Silva. Tal como dije, soy casado. Lo hice cuando tenía situación, no muy joven, mi hija mayor acaba de cumplir 16 años. ¿Qué más puedo agregar? Ah, sí, soy empleado público y ahora gozo de mi feriado legal, quince días, dieciocho con los domingos. Creo que eso es todo, salvo dejar constancia de que estoy muy contento de poder venir a La Caleta como todos los años.

MARÍA: Me llamo María y estoy casada con Juan González; pero el día de nuestro matrimonio parece tan lejano. Más que el día, lo que entonces pensábamos, prosigamos: hay tanto que hacer. Tengo la impresión de que he perdido tanto. Los días se escurren...

**JOSEFINA:** Yo tengo dieciséis años y me parecen tan ridículas esas mujeres que esconden su edad. La señorita Olga, mi profesora de literatura, que es de mi opinión, dijo el otro día que la gente tiene... bueno, dijo algo como... la edad del espíritu. Le comprendí muy bien; pero no lo sé explicar. Me llamo Josefina González Mil-lán. Me encanta ese apellido Mil-lán, suena tan exótico al final del nombre. Por ningún motivo lo pronunciaría en la forma en que todos lo hacen. Yo digo Mil-lán. Al fin y al cabo, no comprendo por qué uno lo va a esconder. ¡Es lo único distinto que tengo! En el nombre, quiero decir, ya que soy muy diferente a mis amigas. A mí me gusta leer, sobre todo leer de noche, en los balcones, a la luz de la luna y sin lámparas. Me gusta la poesía, los versos tristes y yo... yo también escribo... bueno, a veces, pero no le muestro a nadie mis poemas, salvo a la señorita Olga que es muy inteligente.

**JUANITO:** *(Interrumpiéndola).* Me llamo Juan González Millán. Me dicen Juanito. Tengo siete años. Estoy en segunda preparatoria y me encantaría tener carnet, como mi papá. También me gustaría tener muchas otras cosas que tiene mi papá.

*(Se apaga el foco y vuelve a encenderse el que ilumina al Personaje).*

**PERSONAJE:** Bueno, esas son las personas con las cuales construiré la historia. No, construir no es la palabra, porque todo está hecho ya, vivido. Yo recuerdo simplemente. ¿O no? ¿Qué piensan ustedes? ¡No más conjeturas! Clama esa muchacha amiga de las ciencias positivas. La escucharé, señorita. Y sin aclarar nada, sin complicar más, prosigamos. Estas cuatro personas pasarán dos meses en La Caleta, salvo Juan, me refiero al padre, quien debe regresar a su trabajo al cabo de quince días. Sin embargo, desarrollaré este asunto durante el tiempo en que él también esté veraneando. Así será más sencillo. Mi historia cabe en dos días. Es todo lo que necesito. Pero, antes, démosle una ojeada a los preliminares.

*(Vuelve a apagarse el foco, encendiéndose el otro. Durante algunos segundos, los personajes permanecen inmóviles y luego se agitan y actúan libremente).*

**JUAN:** Bueno, ya llegamos. La casa no ha cambiado mucho.

**MARÍA:** No ha cambiado nada. Ni siquiera le han arreglado el techo. Ojalá que no llueva como el año pasado, porque eso de dormir entre tarros cantarines... ¡Oy! tampoco compusieron esta grada. Ahora sí que nadie se salva: más de alguno se romperá la cabeza.

**JUANITO:** ¡Mamá, yo quiero ir a la playa!

**MARÍA:** Apúrate, Chepa. Ayuda a entrar las maletas. No es hora para ponerse a leer. Yo no sé, esta niña se va a enfermar de la vista... *(Desaparece dentro*

de la casa con algunas maletas; emerge a los pocos segundos, dramática).

¡Juan! No han llegado los baúles. ¿Qué habrá sucedido? Todos los años pasa lo mismo. Yo te dije que los mandarás la semana pasada.

JUANITO: ¡Mamá, quiero ir a la playa!

MARÍA: Ahora tendremos que dormir, comer, pasear y todo lo demás con lo que trajimos puesto. Tres días por lo menos antes de que lleguen los baúles, y todo viene en los baúles. Yo te lo había dicho; pero lo mismo da hablarle a una pared. Chepa, por última vez, deja ese libro y ayuda.

JOSEFINA: (Con voz de mártir). Bueno, mamá.

JUAN: (Conciliador) ¡Ah! ¡Qué aire tan puro! (Aspirándolo). Es bueno para los pulmones. Vamos, Juanito, aspira.

JUANITO: ¡Mamá, quiero ir a la playa!

MARÍA: Si dices eso una vez más, te rompo la cabeza. No irás hoy día. Es malo bajar a la playa apenas uno ha llegado. Ya te lo dijo tu tío, y él debe saberlo ya que es médico. (Viendo que Josefina se aleja). ¿Y tú adónde vas?

JOSEFINA: Volveré a la hora del té.

MARÍA: ¿Adónde vas?

JOSEFINA: A la playa, a las rocas, a leer.

MARÍA: ¿No oíste lo que le dije a Juanito?

JOSEFINA: Sí, pero Juanito es un niño.

MARÍA: Y tú también. Nadie irá a la playa esta mañana. Y mañana, daremos un paseo corto por la arena seca y sin sacarnos los zapatos.

JOSEFINA: (Que domina toda la situación con un aire superior). Hasta más tarde.

MARÍA: ¡Josefina! ¿Adónde vas?

JOSEFINA: A cualquier parte.

MARÍA: Juan, dile algo a tu hija. No es posible que te quedes ahí como estafermo sin hacer nada. ¡Dile algo! Vas a dejar que la niña baje a la playa, desobedezca, se saque los zapatos, se resfríe y se muera de una pulmonía. ¡Dile algo!

JUAN: Mira, Josefina, creo que... ¡Todavía no han entrado las maletas! ¡Ayúdame, Juanito!

(Desaparecen dentro de la casa cargando algunas maletas).

JUANITO: ¿Por qué no me dejas ir, mamá? La Chepa va a ir, yo quiero ir, yo quiero ir, yo quiero ir...

(La madre lo hace callar con un golpe. El niño comienza a lloriquear y desaparece dentro de la casa).

MARÍA: Esta es la desconsideración de los hijos. La ven a una trabajando como burro, sacrificándose para poder venir a veranear y así es como le pagan. ¡Ah! Si se pudiera dejar que todos se fueran al diablo y hacer lo que siempre he

soñado. Pero no. Hay que trabajar, más y más, seguir adelante con esta vida de mártir. ¡Para lo que agradecen! Tú, por ejemplo, viendo todo lo que voy a tener que hacer. Limpiar la casa, hacer las camas, encerrar tal vez como un peón y sola, sola, sola, porque a tu padre por ahorrar se le ocurrió mandar a la Eufemia por tren ordinario y llegará quizás cuando, tú, dándote cuenta de esto, ya que eres grande y puedes razonar, ¿o no? tú que me ves vieja, agotada, sin poder dar un paso, qué es lo único que imaginas: ¡Irte! Claro, irte, y ni siquiera a pasarlo bien, a reír con los otros jóvenes, sino que leer un libro estúpido sobre una roca idiota. ¡Cuando me acuerdo lo que yo ayudaba a mamá! Pero los tiempos cambian, los hijos también parece, ya no son los mismos. Por lo menos una esperaba cierta compensación en la vejez y... nada. En fin..., supongo que una tendrá que conformarse.

*(A medida que habla, se ha ido emocionando con sus propias palabras. Josefina también. Cuando María enmudece, saca un pañuelo y se suena, pero antes de que haya podido agregar una sola palabra, su hija se arroja en sus brazos).*

JOSEFINA: ¡Mamá!

*(Y mientras las dos lloran, abrazadas, se apaga lentamente el foco. Vuelve a encenderse el otro revelando al personaje).*

PERSONAJE: Ya ha pasado una semana. Hagamos saltar el tiempo, O somos nosotros los que saltamos. En fin, con el tiempo nunca se sabe. Por lo menos, evitar pormenores tediosos. Cierren los ojos durante un segundo e imaginen que ha transcurrido una semana. Es cuestión de poner los relojes a la hora, nada más. Son las diez y media de la mañana...

*(Con estas palabras se apaga el reflector y se enciende otro, cerca del muro. María está de pie, inmóvil, en lo que es el jardín de la casa. Sólo después de algunos segundos comienza a accionar. Mira la mañana, como descubriéndola, y deja caer un trapo de aseo que trae en la mano. Todavía está en bata, la cabeza envuelta con un pañuelo, da la impresión de que aún no ha terminado sus quehaceres. Contempla el mar y se entiende que la naturaleza, el aire, la luz de ese momento despiertan en ella un extraño goce. Avanza hacia el pequeño banco y se desploma en él).*

MARÍA: *(Como en sueños)*. Sigue tú, Eufemia... Limpia el dormitorio y recuerda que el polvo no se echa debajo de...

*(Permanece así durante algunos segundos y luego Juanito viene a interrumpir).*

JUANITO: Mamá, ¿puedo ir a la playa?

MARÍA: Debe estar muy linda.

- JUANITO: Pero puedo ir, mamá.
- MARÍA: ¿Cómo? ¡Ah! A la playa. No, Juanito, cuántas veces te lo voy a repetir. No quiero que bajes solo. Tu papá ya va estar listo y él te acompañara. O bien, porque no vas con la Josefina.
- JUANITO: No va a ir.
- MARÍA: ¿Quién?
- JUANITO: La Chepa.
- MARÍA: ¿Cómo? ¿por qué?
- JUANITO: Yo le pregunté lo mismo; pero me disparó una zapatilla y... ¡ah! me había olvidado. (*Poniéndose a llorar*). ¡Mire lo que hizo, mire, mire! Tengo una herida en la frente.
- MARÍA: ¿Dónde? ¡Ay, que grande es! ¡Y como sangra! (*El niño la mira con ojos asustados, ella se echa a reír*). Vamos, no seas tonto, no es nada. No tienes que pelear con tu hermana y sobre todo no deben dispararse zapatillas.
- JUANITO: Mamá... qué es lo que es un avaro.
- MARÍA: Un avaro... Bueno, es un hombre que como... quiero decir, es un hombre que gana mucha plata y no quiere gastarla. La junta y la mira, eso es todo.
- JUANITO: ¡Ah! Tienes que mirar la plata para ser avaro. Entonces no importa.
- MARÍA: ¿Qué es lo que no importa?
- JUANITO: Es que... se acuerda de esa alcancía que me regalaron para mi cumpleaños. Bueno, ya está lleno el chanco y la Chepa me dijo que porque no lo rompía y gastaba la plata, pero yo le dije que no quería, porque me gusta tener el chanco lleno y agitarlo para oír el ruido que hace. Y entonces la Chepa me dijo que era un avaro y me tiró la zapatilla... Y yo creo que es cierto. Tengo miedo, mamá.
- MARÍA: ¡Tonto! Eso no es ser avaro. Algunos te llamarían previsor tal vez.
- JUANITO: ¿Previ cuánto, mamá?
- MARÍA: Previsor, es decir el que acumula cosas para lo que va a suceder después (*Como para sí*). Es lo que hace la mayor parte de los hombres, sin darse cuenta que ese es justamente el detalle por el cual las mujeres los odian.
- JUANITO: ¿Quiénes odian a quién?
- MARÍA: Nadie. Mira, para demostrarle a la Chepita de que no eres un avaro, vas a darle un martillazo al chanco y con la plata que haya adentro, comprarás un regalo para ella.
- JUANITO: ¡Eso nuncal Para ella, jamás. Si no fuera por la Chepa, a mi no se me habría ocurrido pensar de que era avaro.

(*Aparece Juan. Viste una tenida ante la cual nadie podría dudar de que va a*

ta playa. Juanito se aleja y, para entretenerse, comienza a destrozar flores con un palo).

JUAN: Vamos, Juanito.

MARÍA: (Riendo). ¿Dónde vas con esa camisa?

JUAN: A la playa. ¿Por qué? ¿La encuentras poco varonil? Tú crees que la gente pensará...

MARÍA: No es eso, pero cabrían cinco como tú adentro. ¡Mira cómo flotas! Y desabróchate el botón del cuello. Me pone nerviosa verte siempre tan empaquetado.

JUAN: Pero, Marujita, ¿dime con toda sinceridad. La encuentras un poco... extravagante?

MARÍA: ¡Y qué te puede importar eso!

JUAN: Bien le decía yo al vendedor que un hombre de mi edad no puede permitirse estas locuras. Voy a ir a cambiármela.

MARÍA: Haz lo que quieras.

JUAN: Pero, Maruja, por una vez olvídate de que estás enojada y contéstame con toda sinceridad. ¿Tú crees que la gente no se reirá? No me refiero al porte de la camisa, no, al vendedor me aseguró que angostaba al lavarla, por eso compré un número más grande, pero el color, la forma, ¿te parece bien?

MARÍA: ¡Te aseguró que angostaban al lavarlas! La eterna historia. Por eso es que siempre andas vestido como un payaso, con dobladillos en las mangas de las camisas, que si no parecerían sotanas, y con papel en la punta de los zapatos para que no se te salgan al caminar. ¡Anda de una vez a la playa! Y si alguien se rie, dile que hable conmigo.

JUAN: Tú crees qué...

MARÍA: Sí, sí creo. Llévate de una vez al niño a la playa sino va a romper todas las flores del jardín. Ese afán de guillotinar crisantemos supongo que tampoco lo habrá heredado de ti.

JUAN: Guillotinar. Entonces el honor es tuyo. Son cualidades de "tu" pueblo. La guillotina, el vino y ese afán de limpiar cada perilla de cada catre, en vez de bajar a la playa y gozar de este veraneo que, mal que mal, bastante me cuesta.

MARÍA: ¡Eso es lo único que faltaba! Echarme en cara los cuatro pesos que gastas en esta pocilga. Si no fuera por lo que yo limpio, nadie podría entrar en la ratonera.

JUAN: ¡María: el niño!

MARÍA: Vamos, Juanito, a la playa con tu papá.

(Mientras ellos salen ella vuelve a caer sobre el banco y ahoga un sollozo, sincero esta vez. Josefina que ha estado espionando tras la puerta, corre hacia su madre).

JOSEFINA: ¡Mamá!

*(Y mientras las dos abrazadas, lloran, se apaga la luz. Aparece el personaje).*

PERSONAJE: Sí, los hechos suelen repetirse. Las familias no se dan cuenta; pero día tras día están haciendo y diciendo las mismas cosas para alcanzar soluciones idénticas y volver a empezar desde el comienzo. Alguien dijo... y la comparación no es mía, que una familia se parece a... a uno de estos juguetes de feria que giran y giran. A un carrusel. Eso es. Cada caballo está clavado en su sitio y, en pos de los otros, persigue una meta que no alcanzará. ¿Qué es lo que logrará? Girar, tan sólo eso. Y como podría ser de otro modo ya, que todos los miembros de una familia son distintos y cada uno, es lógico, debe luchar por su propias ideas. Por eso que mi campo de acción es la familia. Es en aquel desorden, desorden que conserva una fachada inobjetable, donde mi familia logra fructificar. Sin embargo temo que esto se esté transformando en una comedia edificante... o destructora, cuando sólo pretende ser una historia de balneario. Supongo que más de alguien estará pensando que yo interrumpo la escena en momento poco oportuno y que, en esta forma, elimino los minutos dulces que compensan los otros, los amargos, que existen en toda familia. Intuyo que esa abuelita allá al fondo, se lo está diciendo y, por timidez, teme expresarlo en voz alta. Pues bien para comprobar cuál de los dos tiene razón, sigamos escuchando la escena.

*(Se apaga la luz y vuelve a prenderse el otro reflector. Madre e hija están en las mismas posiciones que antes; pero no lloran. Sólo después de algunos segundos que se ha encendido la luz, vuelven a escucharse los sollozos).*

JOSEFINA: Será este mi destino. Llorar junto a mi madre.

MARÍA: Y qué sigue después.

JOSEFINA: Después. ¿Después de qué?

MARÍA: Sí cuál es el otro verso de ese poema.

JOSEFINA: ¡Mamá!

MARÍA: Vamos, Josefina, deja esos libros de una vez por todas y anda a bañarte a la playa.

JOSEFINA: No, mamá, no voy a ir. Tengo dieciséis años y tengo derecho a elegir.

MARÍA: ¿A elegir qué? ¿Se podría saber?

JOSEFINA: La vida.

MARÍA: *(Riendo)*. No digas esas palabras tan grandes con tanto entusiasmo. Podrías atragantarte.

JOSEFINA: *(Irguiéndose)*. Es inútil que sigamos hablando.

MARÍA: ¿Por qué? Por qué no podría comprender. Pero si a todos nos ha pasado lo mismo. A los dieciséis años, siempre hay un padre que no sabe comprender.

A mí, mamá no me dejaba usar medias; yo no quiero que leas todo el día. Es sólo una insinuación y no tiene los caracteres prohibitivos que poseía la orden de mi madre. Respecto a eso, los tiempos han cambiado, puedo asegurártelo.

JOSEFINA: No es eso. Hay tantas otras cosas.

MARÍA: Por ejemplo.

JOSEFINA: Yo... yo soy distinta a ustedes, ¿no se han dado cuenta? A mí me gusta leer.

MARÍA: Sí, sobre todo de noche, en los balcones, a la luz de la luna.

JOSEFINA: ¿Cómo lo sabe?

MARÍA: *(Cada vez menos irónica)*. También quieres vivir tu vida.

JOSEFINA: ¿Tanto se nota?

MARÍA: Es como si a cada momento lo estuvieras gritando.

JOSEFINA: Y yo que lo creí tan secreto, tan escondido.

MARÍA: Nunca ha sido un secreto el ir contra las cosas. Plantarse frente a ellas como una de esas figuras que antes amarraban en las proas de los barcos...

JOSEFINA: Es cierto, me encanta sentir el viento.

MARÍA: Y también en las noches hay como una impaciencia, un desasosiego, el ansia de salir a buscar...

JOSEFINA: ¿A quién?

MARÍA: *(Emocionada ya)*. Al hombre con que alguna vez soñamos. Era alto... es alto y muy buenmozo, su sonrisa es extraordinaria, le ilumina todo el rostro... *(Súbitamente)*. ¡Ah! Josefina, tengo miedo, miedo por ti.

JOSEFINA: ¿Miedo? ¿Por qué? Si todo es tan simple, Basta buscar a alguien y se le encuentra.

MARÍA: Escúchame, voy a decirte algo... no sé si deba; pero tengo que prevenirte. Escúchame con toda atención, nunca más voy a hablarte sobre esto, te lo prometo; pero Josefina, ten cuidado, mi niña. Los rasgos de un hombre joven engañan. Un muchacho es siempre más sincero y más fiel que un hombre; pero también crece y se transforma en hombre y no es el que buscábamos. Es otro. No es alto, no es buenmozo, y sobre todo ha perdido aquella sonrisa que era como un resplandor sobre su rostro... Y entonces ya es demasiado tarde. Por eso, ten cuidado cuando alguien te mire en los ojos, ten cuidado de que no haya luna, ni música y que no sea de noche, sino de día, pleno día, plena luz. Y aún así, míralo tú también, intensamente, no bajas los ojos, busca en los suyos la otra imagen, esa que no es sueño y que te puede salvar... Míralo bien, así como yo te estoy mirando ahora, hasta ese fondo movedido que todos escondemos...

JOSEFINA: Sí, mamá.

*(Lentamente a medida que habla, se apaga la luz. Aparece el personaje).*

PERSONAJE: Ustedes dirán. Yo no soy un buen juez. Tal vez usted señora, me ha derrotado. Seré, de ahora en adelante, su eterno rehén. Sin embargo, me gustaría tener la confirmación de la historia. Creo que es preferible escucharla; más bien dicho, iniciémosla de una vez por todas. Ha pasado otra semana. ¡Nuevamente habrá que ajustar los relojes! Durante estos siete días han sucedido muchas cosas de las cuales serán informados a su debido tiempo. Y ahora también tendré que despedirme de ustedes, ya que debo incorporarme a la historia misma y ser un personaje más. Me verán transitando por ahí; pero no podré volverles a hablar, por lo menos hasta que pase un tiempo. ¡Basta! Nadie lo ha dicho; pero es justo que lo piensen. Cuando alguien habla demasiado... Lo cierto es que me resulta duro despedirme. Las partidas logran crear estos climas irremediables y desesperados... como decía alguien, yo no. Puesto que no soy sentimental, ya habrán podido darse cuenta de ello. Por lo demás... son las siete y media de la tarde, hora en que los veraneantes acostumbran dar una vuelta por la rambla (*Señalando la baranda*). Este es un paseo tallado en la roca viva a fuerza de dinamita, junto al mar (*Señalando al público*). Un alcalde progresista, decidió su construcción y él mismo encendió con mano temblorosa la primera mecha.

*(A medida que el personaje habla, se van apagando las luces y, cuando se vuelven a encender aparecen María, Juan y Juanito).*

MARÍA: Ya es hora de que Juanito estuviera en casa. Con estos cambios bruscos de temperatura uno nunca sabe.

JUAN: Dicen que en Europa no es así.

MARÍA: Si crees que por medio de la temperatura vas a insultar a mi parentela, te equivocas.

JUAN: Pero si yo...

MARÍA: Supongo que yo tendré que ir a dejarlo.

JUAN: ¿A quién?

MARÍA: Al niño.

JUAN: Si quieres...

MARÍA: ¡Claro! No podía ser de otro modo. Pedirle a un hombre que se preocupe de sus hijos es como exigirle agua a un papel secante.

JUAN: No veo qué tiene que hacer el papel secante.

MARÍA: ¡Como si los hijos les importaran algo! Son ellos los que insisten y después... hasta la vista. Creen que ya han hecho suficiente.

JUAN: Trata de hacer otro tanto.

MARÍA: ¡No seas grosero! Sobre todo delante del niño.

JUANITO: No me quiero ir a la casa todavía.

MARÍA: Supongo que irás a jugar al Gran Hotel, como de costumbre. Y, como

de costumbre, perderás. Los hombres no comprenden lo que es un veraneo. Se lo pasan jugando y tomando y fumando, lo mismo que cuando no veranean.

JUAN: Hasta este momento, he llevado una vida de perfecto veraneante. Playa a las diez y media, ejercicios, baño de mar, respiratorios, almuerzo. Pequeña y corta siesta, ya que un cuerpo no es más que una máquina y, por lo tanto, necesita descanso. Onces precipitadas, batalla campal con Juanito para proteger los pocos crisantemos que quedan, y para terminar dos horas y media de alpinismo. *(Estallando)* ¡Qué más quieres que haga!

MARÍA: No sé, una vida un poco más sana. En fin, algo. Vamos, Juanito.

*(La madre y el niño desaparecen en dirección a la casa. Desde hace algunos instantes, ha aparecido el Personaje, manteniéndose a una discreta distancia. Cuando lo ve, Juan pretexta indiferencia y se va acercando lentamente hasta quedar junto a él. Hablan sin mirarse, con la vista dirigida hacia el mar. Durante la conversación, el Personaje actúa friamente, envolviéndose en algo misterioso que lo aleja y que logra colocar a Juan en una situación inferior).*

PERSONAJE: Buenas noches.

JUAN: *(Con impaciencia)* Buenas noches, Salvador. ¿Está todo listo?

PERSONAJE: Eso depende de usted.

JUAN: Sí, sí, yo estoy listo. Entonces esta noche.

PERSONAJE: ¿Y su mujer? Porque recuerde que todo esto debe mantenerse callado, como el más riguroso de los secretos.

JUAN: ¡Puede contar conmigo! No se preocupe. Acostumbro a ir todas las noches al Gran Hotel a jugar póquer. Creerá que estoy allá.

PERSONAJE: ¿Y si lo fuera a buscar?

JUAN: No, no irá, se lo aseguro. Aunque tenga que amarrarla.

PERSONAJE: Nada de eso. Ya se lo dije, hay que evitar hasta la más mínima sospecha. Debe actuar con suma discreción.

JUAN: Sí, naturalmente.

PERSONAJE: Recuerde que un descuido puede hacerlo fracasar todo.

JUAN: Confíe en mí, Salvador.

PERSONAJE: No estoy tan seguro.

JUAN: Pero... ¿qué otras pruebas podría darle? ¿No he sido suficientemente discreto durante estas dos semanas? A nadie le he hablado. Se lo prometo, Salvador.

PERSONAJE: ¡No grite mi nombre! Tampoco deben saber que usted me conoce. Eso es una indiscreción.

JUAN: Oh, perdón, No lo volveré a hacer. Se lo prometo, se lo juro, Sal...

PERSONAJE: Está bien: le creo.

JUAN: (*Muy contento*) ¿Y el aparejo?

PERSONAJE: Lo tengo todo. Tres cuerdas largas y resistentes, una picota y dos sacos.

JUAN: ¿Y el farol? Apostaría que se olvidó del farol. ¡Ah! es tan importante.

PERSONAJE: También lo llevo y una vela además.

JUAN: ¿Una vela? ¿Y para qué?

PERSONAJE: Para saber cuando se termina el oxígeno: en ese momento se apaga la vela y no hay que seguir avanzando.

JUAN: Pero entonces ¿es muy honda la gruta?

PERSONAJE: Bastante. Supongo que tendrá unos...

JUAN: Chtt... viene alguien. Tome, aquí tiene mis anteojos. Mire, mire cualquier cosa...

*(Aparece Josefina con un libro y, sin mirarlos, sigue hacia el lado opuesto. En la mitad del camino se detiene, contempla el mar y suspira. Mientras tanto, Juan y el Personaje han seguido conversando).*

JUAN: Ahí... así ve. Ese puntito negro. Cualquiera diría que es una isla. (*Viendo a Josefina*) Es mi hija, no podrá escucharnos desde allá. Entonces me decía que la gruta es "muy" honda...

PERSONAJE: Dije bastante, no "muy". Pero es necesario llevar una vela. Se han dado casos de asfixia.

JUAN: ¡Ah! No es la primera vez que alguien se aventura por esos lados.

PERSONAJE: No, otros han tratado de encontrarlo. Pero ni siquiera lo han visto, salvo yo, naturalmente.

JUAN: ¿Y es enorme?

PERSONAJE: Más o menos.

JUAN: ¡Cuidado! Mi hija se acerca. (*La muchacha atraviesa la escena, el otro vuelve a mirar por los anteojos*). Pero sí, sí, le aseguro que es una isla. Ayer alcancé a divisar unos árboles... Ya se aleja. ¿Y cómo es el cofre?

PERSONAJE: Ya lo verá.

JUAN: Ah, mi amigo, usted tiene todo el mutismo y el misterio de los personajes de novela. Nunca creí que los marinos de los libros de aventura se parecieran tanto a la realidad. Yo soy muy aficionado a ese tipo de lectura, o por lo menos era... y siempre he soñado con verme envuelto en una expedición como ésta. ¿Hay mucho oro? Dígame, ¿cuánto?

PERSONAJE: Ya se lo he repetido tantas veces. Ni más ni menos de lo que dice la leyenda. ¿Porque ¿usted cree en las leyendas, verdad?

JUAN: Por supuesto.

PERSONAJE: Dicen que en una de sus correrías, un corsario, no recuerdo cuál,

desembarcó en estas costas. Viéndose obligado a precipitar su partida, por no sé qué asunto, enterró un gran tesoro. Y para hacerlo, escogió esa gruta. Desde entonces la llaman la Cueva del Pirata. El cofre es bastante grande y pesado; yo no tuve fuerzas suficientes para subirlo.

JUAN: ¿Cómo? ¿Está en un sitio muy hondo?

PERSONAJE: Relativamente. Al término de uno de los numerosos corredores en que se divide la gruta, hay lo que parece ser una antigua noria. Ahí está.

JUAN: ¡Una gruta, una noria, cubierta de telarañas sin duda!

PERSONAJE: Las tuve que romper para poder bajar.

JUAN: Ah... porque usted descendió.

PERSONAJE: Por supuesto. Sin embargo, cuando quise subir llevándome el cofre, no me fue posible hacerlo. Ni siquiera logré despegarlo del suelo, tan pesado es. Pero entre dos será muy distinto.

JUAN: Claro, y además llevamos tres cuerdas. Uno puede amarrarlo y el otro lo izará, desde arriba.

PERSONAJE: ¡Magnífica idea! Bien me parecía que usted era un buen compañero de trabajo. Por eso lo escogí.

JUAN: Gracias, muchas gracias.

PERSONAJE: Tendremos sumo cuidado. No hay que estropearlo. El cofre en sí vale más que cualquier tesoro: grande, y con clavos de plata maciza...

JUAN: ¿De plata maciza?

PERSONAJE: Y contiene quinientas cuatro monedas de oro. Yo las conté.

JUAN: ¿De oro?

PERSONAJE: Dieciocho rubles, treinticuatro diamantes y dos esmeraldas del tamaño de mi puño.

JUAN: ¡Esmeraldas como un puño! ¡Qué maravilla! ¿A qué hora dijo que partiríamos?

PERSONAJE: A las diez, a menos que usted tenga algún inconveniente.

JUAN: ¿Inconveniente? Ninguno, mi amigo. Supongo que ahora tendré que decirle camarada. ¡Pensar! Hace dieciséis años que vengo a La Caleta y nunca antes se me había presentado una ocasión como ésta. ¡Imagínesel! Treinticuatro... *(Josefina se acerca)*.

PERSONAJE: ¡Cuidado!

JUAN: *(Cada vez más eufórico, incrustándole los anteojos)*. Ahí, ahí le digo. Ese punto negro como un rubí, quiero decir como una isla... *(Al ver que su hija vuelve a alejarse y suspira ante el mar)*. Ya pasó. ¡Qué fortunál Vamos a ser ricos, pero muy ricos.

PERSONAJE: No trato de ser indiscreto, pero me gustaría saber lo que piensa hacer con el dinero. Nunca están demás las precauciones, sobre todo al comienzo. Y ese tesoro le pertenece. ¡Usted lo descubrió!

JUAN: Bueno... no tanto.

PERSONAJE: Si yo lo escogí como socio, el tesoro también es suyo. Ya se lo dije el otro día: me gusta dejar las cosas bien en claro. Soy un hombre de mar.

JUAN: Se lo agradezco, Salvador. No sabe cómo lo comprendo. Usted es el marino ciento por ciento, el que yo siempre había imaginado.

PERSONAJE: Un último consejo: no hable del tesoro cuando lo tenga en su poder, no le cuente a nadie cómo y dónde lo obtuvo; escóndalo en un principio y después, empiece a venderlo poco a poco. Yo sé mucho de estas cosas. Los amigos se aprovechan siempre y, luego, el gobierno con sus impuestos.

JUAN: (*Superior*) Pero si yo soy empleado de Impuestos, conozco todos los medios para eludirlos. Y ahora, si usted me lo permite, voy a ir a preparar mi apero.

PERSONAJE: Ah, sí, eso es muy importante.

JUAN: Hay que llevar mantas, ¿no es cierto? Y una linterna, por si se echa a perder el farol. Juanito tiene una... y qué más. ¡Ah, sí! Una botella de ron por si hace frío y un pergamino para dibujar un mapa del lugar donde se encuentra el tes... (*Al ver que se acerca su hija*) Esa es la isla, la llaman del tesoro, quiero decir de los erizos. ¿La ve?

JOSEFINA: (*Acercándose*) Papá.

JUAN: Sí. ¿Qué hay?

JOSEFINA: ¿Tú sabes algo de Verona?

JUAN: ¿De quién?

JOSEFINA: Verona, una ciudad donde sucedió la más maravillosa de todas las tragedias.

JUAN: Déjanos tranquilos, Josefina. Más tarde puedes buscarlo en el Sábalo todo que trajo tu hermano para estudiar su examen de historia.

PERSONAJE: Tal vez yo podría informarla.

JUAN: Eh... esta es mi hija Josefina. Saluda, hijita.

*(Se saludan. De inmediato, se ve que se establece un contacto entre el Personaje y la muchacha).*

PERSONAJE: ¿Qué desea saber acerca de Verona?

JOSEFINA: ¡Todo!

JUAN: Yo me voy a la casa, ¿vienes Josefina?

JOSEFINA: Más rato, papá, más rato.

JUAN: Pero tu mamá se puede enojar.

PERSONAJE: Déjela usted y no se preocupe. Puedo explicarle muchas cosas con respecto a esa ciudad. Recuerde que he viajado tanto... Yo mismo la acompañaré a casa antes de comida.

JUAN: Es que...

PERSONAJE: Tal vez tenga que irse. *(Y en voz baja)* Por lo de antes; no despierte sospechas. ...No tenga cuidado; yo se la llevaré a la hora convenida.

JUAN: Bueno... Bueno, hasta luego entonces, quiero decir hasta más tarde, hasta el "póquer".

PERSONAJE: Sí, eso es, hasta el póquer. No se olvide del pergamino para el mapa.

JUAN: *(Haciendo un gesto para imponerle silencio)* No... no lo olvidaré.

*(Sale en dirección a la casa. Al quedar solos, la actitud del Personaje cambia radicalmente, ahora posee el encanto de un enamorado, misterioso siempre; pero no frío).*

JOSEFINA: ¿Qué pergamino es ese?

PERSONAJE: Nada, una historia sin importancia que le estaba contando a su padre. Y ahora pasemos a Verona. ¿Qué es lo que quiere saber? ¿Cómo es la ciudad, la arquitectura, sus habitantes?

JOSEFINA: No. Usted... ¿usted conoció la tumba de Julieta?

PERSONAJE: Naturalmente, el no verla correspondería a ignorar el Arco de Triunfo en París o los rascacielos en Nueva York. La vi: es muy hermosa, sobre todo de noche.

JOSEFINA: ¡De noche! ¿Una noche de luna? Apostaría que fue en una noche de luna.

PERSONAJE: ¿Cómo lo adivinó? Sí, era una noche de luna. Sin embargo, desde donde yo estaba, no la veía; pero su luz lo inundaba todo. No sé si usted se ha detenido a mirar la claridad que arroja la luna sobre el mármol...

JOSEFINA: ¡Sí! Es maravillosa. En la casa de mi abuelita hay una escalera de mármol y... pero me imagino que el de esa tumba debe ser mucho más hermoso. Siga por favor, siga.

PERSONAJE: No sé por qué, el aire estaba perfumado a jazmines.

JOSEFINA: ¡Es la flor de la luna!

PERSONAJE: Y había un gran silencio, casi de muerte, todo estaba tan quieto... y sin embargo, no muy lejos, uno adivinaba la presencia del amante, rondando y rondando. ¿Ha leído usted *Romeo y Julieta*?

JOSEFINA: ¡Lo estoy leyendo! Es la más fantástica de todas las historias que conozco. Nunca creí que alguien pudiera traducir el amor hasta ese extremo.

PERSONAJE: Tal vez lo hizo porque estaba enamorado.

JOSEFINA: Pero ¿de quién, Dios mío? Cree usted que el autor había encontrado ese ser maravilloso con el cual todos soñamos y... Perdóneme, me dejó llevar tan fácilmente por mis sentimientos cuando se habla de literatura.

PERSONAJE: De ningún modo. Me parece muy hermoso todo lo que me ha dicho. ¿En verdad que le gusta tanto la literatura?

JOSEFINA: No hay como un buen libro. Es lo que siempre dice mi padre, pero no lee nunca. Tiene su sillón, su lámpara, sus zapatillas, todo hecho a propósito y sólo hojea el diario y a veces una de esas novelas de aventuras que le roba a Juanito.

PERSONAJE: En cambio a usted le gustan las historias de amor, las leyendas...

JOSEFINA: Todo, todo lo que sea escrito por un buen actor, como dice la señorita Olga. Es mi profesora de literatura. Claro que yo recién me inicio. ¿Y usted?

PERSONAJE: A mí me gustan ciertos libros. He leído varios, muchos, demasiados tal vez, y entre esos seleccioné algunos que leo y releo sin cesar.

JOSEFINA: Dicen que uno llega a eso. ¡Qué maravilloso debe ser!

PERSONAJE: Justamente *Romeo y Julieta* es uno de mis favoritos. ¿Conoce usted la escena del balcón?

JOSEFINA: Sí, aquí la tengo, espérese. (*Hojea buscándola*).

PERSONAJE: (*Recitando de memoria*) "Quieres marcharte ya. Aún no ha despuntado el día... Era el ruiseñor y no la alondra...".

JOSEFINA: (*Leyendo*) Escena segunda. El jardín de Capuleto. Pero no es la misma.

PERSONAJE: Debe ser la otra. Porque hay dos escenas que suceden en un balcón, no es cierto.

JOSEFINA: No le podría decir, ya que recién voy en el segundo acto.

PERSONAJE: Búsquela, tercer acto, escena quinta. (*Empieza a recitar*). "Quieres marcharte ya. Aún no ha despuntado...".

JOSEFINA: ¡Aquí está! Pero usted me robó mi papel. Es Julieta quien dice eso.

PERSONAJE: Las palabras que pronuncian los amantes no pueden individualizarse. Pertenecen a... a la raza de los amantes. Por eso, estos parlamentos pueden intercambiarse sin que nada varíe. Sin embargo, suyo es el papel de Julieta. Hay en usted algo de ese personaje.

JOSEFINA: (*Ruborizándose, comienza a leer, atropellada*). "Quieres marcharte ya. Aún no ha despuntado el día... Era el ruiseñor y no la alondra lo que hirió el fondo temeroso de tu oído... Todas las noches trina en aquel granado. ¡Créeme, amor mío, era el ruiseñor!".

PERSONAJE: "¡Era la alondra mensajera de la mañana, y no el ruiseñor! Mira... amor mío, allá en el Oriente, envidiosas franjas de luz ribetean las nubes rasgadas... Ya se han extinguido las luces de la noche y, bullicioso, el día se empina por sobre la brumosa cumbre de los montes... Es preciso que parta y viva, o que permanezca y muera".

JOSEFINA: "Aquella claridad lejana no es la claridad del día, lo sé, lo sé, lo sé yo... ¿Cómo cree usted que era Romeo?"

PERSONAJE: No sé... supongo que sería alto, delgado, rubio quizás, un hombre con algo muy triste en torno suyo...

JOSEFINA: Pero usted está describiendo su propio retrato.

PERSONAJE: (Sonriendo) No lo creo.

JOSEFINA: Sí, sí: Es igual y, por lo demás, yo también lo había imaginado así.

PERSONAJE: En Venecia conservan un pequeño grabado donde aparece Romeo tal cual era...

JOSEFINA: ¡Venecial! ¡También conoce Venecial! Los canales y las palomas. ¡Qué maravilla! Pero usted ha estado en todas partes.

PERSONAJE: Algunas. Soy apenas un veraneante.

JOSEFINA: ¡Un veraneante! Un trotamundos quiere decir. ¡Oh!... tal vez parezca tonto... pero mi padre es tan torpe que olvidó presentarnos... ¿cómo... cómo se llama usted?

PERSONAJE: Cristián.

JOSEFINA: No... es extraordinario.

PERSONAJE: ¿Qué es lo que es extraordinario?

JOSEFINA: Que su nombre sea Cristián. Yo siempre había soñado con conocer a alguien que se llamara Cristián, desde que leí una novela en que... bueno una de esas tonterías que a uno se le ocurren cuando chica. Pero el deseo quedó, y ahora que lo encuentro...

PERSONAJE: Ya lo ve, uno de sus sueños se cumple. Pero (Recitando), "Charlemos, aún no es de día".

JOSEFINA: (Eufórica, gritando casi) ¡Eh... eh... "Porque esa voz nos llena de temor y te arranca de mis brazos, ahuyentándote de aquí con su canto de alborada! ¡Oh, parte ahora mismo! ¡Cada vez clarea más!"

PERSONAJE: ¡Cada vez clarea más! ¡Cada vez se ennegrecen más nuestros infortunios!

VOZ DE MARÍA: (Desde la casa) ¡Josefina! ¡Josefina!

JOSEFINA: Nodriza. Quiero decir, es mamá.

VOZ DE MARÍA: Josefinaaaa... a comer...

JOSEFINA: ¡Ay! Voy a tener que irme. Me están llamando.

PERSONAJE: ¡Qué lástima tener que interrumpir todo esto! El escenario es perfecto. El mar y ese resplandor de plata que lo barniza todo. Uno creería que aquello nace del fondo del océano y no es más que la luz de la luna que se esconde en algún lugar.

JOSEFINA: Allá. Detrás del bosque de eucaliptus. Mire, acérquese un poco, así, así la ve.

*(Inconscientemente la muchacha lo ha acercado hacia ella y el Personaje roza con sus labios la mejilla de la muchacha. Josefina queda paralizada).*

JOSEFINA: ¡Oh! no, por favor... La ve... allá... entre... los... Por favor, Cristián, no.

PERSONAJE: *(Murmurándole al oído)* "Cuánto temo que todo esto no sea sino un sueño, demasiado encantador y dulce para que tenga realidad".

JOSEFINA: *(Aprovechando para separarse)* ¡Pero usted lo sabe todo de memoria! Conoce... conoce la escena...

*(El se ha acercado nuevamente y, con toda suavidad, la enlaza por los hombros, mientras trata de besarla en la mejilla. Los movimientos del Personaje son muy lentos, estudiados, como para no confundir a la muchacha).*

JOSEFINA: ¡Cristián!

PERSONAJE: Es extraordinario, es maravilloso, Josefina; pero todo ha llegado tan súbitamente. Tal vez la noche, el mar; pero no, eres tú, tú...

JOSEFINA: *(Echándose a llorar)* ¡Cristián!

PERSONAJE: Pero, ¿por qué lloras?

JOSEFINA: Por que esto es lo que he esperado toda mi vida.

VOZ DE MARÍA: ¡Josefinaaaa! ¡Josefinaaaaa! ¿Dónde se habrá metido esta muchacha? Juan, anda a buscarla.

*(Sigue una discusión y, sobre ella se escuchan las voces de)*

PERSONAJE: Tenemos que volver a vernos.

JOSEFINA: Sí, sí, cuándo.

PERSONAJE: Esta noche.

JOSEFINA: ¿Esta noche? ¡Dios mío! No me dejan salir de noche... es decir, hoy tendré que quedarme en casa, porque... porque hay visitas.

PERSONAJE: *(Un poco enojado)* No te preocupes entonces.

JOSEFINA: ¡Cristián! No te enojés.

PERSONAJE: Pensé que yo te importaría más que las visitas.

JOSEFINA: Por supuesto que es así. Haré cualquier cosa, lo que desees, me arrancaré, todo. ¿Dónde quieres que nos juntemos?

PERSONAJE: *(Tomándola entre los brazos)* Mi amor... En la playa, a las diez. Te estaré esperando y, hasta entonces, contaré los minutos. "¡Porque en un minuto hay muchos días!".

VOZ DE JUAN: ¡Josefina!

JOSEFINA: Es papá. Adiós...

PERSONAJE: "Buenas noches. Buenas noches. La despedida es un dolor tan dulce que estaría diciendo 'buenas noches' hasta que llegue el día".

JOSEFINA: *(Alejándose y entre los gritos de su padre)* Adiós, desde la sombra, adiós.

*(Mientras ella se aleja tomando un camino distinto al de su padre, y mientras el Personaje desaparece, sobre el muro del fondo cuelgan algunos cuadros y traen muebles, una mesa, cuatro sillas y un sillón, para dar la impresión de que se está dentro de la casa. María y Juanito están en escena cuando se vuelven a encender las luces).*

JUANITO: Mamá. Tengo hambre. Tengo hambre.

MARÍA: *(Muy nerviosa)* Cállate Juanito. Trae esa silla. No me pongas nerviosa. Ya te lo he repetido varias veces: vamos a comer cuando todos estén aquí. Respecto a eso no me harán cambiar de opinión. Me gustan las comidas en familia y en mi casa, mientras yo esté viva es claro, nadie se sentará a la mesa hasta que los demás no hayan llegado. ¡Quédate tranquilo! Y no lo revuelvas todo. Terminarás por quebrar algo y tendremos que pagárselo al dueño y, como nunca se encuentra un objeto igual, se enojará y...

JUANITO: Mamá, ¿cómo es el dueño? ¿Como un ogro?

MARÍA: ¡No! ¿Por qué?

JUANITO: No sé, yo me lo imagino como un gigante inmenso, lleno de pelos y cicatrices.

MARÍA: Esos gigantes sólo existe en los cuentos, Juanito.

JUANITO: Pero este también se enoja. En los cuentos, los ogros siempre se enojan.

MARÍA: Este es un caballero, es decir, un marino...

JUANITO: ¿Cómo el capitán Thompson, entonces?

MARÍA: ¿Quién?

JUANITO: ¡El capitán Thompson! Es fantástico... Tú sabes... "Las aventuras del capitán Thompson", me lo prestó Vicente.

MARÍA: ¡Ah! Un personaje de cuento. Pero este es un señor, una persona viva ¿comprendes?

JUANITO: Me lo imagino tan bien.

MARÍA: *(Con miedo)* No te lo imagines, espera hasta que lo conozcas... ¡Ah! ¿Por qué no llegarán? ¡Ya es tan tarde!

JUANITO: Pero entonces cómo voy a leer cuentos. A mí me gusta imaginarme los personajes que van apareciendo.

MARÍA: Son tan distintos. No es posible vivir entre gente que no existe y... *(Juanito se ha desinteresado de la conversación y se aleja)* verlos desaparecer Se destruyen...

JUANITO: ¡Tengo hambre!

MARÍAS Claro, ya es tan tarde. ¿Qué les habrá pasado? *(Se escucha una campanada)* ¡Las nueve y media! ¡Dios mío!

(Aparece Josefina y a los pocos segundos Juan).

MARÍA: ¿Dónde andabas?

JOSEFINA: En ninguna parte.

JUAN: Bien me parecía que era así, ya que no te pude encontrar.

MARÍA: ¿Qué es eso? En ninguna parte. En algún sitio tienes que haber estado.

JUAN: Sí. ¿Dónde estabas?

JUANITO: ¡Yo quiero comer! Yo quiero comer. Tengo hambre.

MARÍA: ¡Silencio! Chepa, contéstame de una vez por todas: ¿Dónde te habías metido? Ya sabes que no me gusta que te andes paseando sola por estos caminos y, sobre todo, de noche. Podría sucederte cualquier cosa. Nadie deja salir a sus hijas a esta hora. No veo por qué tú tienes que ser una excepción. No te lo permitiré, ¿me oyes? Cuando me muera, pueden hacer lo que se les antoje; pero hasta entonces tendrán que obedecer... Después les quedará tiempo para vivir su vida. ¡Josefina! Contesta, di algo, no es posible que te quedés parada como una momia y no abras la boca. Contesta. ¿Dónde estabas?

JOSEFINA: En Verona. Es una ciudad maravillosa. Las tumbas son de mármol y, a pesar de que no hay luna, por todas partes se descubre su claridad plateada...

MARÍA: ¿Qué te ha sucedido? ¿Estás con fiebre? ¡Déjame tocarte la frente! Claro con esa moda que les ha entrado de tostarse durante horas al sol, capaz de que te hayas pescado una insolación.

JUANITO: ¿Cómo se pescan las insolaciones?

MARÍA: A ver, acércate, siéntate aquí. Juan, anda a buscar el termómetro.

JUAN: No es necesario... creo que podría explicarte...

MARÍA: ¿Tú?

JUAN: (Gritando) Sí, si me dejas dos minutos para hacerlo. (Se detiene y observa satisfecho el silencio que ha despertado con sus palabras) La muchacha no está loca ni enferma. Está impresionada, eso es todo.

MARÍA: ¿Impresionada? ¿Y por qué?

JUAN: Por Verona.

MARÍA: ¡Ah! ¿tú también?

JUAN: Escúchame: yo estaba conversando con un amigo afuera... un amigo que... bueno, que ha viajado mucho y entonces se acercó Chepita y me preguntó algo acerca de Verona. Mi amigo, quiero decir, la persona con que yo estaba, se ofreció a explicarle y... y eso es todo.

MARÍA: ¿Quién es este amigo tuyo que yo no conozco?

JUAN: Un... un amigo.

MARÍA: ¡No soy tonta! Sé que un amigo es un amigo. Pero ¿quién es?

JOSEFINA: El hombre que estuvo en la tumba de Julieta.

JUAN: Un amigo que conocí... bueno, un amigo que conocí. Mañana te lo presentaré.

JUANITO: ¡Tengo hambre!

MARÍA: ¡Basta por hoy! Creo que si sigo escuchándolos, me van a volver loca. Y ahora, todos a comer, que este pobre niño está muerto de hambre. Mañana, Chepa, hablaremos sobre todo esto.

*(Juanito se precipita y comienza a comer pan con desesperación. Los demás ocupan sus asientos).*

JOSEFINA: Pero, mamá..

MARÍA: ¡Basta! Ya sabes que me gustan las comidas agradables. No más discusiones. Esta es la única hora del día en que nos reunimos, tratemos de hacerlo en armonía. Eso de pasarse discutiendo es malo para la digestión. Ya lo dijo tu tío y, al fin y al cabo, es médico.

*(Todos empiezan a comer en silencio. Pasan algunos segundos muy pesados).*

MARÍA *(Decidiéndose a hablar en vista de que nadie lo hace)* ¿Cómo estaba la playa, Chepa?

JOSEFINA: Como siempre.

JUANITO: La Chepa no fue a la playa.

JOSEFINA: No es cierto. Mira, si vuelves...

JUANITO: *(Canturreando)* No fuiste a la playa, no fuiste a la playa.

MARÍA: Chepa, Juanito. Acuérdense lo que les dije al comienzo. Si no, se irán a la cana sin comer.

*(Siguen comiendo en silencio. Al cabo de algunos segundos).*

MARÍA: Hicimos un paseo maravilloso, ¿no es cierto, Juan?

JUAN: Hm.

MARÍA: Hubo una puesta de sol maravillosa. El camino nuevo que han hecho a lo largo del muelle es maravilloso. A uno le parece ir caminando sobre el mar. ¿No lo encontraste maravilloso, Juan?

JUAN: ¿No podrías emplear alguna otra palabra en vez de maravilloso? Resulta un poco cansador.

MARÍA: *(Con rabia)* Uso las palabras que quiero. No vas a ser tú quien me lo impida... *(Reteniéndose)* Por lo demás, discutiremos eso más tarde.

*(Algunos breves momentos de silencio).*

MARÍA: ¿Qué hora es?

JUAN: *(Mirando el reloj)* Faltan veinte minutos para las diez.

MARÍA: ¡Veinte para las diez!

JUAN: Sí, hay que apurarse.

MARÍA: Tragar y tragar. Si hubieran llegado a la hora...

JUAN: No fue culpa mía. *(Silencio)* ¿No hay asado?

MARÍA: *(Estallando)* ¿Qué querías, que yo me lo pasara toda la tarde cocinando? Ya bastante me sacrifico con ustedes, no pretenderán que además me transforme en cocinera durante el veraneo. Los días que sale la Eufemia no se come asado.

JUAN: Con que me hubieras dicho que hoy salía la Eufemia.

MARÍA: Te pedí que no discutiéramos.

JUAN: Pero si yo...

MARÍA: ¡Me vas a obligar a pararme! Mantente derecho, Juanito. Cuando aprenderás que los codos no son para apoyarse sobre la mesa.

JUANITO: ¿Y para qué sirven entonces?

MARÍA: Chepa. Estás muda. No tienes nada que decir. En mi tiempo, la juventud era la alegría de la mesa. La "sal" nos llamaba mi abuelito, "el rincón de la sal".

JUAN: ¿Tu abuelito Villán?

MARÍA: No conocí a mi abuelito Villán.

JUAN: No es razón para que te enojés.

MARÍA: *(Levantándose)* Esto se acabó. Ya me doy cuenta de que es imposible lograr una comida en paz con ustedes. ¡Quién como los Silva! Panchita me ha contado que se pasa riendo y gozando... Nunca seremos la familia que yo ambicioné. *(La voz se le ahoga en la garganta)*.

JUAN: Pero, Maruja...

MARÍA: Prefiero que no digas nada. Sé que sería para peor.

JUAN: Me parece que por los niños...

MARÍA: Por favor, Juan... Cuando hayan terminado, juntan los platos y los dejan sobre la mesa. La sirvienta, es decir yo, se encargará de lavarlos.

*(Siguen comiendo en silencio, salvo María que parece muy nerviosa y se pasea de lado a lado. Después de algunos segundos, comienzan a amontonar los platos)*.

MARÍA: ¿Qué hora es?

JUAN: Diez para las diez.

JOSEFINA: ¡Para las diez.

MARÍA: Sí, ya es hora de que suban a costarse.

JOSEFINA: Es que... mamá, yo quería pedirle permiso para...

MARÍA: ¡No te imagines que vas a salir esta noche!

JOSEFINA: Es que... las Silva me invitaron a jugar a su casa, a... a las prendas.

MARÍA: ¡Cómo! Si Panchita me dijo que iban a ir al Gran Hotel.

JUAN: A propósito de Gran Hotel, voy a irme antes de que sea tarde.

MARÍA: ¡A enviarte!

JUAN: A jugar una manito, nada más. Estaré de vuelta antes de lo que tú piensas. Bueno, adiós niños... Adiós. *(Se acerca a su mujer y la besa. Ella lo mira extrañada).*

MARÍA: ¿Estás seguro de que vas al Gran Hotel?

*(Juanito toma un buque y sale por la izquierda).*

JUAN: ¿Y dónde podría ir si no?

MARÍA: ¡Qué se yo! A una de tus famosas aventuras.

JUAN: *(Queda mudo durante algunos segundos).* ¡Pero cómo se te ocurre!

MARÍA: *(En voz baja para que los niños no la oigan).* Pobre de ti si sé algo. Ya sabes que aquí en La Caleta todo se ve, todo se comenta, por mí, puedes exhibirte con quien se te antoje; pero hay que respetar a los niños.

JUAN: ¡Qué ideas las tuyas! Voy a una simple partida de póquer. ¡Ay! Cinco para las diez, tengo que irme. *(Sale).*

JOSEFINA: Sé buena, mamá, déjame ir. Estaré de vuelta en una hora.

MARÍA: Te he dicho... *(Y al ver la expresión de su hija).* Ven acá, ¿qué te sucede?

JOSEFINA: Nada, mamá.

MARÍA: *(Con mucha más dulzura)* ¿Quién era ese amigo de tu padre? ¿Qué te dijo?

JOSEFINA: Hablamos muy poco rato. Es un señor que se llama Cristián y está pasando sus vacaciones aquí. Me estuvo contando una serie de cosas acerca de Verona, es la ciudad donde vivieron Romeo y...

MARÍA: ¿Y sobre qué más conversaron?

JOSEFINA: Sobre nada más.

MARÍA: ¿Y por qué no viniste cuando te llamé?

JOSEFINA: Volví inmediatamente, pero estaba tan lejos. En la Puntilla, mirando la luna.

MARÍA: Con ese hombre.

JOSEFINA: ¡No, mamá! Hacía horas que se había ido. Vive en el Gran Hotel. Mira..., papá fue a jugar poker con él. Yo misma los escuché cuando se daban cita.

MARÍA: *(Como alejando un pensamiento).* Perdóname entonces. Fui demasiado brusca contigo. Pero tienes que comprender, he estado muy nerviosa últimamente. Han sucedido varios... trastornos que tú... eres muy joven todavía para comprender. *(Entregándose de súbito).* Estoy muy sola, Chepita. No tengo a quién hablarle y... necesito hacerlo ahora. Porque tarde o temprano

se llega a esto, a este minuto en el cual todo se esclarece y uno, de pronto, ve, sin disfraces, sin sombras, sin engaños... No sé porqué te cuento estas cosas. No sé si sabes a qué me refiero.

JOSEFINA: *(Que no ha escuchado una palabra)*. Por supuesto que comprendo, mamá.

MARÍA: Eres muy buena.

JOSEFINA: ¿Y ahora puedo ir donde las Silva?

MARÍA: Pero si ellas van a ir al Gran Hotel.

JOSEFINA: Sí, pero me están esperando en su casa para irnos juntas.

MARÍA: Te podrías haber ido con tu padre. No me gusta que andes sola de noche. Bueno... anda, pero prométeme que no vas a llegar demasiado tarde.

JOSEFINA: Sí, sí, se lo prometo. Volveré con ellas, se lo prometo.

*(Sale corriendo. Durante algunos segundos María permanece mirando el vacío; pero luego una campana distante anuncia las diez. El sonido parece despertarla y vuelve la nerviosidad. Contempla los platos sobre la mesa, se mira las manos y después, como recordando, llama).*

MARÍA: Juan... Juanito. Es hora que subas a acostarte. ¿Dónde te has metido?

*(Descubre al niño en el sillón. Está profundamente dormido y ella se acerca con toda ternura a despertarlo. Lo besa muy dulcemente).*

*(En voz muy baja)*. Dios mío, qué hora será... Ya es tan tarde y yo no quiero ir, no quiero ir... Defiéndeme tú, mi niño. Estoy tan sola.

JUANITO: *(Despertando)*. ¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?

MARÍA: Chtt... nadie, soy yo. No te asustes. Te habías quedado dormido y no quise despertarte. ¿Con quién soñabas?

JUANITO: Con nadie.

MARÍA: ¡Con nadie! Pero es posible que uno duerma y no sueñe, no vea a nadie y...

JUANITO: *(Bostezando)*. Tengo sueño.

MARÍA: *(Besándolo)*. Sube a tu pieza y te acuestas.

*(El niño obedece como un sonámbulo. La madre lo llama).*

MARÍA: ¡Juanito!

*(Pero él no la escucha. En aquel instante se escucha una campanada. Durante unos brevísimos instantes, se la ve titubear todavía; pero luego, tal cual lo haría una sonámbula se va acercando lentamente a la puerta y sale. El Personaje aparece en primer plano iluminado por un foco).*

PERSONAJE: No se asusten, soy yo. He logrado escaparme de la historia para venir a comunicarles que la representación se interrumpirá durante un

cuarto de hora. Hay que dar tiempo a los personajes, es decir, tiempo a Juan para que corra su aventura, tiempo a Josefina para que baje a la playa, tiempo a María para que se encamine... ¿Adónde? ¿Dónde creen ustedes que se dirige? En el fondo, sólo por eso se corta el hilo de la narración, para que ustedes se planteen incógnitas y se formulen preguntas. ¡Despierten un poco! Nada hay más exasperante que un público indolente. Si la sangre corre por las venas y es tibia, también puede hervir de vez en cuando. Déjenla hervir entonces. Despierten, discutan, griten, qué se yo, pero respondan en alguna forma a este espacio muerto. Un intermedio no es un descanso como muchos creen, sino un tiempo para prepararse a la lucha. Ustedes son los contrincantes. Prepárense. Deben hacerlo, porque sino el teatro se va a morir y ustedes, sólo ustedes, serán los culpables. Ya que el teatro no está hecho de cortinajes y luces; tampoco de frases amables intercambiadas entre dos cigarrillos durante un intermedio, ni de gente que escucha, ni de gente que se aplaude, ni de gente que se retira antes de que termine la obra por miedo a la aglomeración, el teatro no está hecho, el teatro vive y justamente esa existencia se apoya en la impaciencia que despiertan los problemas truncos, los misterios y esos secretos que acabarán descifrándose. Por eso pregúntense dónde va esa mujer; que cada una construya la obra antes de que el autor la haya resuelto. ¿Quién es este autor después de todo? Nada más que un pobre individuo que está contando su propia historia, por qué no habrían de hacer ustedes otro tanto? En el fondo, cada uno esconde su relato, tanto el señor que lee literatura de divulgación. (*Señalando*). Como la abuelita romántica. (*Señalándola*)... Es claro: ustedes sólo acuden al teatro a buscar el estímulo primero, aquel que pondrá en marcha todo el complicado mecanismo de lo que llevan adentro. Esa es la importancia de nuestro autor, sólo esa: es él quien acerca la llama a la mecha. Pero ustedes son la dinamita. ¡Qué estalle entonces! ¡No la ahoguen! ¿Cómo es posible que vivan escondiéndose? ¡Griten de una vez por todas! ¡Escúchense vivir! Si ponen atención, oirán el ruido de la sangre, la respiración, hasta lograrían sorprender cuando la idea se reviste de sonido transformándose en palabra. Hay que situarse frente a los problemas. ¡Ser un poco niños otra vez! Desear que cada minuto de este cuarto de hora pase más rápido y en esta forma comprobar si lo que ustedes creían era o no la verdad... la verdad del autor. Ya que la de ustedes sólo brotará cuando la despierte una pregunta, un problema, una incógnita, todo esto que va a suceder y que nadie conoce. Los niños interrogan y se interrogan sin cesar. ¡Sigán ese ejemplo!

## SEGUNDA PARTE

*Al descorrerse las cortinas, el Personaje está en escena. Se pasea a lo largo de la baranda y, de vez en cuando, mira en dirección al mar desde donde, a intervalos, se escucha una sirena de barco, cuyo llamado tiene algo de angustioso. Los muebles han desaparecido y sólo se ve el muro de tablas, tal vez como al comienzo. Después de algunos instantes, aparece María. Al hablarle y, por tercera vez, el Personaje ha cambiado su manera de ser. Su voz ahora tiene un atractivo especial varonil, y enérgica.*

PERSONAJE: ¡Ya creí que no vendrías!

MARÍA: Estuve a punto de hacerlo.

PERSONAJE: ¿Por qué no seguiste tu impulso?

MARÍA: No me preguntes. No quiero pensar más en todo eso. ¡Qué fría está la noche! Mira, el cielo se ha cubierto. ¡Curioso! Hace un momento había una luna inmensa.

*(Se escucha la sirena).*

PERSONAJE: Habrías preferido que hubiera luna, como en las novelas.

MARÍA: ¡Y esa sirena que no ha cesado de llamar!

PERSONAJE: Es un barco que pide auxilio.

MARÍA: ¿Tú crees?

PERSONAJE: Estoy seguro. Hay mucha neblina, una de esas neblinas súbitas que son capaces de cegar al más hábil de los capitanes.

MARÍA: Es verdad, no se ve el mar. Se le escucha, pero no se le ve. También parece estar implorando ayuda. ¿Oyes? Una tras otra las olas se rompen, se deshacen... y todas tienen que volver. Rodrigo, tómate entre tus brazos. ¡Así, así..., y ahora bésame, fuerte, fuerte! ¡No me dejes pensar!

*(Se besan).*

Dí algo, háblame... Ese ruido de las olas me enerva.

PERSONAJE: ¿Por qué te demoraste tanto?

MARÍA: No sé, una y mil cosas, ya te pedí perdón.

PERSONAJE: No, no lo has hecho.

MARÍA: Entonces lo hago ahora. Perdóname..., pero por favor no más reproches, hoy día sobre todo, no más reproches.

PERSONAJE: Me parece que habría sido preferible que no vinieras. Es inútil seguir discutiendo. Nos veremos mañana.

MARÍA: ¡No! No te vayas. No lo podría soportar. Por favor, Rodrigo, no me dejes sola. No podría quedarme sola en una noche como ésta, sin luna, sin viento, nada, tan quieta. ¿Tú crees que alguien habrá ido a prestarle ayuda?

PERSONAJE: ¿quién?

MARÍA: A ese barco.

PERSONAJE: A lo mejor.

MARÍA: Parece tan desamparado. ¡Me dan ganas de tirarle la mano! Pero si ni siquiera se ve la playa.

PERSONAJE: (*Sin escuchar lo que ella dice, súbitamente*). Y estás decidida.

MARÍA: (*Miedosa*). ¿A propósito de qué?

PERSONAJE: A propósito de lo que hablamos el otro día.

MARÍA: Escúchame, Rodrigo, yo...

PERSONAJE: Está bien. Era todo lo que quería saber. No necesitas agregar nada más.

MARÍA: Por favor, no me contestes así, no me hables así. (*Reteniéndose*). No lo puedo soportar. No lo puedo...

PERSONAJE: (*Interrumpiéndola*). Tan sólo deseaba que supieras que esto no puede durar. Voy a partir muy pronto.

MARÍA: ¿Cuándo?

PERSONAJE: Mañana tal vez.

MARÍA: (*Abrazándolo*). ¡No! No puedes hacer eso. No puedes irte mañana y dejarme sola.

PERSONAJE: Ya te lo había dicho. Estabas prevenida.

MARÍA: Dejar me sola... No lo comprendes, Rodrigo. Estoy muy sola. Desde hace algún tiempo, he comenzado a sentir esta sensación, ¿cómo explicarte?, de no tener a nadie a quién recurrir. Es necesario poder hablar, contar... La confidencia no fue inventada como un trampolín para recibir el consejo, sino como un medio para desahogarse.

PERSONAJE: Conmigo siempre podrás hacerlo.

MARÍA: Cada vez me siento con menos fuerza para esperar algo, para luchar contra las pequeñas cosas, los hechos diarios, los disgustos sin importancia. Será que me estoy poniendo vieja... No me contestas.

PERSONAJE: Tú misma dijiste que la confidencia es un desahogo, nada más que eso.

MARÍA: Sí, es verdad. Y sin embargo, cuando tú me hablaste ese día en la playa... no sé, todo cambió. Retrocedí en el tiempo quizás, tu voz logró eso.

PERSONAJE: ¡Retrocediste en el tiempo! Y encontraste a una muchacha a quien todos llamaban Maruja.

MARÍA: No, no exactamente. Vi a esa muchacha, de pie, de pie, ante mí. Ella también te miraba, como yo lo hago ahora, como lo hice entonces. Pero en todo momento estaba yo, comprendes, yo, María, velando sobre su hombro. Dios mío, con los ojos tan abiertos y con la horrible conciencia de lo que estaba haciendo!

PERSONAJE: Pero ¿qué hiciste, María? ¿Quién podría culparte de querer alcanzar la dicha? Todos pretendemos recapturar aquel sueño.

MARÍA: ¡Mi sueño! Ahí, en una cama, en esa horrible pieza de pensión... Y sin embargo, mientras permanecía a tu lado, después, mucho después del amor, experimenté una gran paz, algo inigualable, algo que nunca antes había sentido y me supe feliz.

PERSONAJE: ¡Parte conmigo! ¡Vámonos de todo esto! ¡Lejos!

MARÍA: *(Con entusiasmo)*. ¡Lejos! Huir de las pequeñas cosas, de los días iguales, de las discusiones... Huir...

PERSONAJE: No es mucho lo que puedo ofrecerte. Tú misma dijiste que ese cuarto de pensión era sórdido. Todos lo serán. Sin embargo..., ya que no sé ofrecerte lujo, te prometo sensaciones diferentes. No son joyas las que podría darte, pero sí horas distintas, días encontrados, un ritmo de locura. Ni riquezas, ni comodidades, ni sosiego, tan sólo el vértigo de algo nuevo. ¡Eso sí te lo prometo! ¡Vámonos! ¡Parte conmigo! En el fondo nos parecemos, sólo que hasta ahora tú no has hecho más que cerrar los ojos, dar vuelta la cabeza y cegarte. ¡Esa no es tu vida! ¿Dónde te ha llevado tu sacrificio? ¿Por qué te has sacrificado? Contéstame. ¿Qué has obtenido? No, María, nosotros nacimos para la aventura... y yo te invito a vivirla, hasta el término, hasta que tú y yo nos encontremos en su límite. ¡Vale la pena correr ese riesgo!

*(Ella se echa a reír de pronto, con una risa histérica, al borde de las lágrimas. El Personaje la mira sin sorpresa y luego pregunta, como obligado a hacerlo).*

PERSONAJE: ¿Por qué te ríes, María, contéstame. Por qué te ríes?

MARÍA: *(Riendo siempre)*. Pensar... pensar que tú eras lo que yo soñaba entonces... soñaba con un hombre alto, moreno, con ese pelo negro y crespo, duro como viruta, que se llamara Rodrigo, imagínate, Rodrigo y que no tuviera fortuna, que fuera pobre, muy pobre; pero que me ofreciera otra vida, una llena de sensaciones. Y ahora, después de tantos años, te encuentro, igual a mi sueño.

PERSONAJE: Quizás yo sea tu sueño.

MARÍA: No... no nos engañemos. Así como hace algunos días entré en ese cuarto con los ojos bien abiertos, pesando mi acción, hoy tampoco quiero cegarme. ¡Ya estoy cansada del engaño! Más bien, me había descubrirlo siempre y sufrir la desilusión. No, Rodrigo, tú no eres mi sueño. Ese lo perdí, lo abandoné hace mucho tiempo, por imposible. A lo más. *(Ríe)*. Podrías ser un reemplazo de mi sueño, algo que se le parece, que también tiene el cabello negro y se llama Rodrigo. ¡Una coincidencia!

PERSONAJE: Y aunque no fuera más que esa, ¿no sería ya un reemplazo para tu dicha?

MARÍA: Tal vez, pero no me dejaré engañar tan fácilmente.

PERSONAJE: Entonces no soy tu sueño, entonces no soy tu dicha. Mírame de frente y dílo.

MARÍA: *(Lo mira y luego titubea)*. No puedo.

PERSONAJE: ¿Por qué?

MARÍA: Porque... porque eres una posibilidad. ¿Quién me asegura que no eres tú el que yo siempre he buscado? Sí..., es verdad, a medida que pasan los años, el sueño se destruye, se quiebra, se corroe. Uno ya no cree en él con la misma fe de antes y sin embargo... podría suceder un milagro. ¿Quién podría negar que durante todo este rato ha habido magia, magia en el aire, en torno a nosotros mismos, sin que ni siquiera tú lo sepas?

PERSONAJE: Debo irme. No he venido a escuchar tus lamentaciones.

MARÍA: Perdóname.

PERSONAJE: Te ofrecí el imposible y no lo aceptaste. ¿Para qué seguir hablando?

MARÍA: ¡No! No te vayas. Y si después de ti no hubiera nada... el vacío.

PERSONAJE: ¡Escucha! Ya no se oye la sirena.

MARÍA: Es verdad, ha enmudecido y nadie fue a socorrerlo.

PERSONAJE: Sí, debe haberse estrellado contra alguna roca y...

MARÍA: ¡No lo digas!

PERSONAJE: ¿Por qué no? Hay que mirar las cosas en la cara. Frente a frente, no temerlas. Se ha hundido, María, se ha hundido.

*(Larga pausa)*

MARÍA: ¿A qué hora piensas partir?

PERSONAJE: Me es igual. Tú puedes escoger la hora.

MARÍA: Pero... no sé... Dejo tantas cosas, tantas cosas.

PERSONAJE: ¡Qué vale un consejo! Tú misma lo dijiste... Uno siempre debe decidir solo.

*(Ella permanece anonadada, cuando vuelve a hablar lo hace en voz baja)*.

MARÍA: Si mañana no he llegado a tu pieza antes de mediodía, parte solo.

*(Y mientras ella se aleja y desaparece tras la casa, El personaje permanece solo en escena. Se nota cómo la risa nace en él, lenta, ahogada en un comienzo, hasta brotar plena y desplegarse en grandes carcajadas. Se apagan las luces y cuando se vuelven a encender, nuevamente están colgados los cuadros sobre el muro y los muebles en su sitio. Juan, muy cansado, yace en el sillón, todo el apero derrumbado junto a él. Poco después, entra Josefina. Al verlo trata de rehuir, pero él la detiene.)*

JUAN: ¿De dónde vienes, Chepita?

JOSEFINA: De ninguna parte. Quiero decir, de la casa de las Silva.

JUAN: *(Como buscando un tema para espantar su tristeza)*. ¿Lo pasaste bien?

JOSEFINA: Sí, muy bien.

JUAN: *(Sin verdadero interés)*. ¿Había mucha gente?

JOSEFINA: Sí, bastante.

JUAN: ¿Qué hicieron?

JOSEFINA: Nada.

JUAN: ¿Cómo?

JOSEFINA: Es decir... jugamos... a las prendas.

JUAN: ¿Ganaste?

JOSEFINA: Sí.

JUAN: ¿Dónde vas ahora?

JOSEFINA: A acostarse.

JUAN: Por qué no te quedas un momento aquí y me haces compañía. Ven, siéntate a mi lado. Cuando chica solías hacerlo a menudo. Pero los niños crecen, todo crece. *(Saca un cojín de un sillón para que Josefina se siente)*. ¿Tú no te acuerdas, no es cierto?

JOSEFINA: ¿Qué cosa?

JUAN: Cómo te sentabas durante horas junto a mí. Yo te contaba cuentos... ah, todo eso parece tan lejano.

JOSEFINA: Sí.

JUAN: Supongo que te parecerá absurdo, pero me gustaría contarte uno ahora, como cuando eras chica. En ese tiempo, eras tú quien me lo pedía.

JOSEFINA: *(Sin ningún interés)*. Cuéntame un cuento.

JUAN: ¡Qué te parece el de "Piel de Asno", ah! Era muy bonito, con ese burro extraordinario que...

*(Josefina ríe de pronto, una risa extraña, muy nerviosa)*.

JUAN: Chttt... no vayas a despertar a tu mamá. Tiene el sueño tan liviano.

*(Josefina ríe durante algunos segundos y, de la risa, pasa al llanto que brota con fuerza, como si lo hubiera estado conteniendo desde hace mucho rato)*.

JUAN: Por Dios... ¿pero qué le pasa a mí Chepita, contéstame, qué es lo que ha sucedido?

JOSEFINA: *(Entre llantos)*. Nada... nada...

JUAN: Pero algo tiene que haber ocurrido, no es posible que llores sin razón. Vamos, desahógate primero, fuera todas esas lágrimas y después me cuentas lo que sucedió. Así, así... llora, llora hasta cansarte... Así, así... ya está. Y ahora cuéntale a tu padre lo que te ha pasado.

JOSEFINA: (*Irguiéndose de pronto*). No. No fue nada.

JUAN: Si no le quieres contar a tu papá, él también se va a poner a llorar. Mira, no le hace falta mucho. Con cualquier cosa podrías conseguirlo.

JOSEFINA: (*Cae de nuevo, llorando, junto a su padre. Esta vez el llanto es menos genuino*). ¡Papá! ¡Papá!

JUAN: ¡No llores tan fuerte! Vas a despertar a tu mamá y entonces sí que lloraremos todos.

JOSEFINA: Lo quiero tanto... lo quiero tanto...

JUAN: ¿A quién?, mi cuchita?

JOSEFINA: A Cristián. Creo que nunca antes había querido a alguien como lo quiero a él. Era todo lo que yo soñaba y apenas alcanzamos a conversar.

JUAN: ¿Quién es este Cristián?

JOSEFINA: Conversamos sobre tan pocas cosas. ¡Y yo que quería preguntarle... pero, si yo quería preguntarle todo!

JUAN: No comprendo una sola palabra. Empieza por explicarme quién es ese muchacho.

JOSEFINA: Me llamó Josefina que es como a mí me gusta y ni siquiera se dio por aludido ante ese sobrenombre estúpido que alguien me puso.

JUAN: Pero, Chepita... quiero decir, Josefina, no es razón para que te pongas así. Cuéntame lo que sucedió. Supongo que no estarás llorando, porque lo quieres tanto.

JOSEFINA: No fue a la cita. Claro que se había nublado y pude no haberlo visto. Pero no... no, lo busqué, lo llamé, grité y por todas partes. Y no vino, papá, no vino.

JUAN: Mañana lo encontrarás. Ha tenido algún tropiezo cualquiera y por eso no acudió a la cita... ¿Cita? ¿Tu madre sabe esto?

JOSEFINA: No, no lo veré más. Nunca más. Para él, yo he muerto y hasta el fin de mis días conservaré su recuerdo como un culto. Será la razón de mi existencia.

JUAN: (*Riendo a pesar suyo*). ¡Bravo!

JOSEFINA: Lo ves. Es inútil. Uno quiere ser sincera y nadie la comprende. Esto me enseñará a no olvidar que uno está condenada a vivir sola, siempre. Esto me pasa por ser tan tonta y contar las cosas.

JUAN: (*Súbitamente serio*). Perdóname, no quise herirte. Si reí, fue porque yo mismo estoy un poco nervioso. He tenido varios contratiempos hoy día.

JOSEFINA: ¡Perdió al póquer, papá!

JUAN: Shtt...

JOSEFINA: ¿Cuánto perdió? ¿Mucho? Mamá se va a poner furia.

JUAN: Sí, sí, perdí al póquer. Que no lo sepa tu madre. Eso fue, perdí al póquer.

¿Pero cuéntame cómo es tu enamorado? Tal vez lo vi en el camino, quiero decir en el Gran Hotel, ya que me crucé con mucha gente.

JOSEFINA: ¡Pero, papá, si usted mismo me lo presentó!

JUAN: ¿Yo te lo presenté? Eso sí que no me lo va a perdonar tu madre. Que te arranques de noche para ir a una cita con un hombre que yo mismo te presenté... ¿Pero, quién es?

JOSEFINA: Cristián, ese joven con quien estabas conversando antes de comida.

JUAN: ¿Cristián?

JOSEFINA: El que conocía Verona.

JUAN: ¡Salvador! Pero ese se llamaba Salvador y no Cristián como tú dices.

JOSEFINA: Cristián, él mismo me lo dijo. Usted debe haber comprendido mal.

JUAN: ¡Cómo se te ocurre! Hace más de una semana que lo conozco y siempre le he dicho Salvador. Es uno alto...

JUAN: Canoso, con algo de corsario...

JOSEFINA: Rubio, con algo muy romántico...

JUAN: ¿Cómo?

JOSEFINA: Alto, rubio, delgado, con la mirada... ausente.

JUAN: Pero, Chepita, el hombre que yo te presenté era uno más bien viejo, alto es cierto, pero canoso y no tiene la mirada ausente como tú dices, sino unos ojillos vivaces, llenos de lucecitas. Mira, se parecen a los ojos de los piratas. Comprendo lo que debe haber sucedido: era de noche, es fácil confundir...

JOSEFINA: Había mucha luna y lo vi muy bien.

JUAN: No voy a discutir contigo. Sería absurdo, ya que lo conozco mucho mejor que tú.

JOSEFINA: Quizás...

JUAN: Pero, Chepita, no seas ridícula. Somos íntimos, Salvador y yo. ¡Imagínate! Esta noche debíamos emprender una excursión, los dos solos, a la Cueva del Pirata.

JOSEFINA: ¿Y para qué?

JUAN: Para buscar el tesoro, naturalmente. Salvador lo descubrió hace algunos días; pero no pudo sacarlo, no fue capaz. El cofre es sumamente pesado.

JOSEFINA: ¿Otro tesoro? ¿Y mamá está enterada?

JUAN: ¡No se lo vayas a decir! Salvador me lo recomendó tanto...

JOSEFINA: ¿Y dónde está el tesoro?

JUAN: En la Cueva del Pirata.

JOSEFINA: Pero por qué no lo trajeron.

JUAN: No pudimos.

JOSEFINA: ¿Por qué?

JUAN: Tuvimos que dejarlo allá.

JOSEFINA: Sí, ¿pero por qué?

JUAN: (*Estallando*). Porque Salvador me había dado cita a las diez y no apareció.

JOSEFINA: ¿A las diez? Ahora sí que estás mintiendo.

JUAN: ¿Cómo?

JOSEFINA: Porque tenía que encontrarse a esa misma hora conmigo en la playa.

JUAN: ¿Y?

JOSEFINA: (*Después de un tiempo*). Tampoco llegó.

(*Ambos quedan mudos. Durante la conversación, Juan se ha acercado a la puerta y, al mirar hacia afuera —hacia atrás— se inmoviliza.*)

JUAN: ¡Chepa, miral

JOSEFINA: (*Corriendo hacia él*). ¿Qué pasa?

JUAN: ¡Es ese el hombre! Ese que está dando vuelta la espalda y conversa con una mujer!

JOSEFINA: A ver... espérese que se de vuelta... ¡Sí! Ese es, es Cristián.

JUAN: ¡Es Salvador! No acudió a la cita, porque tenía otra, con una mujer...

JOSEFINA: Debo hablarle.

JUAN: (*Reteniéndola*). ¡Espera! Mé parece reconocer a la mujer... Sí, sí, es...

JOSEFINA: Es mamá.

(*Vuelven a quedar inmóviles*).

JUAN: Maruja... ¿Qué puede estar haciendo con Salvador? Alguien debe haberle contado lo de nuestro plan.

JOSEFINA: ¡Ay! Papá, si mamá ha sabido que yo tenía una cita con Cristián, me mata.

JUAN: Chttt... parece que se están despidiendo. ¡Cuidado! Tu madre se acerca. Sentémonos, hagamos cualquier cosa. Conversa, di algo, Chepita, háblame sobre lo que se te ocurra. ¡Qué no se vaya a dar cuenta!

(*Josefina toma un libro que hay sobre la mesa, lo abre en cualquier parte y comienza a leer con voz monocorde, muy rápido*).

JOSEFINA: (*Leyendo*). ¡Sí es; sí es! ¡Huye, vete, márchate! Es la alondra que canta de un modo desentonado, lanzando ásperas disonancias y..."

(*María ha entrado. Viene muy preocupada y, en un comienzo no los ve. Luego*).

MARÍA: ¿Y qué les pasa a ustedes?

JUAN: Nada, Chepita estaba leyéndome...

JOSEFINA: "Y dicen que la alondra produce al cantar una dulce..." "Sí, Romeo y Julieta... "disonancia... armonía. Cómo..."

MARÍA: No es hora para estar leyendo. Anda a acostarte.

(*Josefina obedece con premura*).

JUAN: (*Bostezando*). Bueno, creo que yo también iré a acostarme. Ha sido...

MARÍA: Quédate. Necesito hablar contigo.

JUAN: No podrías dejarlo hasta... hasta mañana.

MARÍA: No. Tengo que hacerlo ahora. Escúchame, Juan, desde hace un tiempo...

JUAN: Mira, Maruja, es inútil que discutamos toda la noche. Ya sé que no lo debería haber hecho, ya sé que no te gusta que me embrolle en estos asuntos; pero, por otra parte, piensa lo que podría haber significado. Una ocasión única. Un cofre lleno de oro y de joyas. Sí... no me digas nada. Sé que no es la primera vez que salgo a buscar un tesoro y vuelvo con las manos vacías; pero ahora es distinto... ahora él me aseguró que...

MARÍA: ¿De qué estás hablando?

JUAN: Del tesoro, Maruja. Salvador no debería habértelo contado. Bueno, después de todo, es preferible que lo haya hecho. Eso nos ahorrará una discusión.

MARÍA: Todavía no comprendo una palabra de lo que estás diciendo. ¿Quién es este Salvador?

JUAN: Salvador, el hombre con que hablabas hace un segundo, allá en el paseo.

MARÍA: ¿Cómo? ¿Nos viste?

JUAN: Sí, estábamos aquí con Chepita... y... Pero por favor, Maruja, no nos pongamos a discutir.

MARÍA: Escúchame, Juan, o tú has tomado más de la cuenta o has perdido al póquer; pero algo te ha pasado.

JUAN: Sí, claro, no fui al póquer, te mentí. Y tú lo sabías, supongo, así como las otras veces.

MARÍA: ¿Qué otras veces?

JUAN: Las otras veces que te he mentido. Pero ahora no se trataba de un asunto cualquiera. ¡Imagínate! Salvador me aseguró que el tesoro era inmenso...

MARÍA: ¡Sube a acostarte de una vez. Hubiera preferido que estuvieras borracho. Por lo menos, me habrías ahorrado esta escena.

JUAN: (*Cada vez más agitado*). Por favor no empecemos. Perdóname una vez más. Reconozco mi culpa.

MARÍA: ¡Tú culpa! Sólo eres culpable de una cosa, y esa es tu cobardía. No, no te asombres...

JUAN: No te lo permito, María.

MARÍA: Llámalo timidez, entonces. La palabra no me importa.

JUAN: Basta. Eso ya es demasiado. Un marido también tiene orgullo.

MARÍA: Entonces ¿por qué no lo demuestras? Has caído en tu propia trampa, infeliz. Te delataste como un vulgar ratero. Yo nada sabía de tu proyectada gira nocturna. ¿Nada me oyes?

JUAN: ¿Cómo?... Entonces él no te dijo adónde íbamos.

MARÍA: ¿Quién es él? Si te refieres a ese hombre con el cual me viste, desde ya puedo decirte que te equivocas. No se llama Salvador, sino Rodrigo.

JUAN: ¿Rodrigo?

MARÍA: Sí, Rodrigo. Y no es aquel payaso buscador de tesoros que tú has descrito.

JUAN: Pero, ¿por qué estabas con él entonces?

MARÍA: Era lo que venía a decirte; pero tú te adelantaste con tu historia de cofres y entierros. Quería conversar contigo... ahora ya no es necesario hacerlo. ¡Me voy, Juan!

JUAN: ¿Cómo?

MARÍA: Parto con ese hombre. Te dejo... No necesito huir de un infeliz como tú. Me iré bajo tus propios ojos y estoy segura que ni siquiera tratarás de impedírmelo.

JUAN: Estas loca. No digas cosas que después podrían pesarte. Ante todo, ese hombre puede llamarse Rodrigo o Salvador. No lo discuto. A la Chepita le dijo llamarse Cristián.

MARÍA: *(Asustada)*. La Chepita lo conoce.

JUAN: ¡Claro que sí! ¡Yo mismo se lo presenté! Y hace un rato, cuando tú estabas con él, lo reconoció. Puedes preguntárselo a ella...

MARÍA: ¡No! No la llames.

JUAN: Por supuesto que voy a llamarla. En esta pieza, uno de los dos está loco. Y por todo lo que has dicho, preferiría de que fueras tú. *(Llamando)*. ¡Chepa! ¡Chepa! Baja un momento.

*(Casi inmediatamente entra Josefina).*

JUAN: Dile a tu madre quién es ese hombre con que ella estaba hace un rato.

JOSEFINA: Este... yo...

JUAN: Dile, no tengas miedo. ¿Quién es?

JOSEFINA: Es Cristián, papá. El mismo que usted me presentó. El que me habló de Verona.

MARÍA: Estás segura?

JOSEFINA: Con papá lo reconocimos al instante.

MARÍA: Pero entonces... entonces me ha mentado. Me dijo que se llamaba Rodrigo y que estaba de paso en La Caleta. Se quedó sólo porque nos encontramos y...

JOSEFINA: *(Como en sueños)*. A mí... me dijo que se llamaba Cristián. Hablamos de libros y de amor... me dio una cita a las diez en al playa.

MARÍA: ¿Y no llegó?

JOSEFINA: No.

JUAN: Ya lo ven, a mí me contó que su nombre era Salvador, marino jubilado, y que se dedicaba a buscar tesoros.

MARÍA: Entonces nos ha mentido a los tres.

JUAN: (*Viendo que Josefina se echa a llorar*). No llores, Chepita, vamos a arreglar todo este asunto.

MARÍA: ¿Cómo?

JUAN: Por el momento, voy a salir a buscarlo.

MARÍA: ¿Y cuándo lo encuentres?

JUAN: Le pediré explicaciones.

MARÍA: Pero estás loco... Crees que te va a dar alguna explicación.

JUAN: Se la exigiré.

MARÍA: ¡Qué ingenuo eres! ¿Pero no te das cuenta acaso? ¡Cállate, Josefina! Es mucho más fuerte que nosotros. Si pudo engañarnos a los tres, le será tanto más fácil hacerlo con uno solo.

JUAN: Pero es que ahora yo sé.

MARÍA: ¿Qué es lo que sabes?

JUAN: La verdad. La verdad sobre uno y los demás. Antes consiguió engañarnos, porque nosotros mismos nos mentíamos. Yo iba al Gran Hotel, Chepita, donde las Silva... y todas eran mentiras. Nada más que mentiras! Vivíamos mintiéndonos; era nuestro escudo, nuestra fuga, nuestra defensa,... y en el fondo nuestra debilidad. En cambio, ahora sabemos, podré discutir con él cara a cara. Esa es mi fuerza.

MARÍA: ¿Y qué obtendrás con saber? Tú crees que uno no vuelve a caer cien veces en la misma trampa. ¡Deja de lloriquear, Josefina! Qué logras con eso; ponerme más nerviosa, eso es todo... Pero hay que hacer algo... algo... ¡Y si fuéramos todos!

JUAN: ¿Todos?

MARÍA: Sí, los tres. De todos modos seremos más fuertes que uno.

JOSEFINA: No... yo no quiero verlo, nunca más.

MARÍA: Tienes que venir.

JOSEFINA: Papá...

JUAN: La muchacha tiene razón. Para qué imponerle un sacrificio inútil.

MARÍA: Debe ir. Hay que destruir las cosas antes de que ellas nos destruyan. Eso es lo que tú nunca has sabido.

JUAN: No se trata de mí, sino de Chepita.

MARÍA: Y es para defenderla a ella que voy a luchar. (*A Josefina*). ¡Cállate de una vez! No sigas llorando. No quiero que sigas llorando. Y te vas a callar, porque yo te lo ordeno.

JUAN: Maruja, la pobre está herida. No lo trates así.

MARÍA: Para que se vuelva aún más débil. ¡No! Ella no será débil como tú, como lo he sido yo. Ella sabrá afrontar los hechos, mirarlos cara a cara, ella

sabr  hacer todo lo que t  predicabas hace un instante; pero que nunca has llevado a efecto.

JUAN: Es que entonces nos mentamos...

MARÍA: Y nos mentiremos siempre, por eso hay que aprender. Yo te ense ar  a tener valor, a deshacer y recordar tu vida antes de que sea tarde... antes de que sea tarde...

JUAN: Desgraciadamente, siempre es tarde.

MARÍA: Eso lo dices t  porque eres débil y preferiste cerrar los ojos y dejar que las cosas sucedieran.  Pero hay un momento en que todavía se puede decidir! Nosotros lo perdimos. Yo me encargar  de ense arselo a Josefina.

JUAN: Tengo la impresión de haber perdido tanto, tanto se ha deslizado...

MARÍA:  C llate!  T  ya no importas! Ahora se trata de Josefina, sólo de ella. Debo enseñarle a destruir los fantasmas.

JUAN: Y, sin embargo, Salvador pudo ser...

MARÍA: Pudo ser, pudo ser... Pero no lo fue. Espérame mientras voy a buscarte un chal. *(Sale)*.

JUAN: Mi pobre Chepita, supongo que habrá que ir.

JOSEFINA: No quiero, no quiero...

JUAN: Pero,  c mo podrías desobedecerle?

JOSEFINA: No quiero, no puedo ir.

JUAN: Shtt... ahí viene tu madre.

MARÍA: *(Aparece trayendo un chal y un revólver)*.  Toma! Ponte este chal.

JUAN:  Qu  es lo que traes?

MARÍA: T  revólver. Estaba sobre el velador, como esperando que yo lo tomara. La noche está muy oscura.

*(En el momento en que van a salir aparece Juanito en pijama blanco)*.

JUANITO:  D nde van? Yo también quiero ir.

MARÍA:  Qu  estás haciendo en pie a esta hora? Anda a acostarte.

JUANITO: Yo quiero ir, yo quiero ir.

MARÍA: Anda a acostarte. Mira que puede venir el hombre malo.

JUANITO:  Cu l hombre malo?

MARÍA: Uno que anda cerca, muy cerca. Anda a acostarte y no te muevas de tu cama.

JUANITO:  D nde est  el hombre malo? Yo quiero verlo.  Mu strenmelo!

MARÍA: Vamos, Juanito, a la cama. Si no obedeces te voy a castigar.

*(Lo empuja hacia afuera y los tres María, Juan y Josefina salen. La escena queda vacía durante algunos segundos y luego aparece Juanito. Primero se asoma para ver si hay alguien, luego avanza en puntillas hacia la puerta y por último se precipita afuera, tomando la misma dirección de los otros.)*

*Hay un breve momento de oscuridad durante el cual desaparecen los muebles y luego se enciende, en primer plano, un foco que alumbra al Personaje. Habla hacia el público; pero como si estuviera viendo frente a él todo lo que sucede).*

PERSONAJE: Ahora los tres me buscan. ¡Ah!, si ustedes pudiesen verlos... Avanzan muy juntos, en fila india, tomándose de la mano para no perderse. ¡Qué susto tienen! La noche está tan oscura y olvidaron traer una luz. ¡Ah!, si ustedes pudiesen verlos... Parecen tan pequeños, tres enanos perdidos en un bosque. ¡Hop! Ya tropezó uno; hay raíces inmensas que sobresalen por todas partes, aquí, allá ¡cuidado! hay tantas raíces en un bosque... Se alejan ahora, se internan en el bosque, van a desaparecer. Ya está: ahí permanecerán dando vueltas hasta que amanezca. (*Rte*). Pero no... hélos aquí nuevamente. ¡Qué gran mujer es María! A pesar de la oscuridad, de la neblina que lo envuelve todo, de los quinientos senderillos y del miedo, ha sabido encontrar su camino. ¡Aquí está! Miren cómo avanza. ¡Ah! Si ustedes pudiesen verla... Se abre paso con decisión. ¡Hop! Ahora es ella quien tropieza... ni siquiera se ha quejado. No hay duda, pudo haber sido invulnerable. (*Enmudece durante algunos segundos y se escucha ruido de conversaciones*). Los oyen. Están discutiendo; pero sus voces se escuchan apenas. Oigánlos... trazan un plan... sht... hay tanto ruido en el bosque, de noche. Esos gritos de animales desconocidos que, de pronto graznan o chillan. Y luego aullidos lejanos, que no se sabe muy bien de dónde vienen. ¡Pobre Josefina! Reacciona a cada uno de esos gritos y llora, llora... ¡Qué caudal tienen las muchachas escondido adentro. Por un nada, lloran. La causa es diferente: un verso, un golpe, una rabia, una pena. Lo importante es llorar. También le llega su turno y tropieza, resbala... casi cae. ¡Qué miedo tiene! La oscuridad es tan romántica en los libros... Vuelven a detenerse. ¿Qué es lo que pasa? Ah, sí. Me van a llamar. Escúchenlos...

VOZ DE JOSEFINA: Cristián... Cristiáaaaaaaaaaann...

VOZ DE JUAN: Salvadooor... Salvadoooooooooorr...

VOZ DE MARÍA: Rodrigooo...

PERSONAJE: Escucharon. María fue la más tímida. Naturalmente, teme encontrarme. Acabamos de separarnos... Ya nacerá el miedo en los demás. Porque cuál de ellos desea encontrarme en realidad. Ninguno, por supuesto. Quién se atrevería a enfrentarme después de conocer el engaño. Quién se atrevería a mirarme en los ojos y decirme lo. ¡Ninguno! Nada hay más cobarde que un hombre frente a sus sueños. Por eso siempre se le escapan, porque titubea, porque en el fondo les tiene miedo. Cuando decide agarrarlos, ya es demasiado tarde.

VOZ DE JOSEFINA: Cristián... Cristiáaaan...

VOZ DE JUAN: Salvador... Salvadooooooor...

PERSONAJE: ¡No les temo! Pueden llamarme y acercarse, ¿quién se atreverá a tocarme siquiera? Yo soy el que ustedes esperaban y, aun cuando los haya defraudado siempre queda mi recuerdo. El es quien me defiende. ¡Los desafío! Traten de matarlo. ¡Qué pequeños los veo, indefensos y ridículos! Busquen, busquen, ¿qué harán cuando me descubran? Yo soy Cristián, Rodrigo, Salvador, recuerdan? ¡Soy vuestro sueño y ustedes ya lo saben, por eso no tendrán fuerzas para aniquilarme! Busquen, busquen... Yo les ayudaré. Voy a darles toda clase de facilidades. (*Gritando*). ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoooooooy! Aquiiiiiii...

VOZ DE JUAN: Escuché una voz...

VOZ DE MARÍA: Sí, parecía venir de por allí... ¡Síguenme!

PERSONAJE: ¡Y ahora a divertirse! ¡Miren cómo todos me persiguen! Corran... ¡Aquí estoy! Doblar a la izquierda, a la derecha, a la izquierda nuevamente. El bosque es tan grande que podríamos correr toda la noche. Yo no me cansaré... ¡Aquí estooooooy!... No les tengo miedo. Ninguno de ustedes puede matarme, ninguno, ninguno... ¡Oh! cuidado, las raíces son peligrosas... Corra, María, ¿por qué se detiene? ¿Por qué se apoya contra ese árbol y cierra los ojos cuando yo estoy tan cerca? Aquí. Así, así... persíguenme... ¡Es lo que deben hacer! Ahora a la derecha, tomen este sendero... Oy... Juan se ha caído. (*Ríe*). El revólver fue a dar lejos. Ahora está desarmado, mi pobre pirata. Ya no podrás encontrarlo, nunca más. Anotación mental: acordarse de que en los bosques de La Caleta hay un revólver. Util para dar veracidad a algún sueño. Pero... ¿qué es eso? ¿Quién es esta pequeña sombra blanca que corre entre los árboles? Eh, tú... no corras tan rápido. No me ha oído... ¡No! no te vayas, déjame acercarme para mirarte, eres demasiado curioso... Y ahora se agacha, busca... parece que ha encontrado algo entre las hojas. ¿Qué es, ratoncito? ¡Pero si es el revólver! ¡Con qué mezcla de temor y ansia lo empuña! ¡Cómo lo mira! Te voy a enseñar a usarlo... No, no te asustes. Soy yo, un amigo... Vamos, no me mires así, si no quiero hacerte daño, sólo deseo enseñar...

*(Se escuchan varios disparos. La sonrisa del Personaje se troca en un gesto amargo y grita con todas sus fuerzas. Oscuridad completa. Cuando vuelven las luces, aparece Juanito, siempre en pijama, sujetando el revólver).*

JUANITO: Yo maté al hombre malo... yo maté al hombre malo... yo maté al hombre malo.

*(Y mientras él continúa con su cantinela, aparecen los demás. Josefina entra muy asustada. Juan la sigue y, por último, María, que avanza como sonámbula y permanece alejada durante toda la escena).*

JOSEFINA: ¿Qué pasó? ¿Qué fueron esos disparos?

JUAN: No sé... yo oí unos gritos...

JOSEFINA: Yo también. Unos gritos de hombre. ¡Qué espantoso!

JUAN: *(Descubriendo a Juanito)*. ¡Juanito! ¿Qué estás haciendo aquí?

JUANITO: Yo maté al hombre malo... Yo... con su pistola, papá.

JOSEFINA: ¡Oy! Tiene una pistola.

JUAN: ¿De dónde sacaste eso?

JUANITO: La encontré en el suelo.

JUAN: No te he prohibido tocarla. ¡Dámela!

JUANITO: Pero si yo maté al hombre malo... Yo fui, papá.

JUAN: Entonces... ¡Dame ese revólver! Juanito, entrégamelo. *(Forcejea con el niño y por último se lo arranca)*. ¡Y ahora, a la cama, rápido!

JUANITO: Pero si yo...

*(Juan le da una palmada. Juanito sale llorando)*.

JOSEFINA: Papá... usted cree que esos gritos...

JUAN: No. Claro que no. Nada de eso sucedió. Estamos sobrecitados y escuchamos gritos y... y otros ruidos. Lo mejor que podemos hacer es irnos a dormir.

JOSEFINA: Sin embargo...

JUAN: Basta, Josefina, no quiero oír hablar más del asunto.

*(Sale muy rápido. Josefina lo sigue. María queda sola. En ese momento vuelve a escucharse la sirena del barco. María se acerca a la baranda y mira en dirección al mar)*.

MARÍA: *(Tristemente)*. Se ha salvado... se ha salvado...

*(Lentamente se apagan las luces y, cuando vuelven a encenderse, es con fuerza y casi inmediatamente, luz de mañana. Aparecen junto a la casa —que ha vuelto a ser la pared desnuda, es decir, la fachada— Juanito seguido por María)*.

JUANITO: ¿Y el papá se fue, mamá?

MARÍA: *(Que limpia y sacude: ha vuelto a ser la de antes)*. Sí, esta mañana, muy temprano. Tenía que volver a la oficina. Vamos, Juanito, anda a jugar a otra parte. No ves que estoy ocupada.

JUANITO: Mamá, puedo ir a jugar al camino...

MARÍA: No pisotees las flores. Ya bastante se quejó el dueño con los destrozos del año pasado.

JUANITO: ¿Puedo ir, mamá?

MARÍA: Bueno, pero no te alejes mucho y... ¡ten cuidado con esa baranda que es tan endeble! Y no te agaches sobre el mar, las rocas son tan peligrosas y

no te vayas a caer sobre todo... ¡Apúrate, Chepita! Puedes irte con ella a la playa. (*Gritando hacia adentro*). ¡Chepita! ¡Chepita! Ya está bueno que salgas del baño... Supongo que no pensarás quedarte ahí toda la mañana... Tienes que ir a la playa. Por algo se viene a veranear a la costa, para que aprovechen... ¿Me oyes, Chepita?

(*Mientras el niño se ha acercado a la baranda y juega con varios barquitos que ha traído. María entra y sale de la casa, limpiando, ordenando. Aparece el Personaje*).

PERSONAJE: (*Acercándose al niño*). Veo que te gustan los barcos.

JUANITO: (*Después de mirarlo, muy impresionado*). Sí, señor.

PERSONAJE: Puedes llamarme capitán.

JUANITO: (*Con admiración*). Usted es... capitán.

PERSONAJE: Sí, soy el capitán de ese buque que ves allá.

JUANITO: ¿Dónde?

PERSONAJE: Allá... a la derecha del que tiene bandera roja.

JUANITO: ¿Ese grande, con cañones?

PERSONAJE: Sí... pero ¡qué maravilla éste que tienes aquí! ¿De dónde lo sacaste? ¡Y éste, y éste! Son espléndidos... Mira esta línea y esta proa. ¿Qué vas a ser cuando grande?

JUANITO: ¡Marino!

PERSONAJE: ¡Qué bien! Entonces hay que aprender desde niño todas estas cosas. Sabes lo que es una catalina y un foque y...? ¡Hay que aprenderlo!

JUANITO: Sí, señor, quiero decir, sí, capitán.

PERSONAJE: Por ahora puedes llamarme Thompson. Más tarde, cuando seas marino me dirás capitán Thompson... ¿Por qué me miras así?

JUANITO: Es que... es que... Yo conocí un capitán Thompson.

PERSONAJE: ¿Ah, sí? Y ¿dónde? ¿Cuándo?

JUANITO: Hace tiempo, en un libro que me prestó Vicente... es un primo hermano.

PERSONAJE: Ah.

JUANITO: Se llamaba "Las aventuras del Capitán Thompson". ¿Era usted?

PERSONAJE: ¡Quién sabe!

JUANITO: Yo siempre había querido conocerlo... personalmente.

PERSONAJE: Pues aquí lo tienes.

JUANITO: Sí, con la misma gorra y los galones y el barco con cañones...

PERSONAJE: ¿Te gustaría conocer ese barco?

JUANITO: ¿Lo dice en serio?

PERSONAJE: Por supuesto.

JUANITO: Pero... pero si es lo que siempre he querido...

PERSONAJE: Mira... entonces esta noche cuando todos estén durmiendo, podemos ir a visitarlo.

JUANITO: ¿Pero cómo voy a convencer a mi mamá?

PERSONAJE: ¿A tú mamá? ¿Eh... necesitas el permiso de tu mamá? Y yo que creí que eras todo un hombre. Muy fácil, yo mismo iré a pedírselo.

JUANITO: ¡Claro que soy un hombre! (Pausa). ¡Cuidado que está ahí!

MARÍA: Chepa, ¿vas a bajar o no?

VOZ DE JOSEFINA: Ya voy, mamá.

JUANITO: Ya va a venir mi hermana. ¿A qué hora nos juntamos?

PERSONAJE: Hay que preguntárselo a tu mamá.

JUANITO: No, no se lo pregunte. Estaré a la hora que usted me diga.

PERSONAJE: Muy bien entonces. Esta noche cuando todos duerman, lanzaré dos o tres piedras a tu ventana. Esa será la señal. Bajarás e iremos a visitar el barco. Pero ¡silencio! Que nadie lo vaya a saber.

JUANITO: Muy bien, capitán.

PERSONAJE: Y ahora a la casa, a la cama. Hasta más tarde. (El niño sale). Hasta más tarde. (Dirigiéndose al público), hasta siempre. Para esperarme, trataré de no dormir; pero desde ya sueña. ¿Lo ven? Esta historia podría no tener fin y repetirse hasta la eternidad. Uno y otro imaginan que un día podrán destruirme y no saben que sólo un niño lograría ese propósito, un niño que juegue con sus sueños en vez de vivir sólo para alcanzarlos. Pero un niño también crece y llega la hora en que, temeroso, estremecido, titubeante, me encuentra, comprende quién soy y se entrega a mí. Desde entonces, me pertenece. La trampa es eterna; pero ¿quién se negaría a caer en ella cuando el sueño es un reemplazo tan tentador para ese doloroso oficio que llamamos la vida? Buenas noches.

TELON



# HABLADO DE

Jaime Eyzaguirre

por

*Walter Hanisch S. J.*

## I

El primer recuerdo de Jaime Eyzaguirre data de 1935-38. En ese tiempo vivía en Seminario 40 y asistía a la misa de nueve en la capilla del Seminario. Al salir nosotros a la Facultad de Teología, todas las mañanas nos encontrábamos con él, que en compañía de su esposa, joven y sonriente, saludaba a sus amigos, los discípulos de Juan. Con este nombre se conocía a Juan Salas, párroco entonces de San Juan Evangelista, célebre por sus lecturas bíblicas y por su milenarismo. Fue ésa una época de oro de esa doctrina. Juan quería que fuera secreta, porque por el mal estado de la Curia Romana, temía que cayera una prohibición si se hacía público el entusiasmo por su doctrina escatológica. En el Seminario prendió el fuego y se formó un grupo milenarista bastante fuerte, que tuvo vigencia hasta el año 1940, en que el P. Juan María Restrepo, alarmado por el fervor con que los seminaristas la seguían escribió a Roma e interesó al Episcopado. De allí vino una condenación, que corroboraba la otra que el Episcopado chileno había dado en ese mismo año en la conferencia episcopal. El P. Gustave Weigel escribió sobre su carácter disciplinario y académico y no doctrinal en los *Anales de la Facultad de Teología*.

Posteriormente, el 21 de julio de 1944, el Santo Oficio decretó una prohibición, que dice: "El sistema del Milenarismo mitigado (que enseña que Cristo,

<sup>1</sup>Obra publicada por Tomás P. Mac Hale y Jaime Mendoza. Prólogo de Roque Esteban Scarpa. Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1969. 172 pp.

Señor, antes del juicio final, previa o no la resurrección de muchos justos, ha de venir visiblemente para reinar en la tierra), no puede enseñarse con seguridad.

Los años de la vigencia milenaria reconocían en Juan Salas el pontífice máximo de la doctrina. Como opositores estaban el rector del Seminario, Alejandro Huneeus y el P. espiritual del mismo, Manuel Larraín Errázuriz. No pudieron desarraigarlo. Se defendía en todas partes en forma indiscreta para el juicio de Juan. Nos saludábamos levantando la mano y diciendo: "Por el Reino".

Salió por ese tiempo el libro de Madeleine Chasles: *El que ha de venir*, que sirvió para recalentar los ánimos y era lectura obligada de los adictos. El hecho de ser protestante Madeleine Chasles no era obstáculo para su lectura, porque tenía aprobación de la iglesia católica y la edición era de la editorial capuchina de P. Las Casas.

La revista *Estudios*, fundada por mi padre, Otto Hanisch, para difundir las conferencias del CER (Centro de Estudios Religiosos), había sido abandonada por éste a causa de su trabajo al cabo de un año o poco más. Tenía un formato grande, y se imprimía en los talleres gráficos de San Vicente, donde mi padre trabajaba. El equipo que lo asesoraba estaba integrado por Ricardo Cox Méndez y Oscar Larson. Cuando mi padre la dejó, pasaron a asesorarla Ricardo Salas Edwards, Carlos Silva Vildósola y Manuel Larraín y el secretario de redacción fue Jaime Eyzaguirre. Siguió siendo el apoyo económico, como en tiempo de mi padre, Carlos Saffer y su tienda de Ahumada 360. Al efectuarse el traspaso se agradeció sólo a Saffer y no a mi padre, porque Salas creía que lo único que hacía posible una revista era el apoyo económico. Sin embargo, en el número 9, del mes de mayo de 1933, Oscar Larson dice que Otto Hanisch es el editor de la revista y la llama "publicación que bondadosamente ha querido emprender el Sr. Hanisch". La revista pasó a ser de la responsabilidad del secretario de redacción y la conservó Jaime Eyzaguirre por muchos años. Es precisamente la cantera que hay que explotar para conocer el pensamiento de Jaime. Esta revista tuvo un vuelco milenarista. Es Ricardo Salas el que publica un largo artículo sobre el milenarismo en el número 13, que fue el primero del nuevo comité. Mi padre era contrario al milenarismo, pero no era inquisidor y nunca peleamos por ello. Con el número 32 se puede decir que la revista se desliga del CER y pasa a ser órgano del pensamiento de Jaime y de su equipo. Con el tiempo se va acentuando la nota de hispanoamericanismo y el milenio sólo muy de paso es tocado. En junio de 1938, publica Jaime una defensa del milenarismo: *Sobre el Reino de Cristo*, contra un artículo de Alejandro Huneeus. En febrero-marzo de 1940 se publica la carta de Lacunza sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en forma anónima. En mayo de 1940 sale un largo artículo, en la sección libros, de Jaime Eyzaguirre sobre la obra del P. Florenti-

no Alcañiz S. I., *La Iglesia Patristica y el Milenarismo*. Esta obra había causado bastante revuelo y era un exponente de lo que podían las doctrinas milenaristas. Respondía a la tradición jesuita andaluza de milenarismo. Cuando estuve en España pude comprobar que en Andalucía había existido al igual que en Cataluña una tradición de esa especie. Los más conocidos son el P. Rovira, catalán, que había escrito un artículo milenarista en el *Diccionario Espasa* y esta obra del P. Alcañiz, pero me parece que el movimiento era más vasto. En junio de 1940 vuelve Jaime sobre el tema con *La Iglesia Patristica y el Milenarismo. Observaciones a un artículo*. En ese entonces el milenarismo andaba haciendo sus pruebas también en Argentina, donde el novelista Hugo Wast hizo su defensa con su modo de expresión, que era la novela. Otro seglar de apellido Olmedo también escribió un folleto sobre el tema. La posición antimilenarista era defendida por los jesuitas y el P. Jorge Sily publicó un artículo en contra, que se volvió a publicar en Chile. En la polémica participaban en Chile los diarios, la *Revista Católica* y la revista *Estudios*.

Jaime, en el segundo artículo citado sobre Alcañiz, hace una sumisión muy formal a la autoridad de la iglesia. Esto mismo repite al año siguiente en otro artículo. Un viejo milenarista, Miguel Rafael Urzúa, escribió un folleto: *El Excmo. Arzobispo de Nicea, Mgr. Aldo Laghi Nuncio Apostólico ante el gobierno de Chile y el Episcopado chileno, contra el milenarismo*, Santiago, 1940. En este escrito recalca que la prohibición del Episcopado chileno es disciplinar, no dogmática. Lo mismo aseguraba la Facultad de Teología en sus *Anales*, Nº 5, 1941, al decir que era norma práctica para la Arquidiócesis y norma académica para la Universidad. El folleto de M. R. Urzúa merece la reprobación de Jaime por su manera de exteriorizar su actitud frente al Episcopado en forma intemperante. Es de saber que el mismo Sr. Urzúa publicó dos versiones de su folleto y la segunda es más moderada, concluyendo con una carta al Cardenal Caro. En la *Revista Católica* puede verse mejor hasta dónde llegaron las cosas.

Jaime Eyzaguirre no vio en las declaraciones de la Santa Sede sobre el milenarismo nada más que una declaración disciplinar. Lo mismo vio la Facultad de Teología: "norma práctica", "norma académica".

En dos ocasiones hablé con Jaime sobre el milenarismo. Una fue en la librería "El Arbol". Le pregunté si había leído a Lacunza y me respondió que el primer tomo, porque le había servido para su vida espiritual, pero no los otros. No me explicó la razón, pero creo que lo que impresiona al que lee el primer tomo es el amor a las Sagradas Escrituras y cómo incita a su lectura y meditación con amor y entusiasmo.

La otra fue a propósito de su artículo "¿A quién obedecer en la Iglesia?", que mereció una réplica airada de un sacerdote en la prensa diaria. La idea era negar autoridad moral a Jaime Eyzaguirre para hacer esta pregunta, porque

no se había sometido a la iglesia en la condenación del milenarismo y había seguido defendiéndolo. Jaime me dijo que una vez que habló la Santa Sede él no quiso escribir, pudiendo hacerlo, acerca de la condenación. Su última palabra sobre el milenio la tuvo el P. Gabriel Guarda O.S.B., a quien dijo que hacía tiempo que no era milenarista. Se alegró sin embargo, al ver aceptado como canon de la misa el de San Hipólito, que alude a la venida del Señor: "Mientras esperamos tu segunda venida", que por ser de Hipólito tiene manifiesta intención milenarista. Esta alegría no tiene necesariamente que ser milenarista. Otras expresiones de Jaime son las que consagra con entusiasmo a la obra de Lacunza en su *Historia de Chile*, de quien dice: "Hay quien somete a la teología a una novedosa revisión... Su extenso trabajo importa la elaboración de una teología de la historia". Conversando con Juan Ochagavía, me indicó que había que estudiar a Lacunza por el interés de la teología escatológica, que no es muy abundante. Le pregunté, ahora que no hay índice de libros prohibidos, como ha de entenderse el TUTO DOCERI NON POTEST y me manifestó que era una declaración disciplinar.

Cuando me pidieron que colaborara en el homenaje a Jaime Eyzaguirre, me pareció que sería bueno escribir sobre Lacunza; para evitar suspicacias, traté el tema en forma histórica no entrando en el análisis del libro. Pero Ochagavía creía conveniente hacerlo, porque era escasa la teología escatológica y al leer mi escrito echó de menos este aspecto. Con ello se puede comprobar que en torno a Lacunza hay como un ritornello, que se agudiza en la medida en que vuelve la preocupación escatológica o profética a hacerse presente.

## II

El espíritu de Jaime Eyzaguirre se formó en una época en que la liturgia adquirió una nueva vigencia. Hubo en Chile alrededor de 1930 un claro interés por la oración de la iglesia. Sus fuentes eran benedictinas con las influencias de Solesmes, de Beurón, de Mont César. Desde ellas se difundía un nuevo espíritu, que revivía el canto gregoriano, que ponía en las manos los textos de la liturgia, que se adentraba en su estudio. En Chile se difundía a través del *Bulletin paroissial liturgique*, por el recuerdo de Gueranger y sus obras, de Dom Cabrol y su libro de la oración antigua, por el año litúrgico de Pius Parsch y por la difusión de las obras de Romano Guardini, de Dom Columba Marmión, etc. Actuó como centro de esta actitud el Seminario de Santiago con la acción inicial de Juan Subercaseaux, de Manuel Larraín. Se generalizaron entonces los misales en lengua española, se vio un auge del canto gregoriano, se soñaba con una fundación benedictina, cuyas vocaciones fracasaron por lo tardío de su establecimiento. Era un movimiento sereno, caudaloso, basado en el estudio

y en la comprensión de los misterios de la liturgia. Se consiguió formar un ambiente denso y muy espiritual. Jaime fue siempre fiel a estas tendencias litúrgico-benedictinas, que saturaban el ambiente juvenil. Por esta razón encontró en la fundación benedictina algo así como la creación de un hogar nuevo para sus ideales. Incluso en ese tiempo era muy notable la falta de sensibilidad jesuita para comprender la liturgia. Se sentía una oposición entre el jesuitismo racionalista y el cultivo de la sensibilidad por la belleza del canto y la armoniosa escenificación de los misterios sagrados. Este movimiento tenía una fina intelectualidad que se marginaba de expresiones más populares de la piedad y vibraba con formas más universales de la devoción cristiana. Era un movimiento de élites, de grupos selectos hechos para pensar sin dejar de lado la sensibilidad que despiertan las manifestaciones del arte y la belleza. Cuando se trató de hacer llegar a la masa estas mismas ideas aparecieron otras formas más sencillas de participación de la misa y de los misterios, pero que no gozaban de una como selección más natural o connatural a espíritus selectos. Esta sensibilidad se manifestaba en una mística en torno al movimiento, que impulsó a muchos a adhesiones constantes y duraderas, pero siempre dentro de la intimidad de círculos más o menos cerrados. Con el tiempo estos grupos fueron desapareciendo, o desaparecieron los que lo habían impulsado y se registró una baja en el ideal de muchos por las mil variantes introducidas, pero en muchos vivió la llama ideal de la primera hora. La llegada un tanto tardía de los benedictinos logró reunir en torno a sí los elementos primitivos dispersos, que todavía estaban con los ojos abiertos a su llegada.

Jaime encontró en los benedictinos ese hogar familiar, un hogar espiritual que lo satisfacía plenamente. Jaime jamás fue inclinado a los jesuitas, porque su ideal era otro, porque al nacer ese movimiento nació con oposición jesuita. Esta oposición consistía en la crítica que se hacía de las actitudes espirituales de los hijos de Ignacio. Yo pude comprobar que la forma de espiritualidad ignaciana, teniendo muchos méritos por su parte, no lograba asimilar el espíritu litúrgico. Los jesuitas trataban de probar que eran litúrgicos, pero como en el campo de los hechos se prueba lo que no se ve, quedaba siempre como necesaria la prueba, para mostrar que el hecho no era evidente. En el fondo de todo esto andaba la sombra de Dom Festugière, al cual se atribuía el ataque. Se le llamaba ataque, pero no era más que una justa observación. Nadie va a las iglesias de los jesuitas a oír el canto gregoriano, ni a ver una bella ceremonia litúrgica, aunque muchos acudan por otros motivos muy satisfactorios y espirituales.

En la formación bíblica de Jaime influyó indudablemente Juan Salas. Lo consignó en un artículo de Juan publicado después de su muerte, al cual puso una pequeña introducción: "Breve y callado y, sin embargo luminoso, fue el paso de Juan Salas por este mundo. No lo recordamos sólo como uno de tantos

que conocimos con afecto o admiración. Lo recordamos como a alguien que se adentró en lo más hondo de nuestras vidas y nos legó aquello inexpresable e inmensamente grávido que deja todo contacto profundo en las regiones del espíritu. Fue una luz alta y tranquila, toda bañada en el misterio de las Escrituras y en el gran mensaje del Evangelio. Fue, también, una luz pacificadora que aclaraba los repliegues secretos de las almas. Tenía esas palabras aladas que solas por el misterioso fuego que llevan, sin esfuerzo ni astucia, se hunden en los corazones.

"Pero no fue esto solamente Juan Salas, sino algo más. El secreto de su palabra estaba en su vida. Porque esa vida fue antes que nada una caridad incomparable...

"No está escrita su obra ni expresada en nada tangible, sino en el fondo de los corazones que le amaron y escucharon. Allí tan sólo se le siente vivir, mezclado a lo íntimo de muchas vidas y a su más secreto movimiento hacia Dios".

Yo no fui amigo de Juan, sino de sus amigos. Cuando me fui a la Compañía, dijo: "Siento que Hanisch se vaya a la Compañía como si fuera un hijo mío". Estas palabras me las llevaron volanderas los amigos comunes. Una vez estábamos con nuestros directores espirituales varios seminaristas y llegó Juan. Uno de los suyos le dijo: "¡Mira, Juan, cómo nos tienes abandonados!". A lo que contestó Juan, sin mezcla de ironía: "Yo mido la perfección de los que dirijo en la medida en que tienen menos necesidad de mí".

Esté Juan era el que en las tardes en su parroquia reunía alrededor de sí muchas almas ansiosas de sus sencillos comentarios bíblicos. Jaime en su párrafo recuerda esas vinculaciones de Juan y la Escritura, como si se hubiera identificado con ella. Creía en ella hasta decir que si es palabra de Dios tiene que fructificar. Jaime tenía fe en la palabra de Dios, que es semilla de Dios y creo que esa idea, que era firme en Jaime, venía del magisterio de Juan. Sus círculos bíblicos semanales en su casa, en la sinagoga como él decía, fueron ocupación de toda su vida. Llegué una vez a su casa a entregarle unas pruebas de imprenta en la fecha perentoria que me había indicado. Me recibió misterioso y apresurado. "No tengo tiempo, me dijo. Vayan ustedes, los sacerdotes, a hacer sindicatos, mientras los seglares predicamos la palabra de Dios". Yo le contesté: "La Iglesia se salvará el día en que todos los seglares, como usted, expliquen la palabra de Dios".

De Juan sacó ese dar testimonio con las obras. Todos los años preparaba para su cátedra de la Universidad de Chile una lección sobre Jesucristo. Y ¡cómo se alegraba cuando le salía bien!

Recuerdo que cuando estaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, yo iba a verlo por las tardes a hablar de los futuros o presentes trabajos. Algunos días tenía apuro, porque había sinagoga. Avisaba a aquéllos, seleccionados por

él, que debían acudir: "No lo olviden, hoy hay sinagoga". Por ese tiempo hacía las explicaciones una judía convertida, con mucha sencillez y conocimiento.

Supongo que sacó de Juan la idea de cierto orgullo judaico. No negaba que por su apellido Herzl le venía a él, Jaime, la sangre del pueblo escogido. Era una frase que oí a los amigos de Juan, que se gloriaba de ser hijo por la sangre y por la fe de Abraham. Juntando las promesas del Antiguo y Nuevo Testamento.

Una vez en su casa hablamos largamente de este parentesco y me mostró la fotografía de un barón húngaro que había contraído matrimonio con la hermana del Dr. Herzl, gran coleccionista de cuadros del Greco y con cuya familia se había escrito.

Esta preocupación por el pueblo judío y su destino, avivada tal vez por las persecuciones del tiempo del nazismo, aparece en la revista *Estudios*, que es como la bitácora de su pensamiento íntimo. En esto incide también su admiración temporal, pero profunda por León Bloy.

La genealogía es una afición hebrea, aunque no exclusiva, que en Jaime era algo más que la necesaria preocupación de un historiador por las ciencias auxiliares de la historia. En sus mismas obras hay esa preocupación, que no debe confundirse con el amor al clan de los Eyzaguirre, que yo creo que le venía de la vertiente vascongada de su sangre, y que ha sido tan tenaz en otras familias de raigambre vizcaína, que he conocido. Las cuales, aunque trasplantadas, llevan el caserío en el alma, como una pequeña patria interior.

En la búsqueda de Jaime tras su vocación de historiador, que no se ve cuajada desde el primer momento, tiene un énfasis notable el pensamiento social. Fue un signo de su generación. En el homenaje al maestro que fue Fernando Vives Solar, lo llama "un gran carácter". Allí hace un recuento de las realizaciones del P. Vives, la fidelidad a su voto de consagrarse a la cuestión social. Pero sobre todo admira la caridad del sacerdote, la indulgencia con los que no hallan la verdad y una frase que es un programa de vida: "No deseche jamás a nadie, pues siempre hay dentro de cada cual alguna hermosa veta que explotar". En el fondo había en Vives un sacerdote, un hombre de Dios, un cazador de almas, que surgía de una intensa vida interior.

En otro artículo recogió los ecos que en la prensa despertó la muerte del P. Vives y el homenaje que le hizo la Universidad Católica.

Años más adelante consagraría uno de sus artículos anuales en la prensa al tema de Vives, como maestro de una generación chilena.

### III

En esta misma época aparece Jaime como un orientador del trabajo ajeno. Tuvo siempre fe en los demás. No se contentó nunca con ser él sólo. No era el suyo

un trabajo individual, sino de colaboración. Ya desde entonces estaba urgido por la cátedra, pero al mismo tiempo hizo de la revista *Estudios* el buque escuela de muchas vocaciones literarias e intelectuales. Como Enrique Delpiano en *El Chileno* formó una pléyade de periodistas, Eyzaguirre empezó en *Estudios* a ser el auscultador y el padrino de muchas vocaciones intelectuales y literarias. Sería fatigoso el hacer la lista de tantas personas, que después en la vida han tenido notabilidad y acierto, que entregaron a Jaime el primer testimonio de su encuentro con las letras y la imprenta. Allí ensayaron los primeros vuelos, perfeccionaron las primeras páginas de lo que más adelante serían libros. En el primer momento la revista fue generacional, más adelante fue cambiando de redactores y nuevas promociones tuvieron cabida en sus páginas. Hasta se podrían estudiar los caracteres comunes y las direcciones de pensamiento a las cuales dio lugar. Este Jaime orientador de vocaciones literarias, promotor de revistas, incansable creador de colaboradores, es el hombre de toda la vida. Esta actitud muestra su fe en la vida, en la juventud, en el magisterio, donde con renovada juventud iba soltando nuevos seres ya formados, pero con la característica notable de que estuvo siempre junto a la juventud presente, como si la idea de un Jaime viejo fuera un imposible sin realidad concreta. Por eso murió en los límites de la juventud ciceroniana, que son los sesenta años, en cuyo umbral se detuvo el paso de su fluido existir. Conservó en su madurez el alma juvenil. Su lenguaje siempre tuvo un mensaje para la juventud. Aunque era escritor, era primero la acción, la palabra hablada, el diálogo nervioso, la directiva iniciadora, la pregunta creadora. Como para Sócrates su cátedra era la vida, no el libro.

En estos años de la revista *Estudios* se puede seguir el paso de su estilo, que se va conformando con los años a una forma más característica, pero cuando irrumpe la inspiración hay páginas muy logradas, que no disienten del estilo del porvenir. Ya entonces vive acuciado por la encantadora brevedad. De él podría decirse parodiando a Gracián: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno". Le aterraban los escritos largos. En ellos exigía divisiones para alivio del lector, títulos directos, no le gustaba que fueran alambicados, sino como la afirmación de una tesis. Según el principio de que para escribir hay que tener algo que decir, si el largo se justificaba por la necesidad de la materia lo aceptaba, pero temía los escritos eclesiásticos por lo largos. Cuando yo escribía sobre Peumo, me decía que me acordara que era capital de departamento y que no debía escribir un libro más largo que la historia de Talca o Valdivia, que eran capitales de provincia. El libro sobre Andrés Bello me lo hizo abreviar en tal forma que lo escribí dos veces y tuve que recomponer la vida involucrándola en la religión, porque me hizo suprimirla por conocida. De hecho quedó como tal reducida a dos páginas. Sin embargo cuando le presenté *En torno a la Filosofía en Chile* casi se desmayó por el volumen, pero comentó: "Se la publico aunque

quiebre la Universidad Católica". Recuerdo que los originales eran aparentemente mucho más gruesos porque usé un papel acartonado que fingía un volumen mayor que el real. Como cuando la revista *Estudios* por imposición de Ricardo Salas salió en unas hojas como de cartón y en formato pequeño para imitar las revistas francesas (que por lo demás se distinguen por lo malo del papel).

Había en Jaime un hombre de humor hablado, pero no escrito. Era en su conversación muy agudo, sin ánimo de ofender. Estas mismas cosas las celebraba en los demás. Recuerdo que, cuando le entregué *En torno a la filosofía en Chile*, lo hice con estas palabras: "A don Jaime Eyzaguirre, Envío. Le mando estos apuntes no tanto para hacer de un analfabeto un escritor, cuanto para satisfacer sus justos deseos de conocer mi ignorancia". Como le hizo gracia, lo contó a todo el mundo, y por allí me paraban para contarme mi dedicatoria.

Mi ensayo sobre Andrés Bello se lo entregué con un envío en dos poesías, una DEBE y la otra HABER. Hasta Ricardo Krebs recuerdo que me felicitó y eso que Jaime las había arrancado de mis originales, pero en su bolsillo eran una buena propaganda, porque las leía a los amigos.

A veces yo introducía algunas cosas de cierto humor en mis escritos, pero nunca me las corrigió. Y eso que los leía con una acuciosidad realmente admirable e iba con su letra nerviosa y con lápiz, como respetando al autor, introduciendo sus correcciones.

Después de la muerte de Jaime he conservado la costumbre de enviárselas, pero si antes podía cultivar el epigrama, ahora tienen sabor elegíaco por su ausencia irreparable.

Jaime creyó que yo angustiaba mi espíritu y estrujaba mucho la sustancia gris para escribir esos impromptus, pero yo lo disuadía, porque los hacía en pocos minutos y no los corregía, porque eran fruto de una inspiración súbita.

Una antología del humor de Jaime hace falta. Todos le oímos mil veces sus agudos alcances. Temen algunos que se hagan enemigos a Jaime si se publican sus espirituales ironías, pero no creo, porque nadie puede sacarlas de la alegría festiva con que fueron dichas, sin hacerle manifiesta injusticia.

Cuando publiqué *Peumo*, me preocupé de la propaganda por la cual peregriné por amigos y conocidos, por periódicos y revistas. El resultado no fue malo y el libro primogénito fue dado a conocer. Procuré que se hiciera lo mismo con *Historia 2*, en que se hallaba mi *En torno a la filosofía en Chile*. Luis Valencia tenía un espacio en el Canal 13 de la Universidad Católica y decidió una entrevista televisada entre Jaime, él y yo. Fuimos a la televisión que era de exhibición directa. Antes hubo que maquillarse por las exigencias de la visión de los televidentes. A Valencia le hicieron un maquillaje muy somero. A mí me hicieron más arreglos; había que hacer desaparecer la barba, me hicieron

píntame los labios, etc. Jaime lloraba de risa. Pero le llegó el turno a él y lo primero que le hicieron fue pasarle por toda la calva unos polvos rosados en que yo tenía embadurnada la cara. Rompió entonces su indignación y me gritó: "¡Por tu culpa, Pelequén!". Terminado el maquillaje, me seguía gritando: "Pelequén". Yo muerto de risa y con una corbata de papel crepé muy siglo XVIII, al igual que él, le decía: "Por favor, soy autor de *Peumo*, que queda un poco más al poniente. Se bajó antes de tiempo del tren. Además estamos citados para hablar sobre Filosofía".

No sé si posteriormente hizo nuevas presentaciones como estrella de televisión. El hacía la propaganda de los escritos a través de las revistas y la prensa diaria. La obra que voy comentando le interesó a Ricardo Latcham y se la envió inmediatamente. Publicó en *La Nación* un artículo muy elogioso y con algunos interrogantes. Los tuve presentes en *La filosofía de don Juan Egaña*, pero por desgracia Latcham falleció antes de que viera la luz este nuevo escrito. Y mis respuestas quedaron como diálogo sin interlocutor. Esa crítica la reprodujo Jaime en el *Boletín de la Academia de la Historia*.

Algunas de las cosas que he escrito son respuesta a un tema o pregunta de Jaime. *En torno a la filosofía en Chile*, surgió de una conversación en la librería Herder. De allí salimos conversando en busca de la calle Gorbea, que ni él ni yo sabíamos a punto fijo dónde estaba. Al estar solos en la calle lo primero que me dijo fue: "Hay dos personas de las cuales nunca he logrado un escrito y se llaman Hugo y Walter Hanisch". Le prometí una o dos páginas sobre la enseñanza de los jesuitas y de allí salió el libro aquél. Dos cosas impugnó. Una, que yo no decía en forma perentoria el año de la primera clase de filosofía de los jesuitas, sino que lo deducía de una carta de Luis de Valdivia, el jesuita, y de un razonamiento sobre el *Ratio Studiorum*. Prefería una afirmación apodíctica, pero yo le decía que era más honrado. El prefería la luz plana de la verdad y yo, como el P. Rosales hablaba de los crepúsculos de la verdad. La otra fue el final. Allí yo afirmaba que mis conclusiones se basaban en documentos y no en afirmaciones gratuitas como lo hacen muchos. "Así se previene el lector, me dijo. Deje que otros saquen la conclusión". El parrafito se convirtió en una afirmación simple. El estudio cuidadoso de los documentos me llevó a las conclusiones que presento en esta obra. Tiempo después en *El Mercurio* y con mis palabras suprimidas se decía lo que yo había suprimido. La prensa daba la razón a Jaime: "Deje que eso lo digan los demás".

*La filosofía de don Juan Egaña* fue respuesta a su pregunta o sugerencia: Siempre he deseado saber lo que piensa don Juan Egaña. *El Catecismo Político Cristiano* es respuesta a su pregunta sobre sus tendencias filosóficas. Un día me dijo en la Librería Universitaria, donde solíamos encontrarnos después de la puesta del sol, si preparaba algo. Le contesté que estudiaba la filosofía de don

Ventura Marín. Me replicó que estábamos en el Centenario de la muerte de don Andrés Bello. En la esquina me propuso que dedicara la Semana Santa a explorar el tema. Yo le dije que iba al campo a hacer las ceremonias de Semana Santa. "Lleve lo que pueda y trabaje", fue su conclusión. A los cuatro meses le entregaba mis: *Tres dimensiones del pensamiento de Bello: Religión, Filosofía, Historia*. El nombre no le gustó, pero yo lo impuse. Por él debían volar las tres dimensiones y quedar el resto. Ya con *Peumo* tuve un alcance por el nombre. "Tiene que ser claro y directo", me dijo. Yo le repliqué que había pensado ponerle *Ensayo sobre una parroquia*". Me carga la palabra ensayo fue su respuesta y le puso *Peumo. Historia de una parroquia*.

Era Jaime intelectualmente honrado a carta cabal. Con timidez le dije a que tenía unas notas al Diario de Mastai, que publicaba en *Historia* el P. Oviedo. Me las rechazó. Más adelante se las presté y me dijo. "Ahora recién he entendido el Diario de Pío IX en Chile, pero por la forma en que está escrito es imposible publicarlo". Hablamos de refundirlo con otros datos y le pareció bien, pero hasta hoy no lo he hecho.

A propósito de la palabra ensayo, creo que en Jaime hay una réplica chilena de los hombres del 98 en aspectos nada despreciables: estilo, renovación crítica, angustia hispanista y americana, uso del ensayo (¡manes de Jaime, perdonadme!). Su *Hispanoamérica del dolor* está en la línea. ¿De dónde sacó Jaime la idea de la historia como profecía? ¿Acaso de Rosales? ¿De Lacunza? En los dos hay dos vuelos proféticos diversos. ¿Qué Ángel del Apocalipsis inspiró a Jaime algunas de sus páginas? Es curioso en su teología de la historia admirar el énfasis de la esperanza, que es virtud esencialmente escatológica y que siempre se encuentra en sus escritos como salida de encrucijada. Por ser la esperanza virtud sobrenatural no incide en planteamientos filosóficos, sino teológicos. Su misma afición a envolver en sus escritos las verdades en formas poéticas está en la línea de poeta, vate y vaticinio. Es la esperanza la salida de su amor dolorido: Amor de Chile y de América. El quijotismo de Jaime es profecía. La locura divina del manchego no se ajusta a la realidad, porque sueña algo mejor. El mundo de la edad de oro, la reveladora cueva de Montecinos, o el celeste cabalgar de clavileño no son en Cervantes realidades, pro son sueños de esperanza.

Jaime lo dijo con sus palabras en su Parábola de Don Quijote:

*Erguido como una columna  
va por la anchurosa meseta  
el caballero del testimonio y de la soledad.  
Curas, bachilleres y barberos  
le musitan al pasar  
cuerdos recados.*

*Pero él,  
 revestido de las armas de la luz,  
 sigue adelante en su suprema locura,  
 en su indomable esperanza,  
 puestos los ojos allá lejos  
 en esos cielos nuevos y tierra nueva,  
 donde morará la justicia,  
 salvada del peso angustioso de la letra  
 y bajo el signo inescrutable  
 y definitivo del amor.*

A vuelta de tanto andar hay que decir que la Biblia, historia y profecía, eternidad en el tiempo, caridad en la esperanza y fe en la caridad, es la fuente donde Jaime bebía la historia como trascendencia y teología, en fin la historia como teología de la esperanza, que no es otra cosa su rudo batallar de optimista.

#### IV

Era Jaime el hombre oral, el hombre socrático. Chile era el ágora de sus conversaciones, la plaza donde encontraba a sus discípulos. La clase, la tribuna, la casa familiar, la calle, en fin, el universo eran el escenario lleno de hombres ansiosos de verdad a los cuales entregaba su pasión vehemente y generosa. No heredó de Juan Salas el decir sofistas a los demás, porque el ataque aleja a los otros y la acusación disminuye la luz clara de la amistad. Buscaba como Vives la hermosa veta, que tiene cada cual, y no salía defraudado. Para descubrirla cargaba a su interlocutor de inquietudes. Lo podía hacer porque era el fabricante de preguntas más prodigioso que he conocido. Sabía de memoria la historia de Chile, pero sabía que muchas más eran las cosas que estaban oscurecidas por un olvido tenaz. Había que hallar al hombre capaz de hacer la luz. Arrebatado por lo cotidiano buscaba la colaboración como quien siembra a todos los vientos. En la pequeñez de la semilla veía el árbol futuro, como para Rosales en la historia el tiempo se hace hombre. Su paso por las calles se componía de clases minúsculas de sugerencias, rápidas y fugaces como su paso. Su sistema era mayéutico: sacar de cada cual la verdad escondida en el hombre interior. No lo hacía por series de preguntas, sino por una sola aguda como el bisturí que practica una operación cesárea.

Pero ese hablar rápido lo era tanto, que a veces ni él mismo era capaz de seguir su propio discurso más allá de la pregunta insinuadora. Como aquella vez que dio tres puntos, explicó el primero y nunca se supo en qué consistían

los otros dos. Era como los romances españoles: capítulos disparados de una historia, siempre trunca, pero siempre bella.

Como Sócrates se preparaba siempre para su auditorio. Si hacía una clase o repartía antes el escrito de lo que iba a decir o llevaba en el bolsillo el pape-lito minúsculo, en que estaba la suma y sustancia del discurso. Como yo le dijera que no preparaba inmediatamente mis clases, sino mediatamente y dejaba a la inspiración el desarrollo de la clase me reprendió, porque para él, maestro nato, era indispensable prepararlas todas. No se cargaba del lastre del pasado y terminado su trabajo docente no guardaba aquellos apuntes de su cuidada pre-paración. Me aconsejó que una vez publicado el trabajo botara los originales para no acumular un peso inútil de papeles muertos. Por eso no se hallaron después de su muerte notas o papeles de sus apuntes de clase o de libros. Lo demás estaba en los anaqueles de una memoria perfecta ordenado y listo para ser usado. Medía también al auditorio. Recuerdo que asistí a una conferencia suya sobre la libertad de enseñanza y como le dijera que había medido mucho su expresión, me contestó: "¿Y qué quería que hiciera con un auditorio, cuyos abuelos tienen estatua?". Para mostrarme como no quería indisponerse con oyentes de buena voluntad, que no eran capaces de llevar un discurso excesivamente apasionado. Tenía razón, porque hay remedios que en dosis excesiva resultan venenos.

No conocí al Jaime de las clases cotidianas, sino al otro más volandero de la conferencia, de la calle, de la tertulia, de la casa y hasta del teléfono. Un día se me enredaron el nombre de Juanita Subercaseaux con el suyo y pregunte por Juanita Eyzaguirre; inmediatamente contestó: "Al teléfono Jaime Suberca-seaux". En mis escritos no faltaban gazapos de la máquina y asesinatos de pala-bras. Le presenté un escrito y vio que yo había escrito Cicerpón en lugar de Cicerón; al instante dijo: "Le ruego que me dé a conocer este autor nuevo llamado Cicerpón". Conociéndolo era imposible enojarse, porque no había hiel sino risa sana. Y es mejor como el clásico corregidor riendo y de pasada.

En su hogar aprendió a conocer los espíritus alemanes y era fiel a esta experi-encia. Un día le dije que avisara a su hija que los omnibuses se detenían más atrás de donde ella esperaba. Contestó: "Conozco a mi hija, es alemana. Donde dice que se detiene el autobús se colocará y esperará a que se detenga, aunque tenga que tomarlo a las 4 de la tarde". Para explicarlo me contó que una vez le dio con el dedo en la barriga a uno de sus hijos como broma y éste le dijo: "Papá, te desconozco". Jaime reflexionó entonces: "Me casé con alemana". A mí me conocía en mis momentos más rápidos, que como todo alemán los tengo a veces lentos, pero no muy seguidos. No como una de mis hermanas que decía: "Por favor cuando quieran que conteste una cosa, pregúntenla el día anterior, porque no se me ocurre inmediatamente la respuesta". Por eso me llamaba:

"Un alemán injertado en un huaso colchagüino". No creo que esa expresión me condene a ser un Don Otto criollo, sino que era un elogio de una rapidez no alemana. No llegaba su orgullo al que tenía un profesor del colegio, que decía que para mejorar la raza alemana se había casado con alemana; aunque este profesor con picardía maulina tenía una amante francesa.

## V

Era Jaime un consejero preciso. Cuando yo iba a ir a Europa a estudiar archivos, me dijo: "lleve un tema, porque si no se va a dispersar y no sacará provecho". Fue un consejo admirable, porque realmente, si no se lleva un tema central es tanto lo que se halla y tan desparramado que uno no viene a ser sino agua derramada, que no se puede recoger. Durante dos años y diez meses anduve detrás de dos temas y creo que aun me quedó hilo para muchas bobinas. También me insinuó que llevara credenciales y realmente fue un consejo muy útil. En Europa pesan mucho los títulos y las distinciones, sin ellos uno es un indio americano de plumas y taparrabo. Pero con una tarjeta de visita con dos líneas debajo, uno abre más rocas que Aladino con su: ábrate Sésamo. Sólo una vez sentí el bochorno de la gloria. En Alemania me presentaron como Herr Doktor Professor Walter Hanisch. Inmediatamente decían: "¿Sprechen sie Deutsch?". Yo respondía: "Nicht o Nein". Los alemanes se daban media vuelta y desaparecían y yo muerto de vergüenza me sentía más desnudo que un esqueleto. Recordando el consejo de Jaime siempre llevaba en mis papeles mis credenciales y me fueron de gran utilidad, cuando mirando la tarjeta decían: "¿Ud. tiene credenciales?".

Cuando llegué de Europa, recibí a las nueve de la mañana del día siguiente el primer llamado telefónico. Era de Guillermo Feliú Cruz que quería pedirme algunos datos. Jaime supo por él que yo había llegado y no cabía de indignación de que Feliú se le hubiera adelantado. Me invitó a su casa a cualquier hora, aunque fuera a la de almuerzo, con el añadido, "si quiere hacer penitencia con su estómago frailuno". Me contó más tarde, muerto ya Jaime, Eugenio Pereira Salas que Eyzaguirre le decía que debían venir a verme para robarme todo lo que yo había traído. Yo no quería dispersar mis temas y quería hacer dos obras sobre Expulsos y Rosales y Jaime deseaba que yo sacara luego del tesoro del pirata las joyas, que suponía había robado a la corona de España; pero yo me resistía y al fin tuve que hacerlo. Siempre llevado de su deseo de novedades, me desahució el discurso de ingreso sobre el catecismo político-cristiano, como también el artículo sobre la Filosofía escocesa y Rousseau. Yo estaba desesperado y no salía de mi enfurruñamiento. Hasta que Jaime me dijo un día: "Yo acepto cualquier cosa, pero pronto". No le niego razón en que esperar

algo más y mejor después de dos años y diez meses en Europa, cuando era un tiempo record y nada aparecía de los tesoros de Creso o del Valle de los Reyes. Yo sufría el tener una documentación exhaustiva y agotadora, pero Jaime tenía derecho a esperar y a exigir.

Publicó por esos días su artículo *¿A quién obedecer en la Iglesia?* Fue víctima de un ataque alevé, pero no salió a defenderse, por no medir su espada con villanos o no sacarla para acallar los ladridos de los perros. Lisa y llanamente se negó a contestar, pero me contó una historia, que es claro signo de los tiempos. Hizo primero un artículo indignado, más su esposa se lo criticó. Hizo otro sereno, pero firme. Lo llevó a Monseñor Santos, que era y aún es presidente de la Conferencia Episcopal. Este le dijo: "Le ruego que lo publique". Lo hizo Jaime y pudo contestar que tenía la más alta aprobación de la jerarquía chilena, pero prefirió callar. A los pocos días los obispos reunidos para dictaminar acerca de la continuación del templo de Maipú, le llamaron para oír su consejo. Jaime contestó: "No se metan. Ese voto es del pueblo y del gobierno de Chile. Cuando se hizo, los obispos eran realistas. Uno estaba fuera y el otro era opositor. Nada tuvieron que ver. Ahora se levanta por una ley de la república votada por todos los partidos políticos, en que tampoco tuvieron parte los obispos". Terminado su dictamen se alejaba, cuando Mons. Alvear lo llamó y le dijo: "Lo felicito por el artículo". Era más noble callar y lo hizo. Fue un silencio magnífico. No salió por él el Episcopado, aunque estaba con él. En el caso lo que más le dolía era que había salido a defender la encíclica *Humanae Vitae*, que era discutida por los sacerdotes, que Dios puso para defender la santidad del matrimonio y de la familia.

No pasaron muchos días, cuando en la mañana del 18 de septiembre en el campo, antes de decir la misa, supe la noticia, por la radio y dos telefonazos, uno de Santiago. Celebré la misa por él. Y fue un dieciocho de septiembre cuando tuve que trenzar su elogio, el de su amistad, de sus méritos, de su fina colaboración con mis escritos, de su vida espiritual, serena y caudalosa, con el elogio de la patria que él amaba, vestido con los ornamentos sagrados en la misa que diariamente oía. Esa fue la única oración fúnebre que pude consagrarle en el corazón de las tierras huasas.

Esa tarde nos reunimos junto a sus despojos mortales en su parroquia. El Cardenal ofreció la Catedral, pero la familia la rehusó. La misa de ese día fue para Jaime un homenaje de fe. Los asistentes comulgaron en su mayor parte. Al día siguiente sucedió algo semejante. Mons. Oviedo dijo entonces que oráramos por él "mientras inútilmente buscábamos explicarnos lo sucedido".

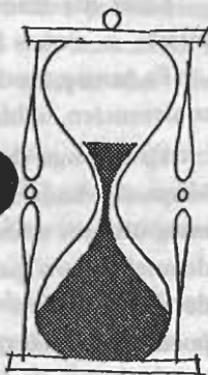
Los años pasan y Jaime Eyzaguirre sigue ausente y hace falta como aglutinante, como amigo para ayudarnos y estimularnos con su contagioso entusiasmo. Quisiéramos verlo a la vuelta de una calle, o en su casa junto a la chimenea o

en cualquier otro sitio, donde surja su figura para decirnos una palabra intencionada. Para agradecerle, porque se fue sin darnos tiempo. Pero nos dejó su escatológica esperanza de nuevos cielos y tierra nueva. Esperanza que es herencia y que es consuelo.

Roma, mayo de 1970.

# UNA VOZ EN EL TIEMPO

La nueva poesía y  
Vicente Huidobro



(Publicada en *La Bataille Littéraire*, de París  
en junio de 1920).

En 1912, Jean Dornis, en quien yo estimo como cualquier otro el sentido poético y el buen gusto, publicó un libro notable por más de un título, *La sensibilidad en la poesía francesa*. Esta obra no pasó desapercibida. Tuvo comentarios variados y tendenciosos como sucede. Ella servía sobre todo de trampolín a la escuela llamada "espiritualista", que zozobró después. Fue acogida jubilosamente por el clou neoclásico, que era desde hace tiempo, sin serlo oficialmente, el partido de la inteligencia.

Por mi parte, yo diré solamente esto: Jean Dornis afirmaba que se han concluido, y para siempre, las tipografías misteriosas, las metáforas incoherentes, las vanas rebuscas de ritmos extraordinarios, los vocabularios extraños, las músicas imperceptibles y otros leit motifs del mismo género. ¡Peligro de las vaticinaciones! Jean Dornis no había previsto la evolución de "Paroxysme", ni "Nord-Sud", ni "Sie", ni "391", ni "Dada" o falta de lucidez o emboscada natural de los pronósticos!

No obstante, él se ha turbado o tiene razón, para su desgracia, porque la medida, la tradición, el buen gusto, la claridad, en fin todas las divinidades del neoclasicismo, no están a la orden del día. Tanto peor para Minerva, si es Belphegor el que la lleva.

¿Quién se ocupa del neoclasicismo?

¿Qué fuerza de vitalidad ofrece?

El posee sus revistas, en las cuales algunas no dejan de tener valor: él tiene sus críticas, sus profesores, sus diarios, "su" partido político. No le falta más que las obras, la creación, la vida. Y esto no es sin importancia.

Al contrario, y es un hecho que algunos deploran y del cual yo me regocijo, que el o los movimientos de vanguardia, que el clou de los innovadores, al menos aquellos que buscan, se afirman desde hace tiempo, apasionan cada vez más.

Cada día trae su manifestación y la vitalidad de las letras se acrecienta. El interés se atrae. Las controversias se establecen. Atmósfera favorable.

Es bueno, es deseable, que las personas se agiten, intenten crear, organicen, conferencien, hablen.

Yo distingo desde hace tiempo algunos intelectuales muy notables: Philippe Soupault, Andrés Breton, Paul Eluard, etc. Parece que después de la agonía de estos últimos años sopla un viento de renovación y de esperanza. Se niega, se demuele; pero para reconstruir. Obra eminentemente salubre. Muchos bustos de yeso, muchos monumentos de cartón de pasta. Muchos oficiales, muchos poetas patentados, muchos copistas, muchos hacedores, según la fórmula, muchas recetas de cocina, muchos aprovechadores de las letras. Y estas jóvenes gentes lo han comprendido bien. Y su violencia es profundamente simpática.

Ellos están más cerca de nosotros que los retrógrados de nuestra generación cristalizados sobre formas muertas. Y que se obstinan en decir: "es el pompier quien tendrá razón".

En cuanto al movimiento nuevo, él parece desprenderse, tal vez, sin darse cuenta suficiente, de ciertas teorías de René Ghil, cuando menos en lo que concierne a las buscas del "ritmo evolucionado", "concordancias vocales", etc. No es solamente hasta la tipografía de Ghil, que ella también parece ser "el antecedente" de lo que nosotros llamamos en algunos "el poeta ideográfico" "poema escrito no solamente para ser entendido y leído, pero "visto", y cuya representación está lo más posible cerca de las figuraciones de nuestro espíritu.

Sin duda este pensamiento desde hace tiempo en numerosos poetas ha sido frecuente. Y todo el mundo sabe que los rimadores de la Edad Media y los retóricos del siglo XVI han multiplicado los poemas "dibujados". En nuestra época es el Mallarmé de "boup de dis" quien resucita esta forma.

El movimiento parte de aquí. Y Apollinaire que conocía perfectamente su Edad Media, no ha hecho en sus "calligrammes" próximos parientes de la "Dive Douteille", de Rabelais, que renovar el luto de una tradición desde hace mucho tiempo interrumpida.

Yo creo que los poetas de hoy tienen un real interés en tentar la renovación de las formas poéticas. Esta transformación de apariencia exterior, no tardará en modificar el fondo, la esencia misma de la expresión poética.

Esto es lo que ha comprendido bien Vicente Huidobro. Este joven poeta, es uno de los más significativos entre nosotros. De origen español, a la cabeza del movimiento lírico de su país, jefe de la escuela llamada "creacionista"; él

con Angel Cruchaga, uno de los poetas "ultralistas", son los más representativos de la noble lengua castellana.

Sus obras en francés son también "nuevas" por el espíritu, sus sentidos de transposiciones, su musicalidad y sus figuraciones. Y si no buscara acercamientos constataría, más un primazgo de espíritu con Max Jacob, este humorista melancólico y penetrante, que con Pierre Reverdy, menos todavía con Pierre Albert Berot.

Algunos poemas de Huidobro que han hecho pensar por su disposición fonética en los de la escuela llamada "semarítica, de los A X", de la cual mi grande amigo el poeta Pierre Chapka-Bonniere y Use Von Froytas-Lornigohver, son los representantes más notables en Nueva York.

La estética de Huidobro está contenida en este epígrafe de "Horizón Carré": "Crear un poema, pidiendo a la vida sus motivos y transformándolos para darles una vida nueva e independiente. Rien de anecdótico ni de descriptivo. La emoción debe nacer de la sola virtud creatriz. Hacer un poema como la naturaleza hace un árbol".

Una de las principales originalidades de Huidobro, y que yo encuentro muy interesante, sobre todo en sus consecuencias, es de

*traducir lo que no existe*  
*¡Traducir lo que no existe!*

Enormidad aparente. Verdad profunda. Para Huidobro la poesía en su esencia más alta es lo que no tiene realidad verdadera:

Así él dirá:

*La luz saliendo de tu cabeza*  
*No se derrama*  
*en líneas derechas*

El sabe muy bien que esto no es real, que no existe.

Así:

*Sobre el Far-West*  
*donde hay una sola luna*  
*el cow-boy canta a romper la noche*  
*y su cigarro es una estrella gigante.*

Su coherencia, no. Pero transposición de lo real en lo irreal.

Es lo que por lo que a mí se refiere y excusen de citarme, expreso en un

poema ideográfico, "Fantaisie d'Asie", que aparecerá en las ediciones de "L'Artisan" en octubre próximo.

Cansado de la belleza nueva, nacida de aplicaciones mecánicas de la ciencia. Yo me refugio también en un mundo "que no existe". Y está aquí tal vez el verdadero reino de la poesía.

Pero escuchemos a Huidobro:

*Un hombre salta en el sol  
Tus ojos están llenos del polvo de todos los caminos,  
Y su canción no retoña sobre sus labios  
El día se quiebra contra los vidrios  
Y las angustias se han desvanecido.  
El mundo es más claro que mi espejo.  
El vuelo de los pájaros y los gritos de los niños  
Son del mismo color.  
Por encima de los árboles más alto que el cielo.  
Se sienten las campanas.*

Poesía extraña, inhabitual, sin duda, que pide atención en la lectura, a veces alguna rebusca cierta, pero fuertemente comprensible. Hay transposiciones de sentido, una visión especial. Pero una lógica intensa. Y no haya necesidad de ser un iniciado para saborear lo inefable.

Algunos jóvenes, llenos de buenas intenciones, escriben palabras sin persecución. Vicente Huidobro no tiene esas puerilidades. Su poesía es construcción, imaginación, realización, encanto sobre todo. Ella existe por sí misma, como toda obra de arte ella tiene en sí su finalidad.

Y yo pienso que los "imaginistas", Ezra Pound, Florit, Horace Holley, Aldington, podrían situarse en las aproximaciones de esta poesía:

Escuchemos todavía:

*Más allá de la última ventana  
Las campanas de Sacré Coeur  
Hacen caer las hojas  
Sobre la cima un ciego.  
Los párpados llenos de música  
Alza las manos en medio del vacío  
Aquella que viene de lejos  
No le ha dado su brazo.  
El está completamente sólo y con su garganta rota  
Canta una melodía que nadie ha comprendido.*

Y esto:

*Ciudad*

*a veces el trolloj*

*Hace volar pequeños pájaros de fuego*

*En la montaña*

*Los rebaños*

*Campiña tiemblan bajo la tempestad,*

*El perro cojo que vigila busca su sombra.*

El espacio me falta para multiplicar las citas. Se verá por estos reducidos ejemplos que hay allí una rebusca innegable de novedad. Así, poco a poco, se abre paso una poesía de esencia rara y particular. Formas nuevas, imprevistas, surgen. Figuraciones del pensamiento. Gráficos del espíritu. Formas evidentemente transitorias, como todo lo que "vive", como todo lo que va a ser, su movimiento, su crecimiento. Estabilidad, cristalización: sinónimo de muerte. En nuestro mundo de los fenómenos, todo se renueva, todo vuelve a crearse incesantemente. Las literaturas como los demás.

NICOLÁS BEAUDUIN

# Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

*Director de los Servicios y de la  
Biblioteca Nacional:*

Prof. ROQUE ESTEBAN SCARPA

*Secretario-Abogado de la Dirección:*

D. EDUARDO FOXLEY THOMAS

## JEFES Y ENCARGADOS DE LOS SERVICIOS:

### I

#### SERVICIOS DEPENDIENTES DE LA DIRECCIÓN

#### 1. VISITACIÓN DE BIBLIOTECAS E IMPRESAS

Visitador: D. *Ulises Bustamante  
Gallardo*  
(Dependen de este servicio 624  
bibliotecas asistidas por la Vi-  
sitación)

#### 2. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELLECTUAL

Conservador: D. *Roque Esteban  
Scarpa*

#### 3. OFICINA DEL PRESUPUESTO Dña. *Julia Pérez Zapata*

#### 4. OFICINA DEL PERSONAL Dña. *Isabel González*

#### 5. OFICINA ADMINISTRACION Dña. *Betsy de la Guarda*

#### 6. OFICINA DE SECRETARÍA Dña. *Wally de la Guarda*

#### 7. BIBLIOTECAS MÓVILES D. *Ignacio Muñoz Mardones*

### II

#### BIBLIOTECA NACIONAL

(Fundada el 19 de agosto de  
1813)

#### SERVICIOS DEPENDIENTES

#### 1. SECCIÓN CHILENA D. *Manuel Cijuentes Arce*

#### ANEXO: DIARIOS, PERIÓDICOS Y REVISTAS CHILENOS D. *Mario Medina Acuña*

#### 2. SECCIÓN AMERICANA D. *Augusto Eyquem Bisut*

ANEXO: SALA AMERICANA  
Dña. *Joyes Pye*

#### 3. SECCIÓN FONDO GENERAL Dña. *Marta Bustos*

ANEXO: SALA EUROPA  
Dña. *Blanca White*

#### 4. SECCIÓN CONTROL, CATALOGA- CIÓN Y REFERENCIAS BIBLIOTÉ- RICAS Dña. *Inés Escobar*

#### 5. CANJE GENERAL D. *Gilberto Concha Rizzo*

#### 6. SALA DE INFORMACIONES Y CATÁLOGOS Dña. *Maria Nanjarí Ugaldé*

#### 7. BIBLIOTECAS AMERICANAS J. T. MEDINA Y DIEGO BARRROS ARANA Conservador: Prof. D. *Guillermo Feliú Cruz*

#### 8. SEMINARIO ENRIQUE MATTA VIAL Dña. *Marta Fonti*

#### 9. MAPOTECA

D. *Miguel Cofré Troncoso*

#### 10. SECCIÓN AUDIOVISUAL D. *Juan Manuel Camilo Lorca*

ANEXO: TALLER DE REPRODUCCIÓN  
D. *Rodolfo Bustamante*

#### 11. EXTENSION CULTURAL *Revista Mapocho* Director: *Roque Esteban Scarpa* Secretario de Redacción: *Guiller- mo Blanco*

CONFERENCIAS Y EXPOSICIONES  
D. *Armando González R.*

EXTENSION MUSICAL  
D. *Ernesto Galliano Mendiburu*

ARCHIVO DE LA PALABRA  
Dña. *Marta Glukman*

ARCHIVO Y MUSEO DEL ESCRITOR  
D. *Carlos Raúl*

ARCHIVO DEL COMPOSITOR  
CHILENO  
D. *Alfonso Letelier Lyons*

FONDO BIBLIOGRÁFICO  
RAÚL SILVA CASTRO  
D. *Jaime Mendoza*

OFICINA DE REFERENCIAS CRÍTICAS  
D. *Justo Alarcón*

TALLER LITERARIO  
D. *Roque Esteban Scarpa*

III

BIBLIOTECAS PÚBLICAS

1. BIBLIOTECAS DE VALPARAÍSO

Biblioteca "Santiago Severín" de Valparaíso

Conservador: *D. Guillermo Garnham López*

BIBLIOTECA Nº 5 "RONGO-RONGO" DE ISLA DE PASCUA

*Dña. Imelda Hey Paoa*

BIBLIOTECA Nº 9 DE CASABLANCA

*D. Enzo Riquelme*

2. BIBLIOTECAS DE CHILOÉ

Supervisora: *Dña. Dorila Bórquez Cavada*

BIBLIOTECA Nº 2 DE ANCUD

*Dña. Eliana Vargas Alvarado*

BIBLIOTECA Nº 3 DE CASTRO

*Dña. Nelly del Carmen Vargas Andrade*

3. BIBLIOTECAS DE SANTIAGO

BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 4

Conservador: *D. Juan Cavada Bórquez*

(Está integrada por la Sección Lectura a Domicilio de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca para la Enseñanza Media)

BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 7

*Dña. Hilda Capetillo*

(La constituye la antigua Sección Infantil de la Biblioteca Nacional)

BIBLIOTECA Nº 11 DE LAS BARRANCAS

*Dña. Lucía Pincheira Sánchez*

BIBLIOTECA Nº 13 CIENTÍFICO-JUVENIL

*Dña. Elizabeth Moreno*

BIBLIOTECA Nº 20 DE QUINTA NORMAL

*D. Sergio Díaz Carvajal*

5. BIBLIOTECA DE MAGALLANES

BIBLIOTECA Nº 6 DE PUNTA ARENAS

*Dña. M. Teresa Sagardia*

BIBLIOTECA Nº 12 DE NAVARINO

*D. Eduardo Baeza Rivera*

(De ella dependen cinco subsidiarias en Picton, 2 de mayo, Pto. Toro, Yendegaia Navarino)

BIBLIOTECA Nº 14 DE PUERTO NATALES

*D. Francisco Fuentes Araos*

BIBLIOTECA Nº 15 DE PUERTO

PORVENIR

*Dña. Tania Elena Ozuljević*

BIBLIOTECA Nº 16 DE ENSEÑANZA

BÁSICA

*D. Marino Muñoz Lagos*

BIBLIOTECA Nº 18 DE ENSEÑANZA

MEDIA

*Dña. Triana Canales*

6. BIBLIOTECAS DE LINARES

BIBLIOTECA Nº 8 DE LINARES

*Dña. Angela Gidi*

BIBLIOTECA Nº 21 DE YERBAS-

BUENAS

(en formación)

7. BIBLIOTECA DE CHILLÁN

BIBLIOTECA Nº 10 "ARTURO

MATTE ALESSANDRI"

*Dña. Norka Eliana Solís*

8. BIBLIOTECA DE CHIGUAYANTE

BIBLIOTECA Nº 17 DE

CHIGUAYANTE

*Dña. Italia Garbarino*

9. BIBLIOTECA DE CORRAL

BIBLIOTECA Nº 19 DE CORRAL (dotada, pero sin personal aún)

10. VICUÑA

BIBLIOTECA Nº 22

GABRIELA MISTRAL

DE VICUÑA

(Próxima a inaugurarse)

11. PETORCA

BIBLIOTECA Nº 24

(en formación)

12. VALLENAR

BIBLIOTECA Nº 25

(en formación)

IV

ARCHIVO NACIONAL

Conservador:

*D. Juan Eyzaguirre Ezeobar*

Sección Regional Magallanes

*Dña. Desanka Ursić Vrsalovič*

Taller de microfilmes

*D. Raúl Benimelli Ubilla*

V

MUSEOS

1. MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL

Conservador y Director del Centro Nacional de Museología:

*Prof. Dra. Grete Mostny Glaser*

2. MUSEO NACIONAL DE BELLAS

ARTES

Conservador:

*D. Nemesio Antúniz*

3. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

Conservador:

*D. Carlos J. Larrain de Castro*

4. MUSEO PEDAGÓGICO DE CHILE

Conservador:

*Prof. D. Luis Morales Gallegos*

5. MUSEO NACIONAL BENJAMÍN

VICUÑA MACKENNA

Conservador:

*D. Carlos López Labasta*

6. MUSEO ARQUEOLÓGICO DE LA

SERENA

Conservador:

*D. Jorge Iribarren Charlín*

7. MUSEO DE HISTORIA NATURAL

DE VALPARAÍSO

Conservador:

*Dña. Nina Ovalle*

8. MUSEO DE LA PATRIA VIEJA

DE RANGAGUA

Conservador:

*D. Héctor González Valenzuela*

9. MUSEO O'HIGGINIANO DE

BELLAS ARTES DE TALCA

Conservador:

*D. Bernardo Mandiola Cruz*

10. MUSEO DE HISTORIA NATURAL

DE CONCEPCIÓN

Conservador:

*D. J. Eduardo Brousse Soto*

11. MUSEO DE LA FRONTERA DE

TEMUCO

Conservador:

*D. Carlos Donoso Navarro*

12. MUSEO DE LA PATAGONIA

Conservador

*D. Juan Moroni*

(De este Museo dependen el

Museo de Fuerte Bulnes y el Museo del Pionero)

13. MUSEO DE ARIKA

*D. Patricio Núñez*

14. MUSEO DE LA ISLA DE PASCUA

Conservador:

*D. Sergio Rapu Paoa*

15. MUSEO DE LINARES

Conservador:

*D. Pedro Olmos Muñoz*

16. MUSEO ARAUCANO DE CAÑETE

Conservador:

*D. Fernando Brousse Soto*

17. MUSEO DEL HUASCO

Secretaría:

*Dña. Anamaría Sciaraffia*

18. MUSEO GABRIELA MISTRAL DE

VICUÑA

(en formación)

19. MUSEO DEL MAR

(en formación)

# Publicaciones de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos

## BIBLIOTECA NACIONAL

- 1.—*Colección anuario de la prensa chilena*, años 1917 a 1968. 19 volúmenes.  
Precio: E° 30 c/u.
- 2.—*Colección antiguos periódicos chilenos*, 20 volúmenes.  
Precio: E° 30 c/u.
- 3.—*Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia*. Tomos xxxv a xl. 6 volúmenes.  
Precio: E° 30 c/u.
- 4.—*Exposición bibliográfica sobre la Guerra del Pacífico*, 1 volumen.  
Precio: E° 20 c/u.
- 5.—*Esquema de clasificación*.  
Precio: E° 20.
- 6.—*Cartilla elemental de catalogación y clasificación*. N° 1. 1 volumen.  
Precio: E° 10.
- 7.—*Cartilla elemental vocabulario bibliotecario*. N° 2. 1 volumen.  
Precio: E° 10.
- 8.—*Centenario de Los miserables*. 1 volumen.  
Precio E° 5.
- 9.—*Chile: su futura alimentación*. 1 volumen.  
Precio: E° 5.
- 10.—*Correspondencia de Claudio Gay*. 1 volumen. Guillermo Feliú y Carlos Estuardo.  
Precio: E° 20.
- 11.—*Estudios críticos de literatura chilena*. 1 volumen. Emilio Valdes.  
Precio: E° 20.
- 12.—*Impresos chilenos*. 1776-1818. 2 volúmenes.  
Precio: E° 150.
- 13.—*La literatura chilena en Estados Unidos*. 1 volumen. Homero Castillo.  
Precio: E° 20.
- 14.—*Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional* (Apartado de la revista Mapocho). 1 volumen.  
Precio: E° 15.
- 15.—*Museo O'Higiniano y de Bellas Artes de Talca* (Manual histórico y descriptivo). 1 volumen.  
Agotado.
- 16.—*Catálogo del archivo de Claudio Gay*. Archivo Nacional. 1 volumen.  
Precio: E° 20.
- 17.—*Catálogo breve de la Biblioteca Americana*. Tomo I. Libros impresos. I suplemento. 1 vol.  
Precio: E° 25.
- 18.—*Catálogo breve de la Biblioteca Americana*. Tomo II. Libros impresos. II suplemento. 1 vol.  
Precio: E° 25.
- 19.—*Catálogo breve de la Biblioteca Americana*. Tomo IV. Manuscritos. 1 volumen.  
Precio: E° 25.
- 20.—*Historia política y parlamentaria de Chile*. 3 volúmenes.  
Precio: E° 90.
- 21.—*Bibliografía de las memorias de grado sobre literatura chilena* (1918-1967). Tomás P. Mac Hale.  
Precio: E° 15.
- 22.—*Referencias críticas sobre autores chilenos*. I.er semestre 1968.  
Precio: E° 30.
- 23.—*Referencias críticas sobre autores chilenos*. 2º semestre de 1968.  
Precio: E° 30.
- 24.—*Referencias críticas sobre autores chilenos*. I.er semestre de 1969.  
Precio: E° 30.
- 25.—*Música compuesta en Chile (1900-1968)*. Roberto Escobar y Renato Yrarrázaval.  
Precio: E° 50.
- 26.—*Bibliografía de la revista "Estudios"* (1932-1957). Jaime Mendoza y Tomás P. Mac Hale.
- 27.—*Bibliografía de la revista "Hoy"* (1931-1943). Justo Alarcón, María Iciar de Sasia.
- 28.—*Monumento y espacio*. Miodrag Živković.  
Precio: E° 20.
- 29.—*Bibliografía de la revista "Pro-Arte"* (1948-1957). Miguel Cofré Troncoso.
- 30.—*Referencias críticas sobre autores chilenos* (2º semestre de 1969). En prensa.
- 31.—*Nueve revistas literarias chilenas*. En prensa.
- 32.—*Referencias críticas sobre autores chilenos* (Primer semestre de 1970). En prensa.

## MUSEOS

Ediciones del Museo Nacional de Historia Natural

1.—*Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*.  
Números anteriores: E° 40.

2.—*Noticiero Mensual*. Año XIV, N° 162.  
Precio: E° 2.

3.—*El nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente*. Rodolfo M. Casamiquela.  
Precio: E° 50.

Ediciones del Museo Pedagógico

1.—*Bibliografía de artículos y documentos publicados en revistas chilenas de Educación (1825-1899)*. E° 50.

Ediciones del Museo Arqueológico de La Serena

1.—*Boletín N° 13 del Museo Arqueológico de La Serena*, 1969.

2.—*Valle del Río Hurtado: Arqueología y antecedentes históricos*. Jorge Iribarren Charlín  
Precio: E° 50.

3.—*Boletín del Museo N° 1* (1969). Precio E° 50.

4.—*Anales del V Congreso Internacional de Arqueología* (1970).

Ediciones del Museo de Historia Natural de Valparaíso

1.—*Anales del Museo N° 1* (1968).

2.—*Anales del Museo N° 2* (1969).

3.—*Anales del Museo N° 3* (1970).  
Precio: E° 50.

Ediciones del Museo de Linares

1.—*Petroglifos del cerro Nique*. Norma Sanguinetti

2.—*Museo de Linares* (Catálogo).

## Obras editadas por el Fondo Andrés Bello

### DIRECCION: BIBLIOTECA NACIONAL

1.—*Estadística bibliográfica de la literatura chilena. 1812-1876*. Ramón Briseño. Santiago, 1965-1966.

Vol. I (1812-1859).

Vol. II (1860-1876).

Vol. III (1819-1876).

Precio de los tres volúmenes: E° 240.

2.—*Historia de las fuentes de la bibliografía chilena*. Ensayo crítico por Guillermo Feliú Cruz. 4 volúmenes. Santiago, 196...  
Precio de los 4 volúmenes: E° 340.

3.—*La prensa chilena y la codificación. 1822-1878*. Introducción y recopilación por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1966.  
Precio: E° 40.

4.—*Estudios sobre Andrés Bello*, por José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y otros. Santiago, 1966.  
Precio: E° 40.

5.—*Antología de Andrés Bello*, recopilada por Roque Esteban Scarpa.  
Precio: E° 25.

# Fondo Histórico y Bibliográfico

## José Toribio Medina

DIRECCIÓN: BIBLIOTECA NACIONAL

### OBRAS PUBLICADAS DE JOSE TORIBIO MEDINA

1.—*Una Excursión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá.* 1880-1881.

Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1880 y 1881, respectivamente. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Agotado.

2.—*Los Aborígenes de Chile.* Introducción de Carlos Keller, Reimpresión de la edición de 1882 1952.

Precio: E° 32.

3.—*El Capitán de Fragata Arturo Prat, El Vicealmirante Patricio Lynch.*

Estudio y Prólogo de Roberto Hernández. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1879 y 1910, respectivamente. Homenaje de la Armada de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.

Precio: E° 16.

4.—*Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile.*

Introducción de Eugenio Pereira Salas. Reimpresión en un volumen de la Primera y Segunda Series, editadas en 1889 y 1910, respectivamente. 1952.

Precio: E° 32

5.—*Ensayo acerca de una Mápotea Chilena.*

Introducción de Elías Almeyda Arroyo. Reimpresión de la edición especial de 1889. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.

Precio: E° 16.

6.—*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile.* Prólogo de Aniceto Almeyda.

Reimpresión en un volumen de la edición en dos tomos de 1890, 1952. Precio: E° 40.

7.—*Tres Estudios Históricos. I - El Escudo de Armas de la ciudad de Santiago. II - El Acta del Cabildo Abierto de 18 de Septiembre de 1810. III - ¿Quiénes firmaron esa Acta?*

Publicadas en 1910. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Santiago de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952.

Precio: E° 8.

8.—*Las Matemáticas en la Universidad de San Felipe.*

Reimpresión de la edición de 1927. Homenaje de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. -1952. Agotado.

9.—*Ensayo Bibliográfico sobre Hernán Cortés.*

Obra póstuma. Introducción de Guillermo Felú Cruz. 1952.

Precio: E° 32.

10.—*Cartografía Hispano-Colonial de Chile.*

Reproducción en fototono de la edición de 1925. Homenaje del Ejército de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1953.

Precio: E° 104.

11.—*Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento*

*y conquista de Chile.* Introducción de Jaime Eyzaguirre. *Anotaciones Bibliográficas sobre Pedro de Valdivia*, de Victor M. Chiappa, puestas al día por Rafael Mery. 1953. Reimpresión ordenada conforme a la de Sevilla de 1929.

Precio: E° 52.

12.—*Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820).* 2 tomos. Prólogo de Marcel Battillon. Reimpresión de la edición de 1887. Apéndice Documental de Raúl Porras Barrenechea. 1956.

Precio: E° 45.

13.—*Estudios Bibliográficos sobre Antonio de León Pinelo.*

Discurso sobre la importancia, forma y disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Recopilación. Prólogo de Aniceto Almeyda. 1956.

Precio: E° 32.

14.—*Estudios Cervantinos.*

El Disfrazado autor del "Quijote" impreso en Tarragona fue fray Alonso Fernández - Novela de la Tía Fingida - El Lauso de "Galatea" de Cervantes es Ereilla - Escritores americanos celebrados por Cervantes en el "Canto de Calíope" - Cervantes Americanista - Cervantes en Portugal - Cervantes en las letras chilenas - Recopilación Prólogo del Dr. Rodolfo Oroz Scheibe. 1958.

Precio: E° 32.

15.—*Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía.* Dos tomos. Con prólogo de Guillermo Felú Cruz. Complemento bibliográfico de José Zamudio Z. 1958.

Precio: E° 65.

16.—*Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie.*

Tomo I (1558-1572) - Rodrigo de Quiroga - M. Bravo de Saravia. 1956. Tomo II (1573-1580) - M. Bravo de Saravia - Rodrigo de Quiroga. 1957. Tomo III (1577-1589) - Martín Ruiz de Gamboa - Alonso de Sotomayor. 1959.

Tomo IV (1590-1594) - Alonso de Sotomayor - Martín Oñez de Loyola. 1960.

Tomo V (1599-1602) - Pedro de Vizcarra - Francisco de Quiñones. 1961. Tomo VI (1561-1603) - Informaciones de méritos y servicios. Precio: E° 39 c/u.

17.—*Biblioteca Hispanoamericana.*

Reimpresión facsimilar.

Tomo I (1493-1600). 1958.

Tomo II (1601-1650). 1959.

Tomo III (1651-1700). 1960.

Tomo IV (1701-1767). 1961.

Tomo V (1701-1810). 1961.

Tomo VI (sin fechas). 1962.

Tomo VII (títulos nuevos y descripciones complementarias). 1962.

Precio: E° 390 la colección.

18.—*Biblioteca Hispanochilena.*

Reimpresión facsimilar. 3 vols.

(1523-1817).

Precio: E 182.

19.—*Actas del Cabildo de Santiago durante el período llamado de la Patria Vieja (1810-1814).*

Prólogo de Guillermo Feliú Cruz.

Reimpresión facsimilar de la edición de 1910. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.

Precio: E° 39.

20.—*Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817 y Adiciones y Ampliaciones.*

Prólogo de Guillermo Feliú Cruz.

Reimpresión facsimilar de las ediciones de 1891 y 1939, respectivamente. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.

Precio: E° 39.

21.—*Viajes Relativos a Chile.*

Tomo I - J. Lemaire y G. Schouten - H. Brouwer y E. Herckmans - A. M. Fanelli - M. Brizuela - J. F. de Sobrecasas - S. B. Johnston.

Tomo II - J. F. Coffin - R. L. Vowel - E. H. Appleton - G. F. Mathison. Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional de América, 1960.

Precio: E° 143.

Tomo I - un precursor chileno de la Revolución de la Independencia

Precio: E° 143.

22.—*Estudios sobre la Independencia de Chile.*

Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960. 4 vols.

Precio: E° 162.

DE OTROS AUTORES

23.—Armando Donoso. *José Toribio Medina (1852-1930)*. 1952.

Precio: E° 8.

24.—Sergio Villalobos. *Medina, su vida y sus obras (1852-1930)*. 1952.

Precio: E° 8.

25.—Carlos Stuardo y Luis E. Olave. *Medina y sus aficiones entomológicas*. 1952.

Precio: E° 8.

26.—Carlos Stuardo. *Índice de autores y nombres del Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena*. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.

Precio: E° 8.

27.—Luis Silva Lezaeta. *El Conquistador Francisco de Aguirre*. Reimpresión de la edición de 1904. 1953.

Precio: E° 10.

28.—Ernesto Greve. *El Conquistador de Aguirre. Comentarios y Complementos*. 1953.

Precio: E° 10.

29.—Juan Luis Espejo. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*. Dos volúmenes, 1953.

Precio: E° 32.

30.—Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández. *Bartolomé de las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica*. 1954.

Precio: E° 39.

31.—Humberto Burzio. *Diccionario de la Moneda Hispanoamericana*.

Tres volúmenes I y II texto, III láminas. 1956.

Precio: E° 162.

32.—Guillermo Feliú Cruz. *Historiografía Colonial de Chile*. Tomo I (1796-1886). 1957.

Precio: E° 39.

33.—Sturgis E. Leavitt. *Revisitas Hispanoamericanas. Índice Bibliográfico 1843-1935*.

Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.

Precio: E° 62.

34.—Augusto Capdeville. *Arqueología de Taltal*. Tomo I, texto; II, láminas.

Prólogo, recopilación y notas de Grete Mostny. 1964.

Precio: E° 52.

35.—Gerónimo de Bibar. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*, escrita en 1558 y publicada por primera vez. Precio: E° 208.

En preparación

José Toribio Medina. *Estudios sobre la literatura colonial de Chile*. Recopilación.

José Toribio Medina. *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile*. Tomo VII (1595-1598).